L. M. Montgomery

La casa de ensueño de Ana

ELEJANDRIA

L. M. Montgomery
La casa de ensueño de Ana
ELEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA CASA DE ENSUEÑO DE ANA

L. M. MONTGOMERY

PUBLICADO: 1917
FUENTE: HTTPS://WWW.GUTENBERG.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

Capítulo 1. En la buhardilla de Tejas Verdes

—Gracias a Dios, he acabado con la geometría, con aprenderla y con enseñarla —dijo Ana Shirley, con cierto aire vengativo, mientras dejaba caer un tomo bastante maltrecho de Euclides dentro de un gran baúl de libros, cerraba la tapa de golpe en señal de triunfo y se sentaba encima, mirando a Diana Wright al otro lado de la buhardilla de Tejas Verdes con esos ojos grises que parecían un cielo de mañana.

La buhardilla era un lugar en penumbra, sugerente y delicioso, como deben serlo todas las buhardillas. Por la ventana abierta junto a la que Ana estaba sentada entraba el aire dulce, perfumado y templado de sol de la tarde de agosto; fuera, las ramas de los álamos susurraban y se agitaban al viento; más allá se extendían los bosques, por donde el Sendero de los Enamorados serpenteaba su camino encantado, y el viejo huerto de manzanos que aún daba generosamente sus cosechas sonrosadas. Y, sobre todo ello, se alzaba en el cielo azul del sur una gran cordillera de nubes nevadas. Por la otra ventana se vislumbraba, lejano, un mar azul coronado de blanco: el hermoso golfo de San Lorenzo, sobre el que flota, como una joya, Abegweit, cuyo nombre indio, más suave y más dulce, hace tiempo que fue abandonado por el más prosaico de Isla del Príncipe Eduardo.

Diana Wright, tres años mayor que cuando la vimos por última vez, se había vuelto algo más matronal en el tiempo transcurrido.

Pero sus ojos seguían tan negros y brillantes, sus mejillas tan sonrosadas y sus hoyuelos tan encantadores como en aquellos días ya lejanos en que ella y Ana Shirley se habían jurado amistad eterna en el jardín de Orchard Slope. En brazos llevaba a una criatura pequeña y dormida, de rizos negros, conocida desde hacía dos felices años en todo Avonlea como «la pequeña Ana Cordelia». La gente de Avonlea sabía, claro está, por qué Diana la había llamado Ana, pero les tenía perplejos lo de Cordelia. Nunca había habido una Cordelia entre los Wright ni entre los Barry. La señora Harmon Andrews decía que suponía que Diana habría encontrado el nombre en alguna novela de tres al cuarto, y le extrañaba que Fred hubiese tenido tan poco juicio como para permitirlo. Pero Diana y Ana se sonreían la una a la otra. Ellas sabían de dónde le venía el nombre a la pequeña Ana Cordelia.

—Siempre odiaste la geometría —dijo Diana con una sonrisa evocadora—. Sea como sea, imagino que estarás encantada de haber acabado con la enseñanza.

—Oh, a mí siempre me ha gustado enseñar, aparte de la geometría. Estos tres años en Summerside han sido muy felices. La señora Harmon Andrews me dijo, cuando volví a casa, que seguramente no encontraría la vida de casada tan superior a la de maestra como yo esperaba. Por lo visto, la señora Harmon comparte la opinión de Hamlet, que quizá sea mejor soportar los males que tenemos antes que volar hacia otros que no conocemos.

La risa de Ana, tan alegre e irresistible como siempre, con una nota añadida de dulzura y madurez, resonó por toda la buhardilla. Marilla, abajo en la cocina, mientras preparaba conserva de ciruelas azules, la oyó y sonrió; luego suspiró al pensar en lo poco que en adelante habría de resonar aquella querida risa por Tejas Verdes. Nada en toda su vida le había dado a Marilla tanta felicidad como saber que Ana iba a casarse con Gilbert Blythe; pero toda alegría trae consigo su pequeña sombra de pesar. Durante los tres años de Summerside, Ana había vuelto a casa a menudo, en vacaciones y

fines de semana; pero, de ahora en adelante, con una visita cada seis meses habría que darse por satisfecha.

—No dejes que lo que diga la señora Harmon te preocupe —dijo Diana, con la serena seguridad de sus cuatro años de matrona—. La vida de casada tiene, claro está, sus altibajos. No debes esperar que todo vaya siempre sobre ruedas. Pero te aseguro, Ana, que es una vida feliz cuando te casas con el hombre que te conviene.

Ana contuvo una sonrisa. Los aires de gran experiencia de Diana siempre la divertían un poco.

«Supongo que yo también me daré esos aires cuando lleve cuatro años casada —pensó—. Aunque, eso sí, seguro que mi sentido del humor me librará de ello.»

—¿Ya está decidido dónde vais a vivir? —preguntó Diana, arrullando a la pequeña Ana Cordelia con ese gesto inimitable de la maternidad que siempre hacía pasar por el corazón de Ana, lleno de dulces sueños y esperanzas aún no formulados, un estremecimiento mitad de puro placer, mitad de un extraño dolor etéreo.

—Sí. Eso era lo que quería contarte cuando te llamé por teléfono para que vinieras hoy. Por cierto, no me puedo hacer a la idea de que ahora de verdad tengamos teléfonos en Avonlea. Suena tan disparatadamente moderno y actual para este querido y apacible lugar de siempre.

—Podemos agradecérselo a la Sociedad para la Mejora de Avonlea —dijo Diana—. Nunca habríamos conseguido la línea si ellos no se hubieran hecho cargo del asunto y lo hubiesen llevado hasta el final. Hubo agua fría de sobra como para desanimar a cualquier sociedad. Pero ellos se mantuvieron firmes, a pesar de todo. Hiciste algo espléndido por Avonlea cuando fundaste esa sociedad, Ana. ¡Qué bien lo pasábamos en las reuniones! ¿Se te olvidará alguna vez el salón azul y el plan de Judson Parker de pintar anuncios de medicinas en su valla?

—No sé si le estoy del todo agradecida a la Sociedad para la Mejora de Avonlea en lo que respecta al teléfono —dijo Ana—. Ah,

sé que es de lo más práctico..., más incluso que nuestro viejo sistema de hacernos señales con destellos de vela. Y, como dice la señora Rachel, «Avonlea tiene que mantenerse al paso de los tiempos, y eso es lo que hay». Pero, no sé por qué, siento como si no quisiera que a Avonlea la echaran a perder esas cosas que el señor Harrison, cuando quiere hacerse el gracioso, llama «los inconvenientes modernos». Me gustaría que se quedara siempre tal como era en aquellos queridos años de antes. Eso es una tontería..., y una sensiblería..., y algo imposible. Así que ahora mismo me voy a volver sensata, práctica y razonable. El teléfono, como reconoce el señor Harrison, es «una cosa estupenda», aunque una sepa que probablemente media docena de curiosos están escuchando en la línea.

—Eso es lo peor —suspiró Diana—. Es tan molesto oír cómo cuelgan los auriculares en cuanto llamas a alguien. Dicen que la señora Harmon Andrews insistió en que le pusieran el teléfono en la cocina, para poder escuchar cada vez que sonara y, al mismo tiempo, vigilar la comida. Hoy, cuando me has llamado, he oído clarísimamente ese reloj tan raro que tienen los Pye dando la hora. Así que, sin duda, Josie o Gertie estaban escuchando.

—Ah, ¿así que por eso me has dicho: «¿Tenéis un reloj nuevo en Tejas Verdes, verdad?»? No entendía a qué te referías. Oí un clic rabioso justo después de que hablaras. Supongo que sería el auricular de los Pye, colgado con energía blasfema. Bueno, dejemos a los Pye. Como dice la señora Rachel, «Pye fueron siempre y Pye seguirán siendo, por los siglos de los siglos, amén». Quiero hablar de cosas más agradables. Ya está decidido dónde va a estar mi nuevo hogar.

—¡Ah, Ana, dónde! Espero de verdad que sea cerca de aquí.

—No-o-o, ese es el inconveniente. Gilbert se va a instalar en el puerto de Four Winds, a casi cien kilómetros de aquí.

—¡Cien kilómetros! Lo mismo daría que fuesen mil —suspiró Diana —. Yo ya no puedo alejarme de casa más allá de Charlottetown.

—Tendrás que venir a Four Winds. Es el puerto más hermoso de la Isla. Hay un pueblecito llamado Glen St. Mary en la cabecera, y el doctor David Blythe lleva ejerciendo allí cincuenta años. Es el tío abuelo de Gilbert, ¿sabes? Va a retirarse, y Gilbert se hará cargo de su consulta. El doctor Blythe conservará su casa, eso sí, así que tendremos que buscarnos una vivienda propia. Todavía no sé cuál será, ni dónde estará en realidad, pero ya tengo en mi imaginación una casita de ensueño completamente amueblada..., un diminuto y encantador castillo en España.

—¿Adónde vais a ir de viaje de novios? —preguntó Diana.

—A ningún sitio. No pongas esa cara de horror, Diana, cielo. Me recuerdas a la señora Harmon Andrews. Ella, sin duda, comentará con aire de condescendencia que la gente que no puede permitirse «viajes» de boda hace bien en no hacerlos; y luego me recordará que Jane se fue a Europa en el suyo. Yo quiero pasar *mi* luna de miel en Four Winds, en mi propia y querida casa de ensueño.

—¿Y has decidido no llevar damas de honor?

—No hay a quién llevar. Tú, y Phil, y Priscilla, y Jane os adelantasteis todas a mí en eso de casaros; y Stella está dando clases en Vancouver. No tengo ninguna otra «alma gemela», y no pienso llevar de dama de honor a quien no lo sea.

—Pero llevarás velo, ¿verdad? —preguntó Diana, angustiada.

—Sí, desde luego que sí. No me sentiría una novia sin él. Me acuerdo de que le dije a Matthew, aquella tarde en que me trajo a Tejas Verdes, que yo nunca esperaba llegar a ser novia, porque era tan fea que nadie iba a querer casarse conmigo..., a no ser algún misionero extranjero. Por entonces yo tenía la idea de que los misioneros extranjeros no podían permitirse el lujo de ser exigentes con el físico, si querían encontrar una chica dispuesta a arriesgar la vida entre caníbales. Tendrías que haber visto al misionero extranjero con el que se casó Priscilla. Era tan guapo e inescrutable como aquellos sueños con los que una vez planeamos casarnos nosotras mismas, Diana; era el hombre mejor vestido que he

conocido en mi vida, y hablaba maravillas de la «belleza etérea y dorada» de Priscilla. Pero claro, en Japón no hay caníbales.

—Tu vestido de novia es una preciosidad, en fin —suspiró Diana con arrobo—. Vas a parecer una auténtica reina con él..., eres tan alta y esbelta. ¿Cómo te las *arreglas* para estar tan delgada, Ana? Yo cada vez estoy más gorda..., pronto no me va a quedar ni rastro de cintura.

—Lo de estar gorda o delgada parece cosa de predestinación —dijo Ana—. En cualquier caso, la señora Harmon Andrews no puede decirte a ti lo que me dijo a mí cuando volví de Summerside: «Bueno, Ana, sigues estando igual de flaca que siempre». Suena bastante romántico eso de ser «esbelta», pero «flaca» tiene un regusto muy distinto.

—La señora Harmon ha estado hablando de tu ajuar. Reconoce que es tan bonito como el de Jane, aunque dice que Jane se casó con un millonario y tú solo te casas con un «pobre médico joven que no tiene ni un céntimo a su nombre».

Ana se echó a reír.

—Mis vestidos *sí* que son bonitos. A mí me encantan las cosas bonitas. Me acuerdo del primer vestido bonito que tuve..., el de gloria color castaño que Matthew me regaló para el concierto del colegio. Antes de eso, todo lo que yo tenía era tan feo... Me pareció, aquella noche, que entraba en un mundo nuevo.

—Esa fue la noche en que Gilbert recitó «Bingen del Rin» y te miró al decir: «Hay otra, que *no* es una hermana». Y tú te pusiste furiosa porque él se guardó tu rosa de papel de seda rosa en el bolsillo del pecho. En aquel entonces no te imaginabas ni remotamente que acabarías casándote con él.

—Bueno, ese es otro caso de predestinación —rió Ana, mientras bajaban juntas la escalera de la buhardilla.

Capítulo 2. La casa de ensueño

Había más agitación en el aire de Tejas Verdes que en toda su historia. Hasta Marilla estaba tan excitada que no podía evitar que se le notara..., lo cual rayaba en lo fenomenal.

—Nunca ha habido una boda en esta casa —dijo, casi disculpándose, a la señora Rachel Lynde—. Cuando yo era niña oí decir a un viejo pastor que una casa no era un verdadero hogar hasta que la habían consagrado un nacimiento, una boda y una muerte. Aquí hemos tenido muertes: mi padre y mi madre murieron en esta casa, igual que Matthew; y hasta hemos tenido un nacimiento. Hace mucho, poco después de mudarnos a esta casa, tuvimos por una temporada a un mozo casado, y su mujer tuvo aquí a su hijo. Pero nunca antes ha habido una boda. Da tanta impresión de raro pensar que Ana se va a casar. En cierto modo, para mí sigue siendo la niña que Matthew trajo a esta casa hace catorce años. No consigo hacerme a la idea de que ya es toda una mujer. Nunca olvidaré lo que sentí cuando vi que Matthew traía a una *niña*. Me pregunto qué habrá sido del niño que nos habrían mandado si no hubiera habido un error. Me pregunto cuál habrá sido *su* suerte.

—Bueno, fue un error afortunado —dijo la señora Rachel Lynde—, aunque, fíjate, hubo un tiempo en que yo no lo veía así..., aquella tarde en que subí a ver a Ana y nos montó la escena que nos montó. Desde entonces han cambiado muchas cosas, y eso es lo que hay.

La señora Rachel suspiró, y luego volvió a animarse. Cuando había bodas de por medio, la señora Rachel estaba dispuesta a dejar que el pasado enterrase a sus muertos.

—Le voy a regalar a Ana dos de mis colchas de urdimbre de algodón —prosiguió—. Una de rayas de tabaco y otra de hojas de manzano. Me dice que están volviendo a ponerse muy de moda. Bueno, esté de moda o no, no creo que haya nada más bonito para la cama de un cuarto de invitados que una buena colcha de hojas de manzano, y eso es lo que hay. Tengo que ver lo de blanquearlas. Las he tenido guardadas en sacos de algodón desde que murió Thomas, y no me cabe duda de que tendrán un color espantoso. Pero aún queda un mes, y el rocío hace maravillas para blanquear.

¡Solo un mes! Marilla suspiró y luego dijo con orgullo:

—Yo le voy a dar a Ana esas seis alfombras trenzadas que tengo en la buhardilla. Nunca pensé que las fuera a querer..., son tan pasadas de moda, y ahora nadie parece querer otra cosa que alfombras de gancho. Pero me las pidió..., dijo que las prefería a cualquier otra cosa para el suelo de su casa. *Sí* que son bonitas. Las hice con los mejores retales, y las trencé en tiras. Me hicieron mucha compañía estos últimos inviernos. Y le voy a hacer conserva de ciruela azul suficiente para llenarle la despensa de mermeladas para todo un año. Es curioso, la verdad. Aquellos ciruelos azules llevaban tres años sin dar ni una sola flor, y yo pensaba que lo mismo daba cortarlos. Y esta última primavera se cubrieron de blanco, y dieron una cosecha de ciruelas como no recuerdo haber visto nunca en Tejas Verdes.

—Bueno, gracias a Dios que Ana y Gilbert al final sí que se van a casar. Es lo que siempre he pedido en mis oraciones —dijo la señora Rachel, con el tono de quien tiene la cómoda certeza de que sus oraciones han servido de mucho—. Fue un gran alivio saber que, después de todo, ella no pensaba quedarse con el joven de Kingsport. Era rico, desde luego, y Gilbert es pobre..., al menos, para empezar; pero, en fin, es un chico de la Isla.

—Es Gilbert Blythe —dijo Marilla, satisfecha. Marilla habría preferido morirse antes que poner en palabras el pensamiento que siempre le rondaba, en el fondo de la mente, cada vez que había mirado a Gilbert desde niño: el pensamiento de que, de no haber sido por su propia y terca soberbia, hacía ya tanto tiempo, él podría haber sido *su* hijo. Marilla sentía que, de alguna manera extraña, aquel matrimonio con Ana venía a enmendar aquel viejo error. Del mal de la antigua amargura había salido un bien.

En cuanto a Ana, era tan feliz que casi le daba miedo. Los dioses, según la vieja superstición, no gustan de ver a los mortales demasiado felices. Lo que sí es cierto es que algunos seres humanos tampoco gustan de verlo. Dos de esa calaña cayeron sobre Ana una tarde violeta y se aplicaron, en la medida de sus posibilidades, a pinchar la pompa de jabón, tornasolada como un arcoíris, de su satisfacción. Si ella creía que se llevaba un premio de valor especial con el joven doctor Blythe, o si se figuraba que él seguía tan prendado de ella como pudo estarlo en sus años mozos, era sin duda deber de aquellas dos poner el asunto ante sus ojos bajo otra luz. Y, sin embargo, aquellas dos dignas señoras no eran enemigas de Ana; al contrario, le tenían verdadero cariño, y la habrían defendido como a su propia cría si otro se hubiera atrevido a atacarla. La naturaleza humana no está obligada a ser coherente.

La señora Inglis —de soltera Jane Andrews, por citar textualmente al Daily Enterprise— vino con su madre y con la señora Jasper Bell. Pero en Jane la leche de la bondad humana no se había agriado con años de rencillas matrimoniales. Su suerte había caído en lugares agradables. A pesar de que, como diría la señora Rachel Lynde, se había casado con un millonario, su matrimonio había sido feliz. La riqueza no la había echado a perder. Seguía siendo la Jane plácida, afable y de mejillas sonrosadas de siempre, del viejo cuarteto, alegrándose de la felicidad de su vieja amiga y tan vivamente interesada en todos los deliciosos detalles del ajuar de Ana como si este pudiera rivalizar con sus propios esplendores de seda y joyas. Jane no era brillante, y probablemente en toda su vida no había dicho jamás nada que mereciera la pena escuchar; pero tampoco

había dicho nunca nada que hiriese los sentimientos de nadie..., lo cual será un talento negativo, pero no deja de ser uno raro y envidiable.

—Conque Gilbert no te falló al final —dijo la señora Harmon Andrews, procurando dar a su tono un cierto matiz de sorpresa—. Bueno, los Blythe suelen cumplir su palabra una vez que la han dado, pase lo que pase. A ver... tú tienes veinticinco años, ¿verdad, Ana? Cuando yo era joven, los veinticinco eran la primera curva del camino. Pero tú aparentas ser bastante joven. Las pelirrojas siempre lo parecen.

—El pelo rojo está muy de moda ahora —dijo Ana, tratando de sonreír, aunque hablando con cierta frialdad. La vida le había desarrollado un sentido del humor que la ayudaba a superar muchas dificultades; pero, hasta la fecha, nada había logrado blindarla contra una alusión a su pelo.

—Así es, así es —concedió la señora Harmon—. Nunca se sabe qué rarezas se le van a ocurrir a la moda. Bueno, Ana, tus cosas son muy bonitas, y muy propias de tu posición en la vida, ¿verdad, Jane? Espero que seas muy feliz. Tienes mis mejores deseos, desde luego. Un noviazgo largo pocas veces sale bien. Pero, claro, en tu caso no había forma de evitarlo.

—Gilbert parece muy joven para ser médico. Me temo que la gente no va a tenerle mucha confianza —dijo la señora Jasper Bell con aire sombrío. Luego cerró la boca con firmeza, como quien ya ha dicho lo que consideraba su deber decir y tiene la conciencia tranquila. Pertenecía a esa clase de mujeres que siempre llevan una pluma negra y desflecada en el sombrero y mechones de pelo sueltos en la nuca.

El placer superficial de Ana por sus bonitas galas de novia quedó momentáneamente ensombrecido; pero las profundidades de su felicidad no podían verse así perturbadas, y los pequeños aguijonazos de las señoras Bell y Andrews quedaron olvidados cuando, más tarde, llegó Gilbert, y juntos bajaron paseando hasta

los abedules del arroyo, que eran aún jóvenes retoños cuando Ana llegó a Tejas Verdes, y que ahora eran altas columnas de marfil en un palacio de hadas de crepúsculo y estrellas. Bajo su sombra, Ana y Gilbert hablaron, como hablan los enamorados, de su nuevo hogar y de su nueva vida juntos.

—He encontrado un nido para nosotros, Ana.

—¡Oh! ¿Dónde? No en el mismo pueblo, espero. Eso no me gustaría del todo.

—No. No había ninguna casa disponible en el pueblo. Es una casita blanca a la orilla del puerto, a mitad de camino entre Glen St. Mary y la punta de Four Winds. Está un poco apartada, pero cuando pongamos el teléfono eso ya no importará tanto. El emplazamiento es precioso. Mira hacia la puesta de sol y tiene delante el gran puerto azul. Las dunas de arena no quedan muy lejos: los vientos del mar soplan sobre ellas y las salpica el rocío marino.

—Pero la casa en sí, Gilbert..., *nuestro* primer hogar. ¿Cómo es?

—No muy grande, pero grande de sobra para nosotros. Abajo hay un salón espléndido con chimenea, y un comedor con vistas al puerto, y un cuartito que me servirá de consulta. Tiene unos sesenta años... es la casa más vieja de Four Winds. Pero la han mantenido en bastante buen estado, y hace unos quince años la reformaron por completo: la retejaron, la enlucieron y le pusieron suelo nuevo. Ya de por sí estaba bien construida. Tengo entendido que había cierta historia romántica relacionada con su construcción, pero el hombre a quien se la alquilé no la conocía.

—Dijo que el capitán Jim era el único que aún sabía contar esa vieja historia.

—¿Quién es el capitán Jim?

—El farero de la punta de Four Winds. Te va a encantar ese faro de Four Winds, Ana. Es giratorio, y destella como una estrella magnífica entre los crepúsculos. Lo vemos desde las ventanas del salón y desde la puerta principal.

—¿De quién es la casa?

—Bueno, ahora es propiedad de la iglesia presbiteriana de Glen St. Mary, y se la alquilé a los administradores. Pero hasta hace poco perteneció a una señora ya muy anciana, la señorita Elizabeth Russell. Murió la pasada primavera, y como no tenía parientes cercanos, dejó su propiedad a la iglesia de Glen St. Mary. Sus muebles siguen en la casa, y compré la mayoría..., por cuatro perras, podría decirse, porque eran tan anticuados que los administradores habían perdido la esperanza de venderlos. Me da la impresión de que a la gente del Glen le gusta más el brocado de peluche y los aparadores con espejos y adornos. Pero los muebles de la señorita Russell son muy buenos, y estoy seguro de que te van a gustar, Ana.

—Hasta ahora, bien —dijo Ana, asintiendo con cauta aprobación —. Pero, Gilbert, no solo de muebles vive el hombre. Todavía no has mencionado una cosa muy importante. ¿Hay *árboles* alrededor de la casa?

—Montones, oh, dríada. Hay un gran abetal detrás, dos hileras de álamos lombardos a lo largo del camino, y un círculo de abedules blancos rodeando un jardín de lo más delicioso. Nuestra puerta principal da directamente al jardín, pero hay otra entrada: una portezuela colgada entre dos abetos. Las bisagras están en un tronco y el pestillo en el otro. Sus ramas forman un arco por encima.

—¡Ay, qué contenta estoy! No podría vivir en un sitio sin árboles..., algo esencial en mí se moriría de hambre. Bueno, después de eso, ya no tiene sentido preguntarte si hay algún arroyo cerca. *Eso* ya sería pedir demasiado.

—Pues sí que hay un arroyo..., y de hecho corta una esquina del jardín.

—Entonces —dijo Ana, con un largo suspiro de suprema satisfacción—, esta casa que has encontrado *es* mi casa de ensueño, y ninguna otra.

Capítulo 3. La tierra de los sueños

—¿Ya has decidido a quién vas a invitar a la boda, Ana? —preguntó la señora Rachel Lynde, mientras dobladillaba con aplicación unas servilletas de mesa—. Ya es hora de que mandes las invitaciones, aunque no sean más que informales.

—No pienso invitar a mucha gente —dijo Ana—. Solo queremos que nos vean casarnos quienes más queremos: la familia de Gilbert, el señor y la señora Allan, y el señor y la señora Harrison.

—Hubo un tiempo en que apenas habrías contado al señor Harrison entre tus amigos más queridos —dijo Marilla con sequedad.

—Bueno, no me sentí *muy* atraída hacia él la primera vez que nos vimos —reconoció Ana, riendo al recordarlo—. Pero el señor Harrison ha mejorado con el trato, y la señora Harrison es un encanto. Luego, claro, están la señorita Lavendar y Paul.

—¿Han decidido venir a la Isla este verano? Creía que se iban a Europa.

—Cambiaron de idea cuando les escribí que iba a casarme. Hoy he recibido carta de Paul. Dice que *tiene* que venir a mi boda, pase lo que pase con Europa.

—Ese niño siempre te idolatró —comentó la señora Rachel.

—Ese «niño» es ya un joven de diecinueve años, señora Lynde.

—¡Cómo vuela el tiempo! —fue la brillante y original respuesta de la señora Lynde.

—Puede que Charlotta la Cuarta venga con ellos. Me mandó recado por medio de Paul de que vendría si su marido se lo permitía. Me pregunto si seguirá llevando esos lazos azules enormes, y si su marido la llama Charlotta o Leonora. Me encantaría tener a Charlotta en mi boda. Charlotta y yo estuvimos juntas en una boda hace ya mucho, mucho tiempo. Esperan estar en Echo Lodge la semana que viene. Luego están Phil y el reverendo Jo...

—Suena fatal oírte hablar así de un pastor, Ana —dijo la señora Rachel con severidad.

—Así lo llama su mujer.

—Pues entonces debería tener más respeto por su sagrado oficio —replicó la señora Rachel.

—Yo la he oído a usted criticar a los pastores con bastante dureza —se burló Ana.

—Sí, pero yo lo hago con reverencia —protestó la señora Lynde—. Nunca me has oído ponerle un *mote* a un pastor.

Ana ahogó una sonrisa.

—Bueno, están Diana y Fred, y el pequeño Fred y la pequeña Ana Cordelia... y Jane Andrews. Ojalá pudiera tener también a la señorita Stacey, a la tía Jamesina, a Priscilla y a Stella. Pero Stella está en Vancouver, Pris está en Japón, la señorita Stacey se ha casado y vive en California, y la tía Jamesina se ha ido a la India a conocer el campo de misión de su hija, a pesar del horror que le dan las serpientes. Es realmente terrible cómo se ha ido dispersando la gente por el mundo.

—El Señor nunca quiso que fuera así, y eso es lo que hay —dijo la señora Rachel con autoridad—. En mis tiempos, la gente crecía, se casaba y se establecía donde había nacido, o cerca de allí. Gracias a Dios que tú te has quedado en la Isla, Ana. Tenía miedo de que Gilbert se empeñara en irse corriendo al fin del mundo en cuanto acabara la carrera, y de que te arrastrara con él.

—Si todo el mundo se quedara donde nació, los sitios pronto se llenarían, señora Lynde.

—Ah, no pienso discutir contigo, Ana. *Yo* no soy licenciada. ¿A qué hora del día va a ser la ceremonia?

—Hemos decidido que sea a mediodía... en pleno mediodía, como dicen los cronistas de sociedad. Así nos dará tiempo a coger el tren de la tarde a Glen St. Mary.

—¿Y te casarás en la sala?

—No... a menos que llueva. Pensamos casarnos en el huerto, con el cielo azul sobre nosotros y el sol alrededor. ¿Sabes cuándo y dónde me gustaría casarme, si pudiera elegir? Sería al amanecer, un amanecer de junio, con una salida de sol gloriosa y las rosas floreciendo en los jardines; bajaría a escondidas a encontrarme con Gilbert y juntos iríamos hasta el corazón del hayedo, y allí, bajo las bóvedas verdes que serían como una catedral espléndida, nos casaríamos.

Marilla resopló con desdén y la señora Lynde puso cara de escándalo.

—Pero eso sería rarísimo, Ana. Vaya, si ni siquiera parecería legal. ¿Y qué diría la señora Harmon Andrews?

—Ahí está el problema —suspiró Ana—. Hay tantas cosas en la vida que no podemos hacer por miedo a lo que diría la señora Harmon Andrews. «Es verdad, es lástima; y es lástima que sea verdad.» ¡Qué cosas tan deliciosas podríamos hacer si no fuera por la señora Harmon Andrews!

—A veces, Ana, no estoy muy segura de entenderte del todo —se quejó la señora Lynde.

—Ana siempre ha sido romántica, ya lo sabes —dijo Marilla, como disculpándola.

—Bueno, lo más probable es que la vida de casada se lo cure —respondió la señora Rachel, en tono consolador.

Ana rió y escapó hacia el Sendero de los Enamorados, donde Gilbert la encontró; y ninguno de los dos pareció albergar mucho miedo, ni mucha esperanza, de que la vida de casados fuera a curarlos de su romanticismo.

La gente de Echo Lodge llegó la semana siguiente, y Tejas Verdes bullía de alegría con ellos. La señorita Lavendar había cambiado tan poco que los tres años transcurridos desde su última visita a la Isla bien podrían haber sido una vigilia de la noche; pero Ana se quedó boquiabierta de asombro ante Paul. ¿Podía ser aquel espléndido mozo de casi metro ochenta el pequeño Paul de sus tiempos de escuela en Avonlea?

—De verdad que me haces sentir vieja, Paul —dijo Ana—. ¡Vaya, si tengo que mirarte hacia arriba!

—Tú nunca envejecerás, Maestra —dijo Paul—. Eres una de esas mortales afortunadas que han encontrado y bebido de la Fuente de la Juventud... tú y mamá Lavendar. ¡Mira! Cuando te cases no *pienso* llamarte señora Blythe. Para mí siempre serás «Maestra», la maestra de las mejores lecciones que aprendí nunca. Quiero enseñarte una cosa.

La «cosa» era una cartera llena de poemas. Paul había puesto en verso algunas de sus hermosas fantasías, y los editores de las revistas no se habían mostrado tan poco receptivos como a veces se supone que son. Ana leyó los poemas de Paul con verdadero deleite. Estaban llenos de encanto y de promesa.

—Todavía llegarás a ser famoso, Paul. Siempre soñé con tener un alumno famoso. Iba a ser rector de universidad... pero un gran poeta es todavía mejor. Algún día podré presumir de haber azotado al insigne Paul Irving. Aunque, pensándolo bien, nunca te azoté, ¿verdad, Paul? ¡Qué ocasión perdida! Creo que sí te dejé sin recreo alguna vez.

—Puede que seas tú la que llegue a ser famosa, Maestra. He visto bastante de tu trabajo estos últimos tres años.

—No. Yo sé de lo que soy capaz. Sé escribir bonitos relatos fantasiosos que encantan a los niños y por los que los editores mandan cheques bien recibidos. Pero no sé hacer nada grande. Mi única posibilidad de inmortalidad terrena es un rincón en tus Memorias.

Charlotta la Cuarta había abandonado los lazos azules, pero sus pecas no habían disminuido de forma apreciable.

—Nunca pensé que fuera a rebajarme a casarme con un yanqui, señorita Shirley, señora —dijo—. Pero nunca se sabe lo que a una le espera, y no es culpa suya. Nació así.

—Tú también eres yanqui ahora, Charlotta, ya que te has casado con uno.

—¡Señorita Shirley, señora, *no* lo soy! ¡Y no lo sería aunque me casara con una docena de yanquis! Tom es majo, a su manera. Y además, pensé que más me valía no ponerme muy exigente, porque igual no tenía otra oportunidad. Tom no bebe y no rezonga porque tenga que trabajar entre comida y comida, y bien mirado, estoy satisfecha, señorita Shirley, señora.

—¿Te llama Leonora? —preguntó Ana.

—Por Dios, no, señorita Shirley, señora. No sabría ni a quién se refería si lo hiciera. Claro que, cuando nos casamos, él tuvo que decir «yo te tomo a ti, Leonora», y le confieso, señorita Shirley, señora, que desde entonces tengo la sensación más espantosa de que no era a mí a quien hablaba, y de que en realidad no me he casado como Dios manda. Así que usted también va a casarse, señorita Shirley, señora. Siempre pensé que me gustaría casarme con un médico. Sería tan práctico cuando los niños tuvieran sarampión o crup. Tom no es más que albañil, pero tiene muy buen carácter. Cuando le dije: «Tom, ¿puedo ir a la boda de la señorita Shirley? Pienso ir de todos modos, pero me gustaría tener tu consentimiento», él va y dice: «Haz lo que te convenga, Charlotta, que así me convendrás a mí». Ese sí que es un marido agradable de tener, señorita Shirley, señora.

Philippa y su reverendo Jo llegaron a Tejas Verdes la víspera de la boda. Ana y Phil tuvieron un encuentro arrebatado que pronto se apaciguó hasta convertirse en una charla íntima y acogedora sobre todo lo que había sido y todo lo que estaba por venir.

—Reina Ana, sigues tan regia como siempre. Yo me he quedado espantosamente delgada desde que llegaron los niños. Ya no soy ni la mitad de guapa; pero creo que a Jo le gusta así. Ya no hay tanto contraste entre los dos, ¿ves? Y ay, es sencillamente magnífico que vayas a casarte con Gilbert. Roy Gardner no habría servido en absoluto, en absoluto. Ahora lo veo claro, aunque en su momento me llevé un disgusto terrible. Ana, ¿sabes?, trataste a Roy fatal.

—Según tengo entendido, se ha recuperado —sonrió Ana.

—Ah, sí. Está casado, y su mujer es una cosita encantadora, y son perfectamente felices. Todo obra para bien. Eso lo dicen Jo y la Biblia, y los dos son autoridades bastante de fiar.

—¿Se han casado ya Alec y Alonzo?

—Alec sí, pero Alonzo no. ¡Cómo vuelven aquellos días tan queridos de Patty's Place cuando hablo contigo, Ana! ¡Qué bien lo pasábamos!

—¿Has estado en Patty's Place últimamente?

—Ah, sí, voy a menudo. La señorita Patty y la señorita Maria siguen sentadas junto a la chimenea, haciendo punto. Y eso me recuerda... te hemos traído un regalo de boda de su parte, Ana. Adivina qué es.

—No lo adivinaría nunca. ¿Cómo se enteraron de que iba a casarme?

—Ah, se lo dije yo. Estuve allí la semana pasada. Y se interesaron muchísimo. Hace dos días la señorita Patty me escribió una nota pidiéndome que fuera a verla, y entonces me preguntó si te llevaría su regalo. ¿Qué es lo que más desearías de Patty's Place, Ana?

—¿No irás a decirme que la señorita Patty me ha mandado sus perros de porcelana?

—Acertaste de pleno. Están ahora mismo en mi baúl. Y tengo una carta para ti. Espera un momento, que voy a buscarla.

«Querida señorita Shirley —había escrito la señorita Patty—: a Maria y a mí nos ha interesado muchísimo saber de sus próximas nupcias. Le enviamos nuestros mejores deseos. Maria y yo nunca nos hemos casado, pero no tenemos nada que objetar a que otras personas lo hagan. Le enviamos los perros de porcelana. Tenía intención de dejárselos en mi testamento, porque parecía tenerles sincero cariño. Pero Maria y yo esperamos vivir todavía bastante tiempo (D. V.), así que he decidido darle los perros mientras es usted joven. No habrá olvidado que Gog mira hacia la derecha y Magog hacia la izquierda.»

—Imagínate esos queridos perros viejos sentados junto a la chimenea de mi casa de ensueño —dijo Ana, arrobada—. Jamás esperé nada tan delicioso.

Aquella noche Tejas Verdes bullía con los preparativos para el día siguiente; pero, al anochecer, Ana se escabulló. Tenía que hacer una pequeña peregrinación en este último día de su soltería, y debía hacerla sola. Fue a la tumba de Matthew, en el pequeño cementerio de Avonlea sombreado de álamos, y allí guardó una cita silenciosa con los viejos recuerdos y los amores inmortales.

—Qué contento estaría mañana Matthew si estuviera aquí —susurró—. Pero creo que sí lo sabe y se alegra de ello... en algún otro lugar. He leído en alguna parte que «nuestros muertos nunca están muertos hasta que los hemos olvidado». Matthew nunca estará muerto para mí, porque jamás podré olvidarlo.

Dejó sobre la tumba las flores que había llevado y bajó despacio la larga cuesta. Era un atardecer apacible, lleno de luces y sombras deliciosas. Al oeste se extendía un cielo aborregado, teñido de carmesí y ámbar, con largas franjas de verde manzana entre las nubes. Más allá brillaba el resplandor trémulo de un mar bañado por

la puesta de sol, y desde la orilla leonada subía la voz incesante de muchas aguas. A su alrededor, envueltas en el hermoso y delicado silencio del campo, se extendían las colinas, los campos y los bosques que había conocido y amado durante tanto tiempo.

—La historia se repite —dijo Gilbert, uniéndose a ella cuando pasaba junto a la verja de los Blythe—. ¿Te acuerdas de nuestro primer paseo cuesta abajo, Ana? De hecho, nuestro primer paseo juntos de cualquier clase.

—Volvía a casa al anochecer, de la tumba de Matthew... y tú saliste por la verja; y yo me tragué el orgullo de años enteros y te hablé.

—Y todo el cielo se abrió ante mí —añadió Gilbert—. Desde ese momento empecé a mirar hacia el mañana con ilusión. Cuando te dejé en tu verja aquella noche y volví a casa a pie, era el muchacho más feliz del mundo. Ana me había perdonado.

—Creo que eras tú quien más tenía que perdonar. Yo fui una desgraciada desagradecida... y eso que aquel día me habías salvado la vida de verdad, en el estanque. ¡Cómo detesté al principio aquella carga de deberte algo! No merezco la felicidad que me ha tocado.

Gilbert rió y apretó más fuerte aquella mano de muchacha que llevaba su anillo. El anillo de compromiso de Ana era un aro de perlas. Se había negado a llevar un diamante.

—Nunca me han gustado de verdad los diamantes desde que descubrí que no eran de aquel morado precioso que yo había soñado. Siempre me recordarán mi antiguo desengaño.

—Pero las perlas son para las lágrimas, dice la vieja leyenda —había objetado Gilbert.

—Eso no me asusta. Y las lágrimas pueden ser tanto de alegría como de tristeza. Mis momentos más felices han sido aquellos en que tenía lágrimas en los ojos: cuando Marilla me dijo que podía quedarme en Tejas Verdes, cuando Matthew me regaló el primer vestido bonito que tuve en mi vida, cuando supe que ibas a curarte

de la fiebre. Así que dame perlas para nuestro anillo de compromiso, Gilbert, y aceptaré de buen grado la tristeza de la vida junto con su alegría.

Pero esta noche nuestros enamorados solo pensaban en la alegría, nunca en la tristeza. Porque el día siguiente era el de su boda, y su casa de ensueño los esperaba en la orilla brumosa y purpúrea del puerto de Four Winds.

Capítulo 4. La primera novia de Tejas Verdes

Ana se despertó la mañana de su boda y descubrió que el sol le guiñaba un ojo por la ventana de la buhardilla del porche, y que una brisa de septiembre retozaba con sus cortinas.

«Qué contenta estoy de que el sol vaya a brillar sobre mí», pensó feliz.

Recordó la primera mañana en que se había despertado en aquel cuartito del porche, cuando el sol se había colado hasta ella a través de la nevada de flores del viejo cerezo de la Reina de las Nieves. Aquel no había sido un despertar feliz, porque traía consigo el amargo desengaño de la noche anterior. Pero desde entonces, el cuartito se había vuelto entrañable y había quedado consagrado por años de sueños felices de infancia y visiones de muchacha. A él había vuelto con alegría tras todas sus ausencias; junto a su ventana se había arrodillado durante aquella noche de amarga angustia en que creyó que Gilbert se moría, y junto a ella se había sentado en muda felicidad la noche de su compromiso. Muchas vigilias de alegría, y alguna de dolor, se habían guardado allí; y hoy tenía que dejarlo para siempre. De ahora en adelante ya no sería suyo; Dora, que tenía quince años, lo heredaría cuando ella se hubiera ido. Y Ana no lo deseaba de otro modo; el cuartito era sagrado para la juventud y la niñez, para el pasado que hoy se cerraba antes de que se abriera el capítulo de la vida de casada.

Tejas Verdes fue una casa ajetreada y alegre aquella mañana. Diana llegó temprano, con el pequeño Fred y la pequeña Ana Cordelia, para echar una mano. Davy y Dora, los mellizos de Tejas Verdes, se llevaron a los pequeños al jardín en un santiamén.

—No dejéis que la pequeña Ana Cordelia se manche la ropa —advirtió Diana, inquieta.

—No hace falta que te preocupes por confiársela a Dora —dijo Marilla—. Esa niña es más sensata y cuidadosa que la mayoría de las madres que he conocido. Es realmente un prodigio en algunas cosas. Nada que ver con aquella otra alocada que yo crié.

Marilla sonrió a Ana por encima de la ensalada de pollo. Casi se podría sospechar que, después de todo, prefería a la alocada.

—Esos mellizos son unos niños estupendos —dijo la señora Rachel, cuando estuvo segura de que no podían oírla—. Dora es tan mujercita y tan servicial, y Davy se está haciendo un muchacho la mar de espabilado. Ya no es el terror de las travesuras que solía ser.

—Nunca en mi vida estuve tan aturdida como los primeros seis meses que pasó aquí —reconoció Marilla—. Después supongo que me acostumbré a él. Últimamente le ha dado fuerte por la granja, y quiere que le deje probar a llevarla el año que viene. Puede que lo haga, porque el señor Barry no cree que vaya a querer arrendarla mucho más tiempo, y habrá que buscar algún arreglo nuevo.

—Bueno, desde luego que tienes un día precioso para tu boda, Ana —dijo Diana, poniéndose un delantal voluminoso sobre su atavío de seda—. No podrías haber tenido uno mejor aunque lo hubieras encargado a Eaton's.

—Sí que sale demasiado dinero de esta Isla camino de ese Eaton's —dijo la señora Lynde, indignada. Tenía opiniones muy firmes sobre esos grandes almacenes voraces como pulpos, y nunca perdía ocasión de expresarlas—. Y en cuanto a esos catálogos suyos, ahora son la Biblia de las chicas de Avonlea, y eso es lo que hay. Se pasan los domingos con la nariz metida en ellos en lugar de estudiar las Sagradas Escrituras.

—Bueno, son estupendos para entretener a los niños —dijo Diana —. Fred y la pequeña Ana se pasan horas mirando los dibujos.

—*Yo* entretuve a diez hijos sin necesidad del catálogo de Eaton's —dijo la señora Rachel con severidad.

—Vamos, vosotras dos, no os peléis por el catálogo de Eaton's — dijo Ana, alegre—. Este es mi gran día, ¿sabéis? Estoy tan feliz que quiero que todo el mundo lo esté también.

—Espero de veras que tu felicidad dure, niña —suspiró la señora Rachel. Lo esperaba de verdad, y lo creía, pero temía que hacer alarde de la felicidad tan abiertamente fuera, por su propia naturaleza, un desafío a la Providencia. Por su propio bien, había que atemperar un poco esa dicha de Ana.

Pero fue una novia feliz y hermosa la que bajó aquel mediodía de septiembre por la vieja escalera alfombrada de tela casera: la primera novia de Tejas Verdes, esbelta y de ojos radiantes, envuelta en la bruma de su velo de soltera, con los brazos llenos de rosas. Gilbert, que la esperaba abajo en el vestíbulo, alzó hacia ella unos ojos de adoración. Por fin era suya, aquella Ana esquiva, tan largamente buscada, conquistada tras años de paciente espera. Era a él a quien se acercaba en la dulce entrega de la novia. ¿Era digno de ella? ¿Podría hacerla tan feliz como esperaba? Si le fallaba... si no llegaba a estar a la altura de lo que ella exigía de un hombre... Pero entonces, cuando ella le tendió la mano, sus miradas se encontraron y toda duda se disipó en una alegre certeza. Se pertenecían el uno al otro, y, fuera lo que fuese lo que la vida les deparara, eso nunca podría cambiarlo. Su felicidad estaba en manos del otro, y ninguno de los dos tenía miedo.

Se casaron bajo el sol del viejo huerto, rodeados de los rostros afectuosos y amables de amigos de toda la vida. El señor Allan los casó, y el reverendo Jo pronunció lo que la señora Rachel Lynde declararía después la «oración de boda más hermosa» que había oído jamás. Los pájaros no suelen cantar en septiembre, pero uno cantó dulcemente desde alguna rama escondida mientras Gilbert y

Ana repetían sus votos eternos. Ana lo oyó y se estremeció; Gilbert lo oyó, y solo se extrañó de que no hubieran estallado en canto jubiloso todos los pájaros del mundo; Paul lo oyó y más tarde escribió sobre ello un poema que fue de los más celebrados de su primer libro de versos; Charlotta la Cuarta lo oyó y quedó dichosamente segura de que auguraba buena suerte a su adorada señorita Shirley. El pájaro cantó hasta que terminó la ceremonia, y entonces remató con un trino pequeño, loco y alegre. Jamás había conocido la vieja casa gris verdosa, entre los huertos que la envolvían, una tarde más risueña ni más alegre. Se sirvieron todas las viejas bromas y ocurrencias que sin duda venían haciendo su papel en las bodas desde el Edén, y parecieron tan nuevas, brillantes y regocijantes como si jamás se hubieran pronunciado. Las risas y la alegría se salieron con la suya; y cuando Ana y Gilbert partieron para coger el tren de Carmody, con Paul de cochero, los mellizos estaban preparados con arroz y zapatos viejos, en cuyo lanzamiento Charlotta la Cuarta y el señor Harrison tomaron parte con denuedo. Marilla se quedó en la verja y siguió con la vista el coche hasta que se perdió al final del largo camino, entre sus taludes de vara de oro. Ana se volvió al llegar al final para decir su último adiós. Se había ido... Tejas Verdes ya no era su hogar; el rostro de Marilla parecía muy gris y envejecido cuando se volvió hacia la casa que Ana había llenado de luz y de vida durante catorce años, incluso en su ausencia.

Pero Diana y su prole, la gente de Echo Lodge y los Allan se habían quedado para ayudar a las dos ancianas a sobrellevar la soledad de aquella primera noche; y consiguieron pasar un ratito de cena tranquilo y agradable, sentados largo rato a la mesa, comentando todos los detalles del día. Mientras estaban allí sentados, Ana y Gilbert se apeaban del tren en Glen St. Mary.

Capítulo 5. La llegada al hogar

El doctor David Blythe había enviado su caballo y su calesa a recogerlos, y el chiquillo que la había traído se escabulló con una sonrisa cómplice, dejándolos con la delicia de conducir solos hacia su nuevo hogar a través de la tarde radiante.

Ana no olvidó nunca la belleza del paisaje que se abrió ante ellos cuando hubieron cruzado la colina situada detrás del pueblo. Su nuevo hogar no podía verse todavía, pero ante ella se extendía el puerto de Four Winds como un gran espejo resplandeciente de rosa y plata. A lo lejos distinguió su bocana, entre la barra de dunas de arena a un lado y un acantilado escarpado, alto y adusto, de arenisca roja, al otro. Más allá de la barra, el mar, sereno y austero, soñaba en la última luz de la tarde. El pequeño pueblo de pescadores, acurrucado en la cala donde las dunas se encontraban con la orilla del puerto, parecía un gran ópalo entre la bruma. El cielo, sobre ellos, era como una copa enjoyada de la que se derramaba el crepúsculo; el aire era fresco, cargado del sabor imperioso del mar, y todo el paisaje estaba impregnado de las sutilezas de un atardecer marino. Unas pocas velas tenues se deslizaban a lo largo de las orillas del puerto, ya en penumbra y vestidas de abetos. Una campana repicaba desde la torre de una iglesita blanca en la orilla opuesta; dulce y soñador, el tañido flotaba sobre el agua mezclado con el gemido del mar. La gran luz giratoria del acantilado, junto al canal, destellaba cálida y dorada contra el cielo despejado del norte: una estrella trémula y palpitante de buena

esperanza. Lejos, en el horizonte, se veía la cinta gris y rizada del humo de un vapor que pasaba.

—Oh, qué hermoso, qué hermoso —murmuró Ana—. Amaré Four Winds, Gilbert. ¿Dónde está nuestra casa?

—Todavía no se puede ver: la franja de abedules que sube desde esa calita la oculta. Está a unos tres kilómetros de Glen St. Mary, y hay otro kilómetro y medio más hasta el faro. No tendremos muchos vecinos, Ana. Solo hay una casa cerca de nosotros y no sé quién vive en ella. ¿Te sentirás sola cuando yo no esté?

—No, con esa luz y esa belleza por compañía. ¿Quién vive en esa casa, Gilbert?

—No lo sé. No tiene aspecto... exactamente... de que sus habitantes vayan a ser almas gemelas, ¿verdad, Ana?

La casa era un edificio grande y sólido, pintado de un verde tan vivo que el paisaje parecía deslucido por contraste. Detrás tenía un huerto, y delante un césped bien cuidado, pero había en ella, de algún modo, cierta desnudez. Tal vez fuera culpa de su pulcritud; toda la finca —casa, graneros, huerto, jardín, césped y camino— era de una pulcritud tan austera.

—No parece probable que alguien con ese gusto para la pintura pueda ser *muy* afín —reconoció Ana—, a menos que fuera un accidente, como nuestro vestíbulo azul. Al menos estoy segura de que allí no hay niños. Es más pulcra incluso que la vieja casa de los Copp, en el camino Tory, y nunca pensé que vería algo más pulcro que aquello.

No se habían cruzado con nadie en el camino húmedo y rojizo que serpenteaba junto a la orilla del puerto. Pero justo antes de llegar a la franja de abedules que ocultaba su hogar, Ana vio a una muchacha que conducía una bandada de gansos blancos como la nieve por la cresta de una colina verde y aterciopelada, a la derecha. Grandes abetos crecían allí, dispersos; entre sus troncos se vislumbraban retazos de campos de mies amarilla, destellos de dunas doradas y jirones de mar azul. La muchacha era alta y llevaba

un vestido de percal azul pálido. Caminaba con cierta elasticidad en el paso y una erguida gallardía de porte. Ella y sus gansos salieron por la cancela al pie de la colina justo cuando Ana y Gilbert pasaban. Se quedó allí, con la mano en el pestillo de la cancela, mirándolos fijamente, con una expresión que apenas llegaba al interés, pero que no descendía hasta la curiosidad. Por un instante fugaz le pareció a Ana que había en ella incluso un velado asomo de hostilidad. Pero fue la belleza de la muchacha lo que le arrancó a Ana un pequeño suspiro de asombro: una belleza tan acusada que habría llamado la atención en cualquier parte. Iba sin sombrero, pero unas pesadas trenzas de cabello bruñido, del color del trigo maduro, se enroscaban en torno a su cabeza como una diadema; sus ojos eran azules y de un brillo estelar; su figura, bajo el sencillo vestido de percal, era magnífica; y sus labios eran tan carmesíes como el ramillete de amapolas de un rojo sangre que llevaba prendido al cinto.

—Gilbert, ¿quién es la muchacha que acabamos de pasar? —preguntó Ana en voz baja.

—No me fijé en ninguna muchacha —dijo Gilbert, que solo tenía ojos para su esposa.

—Estaba junto a esa cancela... no, no mires atrás. Todavía nos está mirando. Nunca vi una cara tan hermosa.

—No recuerdo haber visto ninguna muchacha muy guapa por aquí. Hay chicas bonitas allá arriba, en el Glen, pero no creo que se las pueda llamar hermosas.

—Esta lo es. No puedes haberla visto, o la recordarías. Nadie podría olvidarla. Nunca vi una cara así, salvo en los cuadros. ¡Y su pelo! Me hizo pensar en la «cuerda de oro» y la «serpiente espléndida» de Browning.

—Probablemente sea alguna visitante de Four Winds, seguramente de ese gran hotel de veraneo al otro lado del puerto.

—Llevaba un delantal blanco y conducía gansos.

—Podría hacerlo por diversión. Mira, Ana... ahí está nuestra casa.

Ana miró, y por un rato se olvidó de la muchacha de ojos espléndidos y resentidos. La primera visión de su nuevo hogar fue una delicia para los ojos y para el espíritu: parecía una gran concha marina color crema, varada en la orilla del puerto. Las hileras de altos álamos lombardos que bordeaban el camino se recortaban, majestuosas, en silueta púrpura contra el cielo. Detrás, resguardando el jardín del aliento demasiado vivo de los vientos marinos, se alzaba un bosque de abetos nebuloso, donde el viento podía componer toda suerte de músicas extrañas y embrujadoras. Como todos los bosques, parecía guardar y envolver secretos en sus recovecos, secretos cuyo encanto solo se conquista entrando en ellos y buscándolos con paciencia. Por fuera, sus oscuros brazos verdes los mantenían inviolados, a salvo de ojos curiosos o indiferentes.

Los vientos nocturnos empezaban su danza salvaje más allá de la barra, y la aldea de pescadores, al otro lado del puerto, se cuajaba de luces como de pedrería cuando Ana y Gilbert subieron por el camino de los álamos. La puerta de la casita se abrió, y un cálido resplandor de hogar parpadeó hacia el crepúsculo. Gilbert bajó a Ana de la calesa y la condujo hasta el jardín, por la cancela pequeña entre los abetos de puntas rojizas, y luego por el pulcro sendero rojo hasta el escalón de arenisca.

—Bienvenida a casa —susurró él, y, de la mano, cruzaron juntos el umbral de su casa de ensueño.

Capítulo 6. El capitán Jim

«El viejo doctor Dave» y «la señora doctora Dave» habían bajado a la casita a recibir a los recién casados. El doctor Dave era un anciano corpulento y jovial, de barba blanca, y la señora doctora, una mujercita pulcra, de mejillas sonrosadas y cabello plateado, que abrazó a Ana contra su corazón nada más verla, en el sentido literal y en el figurado.

—Me alegro tanto de verte, querida. Debes de estar rendida. Tenemos preparada una cena ligera, y el capitán Jim te ha traído unas truchas. Capitán Jim... ¿dónde estará? Ah, habrá salido a atender al caballo, supongo. Sube y quítate esas cosas de viaje.

Ana miraba a su alrededor con ojos vivos y admirados mientras seguía a la señora doctora Dave escaleras arriba. Le gustó muchísimo el aspecto de su nuevo hogar. Parecía tener el ambiente de Tejas Verdes y el sabor de sus viejas tradiciones.

—Creo que habría encontrado en la señorita Elizabeth Russell un alma gemela —murmuró cuando se quedó sola en su cuarto. Había en él dos ventanas: la buhardilla daba al puerto bajo, a la barra de arena y al faro de Four Winds.

Una ventana encantada, abierta a la espuma
de mares peligrosos, en tierras de hadas ya perdidas,

citó Ana en voz baja. La ventana del hastial daba a un vallecito del color de la mies, por el que corría un arroyo. A ochocientos metros arroyo arriba se alzaba la única casa a la vista: una vieja casa gris,

de planta irregular, rodeada de enormes sauces entre cuyas ramas se asomaban sus ventanas al crepúsculo, como ojos tímidos y buscadores. Ana se preguntó quién viviría allí; serían sus vecinos más cercanos, y esperó que fuesen buena gente. De pronto se sorprendió pensando en la hermosa muchacha de los gansos blancos.

—Gilbert cree que no es de aquí —reflexionó Ana—, pero yo estoy segura de que sí lo es. Había algo en ella que la hacía parte del mar, del cielo y del puerto. Four Winds corre por su sangre.

Cuando Ana bajó, Gilbert estaba de pie ante la chimenea, hablando con un desconocido. Los dos se volvieron cuando ella entró.

—Ana, este es el capitán Boyd. Capitán Boyd, mi esposa.

Era la primera vez que Gilbert decía «mi esposa» a alguien que no fuera la propia Ana, y por poco no estalló de orgullo al pronunciarlo. El viejo capitán tendió a Ana una mano nervuda; se sonrieron el uno al otro y fueron amigos desde ese instante. Alma gemela reconoció a alma gemela en un destello.

—Estoy realmente contento de conocerla, señora Blythe; y espero que sea usted tan feliz como lo fue la primera novia que llegó aquí. No puedo desearle nada mejor que *eso*. Pero su marido no me ha presentado exactamente bien. «Capitán Jim» es mi nombre de diario, y bien puede empezar llamándome así, porque de seguro acabará haciéndolo. De seguro que es usted una novia encantadora, señora Blythe. Mirarla a usted casi me hace sentir que acabo de casarme yo mismo.

Entre las risas que siguieron, la señora doctora Dave insistió al capitán Jim para que se quedara a cenar con ellos.

—Se lo agradezco de corazón. Será un verdadero placer, señora doctora. La mayor parte del tiempo como yo solo, con el reflejo de mi vieja jeta fea en el espejo de enfrente por toda compañía. No es a menudo que tengo ocasión de sentarme con dos damas tan dulces y hermosas.

Los cumplidos del capitán Jim podían parecer muy toscos sobre el papel, pero él los pronunciaba con una deferencia tan afable y delicada, de tono y de mirada, que la mujer a quien iban dirigidos sentía que se le ofrecía el tributo de una reina, a la manera de un rey.

El capitán Jim era un anciano de alma noble y ánimo sencillo, con una eterna juventud en los ojos y en el corazón. Tenía una figura alta y algo desgarbada, un tanto encorvada, pero que sugería una gran fuerza y resistencia; el rostro afeitado, hondamente surcado de arrugas y curtido por el sol; una espesa melena de cabello gris hierro que le caía hasta los hombros, y unos ojos notablemente azules y hundidos, que unas veces centelleaban, otras soñaban, y otras miraban hacia el mar con una añoranza inquisitiva, como quien busca algo precioso y perdido. Ana habría de aprender, un día, qué era lo que buscaba el capitán Jim.

No se podía negar que el capitán Jim era un hombre de facciones vulgares. Sus mandíbulas enjutas, su boca tosca y su frente cuadrada no estaban trazadas según las líneas de la belleza; y había atravesado muchas penalidades y pesares que habían dejado huella tanto en su cuerpo como en su alma; pero, aunque a primera vista Ana lo encontró vulgar, nunca volvió a pensar en ello: el espíritu que resplandecía a través de aquel tosco albergue lo embellecía por entero.

Se reunieron alegremente en torno a la mesa de la cena. El fuego del hogar ahuyentaba el frío de la tarde de septiembre, pero la ventana del comedor estaba abierta, y las brisas del mar entraban a su antojo. La vista era magnífica, y abarcaba el puerto y la extensión de las colinas bajas y purpúreas más allá. La mesa estaba colmada de las exquisiteces de la señora doctora, pero la pieza de resistencia era, sin duda, la gran fuente de truchas de mar.

—Pensé que le sabrían bien después del viaje —dijo el capitán Jim —. Están tan frescas como pueden estarlo unas truchas, señora Blythe. Hace dos horas todavía nadaban en el estanque del Glen.

—¿Quién está atendiendo el faro esta noche, capitán Jim? —preguntó el doctor Dave.

—El sobrino Alec. Lo entiende tan bien como yo. Bueno, ahora que lo pienso, me alegro de veras de que me hayas pedido que me quedara a cenar. Tengo verdadera hambre: hoy no comí gran cosa a mediodía.

—Creo que te mueres de hambre la mayor parte del tiempo, ahí abajo, en el faro —dijo la señora doctora Dave con severidad—. No te tomas la molestia de prepararte una comida decente.

—Ah, sí que me la tomo, señora doctora, sí que me la tomo —protestó el capitán Jim—. Si es que, por lo general, vivo como un rey. Anoche subí al Glen y me traje a casa un kilo de bistec. Pensaba darme hoy una buena comilona.

—¿Y qué fue del bistec? —preguntó la señora doctora Dave—. ¿Lo perdiste en el camino de vuelta?

—No. —El capitán Jim puso cara de circunstancias—. Justo a la hora de acostarme llegó un pobre chucho de mala traza pidiendo cobijo para la noche. Calculo yo que sería de algún pescador de la costa. No pude echar al pobre perro: tenía una pata herida. Así que lo encerré en el porche, con un saco viejo para que se tumbara, y me fui a la cama. Pero, no sé por qué, no pude dormir. Y pensándolo bien, caí en la cuenta de que el perro tenía cara de hambriento.

—Y te levantaste y le diste el bistec... *todo* el bistec —dijo la señora doctora Dave, con una especie de reproche triunfante.

—Bueno, es que no tenía nada más *que* darle —dijo el capitán Jim, disculpándose—. Nada que le importase a un perro, vamos. Calculo yo que sí que tenía hambre, porque se lo zampó en un par de bocados. Dormí de maravilla el resto de la noche, pero mi comida de hoy tuvo que ser más bien escasa: patatas, y el dedo señalando adonde debería haber estado la carne, como quien dice. El perro se marchó de vuelta a su casa esta mañana. Calculo yo que él no era vegetariano.

—¡Habráse visto, pasar hambre por un perro que no vale nada! —resopló la señora doctora.

—No sabes tú si no valdrá mucho para alguien —protestó el capitán Jim—. No *parecía* gran cosa, pero no hay que fiarse del aspecto para juzgar a un perro. Como yo mismo: por dentro, a lo mejor es una auténtica belleza. El Primer Oficial no le dio su aprobación, lo reconozco. Su lenguaje fue de lo más contundente. Pero el Primer Oficial es un prejuicioso. No sirve de nada fiarse de la opinión de un gato sobre un perro. En fin, que perdí mi comida, así que este banquete tan rico, en tan de-liciosa compañía, resulta de lo más agradable. Es una gran cosa tener buenos vecinos.

—¿Quién vive en la casa de los sauces, arroyo arriba? —preguntó Ana.

—La señora de Dick Moore —dijo el capitán Jim—, y su marido —añadió, como si se le ocurriera después.

Ana sonrió, y por el modo en que el capitán Jim lo había dicho se hizo una imagen mental de la señora de Dick Moore: evidentemente, una segunda señora Rachel Lynde.

—No tiene usted muchos vecinos, señora Blythe —prosiguió el capitán Jim—. Este lado del puerto está muy poco poblado. La mayor parte de la tierra pertenece al señor Howard, allá arriba, pasado el Glen, y él la alquila para pasto. El otro lado del puerto, en cambio, está lleno de gente... sobre todo de MacAllister. Hay toda una colonia de MacAllister: no se puede tirar una piedra sin darle a uno. El otro día estuve hablando con el viejo Leon Blacquiere. Ha estado trabajando en el puerto todo el verano. «Allí son casi todos MacAllister», me dijo. «Está Neil MacAllister, y Sandy MacAllister, y William MacAllister, y Alec MacAllister, y Angus MacAllister... y creo que hasta hay un MacAllister que es el mismísimo demonio».

—Casi hay tantos Elliott y Crawford como MacAllister —dijo el doctor Dave, cuando se apagaron las risas—. ¿Sabes, Gilbert? Los de este lado de Four Winds tenemos un viejo dicho: «Del engreimiento

de los Elliott, del orgullo de los MacAllister y de la vanagloria de los Crawford, líbranos, buen Señor».

—Aun así, hay mucha gente buena entre ellos —dijo el capitán Jim —. Navegué con William Crawford muchos años, y en coraje, resistencia y honradez, aquel hombre no tenía igual. Tienen sesera, los de ese lado de Four Winds. A lo mejor por eso es por lo que este lado se inclina tanto a meterse con ellos. Es raro, ¿verdad?, cómo parece que a la gente le sienta mal que uno nazca un poco más listo que los demás.

El doctor Dave, que llevaba cuarenta años enzarzado en su pelea con los del otro lado del puerto, se rió y no dijo más.

—¿Quién vive en esa casa de un verde esmeralda tan vivo, como a ochocientos metros carretera arriba? —preguntó Gilbert.

El capitán Jim sonrió, encantado.

—La señorita Cornelia Bryant. Seguramente vendrá pronto a verlos, ya que son ustedes presbiterianos. Si fueran metodistas, no vendría en absoluto. Cornelia tiene verdadero horror a los metodistas.

—Es todo un personaje —rió por lo bajo el doctor Dave—. ¡Una enemiga de los hombres empedernida donde las haya!

—¿Uvas verdes? —preguntó Gilbert, riendo.

—No, no son uvas verdes —respondió el capitán Jim con seriedad —. Cornelia pudo elegir a quien quisiera cuando era joven. Todavía hoy le basta con decir una palabra para ver saltar a los viejos viudos. Lo que pasa es que nació con una especie de manía crónica contra los hombres y los metodistas. Tiene la lengua más afilada y el corazón más bondadoso de todo Four Winds. Allí donde hay una desgracia, ahí está esa mujer, haciendo todo lo posible por ayudar del modo más tierno. Nunca dice una palabra dura de otra mujer, y si le gusta cardarnos un poco a los pobres granujas de los hombres, calculo yo que nuestros viejos pellejos curtidos pueden aguantarlo.

—Siempre habla bien de ti, capitán Jim —dijo la señora doctora.

—Sí, eso me temo. No me gusta nada. Me hace sentir que debe de haber en mí algo así como poco natural.

Capítulo 7. La novia del maestro

—¿Quién fue la primera novia que llegó a esta casa, capitán Jim? —preguntó Ana, mientras estaban sentados alrededor de la chimenea después de cenar.

—¿Formaba parte de esa historia que dicen que tiene que ver con esta casa? —preguntó Gilbert—. Alguien me dijo que usted sabía contarla, capitán Jim.

—Pues sí, la conozco. Calculo yo que soy el único que queda vivo en Four Winds capaz de recordar a la novia del maestro tal como era cuando llegó a la Isla. Lleva treinta años muerta, pero era de esas mujeres que no se olvidan.

—Cuéntenosla —suplicó Ana—. Quiero saberlo todo sobre las mujeres que han vivido en esta casa antes que yo.

—Pues no han sido más que tres: Elizabeth Russell, la señora de Ned Russell y la novia del maestro. Elizabeth Russell era una criatura simpática y despierta, y la señora de Ned también era buena mujer. Pero ninguna de las dos fue nunca como la novia del maestro.

—El maestro se llamaba John Selwyn. Vino del Viejo Continente a enseñar en la escuela del Glen cuando yo tenía dieciséis años. No se parecía en nada a la calaña de naufragios que solían venir por entonces a la Isla del Príncipe Eduardo a dar clase. La mayoría eran unos tipos listos y borrachos que enseñaban a los niños a leer, escribir y hacer cuentas cuando estaban serenos, y los zurraban cuando no lo estaban. Pero John Selwyn era un mozo fino y de

buena planta. Se alojaba en casa de mi padre, y él y yo nos hicimos compañeros, aunque me llevaba diez años. Leíamos, paseábamos y hablábamos un montón juntos. Calculo yo que se sabía toda la poesía que se había escrito nunca, y me la recitaba por la orilla al atardecer. A mi padre le parecía una pérdida de tiempo terrible, pero lo aguantaba a su manera, con la esperanza de que se me quitaran las ganas de hacerme a la mar. Pues eso nada podía quitármelo: mi madre venía de una estirpe de gente de mar, y lo llevaba yo en la sangre. Pero me encantaba oír leer y recitar a John. Ha pasado casi sesenta años, y todavía podría repetir kilómetros de versos que aprendí de él. ¡Casi sesenta años!

El capitán Jim guardó silencio un instante, con la mirada perdida en las brasas, en busca de los tiempos idos. Luego, con un suspiro, retomó su relato.

—Recuerdo una tarde de primavera en que me lo encontré por los arenales. Tenía un aire como transportado, mismamente como lo tenía usted, doctor Blythe, cuando trajo esta noche a la señora Blythe. En cuanto lo vi a usted, pensé en él. Y me contó que tenía una novia allá en su tierra, y que venía a reunirse con él. A mí no me hizo ni la mitad de gracia, que era yo entonces un mocoso egoísta de mala uva; pensé que ya no sería tan amigo mío cuando ella llegara. Pero tuve la decencia de no dejárselo ver. Me contó todo sobre ella. Se llamaba Persis Leigh, y habría venido con él de no ser por su tío viejo. Estaba enfermo, y él la había cuidado a ella cuando le murieron los padres, y ella no quería dejarlo. Y ahora el tío había muerto, y ella venía a casarse con John Selwyn. No era viaje fácil para una mujer en aquellos tiempos. No había vapores, no lo olvide usted.

—¿Cuándo la espera usted? —le digo yo.

—Se embarca en el Royal William el veinte de junio —va y dice él —, así que debería llegar a mediados de julio. Tengo que poner a Carpenter Johnson a construirle una casa. Su carta llegó hoy. Supe antes de abrirla que traía buenas noticias. La vi hace unas noches.

—No lo entendí, y luego me lo explicó, aunque tampoco entendí mucho mejor aquello. Dijo que tenía un don... o una maldición. Esas fueron sus palabras, señora Blythe: un don o una maldición. Él mismo no sabía cuál de las dos cosas era. Dijo que una tatarabuela suya lo había tenido, y que por eso la quemaron por bruja. Dijo que le entraban unos trances raros —trances, creo que los llamaba— de cuando en cuando. ¿Existen esas cosas, doctor?

—Hay personas ciertamente propensas a los trances —respondió Gilbert—. El asunto es más de investigación psíquica que de medicina. ¿Cómo eran los trances de ese John Selwyn?

—Como sueños —dijo el viejo doctor con escepticismo.

—Decía que veía cosas en ellos —dijo el capitán Jim despacio.

—Fíjense que les cuento nada más lo que decía *él*: cosas que estaban pasando, cosas que *iban* a pasar. Decía que a veces le eran un consuelo y a veces un horror. Cuatro noches antes de esto había tenido uno: le entró estando sentado, mirando el fuego. Y vio una habitación vieja que conocía bien, en Inglaterra, y a Persis Leigh en ella, tendiéndole las manos, con cara de alegría y felicidad. Así que supo que iba a tener buenas noticias de ella.

—Un sueño, un sueño —se burló el viejo doctor.

—Probable, probable —concedió el capitán Jim—. Eso mismo le dije *yo* entonces. Era mucho más tranquilizador pensarlo así. No me gustaba nada la idea de que viera cosas de esas; daba mucho repelús.

—No —va y dice él—, no lo soñé. Pero no hablemos más de esto. No serás tan amigo mío si piensas mucho en ello.

Le dije que nada podía hacerme menos amigo suyo. Pero él se limitó a menear la cabeza y va y dice, dice él:

—Muchacho, ya lo sé. Ya he perdido amigos antes por esto. No se lo reprocho. Hay veces en que ni yo mismo me tengo mucha simpatía por ello. Un poder así tiene algo de divino, y quién sabe si de una divinidad buena o de una mala. Y los mortales nos

apartamos todos de un contacto demasiado estrecho con Dios o con el diablo.

—Esas fueron sus palabras. Las recuerdo como si fuera ayer, aunque no sabía yo bien qué quería decir. ¿Qué se figura usted que quería decir, doctor?

—Dudo que él mismo lo supiera —dijo el doctor Dave con aspereza.

—Creo que lo entiendo —susurró Ana. Escuchaba con su vieja postura de siempre, los labios apretados y los ojos brillantes. El capitán Jim se permitió una sonrisa de admiración antes de proseguir su relato.

—Bueno, pronto se supo en todo el Glen y en Four Winds que la novia del maestro venía en camino, y todos se alegraron, que le tenían mucho cariño. Y todo el mundo se interesó por su casa nueva: *esta* casa. Escogió este sitio porque desde aquí se ve el puerto y se oye el mar. Hizo el jardín de ahí fuera para su novia, aunque los álamos lombardos no los plantó él; *esos* los plantó la señora de Ned Russell. Pero hay una doble hilera de rosales en el jardín que plantaron allí las niñas de la escuela del Glen para la novia del maestro. Decía él que eran rosados por sus mejillas, blancos por su frente y rojos por sus labios. De tanto citar poesía, calculo yo que se le pegó también la costumbre de hablarla.

—Casi todo el mundo le mandó algún regalito para ayudar a amueblar la casa. Cuando llegaron los Russell eran gente de posibles y la amueblaron a lo grande, como pueden ver; pero los primeros muebles que hubo aquí eran bien sencillos. Aun así, esta casita era rica en amor. Las mujeres mandaron colchas, manteles y toallas, y un hombre le hizo un arcón, y otro una mesa, y así. Hasta la tía Margaret Boyd, que ya estaba ciega, le tejió una cestita con esa hierba olorosa de los arenales. La mujer del maestro la usó años y años para guardar los pañuelos.

—Pues bien, al fin todo estuvo listo, hasta los troncos en la chimenea grande, dispuestos para encenderla. No era exactamente

esta chimenea, aunque estaba en el mismo sitio. La señorita Elizabeth mandó poner esta cuando reformó la casa, hace ya quince años. Aquella era una chimenea grande, a la antigua, donde se podía asar un buey entero. Cuántas veces me habré sentado aquí a contar historias, igual que esta noche.

De nuevo hubo un silencio, mientras el capitán Jim mantenía una cita fugaz con visitantes que Ana y Gilbert no podían ver: la gente que se había sentado con él alrededor de aquella chimenea en los años desvanecidos, con el júbilo y la alegría de la boda brillando en ojos que hacía tiempo se habían cerrado para siempre bajo el césped del cementerio o bajo leguas de mar en movimiento. Aquí, en noches de antaño, los niños se habían lanzado risas de un lado a otro. Aquí, en tardes de invierno, se habían reunido los amigos. Aquí hubo baile, música y bromas. Aquí soñaron los mozos y las mozas. Para el capitán Jim, la casita estaba habitada por formas que reclamaban ser recordadas.

—La casa se terminó el uno de julio. Desde entonces el maestro se puso a contar los días. Lo veíamos pasear por la orilla, y nos decíamos unos a otros: «Ya no tardará en llegar.»

—Se la esperaba a mediados de julio, pero no llegó entonces. Nadie se alarmó todavía. Los barcos se retrasaban a menudo días, y hasta semanas. El Royal William llevaba una semana de retraso, y luego dos, y luego tres. Y al fin empezamos a asustarnos, y la cosa fue a peor. Al final no soportaba yo mirar a los ojos a John Selwyn. ¿Sabe usted, señora Blythe? —el capitán Jim bajó la voz— que solía pensar que debían de tener la misma mirada que su tatarabuela cuando la estaban quemando viva. Él apenas hablaba, pero daba clase como un hombre en sueños, y luego corría a la orilla. Muchas noches paseó allí de anochecido a amanecido. La gente decía que estaba perdiendo el juicio. Todos habían perdido ya la esperanza; el Royal William llevaba ocho semanas de retraso. Era ya mediados de septiembre, y la novia del maestro no había llegado... y pensábamos que ya nunca llegaría.

—Vino entonces una gran tormenta que duró tres días, y la tarde en que amainó bajé a la orilla. Encontré allí al maestro, apoyado con los brazos cruzados contra una roca grande, con la mirada perdida en el mar.

—Le hablé, pero no contestó. Sus ojos parecían estar mirando algo que yo no podía ver. Tenía el rostro rígido, como el de un muerto.

—¡John... John! —lo llamé, así, mismamente como un niño asustado—, despierta... despierta.

—Aquella mirada extraña y terrible pareció como que se le fue borrando de los ojos.

—Volvió la cabeza y me miró. Nunca he olvidado su cara... y no la olvidaré hasta que me embarque para el último viaje.

—Todo está bien, muchacho —va y dice—. He visto al Royal William doblando la Punta Este. Estará aquí al amanecer. Mañana por la noche me sentaré con mi novia junto a mi propio hogar.

—¿Cree usted que de verdad lo vio? —preguntó el capitán Jim de pronto.

—Dios lo sabrá —dijo Gilbert con dulzura—. El gran amor y el gran dolor pueden alcanzar prodigios que no conocemos.

—Estoy segura de que lo vio —dijo Ana con convicción.

—Paparruchas —dijo el doctor Dave, aunque con menos convicción de la habitual.

—Porque, verán —dijo el capitán Jim con solemnidad—, el Royal William entró en el puerto de Four Winds al amanecer del día siguiente.

—Toda la gente del Glen y de la orilla estaba en el muelle viejo para recibirlo. El maestro llevaba toda la noche vigilando allí. Cómo vitoreamos cuando lo vimos remontar el canal.

Al capitán Jim le brillaban los ojos. Estaban mirando el puerto de Four Winds de sesenta años atrás, con un viejo barco maltrecho

navegando entre el esplendor del amanecer.

—¿Y Persis Leigh iba a bordo? —preguntó Ana.

—Sí, ella y la mujer del capitán. Habían tenido una travesía espantosa, tormenta tras tormenta, y hasta se les acabaron las provisiones. Pero allí estaban, al fin. Cuando Persis Leigh puso el pie en el muelle viejo, John Selwyn la tomó en sus brazos, y la gente dejó de vitorear y se puso a llorar. Yo también lloré, aunque, fíjense, tardé años en admitirlo. ¿No es curioso lo mucho que les avergüenzan las lágrimas a los muchachos?

—¿Era hermosa Persis Leigh? —preguntó Ana.

—Pues no sé yo que se la pudiera llamar hermosa, exactamente... no... lo sé —dijo el capitán Jim despacio—. No se llegaba una a preguntar si era o no guapa. Sencillamente, no importaba. Tenía algo tan dulce y tan cautivador que una no podía menos que quererla, eso es todo. Pero daba gusto mirarla: unos ojos grandes, claros, color avellana, y una melena castaña y brillante, y una piel muy inglesa. A John y a ella los casaron en casa de mis padres aquella misma noche, al encender las velas; vino gente de cerca y de lejos a verlo, y luego los trajimos a todos aquí abajo. La señora Selwyn encendió el fuego, y nos fuimos y los dejamos aquí sentados, tal como John lo había visto en aquella visión suya. ¡Cosa rara, cosa rara! Pero he visto yo un montón tremendo de cosas raras en mi vida.

El capitán Jim meneó la cabeza con aire sabio.

—Es una historia preciosa —dijo Ana, sintiendo que por una vez había tenido todo el romance que podía desear—. ¿Cuánto tiempo vivieron aquí?

—Quince años. Yo me hice a la mar poco después de que se casaran, granuja joven que era. Pero cada vez que volvía de un viaje venía aquí derecho, antes incluso que a mi propia casa, a contárselo todo a la señora Selwyn. ¡Quince años felices! Tenían los dos como un talento para la felicidad. Hay gente así, si se han fijado ustedes. No podían ser desdichados mucho tiempo, pasara lo que pasara.

Reñían de vez en cuando, que los dos tenían su genio. Pero la señora Selwyn me dijo una vez, riendo con esa gracia suya: «Cuando John y yo reñíamos me sentía fatal, pero en el fondo era muy feliz, porque tenía un marido tan bueno con quien reñir y con quien hacer las paces.» Luego se mudaron a Charlottetown, y Ned Russell compró esta casa y trajo aquí a su novia. Eran una pareja alegre y joven, tal como los recuerdo. La señorita Elizabeth Russell era hermana de Alec. Vino a vivir con ellos un año o así más tarde, y también era criatura alegre. Las paredes de esta casa deben de estar empapadas de risas y de buenos tiempos. Es usted la tercera novia que veo llegar aquí, señora Blythe... y la más hermosa.

El capitán Jim se las arregló para dar a su piropo, grande como un girasol, la delicadeza de una violeta, y Ana lo lució con orgullo. Estaba en su mejor momento aquella noche, con la rosa de novia en las mejillas y la luz del amor en los ojos; hasta el viejo y hosco doctor Dave le dedicó una mirada de aprobación, y le dijo a su mujer, camino de casa, que aquella pelirroja del muchacho tenía su cosa de belleza.

—Tengo que volver al faro —anunció el capitán Jim—. He disfrutado esta velada de un modo tremendo.

—Tiene que venir a vernos a menudo —dijo Ana.

—Me pregunto si me haría usted esa invitación si supiera lo dispuesto que estoy a aceptarla —comentó el capitán Jim con sorna.

—Que es otra manera de decir que se pregunta usted si lo digo en serio —sonrió Ana—. Lo digo, «palabra de honor», como decíamos en la escuela.

—Entonces vendré. Va usted a tener que aguantarme a cualquier hora. Y me sentiré orgulloso de que bajen ustedes también a visitarme de cuando en cuando. Por lo general no tengo con quien hablar más que con el Primer Oficial, bendito sea su corazón sociable. Es un oyente estupendo, y ha olvidado más de lo que ha sabido nunca ningún MacAllister de todos ellos, pero de conversador tiene poco. Ustedes son jóvenes y yo soy viejo, pero nuestras almas

tienen más o menos la misma edad, calculo yo. Los dos somos de la raza que conoce a José, como diría Cornelia Bryant.

—¿La raza que conoce a José? —se extrañó Ana.

—Sí. Cornelia divide a toda la gente del mundo en dos clases: la raza que conoce a José y la raza que no la conoce. Si alguien más o menos ve las cosas igual que tú, y tiene más o menos las mismas ideas sobre las cosas, y el mismo gusto para las bromas, pues entonces es de la raza que conoce a José.

—Ah, ya entiendo —exclamó Ana, iluminándose de pronto.

—Es lo que yo llamaba, y sigo llamando entre comillas, «almas gemelas».

—Eso mismo, eso mismo —asintió el capitán Jim—. Eso somos nosotros, sea lo que sea *eso*. Cuando entró usted esta noche, señora Blythe, me dije a mí mismo, digo: «Sí, esta es de la raza que conoce a José.» Y me alegré mucho, porque si no fuera así no habríamos podido disfrutar de veras el uno de la compañía del otro. La raza que conoce a José es la sal de la tierra, calculo yo.

La luna acababa de salir cuando Ana y Gilbert acompañaron a la puerta a sus invitados. El puerto de Four Winds empezaba a convertirse en algo de ensueño, de hechizo y de encantamiento: un refugio embrujado donde ninguna tempestad pudiera jamás desatarse. Los álamos lombardos, a lo largo del sendero, altos y sombríos como las formas sacerdotales de alguna cofradía mística, tenían las puntas plateadas.

—Siempre me han gustado los álamos lombardos —dijo el capitán Jim, señalándolos con su brazo largo—. Son los árboles de las princesas. Ya no están de moda. La gente se queja de que se secan por arriba y quedan desmañados. Y así es, así es, como no se arriesgue uno el pescuezo cada primavera subiendo a una escalera ligera para podarlos. Yo siempre se lo hacía a la señorita Elizabeth, para que sus lombardos no anduvieran nunca desharrapados. Les tenía especial cariño. Le gustaba su dignidad y su despego. *Esos* no

se juntan con cualquiera. Si de compañía se trata, señora Blythe, los arces; pero si de sociedad, los lombardos.

—Qué noche tan hermosa —dijo la señora doctora Dave, mientras subía al calesín del doctor.

—Casi todas las noches son hermosas —dijo el capitán Jim—. Pero he de reconocer que la luz de la luna sobre Four Winds me hace preguntarme qué le va a quedar al cielo. La luna es gran amiga mía, señora Blythe. La quiero desde que tengo memoria. Cuando era un chiquillo de ocho años me quedé dormido en el jardín una tarde, y no me echaron en falta. Me desperté ya de noche, y me llevé un susto de muerte. ¡Qué sombras y qué ruidos tan raros había! No me atrevía a moverme. Me quedé agazapado, temblando, pobre criatura pequeña. Parecía que no había nadie más en el mundo que yo, y que el mundo era enorme. Entonces, de pronto, vi la luna mirándome entre las ramas del manzano, igual que una vieja amiga. Me consolé al instante. Me levanté y anduve hasta la casa, valiente como un león, mirándola a ella. Muchas noches la he contemplado desde la cubierta de mi barco, en mares muy lejos de aquí. ¿Por qué no me dicen ustedes de una vez que cierre la boca y me vaya a casa?

Las risas de las despedidas se fueron apagando. Ana y Gilbert pasearon de la mano por su jardín. El arroyo que cruzaba la esquina se rizaba, cristalino, en la sombra de los abedules. Las amapolas a lo largo de sus orillas eran como copas poco hondas de luz de luna. Las flores que habían plantado las manos de la novia del maestro esparcían su dulzura en el aire umbrío, como la belleza y la bendición de sagrados ayeres. Ana se detuvo en la penumbra a coger un ramillete.

—Me encanta oler las flores en la oscuridad —dijo—. Así se les coge el alma. Ay, Gilbert, esta casita es todo lo que había soñado que fuera. ¡Y qué contenta estoy de que no seamos los primeros en tener aquí nuestra cita de novios!

Capítulo 8. La señorita Cornelia Bryant viene de visita

Aquel septiembre fue, en el puerto de Four Winds, un mes de nieblas doradas y brumas violáceas: un mes de días bañados de sol y de noches que nadaban en luz de luna o palpitaban de estrellas. Ninguna tormenta lo estropeó, ningún viento áspero sopló. Ana y Gilbert pusieron en orden su nido, vagaron por la orilla, navegaron por el puerto, salieron en calesa por Four Winds y el Glen, o por los caminos umbríos y apartados de los bosques que rodeaban la cabecera del puerto; en fin, tuvieron una luna de miel que cualquier enamorado del mundo les habría envidiado.

—Si la vida se detuviera aquí mismo, ya habría merecido la pena, solo por estas cuatro últimas semanas, ¿verdad? —dijo Ana—. Supongo que nunca volveremos a tener cuatro semanas tan perfectas... pero las *hemos tenido*. Todo, el viento, el tiempo, la gente, la casa de ensueño, se ha confabulado para que nuestra luna de miel fuera deliciosa. Ni siquiera ha llovido un solo día desde que llegamos.

—Y no hemos reñido ni una sola vez —bromeó Gilbert.

—Bueno, «ese es un placer tanto mayor cuanto más se aplaza» —citó Ana—. Qué contenta estoy de que decidiéramos pasar aquí nuestra luna de miel. Sus recuerdos pertenecerán siempre a este lugar, a nuestra casa de ensueño, en vez de andar dispersos por sitios extraños.

Había cierto sabor a romance y aventura en la atmósfera de su nuevo hogar que Ana nunca había encontrado en Avonlea. Allí, aunque había vivido a la vista del mar, este no había entrado nunca de forma íntima en su vida. En Four Winds la rodeaba y la llamaba sin cesar. Desde cada ventana de su nuevo hogar veía algún aspecto distinto de él. Su murmullo obsesivo le sonaba siempre en los oídos. Cada día subían barcos por el puerto hasta el muelle del Glen, o salían de nuevo a través del atardecer, rumbo a puertos que podían estar a medio mundo de distancia. Los barcos de pesca bajaban el canal con las velas blancas por las mañanas, y volvían cargados al anochecer. Marineros y gente de mar recorrían los caminos rojos y sinuosos del puerto, alegres y satisfechos. Había siempre cierta sensación de que algo iba a suceder, de aventuras y partidas hacia lo desconocido. Los caminos de Four Winds eran menos formales, menos asentados y rutinarios que los de Avonlea; vientos de cambio soplaban sobre ellos; el mar llamaba siempre a quienes vivían en la costa, y hasta los que no respondían a su llamada sentían su emoción, su inquietud, su misterio y sus posibilidades.

—Ahora entiendo por qué algunos hombres tienen que hacerse a la mar —dijo Ana—. Ese deseo que a todos nos asalta a veces, «navegar más allá del confín del ocaso», tiene que ser muy imperioso cuando nace dentro de uno. No me extraña que el capitán Jim se escapara por eso. Nunca veo un barco salir del canal, ni una gaviota planear sobre la barra, sin desear estar a bordo del barco, o tener alas, no como la paloma, «para volar lejos y hallar reposo», sino como la gaviota, para lanzarme derecha al corazón mismo de la tormenta.

—Tú te vas a quedar aquí conmigo, Ana mía —dijo Gilbert perezosamente—. No pienso dejar que te vayas volando de mi lado al corazón de las tormentas.

Estaban sentados en el umbral de piedra arenisca roja, a última hora de la tarde. Grandes remansos de calma los envolvían por tierra, mar y cielo. Gaviotas plateadas planeaban sobre ellos. Los horizontes estaban recamados de largas hebras de nubes frágiles y

rosadas. El aire silencioso estaba tejido con el murmullo susurrante de vientos y olas trovadorescos. Los ásteres pálidos se mecían en los prados agostados y brumosos que los separaban del puerto.

—Supongo que los médicos que tienen que pasarse la noche en vela cuidando de un enfermo no se sienten muy aventureros —dijo Ana con indulgencia—. Si anoche hubieras dormido bien, Gilbert, estarías tan dispuesto como yo para un vuelo de la imaginación.

—Anoche hice un buen trabajo, Ana —dijo Gilbert con calma—. Con la ayuda de Dios, salvé una vida. Es la primera vez que puedo decir eso de verdad. En otros casos puede que ayudara; pero, Ana, si no me hubiera quedado anoche en casa de los Allonby, luchando cuerpo a cuerpo con la muerte, aquella mujer no habría llegado viva a la mañana. Probé un experimento que sin duda nunca se había probado antes en Four Winds. Dudo que se hubiera probado nunca en ningún sitio fuera de un hospital. Era una técnica nueva en el hospital de Kingsport el invierno pasado. Nunca me habría atrevido a intentarlo aquí de no haber estado absolutamente seguro de que no había otra posibilidad. Me arriesgué, y salió bien. Como resultado, una buena esposa y madre se salva para largos años de felicidad y de vida útil. Al volver a casa esta mañana, mientras el sol salía sobre el puerto, di gracias a Dios por haber elegido esta profesión. Había librado una buena batalla y la había ganado; piensa en ello, Ana, *ganado*, contra el Gran Destructor. Es lo que soñaba con hacer hace tiempo, cuando hablábamos de lo que queríamos hacer con nuestra vida. Ese sueño mío se cumplió esta mañana.

—¿Ha sido ese el único de tus sueños que se ha cumplido? —preguntó Ana, que sabía perfectamente cuál sería la sustancia de su respuesta, pero quería volver a oírla.

—*Tú* ya lo sabes, Ana mía —dijo Gilbert, sonriéndole a los ojos. En aquel momento había, sin duda, dos personas perfectamente felices sentadas en el umbral de una casita blanca a orillas del puerto de Four Winds.

Al poco, Gilbert dijo, cambiando de tono: —¿Veo o no veo un barco de alto bordo, a toda vela, remontando nuestro sendero?

Ana miró y se puso en pie de un salto.

—Tiene que ser la señorita Cornelia Bryant o la señora Moore, que vienen de visita —dijo.

—Yo me voy a la consulta, y si es la señorita Cornelia te aviso de que voy a escuchar a escondidas —dijo Gilbert—. Por todo lo que he oído sobre la señorita Cornelia, deduzco que su conversación no será aburrida, cuando menos.

—Puede que sea la señora Moore.

—No creo que la señora Moore tenga esas trazas. El otro día la vi trabajando en su jardín, y, aunque estaba demasiado lejos para verla bien, me pareció más bien delgada. Y no parece muy sociable, cuando todavía no te ha visitado, siendo tu vecina más próxima.

—Entonces no debe de parecerse a la señora Lynde, o la curiosidad ya la habría traído —dijo Ana—. Esta visita es, creo, la señorita Cornelia.

Era, en efecto, la señorita Cornelia; y no venía, además, a hacer una de esas breves visitas de rigor tras la boda. Traía su labor bajo el brazo, en un paquete considerable, y cuando Ana le pidió que se quedara, se quitó enseguida su amplio sombrero de sol, que se había sostenido en su cabeza, pese a las irreverentes brisas de septiembre, gracias a una cinta elástica bien prieta bajo el duro moñito de su pelo rubio. ¡Nada de alfileres de sombrero para la señorita Cornelia, si te parece! Las gomas elásticas le habían bastado a su madre, y le bastaban a ella. Tenía una cara fresca, redonda, sonrosada y blanca, y unos ojos castaños jovialísimos. No se parecía en nada a la solterona tradicional, y había algo en su expresión que se ganó a Ana al instante. Con su vieja e instintiva rapidez para reconocer almas gemelas, supo que la señorita Cornelia le iba a caer bien, pese a ciertas rarezas de opinión inciertas, y a ciertas rarezas de atuendo bien ciertas.

Nadie sino la señorita Cornelia se habría presentado de visita ataviada con un delantal a rayas azules y blancas y una bata de percal color chocolate, sembrada de un dibujo de enormes rosas rosadas. Y nadie sino la señorita Cornelia habría logrado parecer digna y correctamente vestida con aquello. Si la señorita Cornelia hubiera entrado en un palacio a visitar a la novia de un príncipe, habría estado igual de digna e igual de dueña por completo de la situación. Habría arrastrado su volante sembrado de rosas por los suelos de mármol con la misma despreocupación, y habría procedido con la misma calma a sacar a la princesa de cualquier idea de que poseer a un simple hombre, fuera príncipe o fuera aldeano, tuviera nada de lo que presumir.

—He traído mi labor, señora Blythe, querida —comentó, desenrollando un delicado tejido—. Tengo prisa por terminar esto, y no hay tiempo que perder.

Ana miró con cierta sorpresa la prenda blanca extendida sobre el amplio regazo de la señorita Cornelia. Era, sin duda, un vestidito de bebé, y estaba hecho con gran primor, con volantitos y alforzas minúsculas. La señorita Cornelia se ajustó las gafas y se puso a bordar con puntadas exquisitas.

—Esto es para la señora de Fred Proctor, allá arriba, en el Glen —anunció—. Está esperando su octavo hijo de un día para otro, y no tiene ni una prenda lista para él. Los otros siete gastaron todo lo que hizo para el primero, y ella nunca ha tenido tiempo, ni fuerzas, ni ánimo para hacer más. Esa mujer es una mártir, señora Blythe, ¡créeme! Cuando se casó con Fred Proctor, *yo* ya sabía cómo iba a acabar aquello. Era de esos hombres perversos y fascinantes. En cuanto se casó, dejó de ser fascinante y se quedó solo con lo de perverso. Bebe y descuida a su familia. ¿No es muy de hombre? No sé cómo se las arreglaría la señora Proctor para tener a sus hijos decentemente vestidos si no fuera por la ayuda de sus vecinas.

Como Ana habría de aprender más tarde, la señorita Cornelia era la única vecina que se tomaba en serio la molestia de que los pequeños Proctor anduvieran decentes.

—Cuando me enteré de que venía este octavo, decidí hacerle algunas cositas —prosiguió la señorita Cornelia—. Esta es la última, y quiero terminarla hoy.

—Es preciosa, desde luego —dijo Ana—. Voy a por mi costura, y haremos una pequeña reunión de labores entre las dos. Cose usted primorosamente, señorita Bryant.

—Sí, soy la que mejor cose de toda la comarca —dijo la señorita Cornelia con toda naturalidad—. ¡Y bien que debería! Señor, he cosido más de lo que habría cosido con cien hijos propios, ¡créeme! Supongo que soy tonta, poniéndome a bordar a mano este vestido para un octavo hijo. Pero, Señor, señora Blythe, querida, la criatura no tiene la culpa de ser la octava, y me apetecía que tuviera un vestido de verdad bonito, como si de verdad se la esperara con ganas. Nadie quiere a la pobre criatura, así que le pongo un poco más de esmero en sus cositas, precisamente por eso.

—Cualquier niño podría estar orgulloso de ese vestido —dijo Ana, sintiendo con más fuerza aún que la señorita Cornelia le iba a caer bien.

—Supongo que habrás pensado que no iba a venir nunca a visitarte —retomó la señorita Cornelia—. Pero este es el mes de la cosecha, ya sabes, y he andado atareada, con un montón de brazos extra por medio, que comen más de lo que trabajan, igual que los hombres. Habría venido ayer, pero fui al funeral de la señora de Roderick MacAllister. Al principio pensé que me dolía tanto la cabeza que no iba a poder disfrutarlo si iba. Pero tenía cien años, y yo siempre me había prometido que iría a su funeral.

—¿Fue un acto lucido? —preguntó Ana, reparando en que la puerta de la consulta estaba entornada.

—¿Qué dices? Ah, sí, fue un funeral tremendo. Tenía muchísima parentela. Hubo más de ciento veinte carruajes en la comitiva. Pasaron una o dos cosas graciosas. Pensé que me moría al ver al viejo Joe Bradshaw, que es un descreído y jamás pisa una iglesia, cantando «Seguro en los brazos de Jesús» con un gusto y un fervor

tremendos. Le encanta cantar, por eso no se pierde un funeral. La pobre señora Bradshaw no tenía muchas ganas de cantar, deslomada de tanto trabajar. El viejo Joe, de cuando en cuando, se propone comprarle un regalo, y le trae a casa alguna máquina agrícola nueva. ¿No es muy de hombre? Pero ¿qué se puede esperar de un hombre que nunca va a la iglesia, ni siquiera a una metodista? Me alegró mucho veros a ti y al joven doctor en la iglesia presbiteriana vuestro primer domingo. A mí que no me den un médico que no sea presbiteriano.

—El domingo pasado por la tarde estuvimos en la iglesia metodista —dijo Ana con malicia.

—Ah, supongo que el doctor Blythe tiene que ir de vez en cuando a la iglesia metodista, o si no no conseguiría la clientela metodista.

—Nos gustó mucho el sermón —declaró Ana con audacia—. Y me pareció que la oración del pastor metodista era una de las más hermosas que he oído nunca.

—Ah, no dudo que sepa rezar. Nunca oí a nadie hacer oraciones más hermosas que el viejo Simon Bentley, que siempre estaba borracho, o esperando estarlo, y cuanto más borracho estaba, mejor rezaba.

—El pastor metodista es muy apuesto —dijo Ana, para que lo oyera la puerta de la consulta.

—Sí, es muy decorativo —convino la señorita Cornelia—. Ah, y *muy* fino, muy de damas. Y se cree que toda chica que lo mira se enamora de él, ¡como si un pastor metodista, deambulando de aquí para allá como un judío errante, fuera semejante trofeo! Si tú y el joven doctor seguís *mi* consejo, no os relacionaréis mucho con los metodistas. Mi lema es: si *eres* presbiteriano, *sé* presbiteriano.

—¿No cree usted que los metodistas van al cielo igual que los presbiterianos? —preguntó Ana sin sonreír.

—Eso no nos toca decidirlo a *nosotras*. Está en manos más altas que las nuestras —dijo la señorita Cornelia con solemnidad—. Pero

no pienso relacionarme con ellos en esta tierra, hagamos lo que hagamos en el cielo. *Este* pastor metodista no está casado. El anterior sí lo estaba, y su mujer era la criatura más tonta y más frívola que he visto en mi vida. Le dije una vez a su marido que debería haber esperado a que creciera antes de casarse con ella. Me contestó que quería tener él mismo la tarea de criarla. ¿No fue muy de hombre?

—Es bastante difícil decidir cuándo la gente está *crecida* de verdad —rio Ana.

—Esa es una gran verdad, querida. Algunos nacen ya crecidos, y otros no han crecido a los ochenta años, ¡créeme! Esa misma señora de Roderick de la que hablaba nunca creció. Era igual de tonta a los cien años que a los diez.

—A lo mejor por eso vivió tanto —sugirió Ana.

—A lo mejor sí. *Yo* preferiría vivir cincuenta años sensatos que cien años necios.

—Pero piense qué mundo tan aburrido sería si todos fuéramos sensatos —adujo Ana.

La señorita Cornelia desdeñó cualquier escaramuza de epigramas frívolos.

—La señora de Roderick era una Milgrave, y los Milgrave nunca tuvieron mucho sentido. Su sobrino, Ebenezer Milgrave, estuvo años de la cabeza. Creía que estaba muerto, y se enfurecía con su mujer porque no lo enterraba. *Yo* lo habría enterrado.

La señorita Cornelia puso una cara tan sombríamente resuelta que Ana casi pudo verla con una pala en la mano.

—¿No conoce usted a *ningún* buen marido, señorita Bryant?

—Ah, sí, muchísimos, allá —dijo la señorita Cornelia, señalando con la mano por la ventana abierta hacia el pequeño cementerio de la iglesia, al otro lado del puerto.

—Pero ¿vivos... andando por ahí, en carne y hueso? —insistió Ana.

—Ah, hay alguno suelto, solo para demostrar que para Dios todo es posible —admitió la señorita Cornelia de mala gana—. No niego que algún hombre, aquí y allá, cazado joven y bien educado, y con una madre que lo haya zurrado a tiempo, puede llegar a ser un ser decente. *Tu* marido, por ejemplo, no está tan mal, dentro de lo que cabe en los hombres, por lo que he oído. Supongo —la señorita Cornelia miró a Ana con perspicacia por encima de las gafas— que crees que no hay nadie como él en el mundo.

—No lo hay —dijo Ana sin dudarlo.

—Ah, bueno, ya oí decir eso mismo a otra novia una vez —suspiró la señorita Cornelia—. Jennie Dean pensaba, cuando se casó, que no había nadie como *su* marido en el mundo. Y tenía razón: no lo había. Y menos mal, ¡créeme! Le hizo la vida imposible... y ya le hacía la corte a su segunda esposa mientras Jennie se estaba muriendo.

—¿No fue muy de hombre? En fin, espero que *tu* confianza esté mejor justificada, querida. El joven doctor está teniendo buena acogida. Al principio temí que no la tuviera, porque por aquí la gente siempre ha pensado que el viejo doctor Dave era el único médico del mundo. El doctor Dave no tenía mucho tacto, la verdad; se ponía siempre a hablar de sogas en casas donde alguien se había ahorcado. Pero la gente olvidaba sus sentimientos heridos en cuanto le dolía el estómago. Si hubiera sido pastor en vez de médico, nunca se lo habrían perdonado. El dolor del alma no preocupa a la gente ni la mitad que el dolor de estómago. Ya que las dos somos presbiterianas y no hay metodistas cerca, ¿me dirás con franqueza tu opinión sobre nuestro pastor?

—Pues... la verdad... yo... bueno —titubeó Ana.

La señorita Cornelia asintió con la cabeza.

—Exacto. Estoy de acuerdo contigo, querida. Nos equivocamos al llamarlo a él. Su cara parece una de esas losas alargadas y estrechas del cementerio, ¿verdad? Debería llevar «Sagrada memoria» escrito en la frente. Nunca olvidaré el primer sermón que predicó cuando

llegó. Trataba de que cada cual hiciera aquello para lo que estaba mejor dotado, un tema muy bueno, desde luego; ¡pero qué ejemplos ponía! Dijo: «Si tuvieran ustedes una vaca y un manzano, y ataran el manzano en el establo y plantaran la vaca en el huerto, patas arriba, ¿cuánta leche sacarían del manzano, o cuántas manzanas de la vaca?» ¿Has oído nunca cosa igual en tu vida, querida? Di gracias de que no hubiera metodistas ese día; no habrían acabado nunca de reírse. Pero lo que menos me gusta de él es su costumbre de darle la razón a todo el mundo, se diga lo que se diga. Si le dijeras «Es usted un canalla», él contestaría, con esa sonrisa suave suya: «Sí, así es.» Un pastor debería tener más carácter. En resumidas cuentas, lo tengo por un asno reverendo. Pero, claro está, esto queda entre tú y yo. Cuando hay metodistas delante lo pongo por las nubes. Algunos piensan que su mujer viste demasiado alegre, pero *yo* digo que, teniendo que vivir con una cara así, bien necesita algo que la anime. Nunca me oirás *a mí* condenar a una mujer por cómo viste. Solo me alegro cuando su marido no es demasiado tacaño para permitírselo. No es que a mí me preocupe mucho el vestir. Las mujeres se visten para agradar a los hombres, y yo nunca rebajaría a *eso*. He tenido una vida de lo más plácida y cómoda, querida, y es precisamente porque nunca me importó un comino lo que pensaran los hombres.

—¿Por qué odia usted tanto a los hombres, señorita Bryant?

—Señor, querida, no los odio. No merece la pena. Los desprecio un poco, nada más. Creo que *tu* marido me va a caer bien, si sigue como ha empezado. Pero, aparte de él, los únicos hombres del mundo que me sirven de algo son el viejo doctor y el capitán Jim.

—El capitán Jim sí que es espléndido, desde luego —convino Ana cordialmente.

—El capitán Jim es un buen hombre, pero de una cosa sí que me irrita. No *hay* manera de enfadarlo. Llevo veinte años intentándolo, y él sigue tan plácido. Eso sí que me saca de quicio. Y supongo que la mujer con la que debería haberse casado él acabó con un marido que se ponía hecho una furia dos veces al día.

—¿Quién era ella?

—Ah, no lo sé, querida. Nunca recuerdo que el capitán Jim le hiciera la corte a nadie. Ya andaba entrado en años desde que yo tengo memoria. Tiene setenta y seis, ¿sabes? Nunca oí ninguna razón para que se quedara soltero, pero tiene que haberla, ¡créeme! Navegó toda su vida hasta hace cinco años, y no hay rincón de la tierra donde no haya metido las narices. Él y Elizabeth Russell fueron grandes amigos toda su vida, pero nunca se les pasó por la cabeza cortejarse. Elizabeth nunca se casó, aunque tuvo ocasiones de sobra. Era una gran belleza de joven. El año en que el príncipe de Gales vino a la Isla, ella estaba de visita en casa de su tío en Charlottetown, y como él era funcionario del Gobierno, la invitaron al gran baile. Era la más bonita de todas las que había allí, y el príncipe bailó con ella, y todas las demás mujeres con las que no bailó se pusieron furiosas, porque su posición social era más alta que la de ella, y decían que no debería haberlas pasado por alto. Elizabeth siempre estuvo muy orgullosa de aquel baile. Las malas lenguas decían que por eso nunca se casó: que ya no podía conformarse con un hombre corriente después de bailar con un príncipe. Pero no era así. Ella misma me contó una vez el motivo: que tenía tal genio que temía no poder vivir en paz con ningún hombre. *Tenía* un genio terrible, la verdad; a veces tenía que subir arriba y morder trozos de su cómoda para contenerse. Pero yo le dije que eso no era motivo para no casarse, si eso era lo que quería. No hay ninguna razón por la que debamos dejar que los hombres tengan el monopolio del genio, ¿verdad, señora Blythe, querida?

—Yo también tengo mi genio —suspiró Ana.

—Menos mal, querida. Así no será ni la mitad de fácil que se aprovechen de ti, ¡créeme! Anda, cómo florece ese heliantemo dorado tuyo. Tu jardín tiene muy buen aspecto. La pobre Elizabeth siempre lo cuidó tanto.

—Me encanta —dijo Ana—. Me alegro de que esté tan lleno de flores a la antigua. Hablando de jardinería, queremos que alguien nos cave ese cuadrito de tierra más allá del bosquecillo de abetos y

nos lo plante de fresas. Gilbert anda tan ocupado que no va a tener tiempo este otoño. ¿Conoce usted a alguien a quien podamos contratar?

—Bueno, Henry Hammond, allá arriba, en el Glen, se dedica a esos trabajos por jornal. Puede que sirva. Siempre le interesa mucho más el jornal que el trabajo, como a cualquier hombre, y es tan corto de entendederas que se queda parado cinco minutos antes de caer en la cuenta de que ha dejado de trabajar. Su padre le tiró un tocón cuando era pequeño.

—Bonito proyectil, delicado donde los haya, ¿verdad? ¡Muy de hombre! Claro que el chico nunca se recuperó del todo. Pero es el único que le puedo recomendar. Me pintó la casa la primavera pasada. Ha quedado muy bien, ¿no te parece?

A Ana la salvó el reloj, que dio las cinco.

—Señor, ¿tan tarde es? —exclamó la señorita Cornelia—. ¡Cómo vuela el tiempo cuando una se lo pasa bien! Bueno, tengo que irme para casa.

—¡De ninguna manera! Se va a quedar a tomar el té con nosotros —dijo Ana con entusiasmo.

—¿Me lo pides porque crees que debes hacerlo, o porque de verdad lo deseas? —preguntó la señorita Cornelia.

—Porque de verdad lo deseo.

—Entonces me quedo. *Tú* eres de la raza que conoce a José.

—Sé que vamos a ser amigas —dijo Ana, con la sonrisa que solo veían quienes eran de la casa de la fe.

—Sí, lo seremos, querida. Gracias a Dios, a los amigos se los puede elegir. A los parientes hay que tomarlos como son, y darse con un canto en los dientes si no hay ningún pájaro de presidio entre ellos. No es que yo tenga muchos; ninguno más cercano que un primo segundo. Soy un alma un poco solitaria, señora Blythe.

Había una nota de melancolía en la voz de la señorita Cornelia.

—Me gustaría que me llamara Ana —exclamó Ana impulsivamente —. Sonaría más de familia. Todo el mundo en Four Winds, salvo mi marido, me llama señora Blythe, y me hace sentir como una forastera. ¿Sabe que su nombre está muy cerca de ser el que yo ansiaba de niña? Odiaba «Ana», y en mi imaginación me llamaba a mí misma «Cordelia».

—A mí me gusta Ana. Era el nombre de mi madre. Los nombres a la antigua son, en mi opinión, los mejores y más dulces. Si vas a preparar el té, podrías mandarme al joven doctor para que hable conmigo. Lleva tumbado en el sofá de esa consulta desde que llegué, muerto de risa con lo que he estado diciendo.

—¿Cómo lo sabía? —exclamó Ana, demasiado atónita ante aquella muestra de la inquietante clarividencia de la señorita Cornelia para atreverse a una negación cortés.

—Lo vi sentado a tu lado cuando subía por el sendero, y conozco las mañas de los hombres —replicó la señorita Cornelia—. Ya está, he terminado mi vestidito, querida, y el octavo hijo ya puede venir cuando le plazca.

Capítulo 9. Una velada en la punta de Four Winds

Ya era finales de septiembre cuando Ana y Gilbert pudieron por fin hacerle al faro de Four Winds la visita que le tenían prometida. Habían planeado ir muchas veces, pero siempre surgía algo que lo impedía. El capitán Jim, en cambio, se había «dejado caer» varias veces por la casita.

—Yo no me ando con ceremonias, señora Blythe —le dijo a Ana—. Es un verdadero placer para mí venir aquí, y no pienso privarme de ello solo porque ustedes no hayan bajado a verme. No debería haber ese regateo entre la raza que conoce a José. Yo vendré cuando pueda, y ustedes vengan cuando puedan, y mientras tengamos nuestra charlita agradable no importa un pito bajo qué tejado sea.

El capitán Jim le cogió gran cariño a Gog y Magog, que presidían los destinos del hogar en la casita con la misma dignidad y aplomo que habían tenido en Patty's Place.

—¿No son los bichejos más monos del mundo? —decía encantado; y los saludaba al llegar y se despedía de ellos al marcharse con la misma gravedad y la misma constancia con que saludaba a sus anfitriones. El capitán Jim no era hombre de ofender a las deidades del hogar por falta de reverencia y ceremonia.

—Ha dejado esta casita casi perfecta —le dijo a Ana—. Nunca estuvo tan bonita. La señora Selwyn tenía su mismo gusto, e hizo maravillas; pero la gente de entonces no tenía esas cortinitas tan

bonitas, ni esos cuadros, ni esas chucherías que tiene usted. En cuanto a Elizabeth, ella vivía en el pasado. Usted, por así decirlo, le ha traído el futuro. Yo sería feliz aunque no pudiéramos hablar en absoluto cuando vengo... con sentarme a mirarla a usted y sus cuadros y sus flores ya tendría bastante regalo. Es hermoso... hermoso.

El capitán Jim era un adorador apasionado de la belleza. Toda cosa hermosa que oía o veía le producía un gozo hondo, sutil, íntimo, que iluminaba su vida entera. Era muy consciente de su propia falta de belleza exterior, y lo lamentaba.

—La gente dice que soy bueno —comentó una vez con sorna—, pero a veces desearía que el Señor me hubiera hecho solo la mitad de bueno y hubiera puesto el resto en la planta. Pero, en fin, calculo yo que Él sabía lo que se traía entre manos, como buen Capitán que es. Alguno de nosotros tiene que ser feo, o las guapas... como la señora Blythe aquí presente... no lucirían tanto.

Una tarde, Ana y Gilbert bajaron por fin caminando hasta el faro de Four Winds. El día había empezado sombrío, entre nubes grises y bruma, pero terminaba con una pompa de escarlata y oro. Sobre las colinas del oeste, más allá del puerto, había honduras de ámbar y bajíos cristalinos, con el fuego del ocaso debajo. Al norte, un cielo aborregado de nubecillas doradas y encendidas. La luz roja llameaba sobre las velas blancas de un barco que se deslizaba canal abajo, rumbo a un puerto del sur, en una tierra de palmeras. Más allá, esa luz hería y encarnaba los rostros blancos, relucientes y sin hierba de las dunas. A la derecha, caía sobre la vieja casa entre los sauces, río arriba, y le prestaba por un instante fugaz ventanales más espléndidos que los de una vieja catedral. Resplandecían en medio de su quietud y su grisura como los pensamientos palpitantes, de un rojo de sangre, de un alma vívida presa en la torpe cáscara de su entorno.

—Esa vieja casa río arriba siempre parece tan solitaria —dijo Ana —. Nunca veo visitas allí. Claro que su camino da al camino de arriba... pero no creo que haya mucho ir y venir. Es raro que aún no

hayamos conocido a los Moore, viviendo a quince minutos a pie de nosotros. Puede que los haya visto en la iglesia, claro, pero de ser así no los reconocí. Siento que sean tan poco sociables, siendo nuestros únicos vecinos cercanos.

—Está claro que no son de la raza que conoce a José —rio Gilbert —. ¿Has averiguado ya quién era esa chica que te pareció tan hermosa?

—No. De algún modo nunca me he acordado de preguntar por ella. Pero no la he vuelto a ver por ninguna parte, así que supongo que sería una forastera. Ay, el sol acaba de desaparecer... y ahí está la luz.

Al espesarse el crepúsculo, el gran faro cortaba franjas de luz a través de él, barriendo en círculo los campos y el puerto, la barra de arena y el golfo.

—Siento como si fuera a atraparme y llevarme volando leguas mar adentro —dijo Ana, mientras un haz las empapaba de resplandor; y se sintió bastante aliviada cuando llegaron tan cerca de la Punta que quedaron dentro del alcance de aquellos destellos deslumbrantes y recurrentes.

Al doblar hacia el caminito que cruzaba los campos hasta la Punta, se cruzaron con un hombre que salía de él... un hombre de un aspecto tan extraordinario que por un momento ambos se quedaron mirándolo sin disimulo. Era una persona de muy buena planta: alto, de anchos hombros, de facciones bien marcadas, con nariz romana y ojos grises y francos; iba vestido con el traje dominical de un granjero próspero; hasta ahí, podría haber sido cualquier habitante de Four Winds o del Glen. Pero, cayéndole sobre el pecho casi hasta las rodillas, había un río de barba castaña y rizada; y por la espalda, bajo su vulgar sombrero de fieltro, le caía una cascada a juego de pelo castaño, grueso y ondulado.

—Ana —murmuró Gilbert, cuando ya estaban fuera del alcance del oído—, ¿no le pusiste a esa limonada que me diste antes de salir de casa un poco de lo que el tío Dave llama «la Ley Scott», verdad?

—No, no se lo puse —dijo Ana, ahogando la risa, no fuera a oírla el enigma que se alejaba—. ¿Quién demonios puede ser?

—No lo sé; pero si el capitán Jim guarda apariciones así en esta Punta, voy a llevar hierro frío en el bolsillo cuando venga por aquí. No era marinero, o se le podría perdonar la excentricidad del aspecto; debe de ser de los clanes del otro lado del puerto. El tío Dave dice que allí hay varios bichos raros.

—El tío Dave está un poco predispuesto, me parece. Ya sabes que toda la gente de allí que va a la iglesia del Glen parece muy agradable. Ay, Gilbert, ¿no es esto precioso?

El faro de Four Winds estaba construido en un espolón de acantilado de arenisca roja que se adentraba en el golfo. A un lado, cruzando el canal, se extendía la costa plateada de arena de la barra; al otro, se prolongaba una larga playa curva de acantilados rojos, que se alzaban a pico desde calas de guijarros. Era una costa que conocía la magia y el misterio de la tormenta y de las estrellas. Hay una gran soledad en costas así. Los bosques nunca están solos... están llenos de una vida susurrante, tentadora, amistosa. Pero el mar es un alma poderosa, que gime para siempre por alguna gran pena incompartible, que la encierra en sí misma por toda la eternidad. Nunca podemos traspasar su misterio infinito... solo podemos vagar, sobrecogidos y hechizados, por su franja más externa. Los bosques nos llaman con cien voces, pero el mar tiene una sola... una voz poderosa que ahoga nuestras almas en su música majestuosa. Los bosques son humanos, pero el mar es de la compañía de los arcángeles.

Ana y Gilbert encontraron al capitán Jim sentado en un banco a la puerta del faro, dando los últimos toques a una maravillosa goleta de juguete, de aparejo completo. Se levantó y les dio la bienvenida a su morada con esa cortesía apacible e inconsciente que tan bien le sentaba.

—Ha sido un día bastante bonito de principio a fin, señora Blythe, y ahora, ya al final, ha traído lo mejor. ¿Les gustaría sentarse aquí

fuera un rato, mientras dura la luz? Acabo de terminar este juguetito para mi sobrino nieto, Joe, allá arriba, en el Glen. Después de prometerle que se lo haría me quedé algo apesadumbrado, porque a su madre le sentó mal. Teme que más adelante quiera irse al mar, y no quiere que se le fomente la idea. Pero ¿qué podía hacer yo, señora Blythe? Se lo había *prometido*, y a mí me parece que es bastante ruin romper una promesa hecha a un niño. Vamos, siéntense. No les llevará mucho quedarse una hora.

El viento venía de tierra, y solo rompía la superficie del mar en largas ondulaciones plateadas, y lanzaba sombras tornasoladas volando por ella, desde cada punta y cada cabo, como alas transparentes. El crepúsculo iba tendiendo una cortina de penumbra violeta sobre las dunas y los cabos donde se apiñaban las gaviotas. El cielo estaba tenuemente velado con bufandas de vapor sedoso. Flotas de nubes fondeaban a lo largo de los horizontes. Una estrella vespertina velaba sobre la barra.

—¿No es esa una vista que merece la pena? —dijo el capitán Jim, con un orgullo cariñoso y propietario—. Bien lejos del mercado, ¿eh? Nada de comprar ni de vender ni de sacar ganancia. No hay que pagar nada... todo ese mar y ese cielo son gratis... «sin dinero y sin precio». Va a haber luna llena dentro de poco, además... nunca me canso de averiguar lo que puede ser una salida de luna sobre esas rocas, y el mar, y el puerto. Hay una sorpresa cada vez.

Tuvieron su salida de luna, y contemplaron su prodigio y su magia en un silencio que no le pedía nada al mundo ni el uno al otro. Luego subieron a la torre, y el capitán Jim les enseñó y les explicó el mecanismo del gran faro. Por fin se encontraron en el comedor, donde un fuego de leña de deriva tejía llamas de tonos marinos, cambiantes y esquivos, en la chimenea abierta.

—Yo mismo puse esta chimenea —comentó el capitán Jim—. El Gobierno no da esos lujos a los fareros. Miren los colores que hace esa madera. Si quiere leña de deriva para su fuego, señora Blythe, le traeré una carga cualquier día. Siéntense. Voy a hacerles una taza de té.

El capitán Jim le acercó una silla a Ana, después de quitar de ella primero a un gato enorme, de color naranja, y un periódico.

—Baja de ahí, Matey. El sofá es tu sitio. Tengo que guardar bien este periódico hasta que encuentre tiempo para acabar la historia que trae. Se llama *Un amor loco*. No es mi marca favorita de novela, pero la estoy leyendo justo para ver hasta dónde puede alargarla ella. Va ya por el capítulo sesenta y dos, y la boda no está ni un pelo más cerca que al empezar, por lo que yo veo. Cuando viene el pequeño Joe tengo que leerle historias de piratas. ¿No es raro que a criaturitas tan inocentes como los niños les gusten las historias más sanguinarias?

—Como mi chico Davy, en casa —dijo Ana—. Quiere relatos que rezumen sangre.

El té del capitán Jim resultó ser néctar. Se puso contento como un niño con los cumplidos de Ana, pero fingió una fina indiferencia.

—El secreto está en que no escatimo la nata —comentó como quien no quiere la cosa. El capitán Jim nunca había oído hablar de Oliver Wendell Holmes, pero evidentemente estaba de acuerdo con la máxima de ese escritor de que «a gran corazón nunca le gustó tarrina pequeña de nata».

—Nos hemos cruzado con un personaje de aspecto raro que salía de su camino —dijo Gilbert mientras bebían—. ¿Quién era?

El capitán Jim sonrió de oreja a oreja.

—Ese es Marshall Elliott... un hombre estupendo con solo una vena de locura. Calculo yo que se preguntarían qué objeto tenía en convertirse en una especie de fenómeno de barraca de feria.

—¿Es un nazareno moderno, o un profeta hebreo que se quedó rezagado de los tiempos antiguos? —preguntó Ana.

—Ni lo uno ni lo otro. Es la política lo que hay en el fondo de su locura. Todos esos Elliott, Crawford y MacAllister son políticos hasta la médula. Nacen *grit* o *tory* —liberales o conservadores—, según el caso, y viven *grit* o *tory*, y mueren *grit* o *tory*; y qué van a hacer en

el cielo, donde de seguro no hay política, es más de lo que yo alcanzo a entender. Este Marshall Elliott nació *grit*. Yo mismo soy *grit*, con moderación, pero en Marshall no hay moderación ninguna. Hace quince años hubo unas elecciones generales especialmente reñidas. Marshall luchó por su partido con uñas y dientes. Estaba segurísimo de que ganarían los *grits*... tan seguro que se puso en pie en un mitin público y juró que no se afeitaría la cara ni se cortaría el pelo hasta que los *grits* llegaran al poder. Pues bien, no llegaron... y todavía no han llegado... y ya han visto ustedes hoy mismo el resultado. Marshall ha cumplido su palabra.

—¿Qué opina su mujer de todo eso? —preguntó Ana.

—Es soltero. Pero si tuviera mujer, calculo yo que ni ella conseguiría que rompiera ese voto. Esa familia de los Elliott siempre ha sido más terca que natural. El hermano de Marshall, Alexander, tenía un perro al que quería mucho, y cuando murió el hombre quiso de verdad que lo enterraran en el cementerio, «junto con los demás cristianos», dijo. Claro, no se lo permitieron; así que lo enterró justo fuera de la tapia del cementerio, y no volvió a poner los pies en la iglesia. Pero los domingos llevaba a la familia a la iglesia en carro, y él se sentaba junto a la tumba del perro y leía la Biblia todo el tiempo que duraba el oficio. Dicen que cuando se estaba muriendo le pidió a su mujer que lo enterrara junto al perro; ella era un almita mansa, pero por *eso* se encendió. Dijo que *ella* no pensaba que la enterraran junto a ningún perro, y que si él prefería su último descanso al lado del perro antes que al lado de ella, que lo dijera y ya está. Alexander Elliott era terco como una mula, pero le tenía cariño a su mujer, así que cedió y dijo: «Bueno, maldita sea, entiérrame donde te dé la gana. Pero cuando suene la trompeta de Gabriel espero que mi perro resucite con los demás, porque tenía tanta alma como cualquier maldito Elliott o Crawford o MacAllister que jamás se haya pavoneado por este mundo». Esas fueron *sus* últimas palabras. En cuanto a Marshall, nosotros ya estamos acostumbrados a él, pero a los forasteros les debe de parecer la mar de raro. Lo conozco desde que tenía diez años... ahora tiene cincuenta más o menos... y me cae bien. Él y yo salimos hoy a

pescar bacalao. Eso es casi todo para lo que sirvo ya... pescar truchas y bacalao de vez en cuando. Pero no siempre fue así... ni de lejos. Yo hacía otras cosas, como admitirían si vieran mi libro de la vida.

Ana estaba a punto de preguntarle qué era su libro de la vida cuando el Primer Oficial creó una distracción al saltar sobre las rodillas del capitán Jim. Era una fierecilla espléndida, con una cara redonda como la luna llena, unos ojos verdes vívidos y unas patas blancas, dobles, enormes. El capitán Jim le acarició el lomo aterciopelado con dulzura.

—Nunca me gustaron mucho los gatos hasta que encontré al Primer Oficial —comentó, al compás de los tremendos ronroneos de Matey—. Le salvé la vida, y cuando le has salvado la vida a una criatura estás obligado a quererla. Es lo más parecido a darle la vida. Hay gente terriblemente desconsiderada en el mundo, señora Blythe. Algunos de esos veraneantes de ciudad que tienen casas en verano al otro lado del puerto son tan desconsiderados que llegan a ser crueles. Es la peor clase de crueldad... la que viene de no pensar. No hay manera de luchar contra ella. Tienen gatos allí en verano, y los alimentan y los miman, y los engalanan con lazos y collares. Y luego, en otoño, se van y los dejan a que se mueran de hambre o de frío. Se me revuelve la sangre, señora Blythe. Un día, el invierno pasado, encontré en la orilla a una pobre gata madre, muerta, pegada a los cuerpecitos, piel y huesos, de sus tres gatitos. Había muerto tratando de protegerlos. Tenía las pobres patas tiesas alrededor de ellos. Señor, lloré. Luego juré. Luego me llevé a casa a los pobres gatitos, los alimenté y les encontré buenos hogares. Yo sabía quién era la mujer que había dejado a la gata, y cuando volvió este verano fui derecho al otro lado del puerto y le dije lo que pensaba de ella. Fue pura intromisión, pero me encanta entrometerme en una buena causa.

—¿Cómo se lo tomó ella? —preguntó Gilbert.

—Se echó a llorar y dijo que «no se le había ocurrido pensarlo». Y yo le digo, le digo: «¿Se cree usted que eso se va a tener por buena

excusa en el día del Juicio, cuando tenga que dar cuentas de la vida de esa pobre madre? Calculo yo que el Señor le preguntará para qué le dio el cerebro, si no era para pensar». No creo que vuelva a dejar gatos a morirse de hambre otra vez.

—¿Fue el Primer Oficial uno de esos abandonados? —preguntó Ana, haciéndole zalamerías que él acogió con condescendencia, pero también con gracia.

—Sí. Lo encontré un día horriblemente frío de invierno, enredado entre las ramas de un árbol por su maldito collar de lazo. Estaba casi muerto de hambre. ¡Si hubiera podido ver esos ojos, señora Blythe! No era más que un gatito, y de algún modo se había ganado la vida desde que lo abandonaron hasta que quedó allí colgado. Cuando lo desenredé me dio un pobre lametón en la mano con su lengüecita roja. No era el marino de pro que ven ustedes ahora. Estaba tan manso como Moisés. Eso fue hace nueve años. Ha tenido una vida larga en esta tierra, para ser gato. Es un buen viejo compañero, el Primer Oficial.

—Habría esperado que usted tuviera un perro —dijo Gilbert.

El capitán Jim negó con la cabeza.

—Tuve un perro una vez. Le tenía tanto cariño que cuando murió no soporté la idea de coger otro en su lugar. Era un *amigo*... ¿me entiende, señora Blythe? Matey es solo un compañero. Le tengo cariño a Matey... más cariño aún por esa pizca de diablura que tiene, como todos los gatos. Pero a mi perro lo *quería*. Siempre le tuve una simpatía secreta a Alexander Elliott por lo de *su* perro. No hay ni pizca de diablo en un buen perro. Por eso son más entrañables que los gatos, calculo yo. Pero que me aspen si son tan interesantes. Aquí me tienen, hablando demasiado. ¿Por qué no me paran? Cuando tengo ocasión de hablar con alguien me enredo de una manera terrible. Si han terminado el té, tengo unas cositas que quizá les gustaría ver... las fui recogiendo por los rincones raros donde solía meter las narices.

Las «cositas» del capitán Jim resultaron ser una colección de curiosidades de lo más interesante, unas horribles, otras curiosas, otras hermosas. Y a casi todas iba unida alguna historia notable.

Ana nunca olvidó el deleite con que escuchó aquellas viejas historias, aquella tarde de luna, junto al fuego encantado de leña de deriva, mientras el mar plateado los llamaba por la ventana abierta y sollozaba contra las rocas de más abajo.

El capitán Jim nunca dijo una palabra jactanciosa, pero era imposible no ver qué héroe había sido aquel hombre: valiente, veraz, lleno de recursos, generoso. Se sentaba allí en su cuartito y hacía revivir aquellas cosas para quienes lo escuchaban. Con un arqueo de cejas, un giro de labios, un gesto, una palabra, pintaba una escena entera o un personaje entero, de modo que lo veían tal como había sido.

Algunas de las aventuras del capitán Jim tenían un filo tan maravilloso que Ana y Gilbert, en secreto, se preguntaban si no estaría exagerando un poco a costa de su credulidad. Pero en esto, como averiguaron después, le hacían injusticia. Sus historias eran todas literalmente ciertas. El capitán Jim tenía el don del narrador nato, por el cual «cosas infelices, lejanas» pueden traerse ante el oyente, vívidas, con toda su punzante frescura original.

Ana y Gilbert rieron y se estremecieron con sus historias, y en un momento dado Ana se encontró llorando. El capitán Jim contempló sus lágrimas con un placer que le iluminaba el rostro.

—Me gusta ver a la gente llorar así —comentó—. Es un cumplido. Pero no le hago justicia a las cosas que he visto o ayudado a hacer. Lo tengo todo apuntado en mi libro de la vida, pero no le he cogido el truco a escribirlas como es debido. Si diera con las palabras justas y las hilara bien sobre el papel podría hacer un gran libro. Dejaría en ridículo a *Un amor loco*, y creo que a Joe le gustaría tanto como los relatos de piratas. Sí, he tenido algunas aventuras en mi tiempo; y, ¿sabe, señora Blythe?, todavía las ansío. Sí, viejo e inútil como estoy,

a veces me invade un anhelo terrible de zarpar... allá... allá afuera... para siempre jamás.

—Como Ulises, usted querría

navegar más allá del ocaso y de los baños de todas las estrellas del oeste, hasta morir,

dijo Ana con aire soñador.

—¿Ulises? He leído sobre él. Sí, así es justo como me siento... justo como se sienten todos los viejos marinos, calculo yo. Al final voy a morir en tierra, supongo. Bueno, lo que ha de ser será. Estaba el viejo William Ford, allá en el Glen, que nunca se hizo a la mar en toda su vida, porque tenía miedo de ahogarse. Una adivina le había predicho que se ahogaría. Y un día se desmayó y cayó de bruces en el abrevadero del establo, y se ahogó. ¿Ya tienen que irse? Bueno, vuelvan pronto y vengan a menudo. La próxima vez le toca hablar al doctor. Él sabe un montón de cosas que quiero averiguar. Aquí me siento algo solo, por temporadas. Ha sido peor desde que murió Elizabeth Russell. Ella y yo éramos tan amigos.

El capitán Jim habló con el patetismo de los ancianos, que ven cómo sus viejos amigos se les van escapando uno a uno... amigos cuyo lugar nunca podrá llenarlo del todo la gente de una generación más joven, ni siquiera de la raza que conoce a José. Ana y Gilbert prometieron volver pronto y a menudo.

—Es todo un personaje, ¿verdad? —dijo Gilbert, mientras volvían a casa.

—No sé cómo, no logro conciliar su personalidad sencilla y afable con la vida aventurera y salvaje que ha llevado —musitó Ana.

—No te resultaría tan difícil si lo hubieras visto el otro día, allá abajo, en el pueblo de pescadores. Uno de los hombres de la barca de Peter Gautier hizo un comentario desagradable sobre una chica de la costa. El capitán Jim abrasó de plano al miserable con el rayo de sus ojos. Parecía un hombre transformado. No dijo gran cosa... ¡pero cómo lo dijo! Habrías pensado que le iba a arrancar la carne

de los huesos. Tengo entendido que el capitán Jim no permite jamás que se diga una palabra contra ninguna mujer en su presencia.

—Me pregunto por qué nunca se casó —dijo Ana—. Debería tener hijos con barcos propios en el mar ahora mismo, y nietos trepándole encima para oírle sus historias... es de esa clase de hombre. En vez de eso, no tiene más que un gato magnífico.

Pero Ana se equivocaba. El capitán Jim tenía algo más que eso. Tenía un recuerdo.

Capítulo 10. Leslie Moore

—Esta noche voy a dar un paseo hasta la orilla exterior —le dijo Ana a Gog y Magog una tarde de octubre. No había nadie más a quien decírselo, porque Gilbert había ido al otro lado del puerto. Ana tenía su pequeño dominio en el orden impecable que cabría esperar de cualquiera criada por Marilla Cuthbert, y sintió que podía escaparse hacia la orilla con la conciencia tranquila. Muchos y deliciosos habían sido sus paseos por la costa, a veces con Gilbert, a veces con el capitán Jim, a veces a solas con sus propios pensamientos y con sueños nuevos, de una dulzura punzante, que empezaban a tender arcoíris sobre su vida. Amaba la orilla del puerto, mansa y brumosa, y la orilla de arena plateada, rondada por el viento, pero amaba más que ninguna la orilla de roca, con sus acantilados, sus cuevas y sus montones de peñascos pulidos por el oleaje, y sus calas donde los guijarros relucían bajo las pozas; y fue a esa orilla adonde se encaminó aquella noche.

Había habido una tormenta otoñal de viento y lluvia, que duró tres días. Atronador había sido el estrépito de las olas contra las rocas, salvaje la espuma blanca que volaba sobre la barra, turbia, nebulosa y desgarrada por la tempestad la paz antes azul del puerto de Four Winds. Ahora había pasado, y la orilla yacía limpia, recién lavada tras la tormenta; no soplaba ni una brizna de viento, pero aún quedaba un buen oleaje, que rompía en la arena y en la roca en un espléndido tumulto blanco... lo único inquieto en aquella gran quietud y paz que todo lo envolvía.

—Ay, este es un momento que vale semanas enteras de tormenta y zozobra —exclamó Ana, encantada, tendiendo la mirada a lo lejos, sobre las aguas revueltas, desde lo alto del acantilado donde estaba. Al poco bajó a trompicones por el sendero empinado hasta la calita de abajo, donde se sintió encerrada entre rocas, mar y cielo.

—Voy a bailar y a cantar —dijo—. Aquí no hay nadie que me vea... las gaviotas no van a ir con el cuento. Puedo estar tan loca como me plazca.

Se recogió la falda y giró sobre la franja dura de arena, justo fuera del alcance de las olas que casi le lamían los pies con su espuma gastada. Dando vueltas y vueltas, riendo como una niña, llegó hasta el pequeño promontorio que se adentraba hacia el este de la cala; entonces se detuvo en seco, ruborizada hasta las orejas: no estaba sola; había habido testigo de su danza y de su risa.

La chica del cabello dorado y los ojos azul mar estaba sentada en un peñasco del promontorio, medio oculta tras una roca saliente. Miraba a Ana de frente, con una expresión extraña: en parte asombro, en parte simpatía, en parte... ¿podía ser?... envidia. Iba con la cabeza descubierta, y su espléndido cabello, más que nunca como aquella «serpiente magnífica» de Browning, lo llevaba ceñido a la cabeza con una cinta carmesí. Vestía un traje de tela oscura, hecho con gran sencillez; pero ceñido a la cintura, dibujando sus finas curvas, llevaba un fajín vivo de seda roja. Sus manos, cruzadas sobre la rodilla, eran morenas y algo endurecidas por el trabajo; pero la piel de su cuello y de sus mejillas era blanca como la nata. Un destello fugaz del ocaso rompió a través de una nube baja del oeste y le cayó sobre el cabello. Por un instante pareció el espíritu del mar hecho persona: todo su misterio, toda su pasión, todo su encanto esquivo.

—Usted... usted debe de pensar que estoy loca —balbució Ana, tratando de recobrar su aplomo. Que la viera aquella chica tan digna en semejante desatino de niñería... ella, la señora del doctor Blythe, con toda la dignidad de matrona que debía mantener... ¡qué fastidio!

—No —dijo la chica—, no lo pienso.

No dijo nada más; su voz era inexpresiva; sus modales, algo esquivos; pero había algo en sus ojos —ansioso y a la vez tímido, desafiante y a la vez suplicante— que apartó a Ana de su propósito de alejarse. En vez de eso, se sentó en el peñasco junto a la chica.

—Presentémonos —dijo, con la sonrisa que nunca había dejado de granjearle confianza y afecto—. Soy la señora Blythe, y vivo en esa casita blanca, orilla arriba del puerto.

—Sí, ya lo sé —dijo la chica—. Yo soy Leslie Moore... la señora de Dick Moore —añadió, con rigidez.

Ana quedó un momento callada, de puro asombro. No se le había ocurrido que aquella chica estuviera casada... no tenía nada de esposa. ¡Y que fuera precisamente la vecina que Ana se había imaginado como una ama de casa vulgar de Four Winds! Ana no lograba ajustar deprisa su enfoque mental a aquel cambio tan asombroso.

—Entonces... entonces vive usted en esa casa gris, río arriba —balbució.

—Sí. Debería haber ido a visitarla hace tiempo —dijo la otra. No ofreció ninguna explicación ni excusa por no haberlo hecho.

—Me *gustaría* que viniera —dijo Ana, recobrándose un poco—. Somos vecinas tan cercanas que deberíamos ser amigas. Ese es el único defecto de Four Winds... no hay vecinos suficientes. Por lo demás, es la perfección.

—¿Le gusta?

—¡Que si me gusta! Lo amo. Es el lugar más hermoso que he visto en mi vida.

—Yo no he visto muchos lugares —dijo Leslie Moore, despacio—, pero siempre he pensado que aquí es precioso. Yo... yo también lo amo.

Habló, como miraba, con timidez, y a la vez con ansia. Ana tuvo la extraña impresión de que aquella chica extraña —la palabra «chica» se le imponía sin remedio— podría decir bastante más si quisiera.

—Vengo a menudo a la orilla —añadió.

—Yo también —dijo Ana—. Es raro que no nos hayamos encontrado aquí antes.

—Seguramente usted viene más temprano que yo. Suele ser tarde... casi de noche... cuando vengo yo. Y me encanta venir justo después de una tormenta, como esta. No me gusta tanto el mar cuando está en calma y quieto. Me gusta la lucha... y el estrépito... y el ruido.

—A mí me encanta en todos sus estados de ánimo —declaró Ana —. El mar de Four Winds es para mí lo que era en casa el Sendero de los Enamorados. Esta noche parecía tan libre... tan indómito... que algo se soltó dentro de mí también, por contagio. Por eso bailaba por la orilla de esa manera tan alocada. No pensaba que nadie me estuviera mirando, claro está. Si la señorita Cornelia Bryant me hubiera visto, le habría augurado un futuro sombrío al pobre joven doctor Blythe.

—¿Conoce a la señorita Cornelia? —dijo Leslie, riendo. Tenía una risa exquisita; brotaba de pronto e inesperadamente, con algo de la deliciosa cualidad de la risa de un bebé. Ana rio también.

—Ah, sí. Ha bajado a mi casa de ensueño varias veces.

—¿Su casa de ensueño?

—Ay, es un nombrecito tonto y cariñoso que Gilbert y yo tenemos para nuestro hogar. Lo usamos solo entre nosotros. Se me ha escapado sin pensar.

—Así que la casita blanca de la señorita Russell es *su* casa de ensueño —dijo Leslie, con asombro—. *Yo* también tuve una casa de ensueño, una vez... pero era un palacio —añadió, con una risa cuya dulzura quedaba estropeada por una leve nota de burla.

—Ay, yo también soñé con un palacio, una vez —dijo Ana—. Supongo que todas las chicas lo hacen. Y luego nos instalamos, tan contentas, en casas de ocho habitaciones que parecen colmar todos los deseos del corazón... porque nuestro príncipe está allí. Usted, en cambio, debería haber tenido su palacio de verdad... es usted tan hermosa. Tengo que decírselo... hay que decirlo... estoy a punto de estallar de admiración. Es usted lo más hermoso que he visto nunca, señora Moore.

—Si vamos a ser amigas, tiene que llamarme Leslie —dijo la otra, con una extraña vehemencia.

—Claro que sí. Y mis amigas me llaman Ana.

—Supongo que soy hermosa —siguió Leslie, mirando tormentosamente hacia el mar—. Odio mi belleza. Ojalá hubiera sido siempre tan morena y tan sencilla como la más morena y la más sencilla de las chicas del pueblo de pescadores, allí enfrente. Bueno, ¿qué piensa usted de la señorita Cornelia?

El cambio brusco de tema cerró la puerta a cualquier confidencia posterior.

—La señorita Cornelia es un encanto, ¿verdad? —dijo Ana—. Gilbert y yo fuimos invitados a su casa a un té solemne la semana pasada. Habrá oído hablar de esas mesas que se quejan de puro llenas.

—Creo recordar haber visto esa expresión en las crónicas de bodas de los periódicos —dijo Leslie, sonriendo.

—Pues bien, la de la señorita Cornelia se quejaba... o mejor dicho, crujía... de verdad. No se habría creído usted que pudiera cocinar tanto para dos personas corrientes. Tenía todas las clases de tarta que se le puedan nombrar, creo... menos tarta de limón. Dijo que había ganado el premio de tarta de limón en la Exposición de Charlottetown hace diez años, y que no había vuelto a hacer ninguna desde entonces, por miedo a perder su reputación.

—¿Fue capaz de comer suficiente tarta para complacerla?

—*Yo* no. Gilbert le ganó el corazón comiendo... no le voy a decir cuánto. Ella dijo que nunca había conocido a un hombre a quien no le gustara más la tarta que su Biblia. ¿Sabe una cosa? Adoro a la señorita Cornelia.

—Yo también —dijo Leslie—. Es la mejor amiga que tengo en el mundo.

Ana se preguntó para sus adentros por qué, si eso era así, la señorita Cornelia nunca le había mencionado a la señora de Dick Moore. La señorita Cornelia, desde luego, había hablado con toda libertad de cualquier otra persona de Four Winds o de sus alrededores.

—¿No es precioso eso? —dijo Leslie, tras un breve silencio, señalando el exquisito efecto de un haz de luz que caía por una hendidura de la roca detrás de ellas, sobre una poza verde oscuro al pie. —Si hubiera venido aquí y no hubiera visto más que eso, me habría vuelto satisfecha a casa.

—Los efectos de luz y sombra a lo largo de estas costas son maravillosos —convino Ana—. Mi saloncito de costura da al puerto, y me siento junto a la ventana y me regalo los ojos. Los colores y las sombras nunca son los mismos dos minutos seguidos.

—¿Y usted nunca se siente sola? —preguntó Leslie de pronto—. ¿Nunca... cuando está sola?

—No. No creo haberme sentido de verdad sola en toda mi vida —respondió Ana—. Hasta cuando estoy sola tengo buena compañía... sueños, fantasías, invenciones. Me *gusta* estar sola de vez en cuando, solo para pensar en las cosas y *saborearlas*. Pero amo la amistad... y los ratos agradables y alegres con la gente. Ay, ¿no quiere venir a verme... a menudo? Se lo ruego. Creo —añadió Ana, riendo— que le gustaría, si me conociera.

—Me pregunto si a *usted* le gustaría yo —dijo Leslie, con seriedad. No estaba pescando un cumplido. Miraba hacia las olas, que empezaban a engalanarse con guirnaldas de espuma a la luz de la luna, y se le llenaron los ojos de sombras.

—Estoy segura de que sí —dijo Ana—. Y, por favor, no piense que soy del todo irresponsable solo porque me haya visto bailando en la orilla al atardecer. Sin duda me volveré digna con el tiempo. Verá, no llevo casada mucho tiempo. Todavía me siento como una chica, y a veces como una niña.

—Yo llevo casada doce años —dijo Leslie.

Ahí estaba otra cosa increíble.

—¡Pero si usted no puede ser tan mayor como yo! —exclamó Ana —. Tuvo que ser una niña cuando se casó.

—Tenía dieciséis años —dijo Leslie, levantándose y recogiendo la gorra y la chaqueta que había junto a ella—. Ahora tengo veintiocho. Bueno, tengo que volver.

—Yo también. Gilbert habrá vuelto ya, seguramente. Pero me alegro tanto de que las dos hayamos venido esta noche a la orilla y nos hayamos encontrado.

Leslie no dijo nada, y Ana se quedó un poco fría. Había ofrecido su amistad con franqueza, pero no había sido aceptada con demasiada gracia, si es que no había sido del todo rechazada. En silencio subieron los acantilados y cruzaron un prado donde las hierbas silvestres, plumosas y blanquecinas, parecían una alfombra de terciopelo color crema bajo la luz de la luna. Al llegar al camino de la orilla, Leslie se volvió.

—Yo voy por aquí, señora Blythe. Vendrá a verme alguna vez, ¿verdad?

Ana sintió como si la invitación se la hubieran arrojado. Le dio la impresión de que Leslie Moore la hacía a regañadientes.

—Iré, si de verdad quiere que vaya —dijo, un poco fría.

—Ay, sí que quiero... sí que quiero —exclamó Leslie, con un ardor que pareció estallar y derribar alguna contención que se le había impuesto.

—Entonces iré. Buenas noches... Leslie.

—Buenas noches, señora Blythe.

Ana volvió a casa sumida en cavilaciones, y le vertió a Gilbert todo el relato.

—¿Así que la señora de Dick Moore no es de la raza que conoce a José? —dijo Gilbert, bromeando.

—No-o-o, no exactamente. Y sin embargo... creo que *fue* de los suyos alguna vez, pero ha caído en el destierro, o la han desterrado —dijo Ana, pensativa—. Es sin duda muy distinta de las demás mujeres de por aquí. Con *ella* no se puede hablar de huevos y mantequilla. ¡Pensar que me la había imaginado como una segunda señora Rachel Lynde! ¿Has visto alguna vez a Dick Moore, Gilbert?

—No. He visto a varios hombres trabajando por los campos de la granja, pero no sé cuál era Moore.

—Ella no lo mencionó ni una vez. *Sé* que no es feliz.

—Por lo que me cuentas, supongo que se casó antes de tener edad para conocer su propia mente o su propio corazón, y descubrió demasiado tarde que se había equivocado. Es una tragedia bastante corriente, Ana.

—Una mujer con buen carácter habría sacado lo mejor de la situación. A la señora Moore, por lo visto, se lo ha dejado amargada y resentida.

—No la juzguemos hasta que la conozcamos —suplicó Ana—. No creo que su caso sea tan corriente. Ya entenderás su fascinación cuando la conozcas, Gilbert. Es algo del todo aparte de su belleza. Siento que posee una naturaleza rica, en la que un amigo podría entrar como en un reino; pero por alguna razón les cierra la puerta a todos, y encierra en sí misma todas sus posibilidades, de modo que no pueden desarrollarse ni florecer. Ahí está, llevo desde que la dejé luchando por definírmela a mí misma, y eso es lo más cerca que puedo llegar. Voy a preguntarle a la señorita Cornelia por ella.

Capítulo 11. La historia de Leslie Moore

—Sí, el octavo bebé llegó hace quince días —dijo la señorita Cornelia, sentada en la mecedora frente al fuego de la casita, una tarde fría de octubre—. Es una niña. Fred estaba que trinaba, decía que quería un chico, cuando la verdad es que no quería nada de nada. Si hubiera sido chico, habría trinado porque no era chica. Ya tenían cuatro chicas y tres chicos, así que no veo que importara mucho lo que fuera esta, pero claro, tenía que ponerse quisquilloso, muy de hombre. La niña es muy mona, vestida con su ropita bonita. Tiene los ojos negros y unas manitas preciosas.

—Tengo que ir a verla. Me encantan los bebés —dijo Ana, sonriendo para sus adentros ante un pensamiento demasiado querido y sagrado para ponerlo en palabras.

—No digo que no sean monos —admitió la señorita Cornelia—. Pero hay gente que parece tener más de los que necesita de verdad, ¡créeme! Mi pobre prima Flora, allá arriba en el Glen, tuvo once, y es una esclava, la pobre. Su marido se suicidó hace tres años. ¡Muy de hombre!

—¿Qué le hizo hacer eso? —preguntó Ana, bastante escandalizada.

—No se salió con la suya en algo, así que se tiró al pozo. Menos mal que se libraron de él. Era un tirano de nacimiento. Pero claro, echó a perder el pozo. Flora no pudo soportar nunca la idea de volver a usarlo, la pobre. Así que mandó cavar otro, y menudo gasto, con un agua durísima. Si *tenía* que ahogarse, ¿no había agua

de sobra en el puerto? No tengo paciencia con un hombre así. Solo hemos tenido dos suicidios en Four Winds que yo recuerde. El otro fue Frank West, el padre de Leslie Moore. Por cierto, ¿ha ido ya Leslie a visitarte?

—No, pero la conocí en la playa hace unas noches y trabamos algo de amistad —dijo Ana, aguzando el oído.

La señorita Cornelia asintió.

—Me alegro, querida. Esperaba que congeniarais. ¿Qué te pareció?

—Me pareció muy hermosa.

—Ah, claro. Nunca ha habido nadie en Four Winds que se le pudiera comparar en belleza. ¿Has visto su pelo? Le llega hasta los pies cuando se lo suelta. Pero me refería a qué te pareció ella.

—Creo que podría llegar a quererla mucho, si ella me dejara —dijo Ana despacio.

—Pero no te dejaría, te apartó y te mantuvo a distancia. ¡Pobre Leslie! No te extrañaría tanto si supieras cómo ha sido su vida. Ha sido una tragedia, ¡una tragedia! —repitió la señorita Cornelia con énfasis.

—Ojalá me lo contara todo sobre ella, si es que puede hacerlo sin traicionar ninguna confidencia.

—Señor, querida, todo el mundo en Four Winds conoce la historia de la pobre Leslie. No es ningún secreto..., lo *de fuera*, se entiende. Lo *de dentro* no lo conoce nadie más que la propia Leslie, y ella no hace confidencias a nadie. Yo diría que soy la mejor amiga que tiene en el mundo, y no me ha dicho ni una palabra de queja. ¿Has visto alguna vez a Dick Moore?

—No.

—Bueno, más vale que empiece por el principio y te lo cuente todo del tirón, para que lo entiendas. Como te decía, el padre de Leslie era Frank West. Era listo y dejado, muy de hombre. Ah, tenía

sesos de sobra..., ¡y de qué le sirvieron! Empezó a ir a la universidad, y estuvo dos años, y entonces se le quebrantó la salud. Los West todos tenían tendencia a la tisis. Así que Frank volvió a casa y se puso a labrar la tierra. Se casó con Rose Elliott, de la otra orilla del puerto. Rose pasaba por la belleza de Four Winds; Leslie ha sacado el físico de su madre, pero tiene diez veces el ánimo y la chispa que tenía Rose, y un tipo mucho mejor. Ahora bien, Ana, tú ya sabes que yo siempre sostengo que las mujeres debemos apoyarnos unas a otras. Bastante tenemos que aguantar de manos de los hombres, bien lo sabe el Señor, así que sostengo que no deberíamos arañarnos entre nosotras, y no es frecuente que me oigas hablar mal de otra mujer. Pero nunca le tuve mucha simpatía a Rose Elliott. Estaba mimada desde el principio, ¡créeme!, y no era más que una criatura perezosa, egoísta y llorona. Frank no era hombre de trabajar, así que eran pobres como las ratas. ¡Pobres! Vivían de patatas y de mirar la carne que no podían comprar, ¡créeme! Tuvieron dos hijos, Leslie y Kenneth. Leslie tenía el físico de su madre y el talento de su padre, y algo que no sacó de ninguno de los dos. Salió a su abuela West, una anciana espléndida. Era la criatura más viva, más simpática y más alegre de niña, Ana. Le caía bien a todo el mundo. Era la favorita de su padre y le tenía un cariño enorme. Eran «compinches», como decía ella. No le veía ningún defecto..., y en algunos aspectos él *sí* tenía su atractivo.

—Bueno, cuando Leslie tenía doce años, ocurrió lo primero terrible. Adoraba al pequeño Kenneth; era cuatro años menor que ella, y *era* un chiquillo encantador. Y un día lo mataron: se cayó de un gran carro de heno justo cuando entraba en el granero, y la rueda le pasó por encima del cuerpecito y le aplastó la vida. Y fíjate, Ana, Leslie lo vio. Estaba mirando desde el pajar. Dio un solo alarido..., el mozo dijo que nunca había oído un sonido igual en toda su vida, que le resonaría en los oídos hasta que la trompeta de Gabriel se lo sacara de dentro. Pero nunca más volvió a chillar ni a llorar por ello. Saltó del pajar al carro, y del carro al suelo, y cogió en brazos el cuerpecito muerto, caliente y ensangrentado, Ana...

Tuvieron que arrancárselo para que lo soltara. Me mandaron llamar... No puedo hablar de eso.

La señorita Cornelia se enjugó las lágrimas de sus bondadosos ojos castaños y cosió en amargo silencio durante unos minutos.

—Bueno —prosiguió—, todo terminó: enterraron al pequeño Kenneth en aquel cementerio al otro lado del puerto, y al cabo de un tiempo Leslie volvió a la escuela y a sus estudios. Nunca más pronunció el nombre de Kenneth... No se lo he oído cruzar los labios desde entonces hasta hoy. Calculo yo que esa vieja herida todavía le duele y le quema por momentos; pero solo era una niña, y el tiempo es muy bondadoso con los niños, Ana, querida. Al cabo de un tiempo volvió a reír... Tenía la risa más bonita. Ahora no se oye mucho.

—La oí una vez, la otra noche —dijo Ana—. *Es* una risa preciosa.

—Frank West empezó a venirse abajo después de la muerte de Kenneth. No era fuerte, y fue un golpe para él, porque le tenía mucho cariño al niño, aunque, como te he dicho, Leslie era su favorita. Se volvió taciturno y melancólico, y no podía o no quería trabajar. Y un día, cuando Leslie tenía catorce años, se ahorcó..., y en el salón, fíjate, Ana, justo en medio del salón, del gancho de la lámpara del techo. ¿No fue muy de hombre? Era además el aniversario de su boda. Bonito momento para elegirlo, ¿verdad? Y, claro, le tocó a la pobre Leslie encontrarlo. Entró en el salón aquella mañana, cantando, con unas flores frescas para los jarrones, y allí vio a su padre colgado del techo, con la cara negra como el carbón. Fue algo espantoso, ¡créeme!

—¡Ay, qué horror! —dijo Ana, estremeciéndose—. ¡Pobre, pobre criatura!

—Leslie no lloró en el entierro de su padre, igual que no había llorado en el de Kenneth. Rose, en cambio, gimió y aulló por los dos, y a Leslie no le quedaron más manos que las que necesitaba para calmar y consolar a su madre. A mí me repugnaba Rose, y a todo el mundo también, pero Leslie nunca perdió la paciencia. Quería a su

madre. Leslie es de las que se cierran en torno a los suyos: los suyos nunca podían hacer nada malo a sus ojos. Bueno, enterraron a Frank West junto a Kenneth, y Rose le levantó un monumento enorme. ¡Era más grande que su carácter, créeme! De todos modos, era más de lo que Rose podía permitirse, porque la granja tenía una hipoteca mayor que su valor. Pero no mucho después murió la vieja abuela West de Leslie, y le dejó a Leslie un poco de dinero, suficiente para pagarle un año en la Academia Queen's. Leslie había decidido sacarse el título de maestra si podía, y luego ganar lo bastante para costearse Redmond College. Había sido el proyecto favorito de su padre: quería que ella tuviera lo que él había perdido. Leslie estaba llena de ambición y tenía la cabeza repleta de talento. Fue a Queen's, hizo el trabajo de dos años en uno solo y sacó el primer puesto; y cuando volvió a casa consiguió la escuela del Glen. Estaba tan feliz, tan llena de esperanza, de vida y de ganas... Cuando pienso en lo que era entonces y en lo que es ahora, digo yo: ¡malditos hombres!

La señorita Cornelia cortó el hilo de un tijeretazo tan feroz como si, a la manera de Nerón, estuviera segando de un solo golpe el cuello de la humanidad entera.

—Dick Moore entró en su vida aquel verano. Su padre, Abner Moore, tenía la tienda del Glen, pero Dick había sacado de su madre una vena marinera; navegaba en verano y despachaba en la tienda de su padre en invierno. Era un mozo grande y bien parecido, con un alma mezquina y fea. Siempre estaba deseando algo hasta que lo conseguía, y entonces dejaba de desearlo, muy de hombre. Ah, no refunfuñaba contra el tiempo cuando hacía bueno, y solía ser bastante agradable y de trato fácil cuando todo le iba bien. Pero bebía bastante, y corrían por ahí historias feas sobre él y una chica del pueblo de pescadores. No era digno de que Leslie le limpiara las botas, y esa es toda la verdad. ¡Y encima era metodista! Pero estaba loco por ella..., primero por su buena presencia, y segundo porque ella no quería saber nada de él. Juró que la conseguiría..., ¡y la consiguió!

—¿Cómo se las arregló?

—¡Ay, fue una infamia! Nunca le perdonaré a Rose West. Verás, querida, Abner Moore tenía la hipoteca de la granja de los West, y los intereses llevaban años atrasados, y Dick fue y le dijo a la señora West que, si Leslie no se casaba con él, conseguiría que su padre ejecutara la hipoteca. Rose montó un escándalo terrible..., se desmayó y lloró, y le suplicó a Leslie que no dejara que la echaran de su casa. Dijo que se le rompería el corazón si tenía que dejar el hogar al que había llegado de novia. No la habría culpado por sentirse fatal por eso..., pero nunca habrías pensado que fuera tan egoísta como para sacrificar a su propia sangre por ello, ¿verdad? Pues lo fue.

—Y Leslie cedió: quería tanto a su madre que habría hecho cualquier cosa por ahorrarle el dolor. Se casó con Dick Moore. Ninguna de nosotras supo por qué en aquel momento. No fue hasta mucho después cuando averigüé cómo su madre la había atormentado hasta conseguirlo. Yo estaba segura de que algo iba mal, eso sí, porque sabía cómo lo había desairado una y otra vez, y no era propio de Leslie dar media vuelta así, de repente. Además, sabía que Dick Moore no era el tipo de hombre que Leslie pudiera llegar a querer, a pesar de su buena presencia y sus maneras arrojadas. Claro que no hubo boda por todo lo alto, pero Rose me pidió que fuera a verlos casarse. Fui, pero me arrepentí de haber ido. Había visto la cara de Leslie en el entierro de su hermano y en el de su padre..., y ahora me parecía estar viéndola en su propio entierro. Pero Rose sonreía como unas pascuas, ¡créeme!

—Leslie y Dick se instalaron en la granja de los West..., ¡Rose no soportaba separarse de su querida hija!..., y vivieron allí durante el invierno. En primavera, Rose cogió una pulmonía y murió: ¡con un año de retraso! Leslie quedó bastante desconsolada por ello. ¿No es terrible cómo hay gente que no lo merece y aun así la quieren, mientras que otros que se lo merecen mucho más, cabría pensar, apenas reciben cariño? En cuanto a Dick, ya había tenido bastante vida matrimonial tranquila, muy de hombre. Quería levantar el vuelo.

Se fue a Nueva Escocia a visitar a sus parientes..., su padre era de Nueva Escocia..., y le escribió a Leslie que su primo, George Moore, iba a hacer un viaje a La Habana y que él se iba también. El barco se llamaba el *Four Sisters* y estarían fuera unas nueve semanas.

—Debió de ser un alivio para Leslie. Pero ella nunca dijo nada. Desde el día de su boda ha sido exactamente lo que es ahora: fría y orgullosa, y manteniendo a todo el mundo a distancia, menos a mí. ¡Yo no pienso *dejarme* mantener a distancia, créeme! Me he pegado a Leslie todo lo que he podido, pese a todo.

—Me dijo que era usted la mejor amiga que tenía —dijo Ana.

—¿Eso dijo? —exclamó la señorita Cornelia, encantada—. Bueno, me alegra muchísimo oírlo. A veces me he preguntado si de verdad quería tenerme cerca..., nunca me dejó pensar que sí. Debes de haberla ablandado más de lo que crees, o no te habría dicho ni eso. ¡Ay, esa pobre chica con el corazón roto! No veo a Dick Moore sin que me entren ganas de clavarle un cuchillo de parte a parte.

La señorita Cornelia se enjugó los ojos de nuevo y, tras desahogarse con aquel deseo sanguinario, retomó su relato.

—Bueno, Leslie se quedó allí sola. Dick había sembrado antes de irse, y el viejo Abner se ocupó de la cosecha. Pasó el verano y el *Four Sisters* no volvió. Los Moore de Nueva Escocia investigaron, y averiguaron que había llegado a La Habana, descargado su cargamento, tomado otro y zarpado de vuelta; y eso fue todo lo que se supo del barco. Poco a poco la gente empezó a hablar de Dick Moore como si estuviera muerto. Casi todos lo creían así, aunque nadie estaba seguro del todo, porque aquí, en el puerto, han aparecido hombres después de llevar fuera años enteros. Leslie nunca pensó que estuviera muerto..., y tenía razón. ¡Y una lástima, además! El verano siguiente el capitán Jim estaba en La Habana, esto era antes de que dejara el mar, claro. Se le ocurrió curiosear un poco..., el capitán Jim siempre fue entrometido, muy de hombre..., y se puso a preguntar por las pensiones de marineros y sitios por el estilo, a ver si averiguaba algo de la tripulación del *Four Sisters*.

¡Mejor le habría sido no meterse en camisa de once varas, en mi opinión! Bueno, fue a un sitio apartado, y allí encontró a un hombre al que reconoció al instante: era Dick Moore, aunque llevaba una barba enorme. El capitán Jim se la hizo afeitar, y entonces ya no hubo duda: era Dick Moore..., su cuerpo, al menos. Su mente no estaba allí... y en cuanto a su alma, en mi opinión nunca tuvo ninguna.

—¿Qué le había pasado?

—Nadie sabe la verdad de todo aquello. Lo único que pudo contar la gente de la pensión fue que, cosa de un año antes, lo habían encontrado tirado en la puerta una mañana en un estado espantoso, con la cabeza hecha casi papilla. Supusieron que se habría hecho daño en alguna pelea de borrachos, y es probable que así fuera. Lo recogieron, sin pensar que pudiera vivir. Pero vivió..., y cuando se curó era como un niño. No tenía memoria, ni entendimiento, ni razón. Intentaron averiguar quién era, pero nunca lo consiguieron. Ni siquiera podía decirles su nombre; solo sabía decir unas pocas palabras sencillas. Llevaba encima una carta que empezaba «Querido Dick» y firmada «Leslie», pero no tenía dirección y el sobre había desaparecido. Le dejaron quedarse..., aprendió a hacer algunos trabajillos por la pensión..., y allí lo encontró el capitán Jim. Se lo trajo a casa. Siempre he dicho que fue una mala obra, aunque supongo que no le quedaba otra. Pensó que quizá, al volver a casa y ver los lugares de siempre y las caras conocidas, se le despertaría la memoria. Pero no sirvió de nada. Desde entonces ha estado allí, en la casa junto al arroyo. Es como un niño, ni más ni menos. De vez en cuando le dan sus rachas de mal genio, pero la mayor parte del tiempo está como ausente, de buen humor e inofensivo. Es capaz de escaparse si no lo vigilan. Esa es la carga que Leslie ha tenido que llevar durante once años..., y sola del todo. El viejo Abner Moore murió poco después de que trajeran a Dick a casa, y se descubrió que estaba casi en la ruina. Cuando se arregló todo, no quedó nada para Leslie y Dick salvo la vieja granja de los West. Leslie se la alquiló a John Ward, y esa renta es todo lo que tiene para vivir. A veces, en verano, coge algún huésped para sacar algo más. Pero la

mayoría de los visitantes prefieren el otro lado del puerto, donde están los hoteles y las casitas de veraneo. La casa de Leslie está demasiado lejos de la playa de baño. Ha cuidado de Dick y no se ha separado de él en once años... Está atada de por vida a ese imbécil. ¡Y después de todos los sueños y esperanzas que tuvo un día! Ya te puedes imaginar lo que ha sido para ella, Ana, querida, con su belleza, su ánimo, su orgullo y su talento. No ha sido más que una muerte en vida.

—¡Pobre, pobre muchacha! —dijo Ana de nuevo. Su propia felicidad parecía reprocharle algo. ¿Qué derecho tenía ella a ser tan feliz cuando otra alma humana tenía que ser tan desdichada?

—¿Me contarás exactamente qué dijo Leslie y cómo se comportó la noche que la conociste en la playa? —preguntó la señorita Cornelia.

Escuchó con atención y asintió, satisfecha.

—A *ti* te pareció estirada y fría, Ana, querida, pero te digo que, para ella, se mostró maravillosamente cálida. Debe de haberte cogido mucho cariño. Me alegro tanto. A lo mejor puedes ayudarla bastante. Di gracias al Señor cuando me enteré de que venía a esta casa una pareja joven, porque esperaba que eso significara algunas amistades para Leslie, sobre todo si erais de la raza que conoce a José. Serás su amiga, ¿verdad, Ana, querida?

—Claro que sí, si ella me deja —dijo Ana, con toda su dulce y impulsiva sinceridad.

—No, tienes que ser su amiga, te deje o no te deje —dijo la señorita Cornelia con firmeza—. No te importe que a veces esté estirada..., ni caso. Acuérdate de lo que ha sido su vida..., y de lo que es..., y de lo que supongo que siempre será, porque tengo entendido que las criaturas como Dick Moore viven eternamente. Deberías ver lo gordo que se ha puesto desde que volvió a casa. Antes estaba bien flaco. Tú simplemente *oblígala* a ser tu amiga..., puedes hacerlo..., eres de las que tienen ese don. Solo que no debes ser susceptible. Y no te importe si parece que no quiere que vayas

mucho por allí. Sabe que a algunas mujeres no les gusta estar donde está Dick..., se quejan de que les da repelús. Tú procura que venga ella aquí todo lo que pueda. No puede salir gran cosa..., no puede dejar a Dick mucho tiempo, porque solo Dios sabe lo que sería capaz de hacer..., lo más probable es que prendiera fuego a la casa. Por las noches, cuando él ya está acostado y dormido, es más o menos el único momento en que ella es libre. Siempre se acuesta temprano y duerme como un tronco hasta la mañana siguiente. Así es probablemente como llegaste a encontrártela en la playa. Ronda mucho por allí.

—Haré todo lo que pueda por ella —dijo Ana. Su interés por Leslie Moore, vivo ya desde que la había visto bajando la cuesta con sus gansos, se intensificó mil veces con el relato de la señorita Cornelia. La belleza, la pena y la soledad de la muchacha la atraían con una fascinación irresistible. Nunca había conocido a nadie como ella; sus amigas habían sido hasta entonces muchachas sanas, normales y alegres como ella misma, con solo las cuitas y los duelos corrientes de la vida para ensombrecer sus sueños de juventud. Leslie Moore quedaba aparte, figura trágica y conmovedora de una feminidad frustrada. Ana se propuso ganarse la entrada al reino de aquella alma solitaria y encontrar allí la camaradería que tan generosamente podía ofrecer, de no ser por los crueles grilletes que la retenían en una prisión que ella no se había labrado.

—Y ten esto presente, Ana, querida —dijo la señorita Cornelia, que aún no había terminado de desahogarse—: no vayas a pensar que Leslie es una descreída porque casi nunca vaya a la iglesia..., ni siquiera que sea metodista. No puede llevar a Dick a la iglesia, claro está..., no es que a él le importara mucho la iglesia en sus mejores tiempos. Pero recuerda que en el fondo es una presbiteriana convencida, Ana, querida.

Capítulo 12. Leslie viene de visita

Leslie fue a la casa de ensueño una noche helada de octubre, cuando la niebla iluminada por la luna flotaba sobre el puerto y se enroscaba como cintas de plata por las hondonadas que bajaban al mar. Pareció arrepentirse de haber venido cuando Gilbert abrió la puerta a su llamada; pero Ana pasó volando junto a él, se abalanzó sobre ella y la hizo entrar.

—Me alegro tanto de que hayas elegido esta noche para venir —dijo alegremente—. Esta tarde he preparado un montón de fudge riquísimo, y necesitamos a alguien que nos ayude a comérnoslo, delante del fuego, mientras nos contamos historias. A lo mejor el capitán Jim también se pasa por aquí. Le toca esta noche.

—No. El capitán Jim está en casa —dijo Leslie—. Él..., él me obligó a venir —añadió, medio desafiante.

—Le daré las gracias por eso cuando lo vea —dijo Ana, acercando unos sillones al fuego.

—Ah, no quiero decir que no quisiera venir —protestó Leslie, ruborizándose un poco—. Yo..., llevaba tiempo pensando en venir, pero no siempre me resulta fácil salir de casa.

—Claro, tiene que ser difícil para ti dejar al señor Moore —dijo Ana, en tono natural. Había decidido que lo mejor era mencionar a Dick Moore de vez en cuando como un hecho aceptado, y no darle al asunto una morbosidad indebida evitándolo. Tenía razón, porque el aire de embarazo de Leslie se disipó de golpe. Era evidente que se

había estado preguntando cuánto sabía Ana de las condiciones de su vida, y se sintió aliviada de no tener que dar explicaciones. Dejó que le quitaran la gorra y la chaqueta, y se sentó con un acurrucamiento juvenil en el gran sillón junto a Magog. Iba vestida con gracia y esmero, con el toque de color de siempre: un geranio escarlata en la garganta blanca. Su hermoso cabello brillaba como oro fundido a la cálida luz del fuego. Sus ojos azul mar estaban llenos de una risa suave y de seducción. Por un momento, bajo el influjo de la casita de ensueño, volvió a ser una muchacha..., una muchacha que olvidaba el pasado y su amargura. La atmósfera de los muchos amores que habían santificado la casita la envolvía por entero; la compañía de dos jóvenes sanos y felices de su misma generación la rodeaba; sintió y se entregó a la magia de cuanto la rodeaba..., la señorita Cornelia y el capitán Jim apenas la habrían reconocido; a Ana le costaba creer que aquella fuera la mujer fría y huraña que había conocido en la playa..., aquella muchacha animada que hablaba y escuchaba con el afán de un alma hambrienta. ¡Y con qué avidez miraban los ojos de Leslie las estanterías entre las ventanas!

—Nuestra biblioteca no es muy grande —dijo Ana—, pero cada libro que hay en ella es un *amigo*. Los hemos ido reuniendo a lo largo de los años, aquí y allá, sin comprar ninguno hasta haberlo leído antes y saber que pertenecía a la raza de José.

Leslie se rio..., una risa hermosa que parecía emparentada con toda la alegría que había resonado en la casita durante los años ya idos.

—Tengo algunos libros de mi padre..., no muchos —dijo—. Los he leído tanto que casi me los sé de memoria. No consigo muchos libros. Hay una biblioteca ambulante en la tienda del Glen, pero no creo que el comité que elige los libros para el señor Parker sepa cuáles son de la raza de José..., o puede que no les importe. Era tan pocas veces que conseguía uno que de verdad me gustara, que dejé de sacar ninguno.

—Espero que consideres nuestras estanterías como tuyas —dijo Ana.

—Eres bienvenida de todo corazón a llevarte en préstamo cualquier libro de ellas.

—Me estás poniendo delante un festín de manjares —dijo Leslie, con alegría. Luego, cuando el reloj dio las diez, se levantó, medio a su pesar.

—Tengo que irme. No me había dado cuenta de que era tan tarde. El capitán Jim siempre dice que quedarse una hora no lleva mucho tiempo. Pero yo me he quedado dos..., y, ay, cómo las he disfrutado —añadió con franqueza.

—Ven a menudo —dijeron Ana y Gilbert. Se habían levantado y estaban de pie juntos, bañados por el resplandor del fuego. Leslie los miró..., jóvenes, llenos de esperanza, felices, encarnando todo lo que ella se había perdido y estaba condenada a perderse para siempre. La luz se apagó en su rostro y en sus ojos; la muchacha desapareció; fue la mujer triste y engañada quien respondió a la invitación casi con frialdad y se marchó con una prisa lastimosa.

Ana la observó hasta que se perdió entre las sombras de la noche fría y brumosa. Luego volvió despacio hacia el resplandor de su propio hogar radiante.

—¿No es preciosa, Gilbert? Su pelo me fascina. La señorita Cornelia dice que le llega hasta los pies. Ruby Gillis tenía un pelo precioso..., pero el de Leslie está *vivo*..., cada hebra es oro vivo.

—Es muy hermosa —convino Gilbert, con tal entusiasmo que Ana casi deseó que fuera *un poco* menos entusiasta.

—Gilbert, ¿te gustaría más mi pelo si fuera como el de Leslie? —preguntó ella, con nostalgia.

—No cambiaría el color de tu pelo por nada del mundo —dijo Gilbert, acompañando sus palabras de uno o dos gestos convincentes.

—No serías *Ana* si tuvieras el pelo dorado..., ni de ningún otro color que no fuera... —

—Rojo —dijo Ana, con sombría satisfacción.

—Sí, rojo..., para dar calidez a esa piel blanca como la leche y a esos ojos tuyos, brillantes, entre grises y verdes. El pelo dorado no te sentaría nada bien, reina Ana..., *mi* reina Ana..., reina de mi corazón, de mi vida y de mi hogar.

—Entonces puedes admirar el de Leslie todo lo que quieras —dijo Ana, magnánima.

Capítulo 13. Una velada fantasmal

Una noche, una semana después, Ana decidió cruzar los campos hasta la casa junto al arroyo para hacerles una visita informal. Era una noche de niebla gris que se había colado desde el golfo, envolvía el puerto, llenaba las hondonadas y los valles y se aferraba, pesada, a los prados otoñales. A través de ella, el mar sollozaba y se estremecía. Ana vio Four Winds bajo un aspecto nuevo, y lo encontró extraño, misterioso y fascinante; pero también le produjo una ligera sensación de soledad. Gilbert estaba fuera, y lo estaría hasta el día siguiente, asistiendo a una conferencia médica en Charlottetown. Ana ansiaba una hora de compañía con alguna amiga de su edad. El capitán Jim y la señorita Cornelia eran, cada uno a su manera, «buena gente»; pero la juventud anhelaba a la juventud.

—Si al menos pudieran pasarse Diana, o Phil, o Pris, o Stella, a charlar un rato —se dijo—, ¡qué delicia sería! Esta noche es tan *fantasmal*... Estoy segura de que, si esa niebla que todo lo envuelve se descorriera de pronto, esta misma noche se verían todos los barcos que zarparon de Four Winds hacia su perdición, remontando el puerto con sus tripulaciones ahogadas sobre cubierta. Siento como si ocultara infinidad de misterios, como si me rodearan los espectros de viejas generaciones de gente de Four Winds, espiándome a través de ese velo gris. Si las queridas damas difuntas de esta casita volvieran alguna vez a visitarla, sería en una noche exactamente como esta. Si sigo aquí sentada un rato más, voy a ver a una de ellas ahí enfrente, en el sillón de Gilbert. Esta casa no tiene nada de tranquilizador esta noche. Hasta Gog y Magog parecen

aguzar las orejas para oír los pasos de huéspedes invisibles. Voy a acercarme corriendo a ver a Leslie antes de asustarme yo sola con mis propias fantasías, como me pasó hace tiempo con lo del Bosque Encantado. Dejaré mi casa de ensueño para que dé la bienvenida a sus viejos habitantes. Mi fuego les brindará mi buena voluntad y mi saludo; se habrán ido antes de que yo vuelva, y mi casa volverá a ser solo mía. Esta noche, estoy segura, está guardando una cita con el pasado.

Riendo un poco de su propia fantasía, aunque con cierto escalofrío recorriéndole la espalda, Ana les lanzó un beso con la mano a Gog y Magog y se deslizó hacia la niebla, con algunas de las revistas nuevas bajo el brazo para Leslie.

—A Leslie le encantan los libros y las revistas —le había dicho la señorita Cornelia—, y casi nunca ve ninguno. No puede permitirse comprarlos ni suscribirse a ellos. Es de una pobreza lastimosa, de verdad, Ana. No sé cómo se las arregla siquiera para vivir con la miseria de renta que le da la granja. Nunca deja entrever ni una queja por su pobreza, pero yo sé lo que debe de ser. La ha lastrado toda la vida. No le importaba cuando era libre y ambiciosa, pero ahora tiene que escocerle, ¡créeme! Me alegra que pareciera tan animada y alegre la noche que pasó contigo. El capitán Jim me dijo que casi tuvo que ponerle la toca y el abrigo a la fuerza y empujarla hasta la puerta. Tampoco tardes demasiado en ir a verla. Si lo haces, pensará que es porque no soportas ver a Dick, y volverá a encerrarse en su caparazón. Dick es un bebé enorme e inofensivo, pero esa sonrisa boba suya y esas risitas ponen a algunos de los nervios. Gracias a Dios, yo no tengo nervios. Ahora me cae mejor Dick Moore que cuando estaba en su sano juicio, aunque el Señor sabe que eso tampoco es decir mucho. Un día que estaba allí, en plena limpieza general, echándole una mano a Leslie, andaba yo friendo rosquillas. Dick rondaba por allí para pillar una, como siempre, y de repente cogió una que acababa yo de sacar, ardiendo, y me la dejó caer en la nuca cuando estaba agachada. Y luego se rió y se rió. ¡Créeme, Ana, hizo falta toda la gracia de Dios que tengo en

el corazón para no coger esa cazuela de grasa hirviendo y vaciársela entera en la cabeza!

Ana se rió recordando la indignación de la señorita Cornelia mientras avanzaba a toda prisa por la oscuridad. Pero la risa casaba mal con aquella noche. Llegó bastante seria a la casa entre los sauces. Todo estaba muy silencioso. La parte delantera de la casa parecía a oscuras y desierta, así que Ana se deslizó hasta la puerta lateral, que daba desde el porche a una salita. Allí se detuvo sin hacer ruido.

La puerta estaba abierta. Al fondo, en la habitación tenuemente iluminada, estaba sentada Leslie Moore, con los brazos extendidos sobre la mesa y la cabeza hundida entre ellos. Lloraba de un modo terrible, con sollozos bajos, feroces, ahogados, como si alguna agonía de su alma pugnara por desgarrarse hacia fuera. Un viejo perro negro estaba sentado junto a ella, el hocico apoyado en su regazo, los grandes ojos de perro llenos de una compasión y una devoción mudas y suplicantes. Ana retrocedió, consternada. Sintió que no podía inmiscuirse en aquella amargura. El corazón le dolía con una compasión que no podía expresar. Entrar en ese momento habría sido cerrar para siempre la puerta a cualquier ayuda o amistad posibles. Algún instinto advirtió a Ana de que aquella muchacha orgullosa y amargada jamás perdonaría a quien la sorprendiera así, entregada a su desesperación.

Ana se apartó sin ruido del porche y cruzó el patio. Más allá, oyó voces entre la penumbra y vio el resplandor mortecino de una luz. En la verja se cruzó con dos hombres: el capitán Jim, con un farol, y otro que supo enseguida que debía de ser Dick Moore, un hombre corpulento, muy venido a gordo, de cara ancha, redonda y colorada, y ojos vacíos. Incluso con aquella luz débil, Ana tuvo la impresión de que había algo raro en sus ojos.

—¿Es usted, señora Blythe? —dijo el capitán Jim—. Vamos, vamos, no debería andar rondando sola una noche así. Con esta niebla es facilísimo perderse. Espere nada más a que deje a Dick a salvo dentro de casa, y vuelvo a alumbrarle el camino por los

campos. No quiero que el doctor Blythe llegue a casa y se entere de que se despeñó usted por el cabo Leforce, con esta niebla. A una mujer le pasó justo eso una vez, hace cuarenta años.

—Así que ha estado usted donde Leslie —dijo, cuando volvió a reunirse con ella.

—No entré —dijo Ana, y le contó lo que había visto. El capitán Jim suspiró.

—¡Pobre, pobre niña! No llora a menudo, señora Blythe, es demasiado valiente para eso. Debe de sentirse fatal cuando llora. Una noche así es dura para las pobres mujeres que tienen penas. Hay algo en ella que como que remueve todo lo que hemos sufrido... o temido.

—Está llena de fantasmas —dijo Ana, con un escalofrío—. Por eso vine, quería estrechar una mano humana y oír una voz humana.

—Esta noche parece haber tantas presencias *inhumanas* rondando... Hasta mi propia y querida casa estaba llena de ellas. Prácticamente me echaron a codazos. Así que hui hasta aquí en busca de compañía de mi especie.

—Aun así, hizo usted bien en no entrar, señora Blythe. A Leslie no le habría gustado. Tampoco le habría gustado que entrase yo con Dick, que es lo que habría hecho de no haberla encontrado a usted. He tenido a Dick conmigo todo el día. Lo tengo conmigo todo lo que puedo, para ayudar un poco a Leslie.

—¿No hay algo raro en sus ojos? —preguntó Ana.

—¿Se ha fijado usted? Sí, uno lo tiene azul y el otro, color avellana; su padre los tenía igual. Es cosa de familia, de los Moore. Eso fue lo que me dijo que era Dick Moore, la primera vez que lo vi allá en Cuba. De no ser por los ojos, puede que no lo hubiera reconocido, con la barba y la gordura que tiene. Ya sabe usted, calculo yo, que fui yo quien lo encontró y lo trajo a casa. La señorita Cornelia dice siempre que no debería haberlo hecho, pero yo no estoy de acuerdo con ella. Era lo *correcto*, y por eso era también lo

único que se podía hacer. En *eso* no me cabe la menor duda. Pero el corazón, viejo como lo tengo, se me parte por Leslie. Solo tiene veintiocho años, y ha comido más pan amargo que la mayoría de las mujeres en ochenta.

Caminaron un rato en silencio. Al poco, Ana dijo: —¿Sabe, capitán Jim?, nunca me ha gustado caminar con un farol. Siempre tengo la sensación más extraña de que, justo fuera del círculo de luz, justo al otro lado de su borde, en la oscuridad, me rodea un cerco de cosas furtivas y siniestras que me observan desde las sombras con ojos hostiles. Tengo esa sensación desde niña. ¿Cuál será la razón? Nunca la siento cuando estoy de verdad en la oscuridad, cuando me envuelve toda, por completo... entonces no tengo el menor miedo.

—Yo también tengo algo de esa sensación —admitió el capitán Jim —. Calculo yo que, cuando la oscuridad está pegada a nosotros, es una amiga. Pero cuando la apartamos un poco, cuando nos divorciamos de ella, por así decirlo, con la luz de un farol, se vuelve enemiga. Pero la niebla se está levantando.

—Está levantándose un buen viento de poniente, si se fija. Las estrellas estarán fuera cuando llegue usted a casa.

Salieron, en efecto; y cuando Ana volvió a entrar en su casa de ensueño, las brasas rojas aún brillaban en el hogar, y todas las presencias fantasmales se habían ido.

Capítulo 14. Días de noviembre

El esplendor de color que durante semanas había resplandecido a lo largo de las orillas del puerto de Four Winds se había apagado hasta quedar en el suave gris azulado de las colinas del otoño tardío. Llegaron muchos días en que los campos y las orillas se veían borrosos bajo una llovizna neblinosa, o se estremecían al soplo de un viento marino y melancólico; también noches de tormenta y tempestad, en las que Ana a veces se despertaba para rezar porque ningún barco anduviera abriéndose paso a duras penas por la adusta costa norte, pues si así fuera, ni siquiera aquella gran luz fiel, girando intrépida en la oscuridad, bastaría para guiarlo hasta un puerto seguro.

—En noviembre, a veces tengo la sensación de que la primavera ya no va a volver nunca —suspiraba, apenada por la fealdad sin remedio de sus arriates escarchados y ajados. El alegre jardincito de la novia del maestro era ahora un lugar bastante desolado, y los álamos lombardos y los abedules iban a palo seco, como decía el capitán Jim. Pero el pinar de detrás de la casita seguía siempre verde y firme; e incluso en noviembre y diciembre llegaban días de gracia, de sol y brumas violáceas, en que el puerto danzaba y centelleaba tan alegre como en pleno verano, y el golfo se volvía de un azul tan suave y tierno que la tormenta y el viento salvaje parecían solo cosas de un sueño ya lejano.

Ana y Gilbert pasaron muchas veladas de otoño en el faro. Era siempre un lugar alegre. Incluso cuando el viento del este cantaba en tono menor y el mar estaba muerto y gris, parecían acechar por

todas partes destellos de sol. Puede que se debiera a que el Primer Oficial se paseaba siempre por allí ataviado con su panoplia de oro. Era tan grande y refulgente que apenas se echaba en falta el sol, y sus sonoros ronroneos formaban un acompañamiento agradable a las risas y las conversaciones que se sucedían en torno a la chimenea del capitán Jim. El capitán Jim y Gilbert sostenían largas discusiones y elevados coloquios sobre cuestiones que escapaban al entendimiento tanto de los gatos como de los reyes.

—A mí me gusta darle vueltas a todo tipo de problemas, aunque no sepa resolverlos —dijo el capitán Jim—. Mi padre sostenía que nunca debíamos hablar de cosas que no entendíamos, pero si no lo hiciéramos, doctor, los temas de conversación serían bien pocos. Calculo yo que los dioses se ríen más de una vez al oírnos, pero qué más da, mientras recordemos que no somos más que hombres y no nos demos por creer que somos dioses de verdad, capaces de conocer el bien y el mal. Calculo yo que nuestras tertulias no nos harán mucho daño ni a nosotros ni a nadie, así que démosle otro repaso esta noche, doctor, al de dónde, el porqué y el adónde.

Mientras ellos «le daban un repaso», Ana escuchaba o soñaba despierta. A veces Leslie iba con ellos al faro, y ella y Ana vagaban por la orilla en el crepúsculo, extraño y sobrecogedor, o se sentaban en las rocas al pie del faro hasta que la oscuridad las hacía volver al calor del fuego de leña de deriva. Entonces el capitán Jim les preparaba té y les contaba

relatos de la tierra y del mar,
y de todo cuanto pudiera acontecer
en el gran mundo olvidado de fuera.

Leslie parecía disfrutar siempre muchísimo de aquellas veladas en el faro, y florecía por un rato en ingenio pronto y risa hermosa, o en un silencio de ojos encendidos. Había cierto sabor, cierto punto de sal en la conversación cuando Leslie estaba presente, que echaban de menos cuando faltaba. Incluso cuando no hablaba, parecía inspirar en los demás un brillo especial. El capitán Jim contaba mejor sus historias, Gilbert era más rápido en el argumento y la réplica, y

Ana sentía pequeños chorros y regueros de fantasía e imaginación burbujeándole en los labios bajo la influencia de la personalidad de Leslie.

—Esa chica nació para ser líder en círculos sociales e intelectuales, muy lejos de Four Winds —le dijo a Gilbert una noche, de camino a casa—. Aquí está sencillamente desperdiciada... desperdiciada.

—¿No estabas escuchando al capitán Jim y a un servidor la otra noche, cuando hablamos de eso en general? Llegamos a la reconfortante conclusión de que el Creador probablemente sabe llevar su universo tan bien como nosotros, y que, al fin y al cabo, no existen las vidas «desperdiciadas», salvo cuando alguien despilfarra y malgasta la suya propia por su propia voluntad, cosa que Leslie Moore desde luego no ha hecho. Y hay quien podría pensar que una licenciada de Redmond, a la que ya empezaban a honrar los editores, estaba «desperdiciada» de esposa de un médico rural que se abre camino a duras penas en la comunidad campesina de Four Winds.

—¡Gilbert!

—Si te hubieras casado con Roy Gardner —continuó Gilbert, sin piedad—, *tú* sí podrías haber sido «líder en círculos sociales e intelectuales muy lejos de Four Winds».

—¡Gilbert *Blythe*!

—*Sabes* que estuviste enamorada de él en otro tiempo, Ana.

—Gilbert, eso es una mezquindad... «rastrero como el veneno, muy de hombres», como dice la señorita Cornelia. *Nunca* estuve enamorada de él. Solo me lo imaginé. *Tú* lo sabes. *Sabes* que prefiero ser tu mujer en nuestra casa de ensueño y de plenitud, antes que una reina en un palacio.

La respuesta de Gilbert no fue con palabras; pero me temo que los dos se olvidaron de la pobre Leslie, que en ese mismo instante cruzaba a toda prisa y en soledad los campos, camino de una casa que no era ni un palacio ni la plenitud de ningún sueño.

La luna se alzaba tras ellos sobre el mar triste y oscuro, transfigurándolo. Su luz aún no había alcanzado el puerto, cuya orilla más alejada quedaba sombría y llena de sugerencias, con calas tenues, ricas penumbras y luces que centelleaban como joyas.

—¡Cómo brillan esta noche las luces de las casas, en medio de la oscuridad! —dijo Ana—. Esa hilera de luces sobre el puerto parece un collar. ¡Y qué centelleo hay allá arriba, en el Glen! Ay, mira, Gilbert, ahí está la nuestra. Qué contenta estoy de haberla dejado encendida. Odio llegar a una casa a oscuras. ¡*Nuestra* luz de casa, Gilbert! ¿Verdad que es precioso verla?

—Solo uno de los muchos millones de hogares de la tierra, Ana mía, pero el nuestro..., *el nuestro*..., nuestro faro en «un mundo perverso». Cuando un hombre tiene un hogar, y en él una mujercita pelirroja y querida, ¿qué más puede pedirle a la vida?

—Bueno, podría pedirle *una* cosa más —susurró Ana, feliz—. Ay, Gilbert, es como si *no pudiera* esperar a que llegue la primavera.

Capítulo 15. Navidad en Four Winds

Al principio, Ana y Gilbert hablaron de volver a Avonlea para pasar la Navidad; pero al final decidieron quedarse en Four Winds. —Quiero pasar la primera Navidad de nuestra vida juntos en nuestro propio hogar —decretó Ana.

Así fue como Marilla, la señora Rachel Lynde y los mellizos vinieron a Four Winds a pasar la Navidad. Marilla tenía la cara de una mujer que hubiese dado la vuelta al mundo. Nunca se había alejado de casa más de cien kilómetros, y jamás había comido una cena de Navidad en otro sitio que no fuera Tejas Verdes.

La señora Rachel había hecho y traído consigo un pudin de ciruelas enorme. Nada habría podido convencer a la señora Rachel de que una licenciada universitaria de la nueva generación supiera hacer bien un pudin de Navidad; pero dio su aprobación a la casa de Ana.

—Ana es una buena ama de casa —le dijo a Marilla en el cuarto de invitados la noche de su llegada—. Le he mirado la panera y el cubo de las sobras. Yo siempre juzgo a un ama de casa por eso, y eso es lo que hay. No hay nada en el cubo que no debiera haberse tirado, y no hay mendrugos duros en la panera. Claro que tú la criaste... pero luego fue a la universidad. Veo que tiene mi colcha de rayas de tabaco en esta cama, y esa gran alfombra redonda trenzada tuya delante del fuego de la sala. Me hace sentir como en casa.

La primera Navidad de Ana en su propia casa fue tan deliciosa como ella habría podido desear. El día amaneció claro y luminoso; la primera capa fina de nieve había caído en Nochebuena y había hecho hermoso el mundo; el puerto seguía abierto y resplandeciente.

El capitán Jim y la señorita Cornelia vinieron a comer. Habían invitado a Leslie y a Dick, pero Leslie se excusó: dijo que siempre pasaban la Navidad en casa de su tío Isaac West.

—Ella prefiere que sea así —le dijo la señorita Cornelia a Ana—. No soporta llevar a Dick a un sitio con desconocidos. La Navidad siempre es un mal trago para Leslie. Ella y su padre solían celebrarla a lo grande.

La señorita Cornelia y la señora Rachel no llegaron a tomarse un cariño muy violento la una a la otra. *Dos soles no siguen su curso en la misma esfera.* Pero no llegaron a chocar en ningún momento, porque la señora Rachel estaba en la cocina ayudando a Ana y a Marilla con la comida, y le tocó a Gilbert entretener al capitán Jim y a la señorita Cornelia... o más bien dejarse entretener por ellos, porque un diálogo entre aquellos dos viejos amigos y antagonistas no era nunca aburrido, desde luego.

—Hace ya muchos años que no se comía una cena de Navidad aquí, señora Blythe —dijo el capitán Jim—. La señorita Russell siempre iba a casa de sus amigos, al pueblo, por Navidad. Pero yo estuve aquí en la primera cena de Navidad que se comió jamás en esta casa..., y la cocinó la novia del maestro. Eso fue hace sesenta años, hoy mismo, señora Blythe..., y un día muy parecido a este: justo la nieve suficiente para blanquear las colinas, y el puerto azul como en junio. Yo era solo un muchacho, y nunca me habían invitado antes a cenar fuera, y me dio tanta vergüenza que apenas comí. De *eso* ya se me ha pasado del todo.

—A la mayoría de los hombres se les pasa —dijo la señorita Cornelia, cosiendo con furia. La señorita Cornelia no estaba dispuesta a quedarse con las manos ociosas ni siquiera en Navidad.

Los bebés llegan sin ninguna consideración por las fiestas, y se esperaba uno en un hogar paupérrimo de Glen St. Mary. La señorita Cornelia le había mandado a aquella familia una comida sustanciosa para su pequeño enjambre, así que pensaba comerse la suya con la conciencia tranquila.

—Bueno, ya sabes, el camino al corazón de un hombre pasa por el estómago, Cornelia —explicó el capitán Jim.

—Te creo... cuando *tiene* corazón —replicó la señorita Cornelia—. Supongo que por eso hay tantas mujeres que se matan cocinando..., igual que la pobre Amelia Baxter. Murió la mañana de la Navidad pasada, y dijo que era la primera Navidad desde que se casó en que no había tenido que cocinar una cena grande, para veinte platos. Debió de ser un cambio la mar de agradable para ella. Bueno, lleva un año muerta, así que pronto oirás que Horace Baxter empieza a fijarse en alguien.

—He oído que ya se ha fijado en alguien —dijo el capitán Jim, guiñándole el ojo a Gilbert—. ¿No estuvo hace poco un domingo por tu casa, con el traje negro de los funerales puesto y el cuello almidonado?

—No, no estuvo. Y no hace falta que venga tampoco. Podría haberlo tenido hace años, cuando estaba fresco. No quiero mercancía de segunda mano, ¡créeme! En cuanto a Horace Baxter, hace un año, el verano pasado, tuvo apuros de dinero y le rezó al Señor pidiendo ayuda; y cuando se le murió la mujer y cobró el seguro de vida, dijo que creía que aquella era la respuesta a su oración. ¿No fue muy de hombre?

—¿Tienes de verdad pruebas de que dijo eso, Cornelia?

—Tengo la palabra del pastor metodista..., si a *eso* le llamas prueba. Robert Baxter me contó lo mismo, pero admito que *eso* no es prueba. No es frecuente que se sepa que Robert Baxter dice la verdad.

—Vamos, vamos, Cornelia, yo creo que por lo general dice la verdad, pero cambia de opinión tan a menudo que a veces parece

que no.

—Pues así parece muy a menudo, ¡créeme! Pero fíate de que un hombre siempre disculpa a otro. A mí Robert Baxter no me sirve para nada. Se hizo metodista solo porque el coro presbiteriano dio la casualidad de que estaba cantando «He aquí que el esposo viene» como pieza de colecta cuando él y Margaret subieron por el pasillo el domingo después de casarse. ¡Bien merecido lo tenía, por llegar tarde! Siempre sostuvo que el coro lo hizo a propósito para insultarlo, como si él fuera tan importante. Pero esa familia siempre se creyó de mucho más peso del que en realidad tenía. Su hermano Eliphalet se imaginaba que el diablo siempre andaba a su lado..., pero *yo* nunca creí que el diablo perdiera tanto tiempo con él.

—Yo... no... sé —dijo el capitán Jim, pensativo—. Eliphalet Baxter vivía demasiado solo..., ni siquiera tenía un gato o un perro que lo mantuviesen humano. Cuando un hombre está solo, es muy fácil que ande con el diablo..., si no anda con Dios. Tiene que elegir con quién se junta, calculo yo. Si el diablo siempre andaba al lado de Life Baxter, sería porque a Life le gustaba tenerlo allí.

—Muy de hombre —dijo la señorita Cornelia, y se sumió en silencio sobre una complicada disposición de pliegues, hasta que el capitán Jim, deliberadamente, volvió a azuzarla comentando como quien no quiere la cosa:

—El domingo pasado por la mañana estuve en la iglesia metodista.

—Mejor te hubiera ido quedándote en casa leyendo la Biblia —fue la réplica de la señorita Cornelia.

—Vamos, Cornelia, *yo* no le veo ningún mal a ir a la iglesia metodista cuando en la tuya no hay sermón. Llevo setenta y seis años siendo presbiteriano, y no es probable que mi teología leve anclas a estas alturas.

—Es dar mal ejemplo —dijo la señorita Cornelia con severidad.

—Además —siguió el pícaro capitán Jim—, quería oír buen cantar. Los metodistas tienen buen coro; y no puedes negar, Cornelia, que el cantar en nuestra iglesia es espantoso desde que se dividió el coro.

—¿Y qué más da que el cantar no sea bueno? Están haciendo lo que pueden, y Dios no ve diferencia entre la voz de un cuervo y la de un ruiseñor.

—Vamos, vamos, Cornelia —dijo el capitán Jim con suavidad—, yo tengo mejor opinión que *esa* del oído del Todopoderoso para la música.

—¿Qué provocó el conflicto en nuestro coro? —preguntó Gilbert, que se moría por contener la risa.

—Se remonta a la iglesia nueva, hace tres años —respondió el capitán Jim—. Pasamos un rato terrible con la construcción de esa iglesia... nos peleamos por la cuestión del nuevo solar. Los dos solares no estaban a más de ciento ochenta metros el uno del otro, pero, por la amargura de aquella pelea, habrías dicho que había un kilómetro de por medio. Nos dividimos en tres bandos: uno quería el solar del este, otro el del sur, y otro se aferraba al viejo. Se peleó en la cama y en la mesa, en la iglesia y en el mercado. Se desenterraron y se airearon todos los viejos escándalos de tres generaciones. Se rompieron tres compromisos de boda por aquello. ¡Y las reuniones que tuvimos para intentar resolver la cuestión! Cornelia, ¿olvidarás alguna vez aquella en la que el viejo Luther Burns se levantó y soltó un discurso? *Él* sí que expuso sus opiniones con contundencia.

—Al pan, pan, capitán. Quieres decir que se puso rojo de furia y les cantó las cuarenta a todos, de proa a popa. Y bien que se lo merecían..., una pandilla de incapaces. Pero ¿qué se puede esperar de un comité de hombres? Aquel comité de la construcción celebró veintisiete reuniones, y al final de la veintisiete no estaban más cerca de tener iglesia que al principio... ni mucho menos, la verdad, porque en un arrebato por acelerar las cosas se pusieron manos a la

obra y derribaron la iglesia vieja, así que allí nos quedamos, sin iglesia, y sin más sitio que el salón parroquial para el culto.

—Los metodistas nos ofrecieron su iglesia, Cornelia.

—La iglesia de Glen St. Mary aún no se habría construido —continuó la señorita Cornelia, sin hacerle caso al capitán Jim—, si nosotras, las mujeres, no nos hubiéramos puesto manos a la obra y tomado las riendas. Dijimos que *nosotras* íbamos a tener iglesia, aunque los hombres se empeñaran en pelear hasta el día del Juicio, y que estábamos hartas de ser el hazmerreír de los metodistas. Celebramos *una* reunión, elegimos un comité y pedimos suscripciones. Y las conseguimos, además. Cuando algún hombre intentaba contestarnos, le decíamos que ellos llevaban dos años intentando construir una iglesia y que ahora nos tocaba a nosotras. Los hicimos callar del todo, ¡créeme!, y en seis meses teníamos nuestra iglesia. Claro que, en cuanto los hombres vieron que estábamos decididas, dejaron de pelear y se pusieron a trabajar, muy de hombres, en cuanto vieron que no les quedaba más remedio, o que perdían el mando. Ay, las mujeres no pueden predicar ni ser ancianas de la iglesia; pero sí pueden construir iglesias y sacarles el dinero de donde sea.

—Los metodistas sí dejan predicar a las mujeres —dijo el capitán Jim.

La señorita Cornelia lo fulminó con la mirada.

—Nunca dije que a los metodistas les faltara sentido común, capitán. Lo que digo es que dudo que tengan mucha religión.

—Supongo que está usted a favor del voto femenino, señorita Cornelia —dijo Gilbert.

—No ando ansiando el voto, ¡créeme! —dijo la señorita Cornelia con desdén—. *Yo* sé bien lo que es andar recogiendo detrás de los hombres. Pero un día de estos, cuando los hombres se den cuenta de que han metido al mundo en un lío del que no pueden sacarlo, se alegrarán de darnos el voto y de echarnos encima sus problemas.

Ese es *su* plan. Ay, menos mal que las mujeres son pacientes, ¡créeme!

—¿Y qué me dice de Job? —sugirió el capitán Jim.

—¡Job! Era una cosa tan rara encontrar un hombre paciente que, en cuanto se descubrió uno de verdad, se propusieron que nadie lo olvidara —replicó la señorita Cornelia, triunfante—. De todos modos, la virtud no va con el nombre. Nunca nació hombre más impaciente que el viejo Job Taylor, el del otro lado del puerto.

—Bueno, ya sabes, tuvo bastante que aguantar, Cornelia. Ni tú puedes defender a su mujer. Siempre me acuerdo de lo que dijo de ella el viejo William MacAllister en su entierro: «No hay duda de que era una mujer cristiana, pero tenía el genio del mismísimo diablo».

—Supongo que sí era una prueba dura —admitió la señorita Cornelia de mala gana—, pero eso no justifica lo que dijo Job cuando ella murió. Volvió a caballo del cementerio, el día del entierro, con mi padre. No dijo ni una palabra hasta que estuvieron cerca de casa. Entonces soltó un suspiro enorme y dijo: «Puede que no lo creas, Stephen, pero este es el día más feliz de mi vida». ¿No fue muy de hombre?

—Calculo yo que la pobre señora de Job sí que le hizo la vida un poco incómoda —reflexionó el capitán Jim.

—Bueno, existe algo que se llama decencia, ¿no? Aunque un hombre se alegre en su fuero interno de que se le haya muerto la mujer, no hace falta que lo proclame a los cuatro vientos del cielo. Y, feliz o no aquel día, Job Taylor no tardó mucho en volver a casarse, ya te habrás fijado. Su segunda mujer sí que sabía manejarlo. Lo hizo desfilar derecho, ¡créeme! Lo primero que hizo fue ponerlo a trabajar para levantarle una lápida a la primera señora de Job..., y dejó sitio en ella para su propio nombre. Dijo que no habría nadie que obligara a Job a levantarle un monumento a *ella*.

—Hablando de los Taylor, ¿cómo sigue la señora de Lewis Taylor, allá arriba en el Glen, doctor? —preguntó el capitán Jim.

—Va mejorando poco a poco..., pero trabaja demasiado —respondió Gilbert.

—Su marido también trabaja mucho..., criando cerdos premiados —dijo la señorita Cornelia—. Es famoso por sus hermosos cerdos. Está mucho más orgulloso de sus cerdos que de sus hijos. Aunque, claro, sus cerdos son los mejores cerdos que existen, mientras que sus hijos no valen gran cosa. Eligió mal a la madre para ellos, y la mató de hambre mientras los llevaba en el vientre y los criaba. Sus cerdos se llevaron la nata, y sus hijos, la leche desnatada.

—Hay veces, Cornelia, en que tengo que darte la razón, aunque me duela —dijo el capitán Jim—. Eso es la pura verdad sobre Lewis Taylor. Cuando veo a esos pobres hijos suyos, desdichados, privados de todo lo que a un niño le corresponde, se me envenena el bocado y el trago durante días.

Gilbert salió a la cocina al ver que Ana le hacía señas. Ana cerró la puerta y le echó un sermón conyugal.

—Gilbert, tú y el capitán Jim tenéis que dejar de provocar a la señorita Cornelia. Ay, os he estado escuchando..., y no pienso permitirlo.

—Ana, la señorita Cornelia se lo está pasando en grande. Y tú lo sabes.

—Bueno, da igual. No hace falta que la azucéis así, los dos. La comida ya está lista, y, Gilbert, *no* dejes que la señora Rachel trinche los gansos. Sé que va a ofrecerse a hacerlo porque no cree que tú sepas hacerlo bien. Demuéstrale que sí sabes.

—Debería ser capaz. Llevo todo el mes pasado estudiando diagramas de trinchado con letras A-B-C-D —dijo Gilbert—. Solo que no me hables mientras lo hago, Ana, porque si me borras las letras de la cabeza acabaré en un apuro peor que el tuyo en los viejos tiempos de geometría, cuando la maestra las cambiaba.

Gilbert trinchó los gansos a la perfección. Hasta la señora Rachel tuvo que reconocerlo. Y todos comieron de ellos y los disfrutaron. La

primera cena de Navidad de Ana fue todo un éxito, y ella resplandecía de orgullo de ama de casa. El festín fue alegre y largo; y, cuando terminó, se reunieron en torno al alegre resplandor del hogar encendido y el capitán Jim les contó historias hasta que el sol rojo se puso bajo sobre el puerto de Four Winds, y las largas sombras azules de los álamos lombardos cayeron sobre la nieve del camino.

—Tengo que volver ya al faro —dijo por fin—. Justo me dará tiempo de llegar andando a casa antes de que se ponga el sol. Gracias por una Navidad tan hermosa, señora Blythe. Traiga al señorito Davy al faro alguna noche, antes de que se vuelva a casa.

—Quiero ver esos dioses de piedra —dijo Davy con deleite.

Capítulo 16. Nochevieja en el faro

La gente de Tejas Verdes se volvió a casa después de Navidad, con Marilla bajo el solemne compromiso de regresar en primavera para pasar un mes. Cayó más nieve antes de Fin de Año, y el puerto se heló por completo, pero el golfo seguía libre, más allá de los campos blancos y aprisionados. El último día del año viejo fue uno de esos días de invierno luminosos, fríos y deslumbrantes que nos bombardean con su brillo y exigen nuestra admiración, pero nunca nuestro cariño. El cielo estaba nítido y azul; los diamantes de nieve centelleaban con insistencia; los árboles desnudos se alzaban despojados y descarados, con una especie de belleza impúdica; las colinas disparaban lanzas de cristal a modo de asalto. Hasta las sombras eran nítidas, rígidas y de contorno preciso, como no deberían serlo las sombras que se precien de tales. Todo lo que era hermoso parecía diez veces más hermoso y menos atractivo bajo aquel esplendor deslumbrante; y todo lo que era feo parecía diez veces más feo, y todo era, o hermoso, o feo. No había fusión suave, ni penumbra amable, ni bruma esquiva en aquel fulgor escrutador. Lo único que conservaba su propia individualidad eran los abetos, pues el abeto es el árbol del misterio y la sombra, y jamás cede ante la usurpación de un resplandor tan crudo.

Pero, al fin, el día empezó a darse cuenta de que estaba envejeciendo. Entonces una cierta melancolía se posó sobre su belleza, que la apagaba y a la vez la intensificaba; los ángulos afilados, los destellos centelleantes, se fundieron en curvas y en

brillos seductores. El puerto blanco se vistió de grises suaves y de rosas; las colinas lejanas se tornaron color amatista.

—El año viejo se está yendo hermosamente —dijo Ana.

Ella, Leslie y Gilbert iban de camino a la punta de Four Winds, pues habían conspirado con el capitán Jim para esperar la entrada del Año Nuevo en el faro. El sol se había puesto, y en el cielo del sudoeste colgaba Venus, gloriosa y dorada, tan cerca de su hermana la Tierra como le es posible acercarse. Por primera vez, Ana y Gilbert vieron la sombra que proyectaba aquel brillante lucero vespertino, esa sombra tenue y misteriosa que jamás se ve salvo cuando hay nieve blanca que la revele, y aun entonces solo con la mirada desviada, pues se desvanece en cuanto se la mira de frente.

—Es como el espíritu de una sombra, ¿verdad? —susurró Ana—. Se la ve con toda claridad, rondándote al lado, cuando miras hacia delante; pero en cuanto te vuelves a mirarla..., ha desaparecido.

—He oído decir que la sombra de Venus solo se puede ver una vez en la vida, y que, dentro del año siguiente a verla, te llega el don más maravilloso de tu vida —dijo Leslie. Pero lo dijo con cierta dureza; tal vez pensaba que ni siquiera la sombra de Venus podía traerle a ella ningún don de vida. Ana sonrió en el suave crepúsculo; estaba bastante segura de lo que le prometía aquella sombra mística.

Encontraron a Marshall Elliott en el faro. Al principio, Ana se sintió inclinada a resentir la intrusión de aquel excéntrico de pelo largo y barba larga en el pequeño círculo de siempre. Pero Marshall Elliott no tardó en demostrar su derecho legítimo a pertenecer a la casa de José. Era un hombre ingenioso, inteligente y de mucha lectura, que rivalizaba con el propio capitán Jim en el arte de contar una buena historia. Todos se alegraron cuando accedió a despedir con ellos el año viejo.

El pequeño sobrino nieto del capitán Jim, Joe, había bajado a pasar el Fin de Año con su tío abuelo, y se había quedado dormido

en el sofá, con el Primer Oficial hecho un enorme ovillo dorado a sus pies.

—¿Verdad que es un hombrecito encantador? —dijo el capitán Jim, regodeándose—. A mí me encanta ver dormir a un niño pequeño, señora Blythe. Es el espectáculo más hermoso del mundo, calculo yo. A Joe le encanta venir aquí a pasar la noche, porque lo dejo dormir conmigo. En casa tiene que dormir con los otros dos chicos, y no le gusta. «¿Por qué no puedo dormir con padre, tío Jim?», va y dice. «Todo el mundo en la Biblia dormía con su padre.» Y en cuanto a las preguntas que hace, ni el propio pastor sabría contestarlas. A mí me dejan de una pieza. «Tío Jim, si yo no fuera *yo*, ¿quién sería?», y «Tío Jim, ¿qué pasaría si Dios se muriera?». Esas dos me las soltó esta noche, antes de quedarse dormido. Y en cuanto a su imaginación, se le va volando más allá de todo. Se inventa las historias más extraordinarias..., y luego su madre lo encierra en el armario por contar mentiras. Y él se sienta y se inventa otra, y la tiene lista para contársela en cuanto lo deja salir. Tenía una preparada para mí cuando bajó esta noche. «Tío Jim», me dice, solemne como una lápida, «hoy tuve una 'ventura en el Glen». «¿Sí? ¿Cuál?», le digo yo, digo, esperando algo bastante espeluznante, pero de ningún modo preparado para lo que me vino después. «Me encontré un lobo en la calle», va y dice, «un lobo 'norme, con una boca loja muy glande y unos dientes lalgos y *tellibles*, tío Jim». «Yo no sabía que hubiera lobos allá arriba, en el Glen», le digo yo, digo. «Ah, ese venió de muy, muy lejos», dice Joe, «y pensé que me iba a comer entero, tío Jim». «¿Tuviste miedo?», le digo yo, digo. «No, porque tenía una escopeta grande», dice Joe, «y maté al lobo, tío Jim..., bien muerto..., y luego se fue al cielo y mordió a Dios», va y dice. Bueno, me quedé de una pieza, señora Blythe.

Las horas florecieron en alegría en torno al fuego de leña de deriva. El capitán Jim contó historias, y Marshall Elliott cantó viejas baladas escocesas con una hermosa voz de tenor; por fin, el capitán Jim descolgó de la pared su viejo violín marrón y se puso a tocar. Tenía una destreza pasable con el violín, que todos apreciaron

menos el Primer Oficial, que saltó del sofá como si le hubiesen disparado, soltó un chillido de protesta y huyó escaleras arriba como alma que lleva el diablo.

—No hay manera de cultivarle el oído para la música a ese gato —dijo el capitán Jim—. No se queda el tiempo suficiente para aprender a que le guste. Cuando pusimos el órgano en la iglesia del Glen, el viejo anciano Richards se levantó de un salto de su asiento en cuanto la organista empezó a tocar, y salió disparado por el pasillo y por la puerta de la iglesia a una velocidad de no te menees. Me recordó tan fuerte al Primer Oficial saliendo disparado en cuanto empiezo a tocar el violín, que estuve más cerca de soltar una carcajada en la iglesia que nunca antes ni después.

Había algo tan contagioso en las tonadas desenfadadas que tocaba el capitán Jim que muy pronto a Marshall Elliott empezaron a temblarle los pies. De joven había sido un bailarín afamado. Al poco se puso en pie de un salto y le tendió las manos a Leslie. Ella respondió al instante. Dieron vueltas y más vueltas por la sala iluminada por el fuego, con una gracia rítmica maravillosa. Leslie bailaba como poseída por una inspiración; el abandono salvaje y dulce de la música parecía haberse adueñado de ella por completo. Ana la observaba con fascinada admiración. Nunca la había visto así. Toda la riqueza, el color y el encanto innatos de su naturaleza parecían haberse desatado y desbordado en la mejilla encendida, el ojo brillante y la gracia del movimiento. Ni siquiera el aspecto de Marshall Elliott, con su barba larga y su melena, lograba estropear el cuadro. Al contrario, parecía realzarlo. Marshall Elliott parecía un vikingo de tiempos antiguos, bailando con una de las hijas de ojos azules y cabellos dorados del País del Norte.

—El baile más hermoso que he visto en mi vida, y de eso he visto bastante —declaró el capitán Jim, cuando por fin el arco se le cayó de la mano cansada. Leslie se dejó caer en su silla, riendo, sin aliento.

—Me encanta bailar —le dijo aparte a Ana—. No he bailado desde que tenía dieciséis años..., pero me encanta. La música parece

corrérseme por las venas como azogue, y me olvido de todo..., de todo..., salvo del placer de seguirle el compás. No hay suelo bajo mis pies, ni paredes a mi alrededor, ni techo sobre mi cabeza..., floto entre las estrellas.

El capitán Jim colgó el violín en su sitio, junto a un gran marco que encerraba varios billetes de banco.

—¿Conoce usted a alguien más que pueda permitirse adornar las paredes con billetes de banco a modo de cuadros? —preguntó—. Ahí hay veinte billetes de diez dólares, que no valen ni el cristal que los cubre. Son billetes viejos del Banco de la Isla del Príncipe Eduardo. Los tenía guardados cuando el banco quebró, y los mandé enmarcar y colgar, en parte para recordarme que no hay que fiarse de los bancos, y en parte para darme una sensación de auténtico lujo, de sentirme millonario. Hola, Matey, no te asustes. Ya puedes volver. La música y el jolgorio se han acabado por esta noche. Al año viejo le queda solo una hora más con nosotros. He visto llegar setenta y seis Años Nuevos por encima de ese golfo de ahí, señora Blythe.

—Verás cien —dijo Marshall Elliott.

El capitán Jim negó con la cabeza.

—No; y no quiero verlos... o, al menos, creo que no quiero. La muerte se va haciendo más amigable a medida que envejecemos. Aunque ninguno de nosotros quiere morirse de verdad, Marshall. Tennyson dijo la verdad cuando dijo eso. Ahí está la vieja señora Wallace, allá arriba en el Glen. Ha tenido montones de disgustos toda su vida, pobre alma, y ha perdido casi a todos los que quería. Siempre anda diciendo que se alegrará cuando le llegue la hora, y que no quiere seguir peregrinando más tiempo por este valle de lágrimas. ¡Pero en cuanto le da un ataque de enfermedad, menudo revuelo! Médicos de la ciudad, y una enfermera titulada, y medicinas como para matar a un perro. Puede que la vida sea un valle de lágrimas, de acuerdo, pero hay gente a la que le gusta llorar, calculo yo.

Pasaron la última hora del año viejo tranquilamente junto al fuego. Unos minutos antes de las doce, el capitán Jim se levantó y abrió la puerta.

—Hay que dejar entrar al Año Nuevo —dijo.

Fuera había una hermosa noche azul. Una cinta centelleante de luz de luna engalanaba el golfo. Dentro de la barra, el puerto brillaba como un pavimento de perlas. Se quedaron de pie ante la puerta y esperaron: el capitán Jim, con su experiencia madura y plena; Marshall Elliott, en su vigorosa pero vacía madurez; Gilbert y Ana, con sus preciosos recuerdos y sus exquisitas esperanzas; Leslie, con su historial de años famélicos y su futuro sin esperanza. El reloj de la repisa sobre la chimenea dio las doce.

—Bienvenido, Año Nuevo —dijo el capitán Jim, inclinándose profundamente mientras se apagaba la última campanada—. Les deseo a todos el mejor año de sus vidas, compañeros. Calculo yo que, sea lo que sea lo que nos traiga el Año Nuevo, será lo mejor que el Gran Capitán tiene para nosotros..., y que, de una manera u otra, todos arribaremos a buen puerto.

Capítulo 17. Un invierno en Four Winds

El invierno se instaló con fuerza después de Año Nuevo. Grandes ventisqueros blancos se amontonaron en torno a la casita, y palmas de escarcha cubrieron sus ventanas. El hielo del puerto se hizo más duro y más grueso, hasta que las gentes de Four Winds emprendieron sus habituales travesías invernales sobre él. Un Gobierno benévolo señalizó con ramas los caminos seguros, y noche y día se oía sobre el hielo el alegre tintineo de los cascabeles de los trineos. En las noches de luna, Ana los oía desde su casa de ensueño como campanillas de hadas. El golfo se heló por completo, y el faro de Four Winds dejó de destellar. Durante los meses en que la navegación estaba cerrada, el cargo del capitán Jim era una sinecura.

—Al Primer Oficial y a mí no nos va a quedar nada que hacer hasta la primavera, fuera de mantenernos calientes y entretenernos. El último farero se mudaba siempre al Glen en invierno; pero yo prefiero quedarme en la Punta. Al Primer Oficial podrían envenenarlo, o los perros del Glen podrían hacerlo pedazos. Se está un poco solo, la verdad, sin la luz ni el agua por compañía, pero si nuestros amigos nos visitan a menudo, lo capearemos.

El capitán Jim tenía un bote de hielo, y muchas fueron las carreras alocadas y gloriosas que Gilbert, Ana y Leslie corrieron con él sobre el hielo liso del puerto. Ana y Leslie hacían también largas caminatas con raquetas de nieve, por los campos, o cruzando el puerto después de las tormentas, o por los bosques más allá del Glen. Eran muy buenas compañeras en sus caminatas y en sus charlas junto al

fuego. Cada una tenía algo que dar a la otra —cada una sentía la vida más rica por el intercambio amistoso de pensamientos y de silencios amistosos—; cada una miraba los campos blancos que separaban sus casas con la grata conciencia de tener una amiga al otro lado. Pero, a pesar de todo esto, Ana sentía que siempre había una barrera entre Leslie y ella, una reserva que nunca llegaba a desvanecerse del todo.

—No sé por qué no consigo acercarme más a ella —dijo Ana una noche al capitán Jim—. Me gusta tanto..., la admiro tanto..., *quiero* meterla de verdad en mi corazón y colarme de verdad en el suyo. Pero nunca consigo cruzar la barrera.

—Usted ha sido demasiado feliz toda su vida, señora Blythe —dijo el capitán Jim con aire pensativo—. Calculo yo que por eso usted y Leslie no consiguen acercarse de verdad, alma con alma. La barrera que hay entre ustedes es lo que ella ha sufrido de penas y de trabajos. Ni ella tiene la culpa ni la tiene usted; pero ahí está, y ninguna de las dos puede cruzarla.

—Mi infancia no fue muy feliz antes de llegar a Tejas Verdes —dijo Ana, mirando con gravedad por la ventana la belleza quieta, triste y muerta de las sombras de los árboles deshojados sobre la nieve iluminada por la luna.

—A lo mejor no, pero era solo la desdicha corriente de un niño al que nadie cuida como es debido. En su vida, señora Blythe, no ha habido ninguna *tragedia*. Y la pobre Leslie ha tenido la vida casi *toda* hecha de tragedia. Calculo yo que ella siente, aunque a lo mejor apenas se da cuenta de que lo siente, que hay en su vida una parte enorme donde usted no puede entrar ni puede entender..., y por eso tiene que mantenerla alejada de allí, apartarla, por así decir, para que no le haga daño. Ya sabe que, cuando tenemos algo que nos duele, nos apartamos de que nadie nos lo toque ni se acerque. Calculo yo que eso vale tanto para el alma como para el cuerpo. El alma de Leslie debe de estar poco menos que en carne viva; no me extraña que la esconda.

—Si eso fuera realmente todo, no me importaría, capitán Jim. Lo entendería. Pero hay veces —no siempre, pero de cuando en cuando — en que casi tengo que creer que a Leslie no..., no le caigo bien. A veces sorprendo en sus ojos una mirada que parece de resentimiento y de antipatía; se va tan deprisa..., pero la he visto, de eso estoy segura. Y me duele, capitán Jim. No estoy acostumbrada a que no le caiga bien a la gente, y tanto que me he esforzado por ganarme la amistad de Leslie.

—Ya se la ha ganado, señora Blythe. No vaya usted a andar dándole vueltas a la idea absurda de que no le cae bien a Leslie. Si no le cayera bien, no querría saber nada de usted, y mucho menos ser tan amiga suya como lo es. Conozco demasiado bien a Leslie Moore para no estar seguro de eso.

—La primera vez que la vi, arreando sus gansos cuesta abajo el día que llegué a Four Winds, me miró con esa misma expresión — insistió Ana—. Lo sentí, incluso en medio de mi admiración por su belleza. Me miró con resentimiento, de verdad que sí, capitán Jim.

—El resentimiento debía de ser por otra cosa, señora Blythe, y a usted solo le tocó una parte por casualidad, porque pasaba por allí. Leslie *sí* tiene, de cuando en cuando, sus rachas hoscas, pobre muchacha. No la culpo, sabiendo lo que tiene que aguantar. No sé por qué se permite. El doctor y yo hemos hablado mucho sobre el origen del mal, pero todavía no lo hemos averiguado del todo. Hay un montón de cosas incomprensibles en la vida, ¿no le parece, señora Blythe? A veces las cosas parecen salir bien, como en su caso con el doctor. Y otras veces todo parece torcerse. Ahí está Leslie, tan lista y tan hermosa que cualquiera diría que estaba hecha para reina, y en cambio la tienen encerrada ahí, privada de casi todo lo que una mujer valora, sin más porvenir que cuidar a Dick Moore toda la vida. Aunque, fíjese, señora Blythe, calculo yo que ella escogería su vida de ahora, tal como es, antes que la vida que llevó con Dick antes de que él se marchara. *Eso* es algo en lo que la lengua torpe de un viejo marino no debe meterse. Pero usted ha ayudado mucho a Leslie; es una criatura distinta desde que llegó

usted a Four Winds. Los viejos amigos vemos la diferencia en ella, como usted no puede verla. La señorita Cornelia y yo lo hablábamos el otro día, y es uno de los poquísimos puntos en que estamos de acuerdo. Así que tire usted por la borda cualquier idea de que no le cae bien.

Ana no lograba descartarlo del todo, porque sin duda había momentos en que sentía, con un instinto que la razón no lograba vencer, que Leslie albergaba hacia ella un resentimiento extraño e indefinible. A veces esa conciencia secreta empañaba el placer de su compañerismo; otras veces quedaba casi olvidada; pero Ana siempre sentía que la espina oculta seguía allí, dispuesta a pincharla en cualquier momento. Sintió un pinchazo cruel de ella el día en que le contó a Leslie lo que esperaba que la primavera trajera a la casita de ensueño. Leslie la miró con ojos duros, amargos y hostiles.

—Así que vas a tener *eso* también —dijo con voz ahogada. Y sin decir una palabra más, se dio la vuelta y cruzó los campos camino de su casa. Ana se sintió profundamente herida; por un momento le pareció que jamás volvería a querer a Leslie. Pero cuando Leslie volvió unas tardes después estaba tan agradable, tan cordial, tan franca, tan ingeniosa y tan encantadora, que Ana se dejó ganar por el perdón y por el olvido. Solo que nunca volvió a mencionarle a Leslie su ilusión más querida, ni Leslie volvió a referirse a ella. Pero una tarde, cuando el invierno tardío estaba ya a la escucha de la palabra de la primavera, Leslie fue a la casita a charlar un rato al anochecer; y cuando se marchó dejó sobre la mesa una cajita blanca. Ana la encontró después de que se hubiera ido y la abrió con extrañeza. Dentro había un vestidito blanco de una hechura exquisita: bordado delicado, un alforzado maravilloso, una belleza pura. Cada puntada estaba hecha a mano, y los pequeños volantes de encaje del cuello y las mangas eran de auténtico valenciennes. Encima había una tarjeta: «Con el cariño de Leslie».

—Cuántas horas de trabajo habrá invertido en esto —dijo Ana—. Y la tela debe de haberle costado más de lo que ella se puede permitir de verdad. Es un detalle precioso de su parte.

Pero Leslie se mostró brusca y cortante cuando Ana le dio las gracias, y una vez más esta se sintió rechazada.

El regalo de Leslie no fue el único que llegó a la casita. La señorita Cornelia había dejado por el momento de coser para octavos bebés no deseados y mal recibidos, para ponerse a coser para un primer bebé muy deseado, cuya bienvenida no dejaría nada que desear. Philippa Blake y Diana Wright enviaron sendas prendas maravillosas; y la señora Rachel Lynde mandó varias, en las que la buena tela y las puntadas honradas ocupaban el lugar de los bordados y los volantes. La propia Ana hizo muchas, sin que las profanara el roce de ninguna máquina, dedicándoles las horas más felices de aquel invierno feliz.

El capitán Jim era el huésped más asiduo de la casita, y ninguno era más bienvenido. Cada día Ana quería más a aquel viejo marino de alma sencilla y corazón sincero. Era tan reconfortante como la brisa del mar, tan interesante como una vieja crónica. Nunca se cansaba de escuchar sus historias, y sus observaciones y comentarios pintorescos eran para ella un deleite continuo. El capitán Jim era una de esas personas raras e interesantes que «nunca hablan sin decir algo». La leche de la bondad humana y la sabiduría de la serpiente se mezclaban en su carácter en proporciones deliciosas.

Nada parecía nunca contrariar al capitán Jim ni deprimirlo lo más mínimo.

—Calculo yo que he cogido la costumbre de disfrutar de las cosas —comentó una vez, cuando Ana le señaló su alegría invariable—. Se me ha vuelto tan crónica que hasta creo que disfruto de las cosas desagradables. Tiene su gracia pensar que no pueden durar. «Vieja reuma —le digo yo, digo, cuando me agarra fuerte—, *tienes* que dejar de doler alguna vez. Cuanto peor te pongas, antes pararás, a lo mejor. Al final te voy a ganar la partida, esté yo en el cuerpo o fuera de él.»

Una noche, junto al fuego, en el faro, Ana vio el «libro de la vida» del capitán Jim. No hizo falta insistirle para que se lo enseñara; se lo dio a leer con orgullo.

—Lo escribí para dejárselo al pequeño Joe —dijo—. No me gusta la idea de que todo lo que he hecho y he visto quede completamente olvidado después de que me embarque para el último viaje. Joe se acordará, y les contará las historias a sus hijos.

Era un viejo libro encuadernado en cuero, lleno del relato de sus viajes y aventuras. Ana pensó en el tesoro que sería para un escritor. Cada frase era una pepita de oro. El libro en sí no tenía mérito literario alguno; el encanto narrativo del capitán Jim lo abandonaba en cuanto tomaba la pluma; solo era capaz de garabatear a grandes rasgos el esbozo de sus famosos relatos, y tanto la ortografía como la gramática andaban lamentablemente torcidas. Pero Ana sentía que, si alguien dotado del don necesario tomara aquel sencillo relato de una vida valerosa y aventurera, y leyera entre sus líneas escuetas las historias de peligros afrontados con entereza y de deberes cumplidos con hombría, podría sacarse de allí una historia maravillosa. En el «libro de la vida» del capitán Jim yacían ocultas, a la vez, una comedia rica y una tragedia estremecedora, a la espera del toque de una mano maestra que despertara la risa, el duelo y el horror de miles de lectores.

Ana le dijo algo de esto a Gilbert mientras volvían a casa caminando.

—¿Por qué no lo intentas tú misma, Ana?

Ana negó con la cabeza.

—No. Ojalá pudiera. Pero no está al alcance de mi don. Ya sabes cuál es mi fuerte, Gilbert: lo fantasioso, lo de cuento de hadas, lo bonito. Para escribir el libro de la vida del capitán Jim como se merece, hace falta ser dueño de un estilo vigoroso y a la vez sutil, un psicólogo agudo, un humorista nato y un trágico nato. Se necesita una rara combinación de dones. Paul podría hacerlo si fuera

mayor. En cualquier caso, voy a pedirle que venga el verano que viene a conocer al capitán Jim.

—Ven a esta costa —escribió Ana a Paul—. Me temo que aquí no vas a encontrar a Nora, ni a la Dama Dorada, ni a los Marineros Gemelos; pero vas a encontrar a un viejo marino que sabe contar historias maravillosas.

Paul, sin embargo, le contestó lamentando no poder ir ese año. Se marchaba al extranjero para dos años de estudios.

—Cuando vuelva, iré a Four Winds, querida Maestra —escribió.

—Pero mientras tanto, el capitán Jim se hace viejo —dijo Ana con pesar—, y no hay nadie que escriba su libro de la vida.

Capítulo 18. Días de primavera

El hielo del puerto se fue ennegreciendo y pudriendo bajo los soles de marzo; en abril volvió a haber aguas azules y un golfo ventoso, coronado de espuma blanca; y de nuevo el faro de Four Winds engalanaba los crepúsculos con su joya de luz.

—Cuánto me alegro de volver a verlo —dijo Ana, la primera tarde que reapareció—. Lo he echado tanto de menos todo el invierno... El cielo del noroeste ha parecido vacío y solitario sin él.

La tierra estaba tierna de hojas recién nacidas, de un verde dorado. Había una bruma esmeralda sobre los bosques más allá del Glen. Los valles que miraban al mar se llenaban al amanecer de nieblas de hadas.

Vientos vibrantes iban y venían con espuma salada en el aliento. El mar reía, centelleaba, se acicalaba y seducía, como una mujer hermosa y coqueta. El arenque formaba cardúmenes y el pueblo de pescadores despertaba a la vida. El puerto rebullía de velas blancas que ponían rumbo al canal. Los barcos volvieron a zarpar y a arribar.

—En un día de primavera como este —dijo Ana—, sé exactamente qué sentirá mi alma la mañana de la resurrección.

—Hay momentos en primavera en que casi siento que podría haber sido poeta, si me hubieran cogido de joven —comentó el capitán Jim—. Me sorprendo repasando viejos versos que oí recitar al maestro hace sesenta años. En otras épocas del año no me dan

ninguna guerra. Pero ahora siento que tengo que salir a las rocas, o a los campos, o al agua, y recitarlos a voz en grito.

El capitán Jim había subido esa tarde a traerle a Ana una carga de conchas para el jardín, y un pequeño manojo de hierba dulce que había encontrado paseando por las dunas.

—Ahora se ha vuelto muy escasa por esta costa —dijo—. Cuando yo era chico había en abundancia. Pero ahora solo de tarde en tarde encuentra uno un rodal, y nunca cuando la está buscando. Uno tiene que topársela sin más: va caminando por los arenales, sin pensar para nada en la hierba dulce, y de pronto el aire se llena de dulzura, y ahí está la hierba, bajo los pies. A mí me gusta mucho el olor de la hierba dulce. Siempre me hace pensar en mi madre.

—¿A ella le gustaba? —preguntó Ana.

—Que yo sepa, no. Ni siquiera sé si llegó a ver alguna vez hierba dulce. No, es que tiene una especie de perfume maternal, no demasiado joven, ¿entiende usted?, algo así como sazonado, sano y de fiar, igual que una madre. La novia del maestro la guardaba siempre entre sus pañuelos. Podría usted poner ese manojito entre los suyos, señora Blythe. A mí no me gustan esos perfumes de comprar, pero un aroma de hierba dulce está en su sitio en cualquier lugar donde haya una señora.

A Ana no le había entusiasmado especialmente la idea de rodear sus arriates de conchas de almeja; como adorno, a primera vista no le atraían. Pero por nada del mundo habría herido los sentimientos del capitán Jim; así que fingió una virtud que al principio no sentía, y le dio las gracias de todo corazón. Y cuando el capitán Jim hubo rodeado con orgullo cada arriate de un cerco de las grandes conchas de un blanco lechoso, Ana descubrió, para su sorpresa, que el efecto le gustaba. En el césped de una ciudad, o incluso allá arriba en el Glen, no habrían pegado nada; pero allí, en el jardín anticuado y ceñido de mar de la casita de ensueño, *encajaban*.

—*Sí* que quedan bien —dijo con sinceridad.

—La novia del maestro siempre tenía conchas de aquellas alrededor de sus arriates —dijo el capitán Jim—. Tenía una mano maestra para las flores. Las *miraba*..., y las tocaba..., *así*..., y crecían como locas. Hay gente que tiene ese don; calculo yo que usted también lo tiene, señora Blythe.

—Oh, no lo sé...; pero adoro mi jardín, y adoro trabajar en él. Andar entretenida con las cosas verdes que crecen, mirando cada día para ver asomar los brotes nuevos y queridos, es como participar en la creación, me parece a mí. Ahora mismo mi jardín es como la fe: la sustancia de las cosas que se esperan. Pero espera un poco.

—A mí siempre me deja pasmado mirar esas semillitas pardas y arrugadas y pensar en los arcoíris que llevan dentro —dijo el capitán Jim—. Cuando me pongo a pensar en esas semillas, no me cuesta ningún trabajo creer que tenemos almas que vivirán en otros mundos. Uno apenas podría creer que hay vida en esas cositas diminutas, algunas no más grandes que granos de polvo, y no digamos ya color y aroma, si no hubiera visto el milagro, ¿verdad que no?

Ana, que iba contando sus días como cuentas de plata de un rosario, ya no podía hacer la larga caminata hasta el faro ni subir por el camino del Glen. Pero la señorita Cornelia y el capitán Jim venían muy a menudo a la casita. La señorita Cornelia era la alegría de la vida de Ana y de Gilbert. Se partían de risa con sus salidas después de cada visita. Cuando el capitán Jim y ella coincidían de visita en la casita, había mucho que disfrutar escuchándolos. Libraban una guerra de palabras, ella atacando y él defendiéndose. Una vez Ana reprochó al capitán que azuzara así a la señorita Cornelia.

—Ay, es que me encanta ponerla en marcha, señora Blythe —rio entre dientes el pecador impenitente—. Es la mayor diversión que tengo en la vida. Esa lengua suya le levantaría ampollas a una piedra. Y a usted y a ese pillo de doctor les gusta escucharla tanto como a mí.

El capitán Jim volvió otra tarde a traerle a Ana unas flores de mayo. El jardín estaba lleno del aire húmedo y perfumado de un atardecer marino de primavera. Había una bruma de un blanco lechoso en el borde del mar, con una luna joven besándola, y una alegría de plata de estrellas sobre el Glen. La campana de la iglesia al otro lado del puerto tocaba con una dulzura soñadora. El tañido apacible se dejaba llevar por el crepúsculo hasta mezclarse con el suave gemido primaveral del mar. Las flores de mayo del capitán Jim añadieron el último toque, el que lo completaba todo, al encanto de la noche.

—No había visto ninguna esta primavera, y las he echado de menos —dijo Ana, hundiendo el rostro en ellas.

—Por aquí, en Four Winds, no se encuentran; solo en los eriales más allá del Glen, por allá arriba. Hoy hice una escapadita a la Tierra-de-no-tener-nada-que-hacer, y las busqué para usted. Calculo yo que son las últimas que va a ver esta primavera, porque ya casi se han acabado.

—Qué bueno y qué atento es usted, capitán Jim. Nadie más, ni siquiera Gilbert —con un movimiento de cabeza hacia él— se acordó de que siempre añoro las flores de mayo en primavera.

—Bueno, es que tenía otro recado también: quería llevarle al señor Howard, allá atrás, una buena mesa de truchas. Le gusta comerse alguna de vez en cuando, y es lo único que puedo hacer por un favor que me hizo una vez. Me quedé toda la tarde hablando con él. Le gusta hablar conmigo, aunque él es un hombre muy instruido y yo no soy más que un viejo marino ignorante, porque es de esos que *tienen* que hablar o se ponen desdichados, y por aquí encuentra pocos que lo escuchen. La gente del Glen le rehúye porque cree que es un infiel. No ha llegado tan lejos exactamente..., calculo yo que pocos hombres llegan..., pero es lo que se podría llamar un hereje. Los herejes son unos réprobos, pero resultan la mar de interesantes. Lo que pasa es que se han perdido un poco buscando a Dios, con la idea de que es difícil de encontrar, cosa que nunca ha sido. Calculo yo que la mayoría acaba tropezando con Él,

más tarde o más temprano. No creo que escuchar los argumentos del señor Howard vaya a hacerme mucho daño. Fíjese, yo creo en lo que me enseñaron a creer de chico. Así uno se ahorra un montón de líos, y, al fin y al cabo, Dios es bueno. Lo que le pasa al señor Howard es que es un poquito *demasiado* listo. Se cree en la obligación de estar a la altura de su listeza, y piensa que es más ingenioso inventarse un camino nuevo para llegar al cielo que ir por el viejo sendero que recorre la gente corriente e ignorante. Pero él va a llegar también, a su tiempo, y entonces se va a reír de sí mismo.

—El señor Howard, para empezar, ya era metodista —dijo la señorita Cornelia, como dando a entender que de ahí a la herejía no había mucho trecho.

—¿Sabes una cosa, Cornelia? —dijo el capitán Jim con gravedad —. Muchas veces he pensado que, si no fuera presbiteriano, sería metodista.

—Bueno —concedió la señorita Cornelia—, si no fueras presbiteriano, tampoco importaría mucho lo que fueras. Hablando de herejías, me acuerdo, doctor: le traigo de vuelta ese libro que me prestó, ese *Ley natural en el mundo espiritual*; no leí ni un tercio. Yo sé leer cosas con sentido, y sé leer disparates, pero ese libro no es ni lo uno ni lo otro.

—*Sí* que se le considera bastante herético en ciertos círculos —admitió Gilbert—, pero ya se lo dije antes de que se lo llevara, señorita Cornelia.

—Ay, no me habría importado que fuera herético. Aguanto la maldad, pero no aguanto la tontería —dijo la señorita Cornelia con calma, y con el aire de quien ha dicho la última palabra posible sobre la Ley Natural.

—Hablando de libros, *Un amor loco* por fin se acabó hace dos semanas —comentó el capitán Jim, pensativo—. Llegó a los ciento tres capítulos. En cuanto se casaron, el libro se paró en seco, así que calculo yo que se les acabaron todos los problemas. Está bien que

en los libros sea así, de todas formas, ¿verdad?, aunque no sea así en ningún otro sitio.

—Yo nunca leo novelas —dijo la señorita Cornelia—. ¿Has oído hoy cómo sigue Geordie Russell, capitán Jim?

—Sí, pasé a verlo al volver a casa. Va tirando bastante bien, pero cociéndose en su propio caldo de problemas, como siempre, pobre hombre.

—Claro que la mayor parte se la busca él solo, pero calculo yo que eso no hace que sea más fácil de sobrellevar.

—Es un pesimista espantoso —dijo la señorita Cornelia.

—Bueno, no, no es exactamente un pesimista, Cornelia. Lo que pasa es que nunca encuentra nada que le convenga.

—¿Y eso no es ser pesimista?

—No, no. Un pesimista es el que nunca espera encontrar nada que le convenga. Geordie todavía no ha llegado tan *lejos*.

—Tú serías capaz de encontrarle algo bueno hasta al mismísimo demonio, Jim Boyd.

—Bueno, ya conoces la historia de la vieja que decía que era perseverante. Pero no, Cornelia, del demonio no tengo nada bueno que decir.

—¿Tú crees siquiera en él? —preguntó la señorita Cornelia con seriedad.

—¿Cómo me preguntas eso, sabiendo el buen presbiteriano que soy, Cornelia? ¿Cómo va a arreglárselas un presbiteriano sin un demonio?

—¿Tú *crees*? —insistió la señorita Cornelia.

El capitán Jim se puso de pronto serio.

—Creo en lo que oí llamar una vez a un pastor «un poder del mal poderoso, maligno e *inteligente* que actúa en el universo» —dijo con solemnidad—. Eso *sí* que lo creo, Cornelia. Puedes llamarlo el

demonio, o el «principio del mal», o el Viejo Malo, o como quieras. *Está ahí*, y todos los infieles y herejes del mundo no pueden argumentar para que deje de estarlo, lo mismo que no pueden argumentar para que Dios deje de estarlo. Está ahí, y está actuando. Pero, fíjate, Cornelia, creo que al final va a llevarse la peor parte.

—Espero que sí, desde luego —dijo la señorita Cornelia, sin demasiada esperanza en la voz—. Pero hablando del demonio, estoy segurísima de que ahora mismo posee a Billy Booth. ¿Has oído hablar de la última hazaña de Billy?

—No, ¿cuál ha sido?

—Ha ido y le ha quemado a su mujer el traje nuevo de paño marrón que le costó veinticinco dólares en Charlottetown, porque dice que los hombres la miraban demasiado admirados cuando lo estrenó en la iglesia. ¿No es muy de hombre?

—La señora Booth *sí* que es guapísima, y el marrón le sienta muy bien —dijo el capitán Jim, pensativo.

—¿Y eso es motivo para que le meta el traje nuevo en la cocina de leña? Billy Booth es un celoso y un necio, y le amarga la vida a su mujer. Ella lleva toda la semana llorando por el traje. Ay, Ana, cómo me gustaría saber escribir como tú, ¡créeme! ¡Cómo dejaría yo en evidencia a algunos hombres de por aquí!

—Esos Booth son todos un poco raros —dijo el capitán Jim—. Billy parecía el más cabal de todos, hasta que se casó, y entonces le salió esta vena rara de celos. Su hermano Daniel, en cambio, siempre fue extraño.

—Le daban rabietas cada dos por tres y no había manera de sacarlo de la cama —dijo la señorita Cornelia, saboreándolo—. Su mujer tenía que hacer sola todo el trabajo del granero hasta que se le pasaba el arrebato. Cuando murió, la gente le escribió cartas de pésame; si yo le hubiera escrito algo, habría sido una carta de enhorabuena. Su padre, el viejo Abram Booth, era un borracho asqueroso. Estaba borracho en el funeral de su propia mujer, y no paraba de tambalearse e hipar: «No he beb... eb... ebido tanto, pero

me sien... sien... siento fatal.» Le di un buen bastonazo en la espalda con el paraguas cuando se me acercó, y eso lo dejó sobrio hasta que sacaron el ataúd de la casa. El joven Johnny Booth se iba a casar ayer, pero no pudo ser porque ha ido y le ha dado paperas. ¿No es muy de hombre?

—¿Y cómo iba él a evitar que le dieran las paperas, pobre hombre?

—Ya le daría yo «pobre hombre», créeme, si yo fuera Kate Sterns. No sé cómo iba a evitar que le dieran las paperas, pero lo que *sí* sé es que la cena de bodas ya estaba toda preparada, y todo se va a echar a perder antes de que se ponga bueno. ¡Qué desperdicio! Tenía que haber pasado las paperas de niño.

—Vamos, vamos, Cornelia, ¿no te parece que estás siendo un poco irrazonable?

La señorita Cornelia no se dignó responder, y se volvió en cambio hacia Susan Baker, una solterona mayor del Glen, de rostro adusto y corazón bondadoso, instalada desde hacía unas semanas como criada para todo en la casita. Susan había ido al Glen a visitar a una enferma, y acababa de volver.

—¿Cómo está esta noche la pobre tía Mandy? —preguntó la señorita Cornelia.

Susan suspiró.

—Muy mal, muy mal, Cornelia. Me temo que pronto estará en el cielo, ¡pobrecita!

—¡Ay, no será para tanto! —exclamó la señorita Cornelia con aire compasivo.

El capitán Jim y Gilbert se miraron. Y acto seguido se levantaron de repente y salieron.

—Hay momentos —dijo el capitán Jim, entre espasmos de risa— en que sería pecado *no* reírse. ¡Esas dos mujeres excelentes!

Capítulo 19. Alba y ocaso

A principios de junio, cuando los arenales eran una gloria inmensa de rosas silvestres rosadas y el Glen se ahogaba en flor de manzano, Marilla llegó a la casita acompañada de un baúl de crin negra, claveteado de tachuelas de latón, que había reposado sin que nadie lo tocara durante medio siglo en el desván de Tejas Verdes. Susan Baker, que en sus pocas semanas de estancia en la casita había llegado a venerar con fervor ciego a «la joven señora doctora», como llamaba a Ana, miró al principio a Marilla con cierto recelo celoso. Pero como Marilla no intentaba entrometerse en los asuntos de la cocina ni mostraba deseo alguno de interrumpir los cuidados de Susan a la joven señora doctora, la buena criada se reconcilió con su presencia y contó a sus amigas del Glen que la señorita Cuthbert era una anciana estupenda que sabía cuál era su sitio.

Una tarde, cuando el cuenco límpido del cielo se llenaba de un resplandor rojizo y los petirrojos estremecían el crepúsculo dorado con himnos jubilosos a las estrellas del atardecer, se produjo una agitación repentina en la casita de ensueño. Se enviaron mensajes telefónicos al Glen, el doctor Dave y una enfermera de cofia blanca bajaron a toda prisa, Marilla paseaba por los senderos del jardín entre las conchas de almeja, musitando oraciones entre los labios apretados, y Susan estaba sentada en la cocina con algodón en los oídos y el delantal sobre la cabeza.

Leslie, mirando desde la casa junto al arroyo, vio que todas las ventanas de la casita estaban iluminadas, y no durmió aquella noche.

La noche de junio era corta; pero pareció una eternidad a quienes esperaban y velaban.

—¿Es que esto no va a acabar *nunca*? —dijo Marilla; pero entonces vio qué grave estaba el rostro de la enfermera y el del doctor Dave, y no se atrevió a preguntar más. ¿Y si a Ana...? Pero Marilla no podía ni concebir tal cosa.

—No me diga que Dios pueda ser tan cruel como para arrebatarnos a ese corderito tan querido, cuando todas la queremos tanto —dijo Susan con fiereza, respondiendo a la angustia que leía en los ojos de Marilla.

—Se ha llevado a otros igual de queridos —dijo Marilla con voz ronca.

Pero al amanecer, cuando el sol naciente desgarró las nieblas que colgaban sobre la barra de arena y las convirtió en arco iris, la alegría llegó a la casita. Ana estaba a salvo, y una damita diminuta y blanca, con los grandes ojos de su madre, yacía junto a ella. Gilbert, el rostro ceniciento y demacrado por la agonía de la noche, bajó a decírselo a Marilla y a Susan.

—Gracias a Dios —se estremeció Marilla.

Susan se levantó y se sacó el algodón de los oídos.

—Ahora, el desayuno —dijo con viveza—. Soy de la opinión de que a todos nos vendrá bien un bocado. Dígale usted a la joven señora doctora que no se preocupe por nada en absoluto: Susan está al timón. Dígale usted que solo piense en su niña.

Gilbert sonrió, algo triste, mientras se alejaba. A Ana, con el rostro pálido y blanqueado por su bautismo de dolor y los ojos encendidos por la santa pasión de la maternidad, no hacía falta decirle que pensara en su hija. No pensaba en otra cosa. Durante unas horas paladeó una felicidad tan rara y exquisita que se preguntó si los ángeles del cielo no la envidiarían.

—La pequeña Joyce —murmuró, cuando Marilla entró a ver a la niña—. Habíamos pensado llamarla así si era niña. Había tantas

personas por las que nos habría gustado ponerle el nombre que no supimos elegir entre ellas, así que nos decidimos por Joyce... podemos llamarla Joy, para abreviar... Joy... le va tan bien. Ay, Marilla, yo creía que antes era feliz. Ahora sé que solo soñaba un sueño agradable de felicidad. *Esto* sí que es la realidad.

—No debes hablar, Ana... espera a estar más fuerte —dijo Marilla, en tono de advertencia.

—Ya sabes lo difícil que me resulta *no* hablar —sonrió Ana.

Al principio estaba demasiado débil y demasiado feliz para notar que Gilbert y la enfermera se veían graves y Marilla apesadumbrada. Luego, con la misma sutileza, frialdad e implacable insistencia con que una bruma marina se adentra sigilosa en tierra, el miedo se le fue colando en el corazón. ¿Por qué no estaba Gilbert más contento? ¿Por qué no quería hablar de la niña? ¿Por qué no la dejaban tenerla consigo, después de aquella primera hora celestial... feliz? ¿Es que... es que algo iba mal?

—Gilbert —susurró Ana, suplicante—, la niña... está bien... ¿verdad que sí? Dime... dímelo.

Gilbert tardó mucho en volverse; luego se inclinó sobre Ana y la miró a los ojos. Marilla, que escuchaba temerosa al otro lado de la puerta, oyó un gemido lastimero, desgarrado, y huyó a la cocina, donde Susan estaba llorando.

—¡Ay, la pobre corderita, la pobre corderita! ¿Cómo va a soportarlo, señorita Cuthbert? Temo que esto la mate. Se había hecho tantas ilusiones, tan feliz, anhelando a esa niña y haciendo planes para ella. ¿No se puede hacer nada, de ningún modo, señorita Cuthbert?

—Me temo que no, Susan. Gilbert dice que no hay esperanza. Supo desde el principio que la pequeñita no podría vivir.

—Y es una niña tan dulce —sollozó Susan—. Nunca vi una tan blanca... la mayoría son rojizas o amarillentas. Y abrió esos ojazos

como si tuviera meses. ¡La pobre, pobre pequeñita! ¡Ay, la pobre joven señora doctora!

Al atardecer, la pequeña alma que había llegado con el alba se marchó, dejando tras de sí el corazón roto. La señorita Cornelia tomó a la damita blanca de las manos bondadosas pero extrañas de la enfermera, y vistió la diminuta figura de cera con el hermoso vestido que Leslie había cosido para ella. Leslie se lo había pedido. Luego volvió a tomarla en brazos y la puso junto a la pobre madrecita, deshecha y cegada por las lágrimas.

—Jehová dio, y Jehová quitó, querida —dijo ella entre sus propias lágrimas—. Sea el nombre de Jehová bendito.

Luego se marchó, dejando a Ana y a Gilbert a solas con su niña muerta.

Al día siguiente, la pequeña Joy, blanca, fue depositada en un ataúd de terciopelo que Leslie había forrado de flor de manzano, y llevada al cementerio de la iglesia al otro lado del puerto. La señorita Cornelia y Marilla guardaron todas las prendas hechas con tanto cariño, junto con el cestillo enfaldado y adornado de volantes y puntillas para unos miembros con hoyuelos y una cabecita de plumón. La pequeña Joy nunca dormiría allí; había encontrado un lecho más frío y más estrecho.

—Esto ha sido una decepción terrible para mí —suspiró la señorita Cornelia—. Llevaba tiempo esperando a esta niña... y además quería de veras que fuese niña.

—Solo puedo dar gracias de que se salvara la vida de Ana —dijo Marilla, con un estremecimiento, recordando aquellas horas de tinieblas en que la muchacha a quien tanto quería atravesaba el valle de sombra.

—¡Pobre, pobre corderita! Tiene el corazón destrozado —dijo Susan.

—*Envidio* a Ana —dijo Leslie de pronto y con fiereza—, y la envidiaría aunque hubiese muerto. Fue madre durante un día

hermoso. ¡Yo daría mi vida de buena gana por *eso*!

—Yo no hablaría así, Leslie, querida —dijo la señorita Cornelia con desaprobación. Temía que la digna señorita Cuthbert fuese a pensar que Leslie era una persona terrible.

La convalecencia de Ana fue larga, y muchas cosas se la amargaron. El florecer y el sol del mundo de Four Winds le resultaban ásperos; y sin embargo, cuando la lluvia caía con fuerza, se imaginaba que azotaba sin piedad aquella tumba pequeña al otro lado del puerto; y cuando el viento soplaba en torno a los aleros, oía en él voces tristes que jamás había oído antes.

También la herían las visitas bienintencionadas, con los tópicos amables con que se afanaban por cubrir la desnudez del duelo. Una carta de Phil Blake fue un aguijón más. Phil se había enterado del nacimiento de la niña, pero no de su muerte, y le escribió a Ana una carta de felicitación, de dulce alegría, que la hirió terriblemente.

—Me habría reído con ella tan feliz si tuviera a mi niña —sollozó a Marilla—. Pero, sin ella, parece una crueldad gratuita... aunque sé que Phil no me haría daño por nada del mundo. Ay, Marilla, no veo cómo voy a poder ser feliz *nunca más*... *todo* me va a doler el resto de mi vida.

—El tiempo te ayudará —dijo Marilla, torturada por la compasión, pero incapaz de expresarla más que con fórmulas gastadas por los años.

—No parece *justo* —dijo Ana, rebelde—. Hay niños que nacen y viven donde no los quieren... donde los van a desatender... donde no van a tener ninguna oportunidad. Yo habría querido tanto a mi hija... y la habría cuidado con tanta ternura... y habría intentado darle todas las ocasiones de ser buena. Y sin embargo no me dejaron conservarla.

—Era la voluntad de Dios, Ana —dijo Marilla, impotente ante el enigma del universo, el *porqué* del dolor inmerecido—. Y la pequeña Joy está mejor donde está.

—*Eso* no puedo creerlo —exclamó Ana con amargura. Luego, al ver que Marilla se escandalizaba, añadió con vehemencia—: ¿Por qué había de nacer siquiera... por qué había de nacer nadie... si está mejor muerta? Yo *no* creo que sea mejor para un niño morir al nacer que vivir su vida entera... y amar y ser amado... y gozar y sufrir... y cumplir su tarea... y forjarse un carácter que le dé una personalidad para la eternidad. ¿Y cómo sabes tú que era la voluntad de Dios? Puede que no fuera más que Su propósito frustrado por el Poder del Mal. No se nos puede pedir que nos resignemos a *eso*.

—Ay, Ana, no hables así —dijo Marilla, verdaderamente alarmada al ver que Ana se adentraba en aguas hondas y peligrosas—. No podemos entenderlo... pero hemos de tener fe... *hemos* de creer que todo es para bien. Ya sé que ahora te cuesta pensarlo. Pero procura ser valiente... por Gilbert. Está tan preocupado por ti. No estás recobrando las fuerzas tan deprisa como deberías.

—Ay, ya sé que he sido muy egoísta —suspiró Ana—. Quiero a Gilbert más que nunca... y quiero vivir por él. Pero es como si parte de mí estuviera enterrada allí, en ese pequeño cementerio del puerto... y me duele tanto que le tengo miedo a la vida.

—No te va a doler siempre tanto, Ana.

—La idea de que algún día pueda dejar de dolerme es lo que más me duele de todo, Marilla.

—Sí, ya lo sé, yo también lo he sentido así, por otras cosas. Pero todos te queremos, Ana. El capitán Jim ha venido cada día a preguntar por ti... y la señora Moore no se aparta de aquí... y la señorita Bryant se pasa la mayor parte del tiempo, creo, preparándote cosas ricas. A Susan no le hace ninguna gracia. Ella cree que cocina tan bien como la señorita Bryant.

—¡Querida Susan! Ay, todo el mundo ha sido tan bueno, tan cariñoso y tan atento conmigo, Marilla. No soy una desagradecida... y quizá... cuando este dolor horrible vaya remitiendo un poco... descubra que puedo seguir viviendo.

Capítulo 20. Margaret la perdida

Ana descubrió que podía seguir viviendo; llegó el día en que hasta volvió a sonreír ante uno de los discursos de la señorita Cornelia. Pero había algo en aquella sonrisa que nunca antes había estado en la sonrisa de Ana, y que ya nunca más faltaría de ella.

El primer día que pudo salir a dar un paseo en coche, Gilbert la llevó hasta la punta de Four Winds y la dejó allí mientras él cruzaba el canal a remo para visitar a un paciente en el pueblo de pescadores. Un viento juguetón corría a rachas por el puerto y las dunas, azotando el agua hasta cubrirla de cabrillas y bañando la orilla de arena con largas hileras de rompientes plateados.

—Me da una alegría grande verla aquí otra vez, señora Blythe —dijo el capitán Jim—. Siéntese, siéntese. Me temo que hoy hay la mar de polvo por aquí... pero no hace falta mirar el polvo, pudiendo mirar un paisaje así, ¿verdad que no?

—No me importa el polvo —dijo Ana—, pero Gilbert dice que tengo que estar al aire libre. Creo que voy a ir a sentarme en esas rocas de ahí abajo.

—¿Le gustaría tener compañía, o prefiere estar sola?

—Si por compañía se refiere a la suya, la prefiero con mucho a estar sola —dijo Ana, sonriendo. Luego suspiró. Nunca antes le había importado estar sola. Ahora lo temía. Cuando ahora estaba sola, se sentía terriblemente sola.

—Aquí hay un rincón agradable donde el viento no la alcanza —dijo el capitán Jim, cuando llegaron a las rocas—. Vengo mucho a sentarme aquí. Es un buen sitio, nada más que para sentarse y soñar.

—Ay... sueños —suspiró Ana—. Ahora no puedo soñar, capitán Jim... he terminado con los sueños.

—Ay, no, no ha terminado, señora Blythe... no, no ha terminado —dijo el capitán Jim, pensativo—. Sé cómo se siente usted ahora mismo... pero si sigue viviendo, volverá a alegrarse, y en cuanto se dé cuenta estará soñando otra vez... ¡demos gracias al buen Dios por ello! Si no fuera por nuestros sueños, lo mismo daría que nos enterrasen ya. ¿Cómo íbamos a soportar la vida si no fuera por nuestro sueño de la inmortalidad? Y ese es un sueño que ha de cumplirse *por fuerza*, señora Blythe. Algún día volverá a ver a su pequeña Joyce.

—Pero ya no será mi niña —dijo Ana, con los labios temblorosos —. Ay, puede que sea, como dice Longfellow, «una hermosa doncella vestida de celestial gracia»... pero será una extraña para mí.

—Yo creo que Dios se las arreglará mejor que *eso* —dijo el capitán Jim.

Los dos guardaron silencio un momento. Luego el capitán Jim dijo, muy quedo:

—Señora Blythe, ¿me permite hablarle de Margaret la perdida?

—Por supuesto —dijo Ana con dulzura. No sabía quién era «Margaret la perdida», pero sintió que iba a oír la historia de amor de la vida del capitán Jim.

—Muchas veces he querido hablarle de ella —prosiguió el capitán Jim.

—¿Sabe usted por qué, señora Blythe? Porque quiero que alguien la recuerde y piense en ella, alguna vez, después de que yo me haya ido. No puedo soportar que su nombre quede olvidado por todas las

almas vivientes. Y ahora ya nadie se acuerda de Margaret la perdida, más que yo.

Entonces el capitán Jim contó la historia... una historia vieja, viejísima y olvidada, pues hacía más de cincuenta años que Margaret se había quedado dormida un día en el dorí de su padre y había ido a la deriva —o así se supuso, porque nunca se supo con certeza cuál fue su destino— fuera del canal, más allá de la barra, para perecer en el negro chubasco de truenos que se había levantado tan de repente aquella tarde de verano, ya tan lejana. Pero para el capitán Jim aquellos cincuenta años no eran más que como el día de ayer cuando ya ha pasado.

—Caminé por la orilla durante meses después de aquello —dijo con tristeza—, buscando encontrar su cuerpecito querido y dulce; pero el mar nunca me lo devolvió. Pero la encontraré alguna vez, señora Blythe... la encontraré alguna vez. Me está esperando. Ojalá pudiera decirle exactamente cómo era, pero no puedo. He visto una niebla fina y plateada suspendida sobre la barra al amanecer que se le parecía... y otras veces he visto un abedul blanco allá en el bosque que me la ha traído a la memoria. Tenía el cabello de un castaño claro y una carita blanca y dulce, y unos dedos largos y finos como los suyos, señora Blythe, solo que más morenos, porque era una muchacha de la costa. A veces me despierto de noche y oigo al mar llamándome como en los viejos tiempos, y me parece que es Margaret la perdida quien llama en él. Y cuando hay tormenta y las olas sollozan y gimen, la oigo lamentarse entre ellas. Y cuando ríen en un día alegre, es *su* risa... la risa dulce y traviesa de Margaret la perdida. El mar me la quitó, pero algún día la encontraré. Señora Blythe. No puede tenernos separados para siempre.

—Me alegro de que me haya hablado de ella —dijo Ana—. Muchas veces me he preguntado por qué había vivido usted toda su vida solo.

—Nunca pude querer a nadie más. Margaret la perdida se llevó mi corazón con ella... allá fuera —dijo el viejo enamorado, que durante

cincuenta años había sido fiel a su novia ahogada—. No le importará que hable mucho de ella, ¿verdad, señora Blythe? Es un placer para mí... porque hace años que el dolor se fue de su recuerdo y no dejó más que su bendición. Sé que usted nunca la olvidará, señora Blythe. Y si los años, como espero, traen a su casa a otros pequeñines, quiero que me prometa que les contará a *ellos* la historia de Margaret la perdida, para que su nombre no se olvide entre los hombres.

Capítulo 21. Caen las barreras

—Ana —dijo Leslie, rompiendo bruscamente un breve silencio—, no sabes lo *bien* que sienta volver a estar aquí sentada contigo... trabajando... y hablando... y callando juntas.

Estaban sentadas entre las hierbas de ojos azules, en la orilla del arroyo del jardín de Ana. El agua centelleaba y susurraba a su paso; los abedules proyectaban sobre ellas sombras moteadas; a lo largo de los senderos florecían las rosas. El sol empezaba a declinar, y el aire estaba lleno de una música entretejida: la del viento en los abetos detrás de la casa, la de las olas contra la barra, y todavía otra, la de la campana lejana de la iglesia junto a la cual dormía la damita blanca. A Ana le encantaba aquella campana, aunque ahora le trajera pensamientos tristes.

Ana miró con curiosidad a Leslie, que había dejado caer la costura y hablado con una falta de contención muy poco habitual en ella.

—Aquella noche horrible en que estuviste tan enferma —prosiguió Leslie—, no dejaba de pensar que quizá ya no volveríamos a tener más charlas ni paseos ni *labores* juntas. Y comprendí entonces lo que tu amistad había llegado a significar para mí..., lo que *tú* significabas..., y la bestezuela odiosa que había sido yo.

—¡Leslie! ¡Leslie! Yo nunca permito que nadie insulte a mis amigas.

—Es la verdad. Eso es exactamente lo que soy: una bestezuela odiosa. Hay algo que *tengo* que decirte, Ana. Supongo que hará que

me desprecies, pero *debo* confesarlo. Ana, ha habido momentos este invierno y esta primavera en que te he *odiado*.

—Ya lo *sabía* —dijo Ana con calma.

—¿Que ya lo *sabías*?

—Sí, lo vi en tus ojos.

—Y aun así seguiste queriéndome y siendo mi amiga.

—Bueno, solo de cuando en cuando me odiabas, Leslie. Entre medias, creo que me querías.

—Claro que sí. Pero aquel otro sentimiento horrible estaba siempre ahí, en el fondo de mi corazón, estropeándolo todo. Lo contenía... a veces lo olvidaba..., pero otras veces subía a la superficie y se apoderaba de mí. Te odiaba porque te *envidiaba*..., ay, a veces la envidia me enfermaba. Tú tenías un hogar entrañable..., y amor..., y felicidad..., y sueños dichosos..., todo lo que yo quería..., y nunca había tenido..., y nunca podría tener. ¡Ay, nunca podría tener! *Eso* era lo que me dolía. No te habría envidiado si hubiera tenido alguna *esperanza* de que la vida sería alguna vez distinta para mí. Pero no la tenía..., no la tenía..., y no me parecía *justo*. Me volvía rebelde..., y me hacía daño..., y por eso te odiaba a veces. Ay, qué vergüenza sentía..., me muero de vergüenza ahora mismo..., pero no lograba vencerlo.

—Aquella noche, cuando temí que no fueras a vivir..., pensé que iban a castigarme por mi maldad..., y entonces te quería tantísimo. Ana, Ana, desde que murió mi madre no he tenido nada que amar, salvo el perro viejo de Dick..., y es tan terrible no tener nada que amar..., la vida está tan *vacía*..., y no hay *nada* peor que el vacío..., y yo podría haberte querido tantísimo..., y aquella cosa horrible lo había echado a perder...

Leslie temblaba, y la violencia de su emoción la iba dejando casi incoherente.

—No sigas, Leslie —suplicó Ana—, ay, no sigas. Lo entiendo... no hables más de eso.

—Tengo que hacerlo..., tengo que hacerlo. Cuando supe que ibas a vivir, me juré que te lo diría en cuanto te restablecieras..., que no seguiría aceptando tu amistad y tu compañía sin decirte lo indigna que era de ellas. Y he tenido tanto miedo... de que esto te pusiera en mi contra.

—No tienes por qué temer eso, Leslie.

—Ay, cuánto me alegro..., cuánto me alegro, Ana. —Leslie entrelazó con fuerza sus manos morenas, endurecidas por el trabajo, para acallar su temblor—. Pero ahora que he empezado, quiero contártelo todo. Supongo que no recuerdas la primera vez que te vi..., no fue aquella noche en la playa...

—No, fue la noche en que Gilbert y yo llegamos a casa. Ibas arreando tus gansos cuesta abajo. ¡*Sí* que me acuerdo! Me pareciste tan hermosa..., durante semanas después ardí en deseos de saber quién eras.

—Yo sabía quién eras *tú*, aunque no os había visto nunca a ninguno de los dos. Había oído hablar del nuevo médico y de su novia, que venían a vivir a la casita de la señorita Russell. Yo... yo te odié en ese mismo instante, Ana.

—Sentí el resentimiento en tus ojos..., pero luego dudé..., pensé que debía de estar equivocada..., porque ¿por *qué* iba a ser así?

—Fue porque parecías tan feliz. Ay, ahora estarás de acuerdo conmigo en que *soy* una bestia odiosa: odiar a otra mujer solo porque era feliz..., ¡y cuando su felicidad no me quitaba nada a mí! Por eso nunca fui a verte. Sabía muy bien que debía ir..., hasta nuestras sencillas costumbres de Four Winds lo exigían. Pero no podía. Solía observarte desde mi ventana... podía veros a ti y a tu marido paseando por el jardín al anochecer..., o a ti bajando corriendo la avenida de los álamos para salir a su encuentro. Y me dolía. Y sin embargo, de otra manera, quería acercarme. Sentía que, si no hubiera sido tan desdichada, podría haberte tomado cariño y haber encontrado en ti lo que nunca he tenido en mi vida: una amiga íntima y *de verdad*, de mi misma edad. ¿Y te acuerdas de

aquella noche en la playa? Temías que yo te creyera loca. Debiste de pensar que la loca era *yo*.

—No, pero no lograba entenderte, Leslie. Un momento me atraías hacia ti..., y al siguiente me rechazabas.

—Aquella tarde yo estaba muy desdichada. Había tenido un día difícil. Dick se había mostrado muy... muy difícil de manejar aquel día. Por lo general es bastante bondadoso y fácil de controlar, ya lo sabes, Ana. Pero hay días en que es muy distinto. Estaba tan angustiada... que en cuanto se durmió corrí a la playa. Era mi único refugio. Me senté allí pensando en cómo había acabado mi pobre padre con su vida, y preguntándome si algún día no me vería yo también empujada a hacerlo. ¡Ay, tenía el corazón lleno de pensamientos negros! Y entonces llegaste tú, danzando por la cala como una niña alegre y ligera de corazón. Yo... te odié entonces más de lo que te he odiado nunca después. Y sin embargo ansiaba tu amistad. Un sentimiento me dominaba un momento; el otro, al siguiente. Cuando volví a casa aquella noche, lloré de vergüenza al pensar en lo que debías de pensar de mí. Pero siempre ha sido lo mismo cada vez que he venido aquí. A veces era feliz y disfrutaba de la visita. Y otras veces aquel sentimiento espantoso lo echaba todo a perder. Hubo momentos en que todo lo tuyo, y lo de tu casa, me hacía daño. Tenías tantas cositas queridas que yo no podía tener. ¿Sabes?..., es ridículo..., pero les tenía una tirria especial a esos perros de porcelana tuyos. Hubo momentos en que quería coger a Gog y a Magog y estrellarles sus impertinentes hocicos negros el uno contra el otro. Ay, sonríes, Ana..., pero a mí nunca me hizo ninguna gracia. Venía aquí y os veía a ti y a Gilbert con vuestros libros y vuestras flores, y vuestros dioses domésticos, y vuestras bromitas familiares..., y vuestro amor mutuo asomando en cada mirada y cada palabra, hasta cuando ni siquiera erais conscientes de ello..., y yo volvía a casa a... ¡ya sabes a qué volvía! Ay, Ana, no creo que sea celosa ni envidiosa por naturaleza. De niña me faltaban muchas cosas que tenían mis compañeras de escuela, pero nunca me importó..., nunca les guardé rencor por ello. Pero parece que me he vuelto tan odiosa...

—Leslie, querida, deja ya de culparte. *No* eres odiosa, ni celosa, ni envidiosa. Puede que la vida que te ha tocado vivir te haya torcido un poco..., pero habría arruinado del todo a una naturaleza menos noble y menos fina que la tuya. Te dejo que me cuentes todo esto porque creo que te conviene decirlo en voz alta y liberar tu alma de ello. Pero no te culpes más.

—Bueno, no lo haré. Solo quería que me conocieras tal como soy. Aquella vez que me contaste tu querida esperanza para la primavera fue lo peor de todo, Ana. Nunca me perdonaré cómo me comporté entonces. Me arrepentí de ello con lágrimas. Y *sí* que puse muchos pensamientos tiernos y cariñosos hacia ti en el vestidito que hice. Pero debí haber sabido que cualquier cosa que yo hiciera solo podía acabar siendo una mortaja.

—Vamos, Leslie, eso *sí* que es amargo y morboso..., aparta esos pensamientos.

Yo me alegré tanto cuando trajiste el vestidito; y ya que tuve que perder a la pequeña Joyce, me gusta pensar que el vestido que llevaba puesto fue el que tú le hiciste cuando te permitiste quererme.

—Ana, ¿sabes?, creo que después de esto te querré siempre. No creo que vuelva a sentir jamás ese sentimiento espantoso hacia ti. Contarlo todo parece haberlo desvanecido, no sé cómo. Es muy extraño..., y yo lo sentía tan real y tan amargo. Es como abrir la puerta de un cuarto oscuro para enseñar cierta criatura horrenda que creías que había allí dentro..., y cuando entra la luz, resulta que tu monstruo no era más que una sombra, que se desvanece en cuanto llega la claridad. Nunca volverá a interponerse entre nosotras.

—No, ahora somos amigas de verdad, Leslie, y me alegro muchísimo.

—Espero que no me malinterpretes si te digo algo más. Ana, me dolió hasta el fondo del corazón cuando perdiste a tu niña; y si hubiera podido salvártela cortándome una mano, lo habría hecho.

Pero tu dolor nos ha unido más. Tu felicidad perfecta ya no es una barrera. Ay, no me malinterpretes, querida... *no* me alegro de que tu felicidad ya no sea perfecta..., eso puedo decirlo con toda sinceridad; pero, ya que no lo es, no hay ya ese abismo entre nosotras.

—Eso también lo *entiendo*, Leslie, de verdad. Ahora cerraremos el pasado y olvidaremos lo que tuvo de desagradable. Todo va a ser distinto a partir de ahora. Las dos somos ya de la raza de José. Creo que has sido maravillosa..., maravillosa. Y, Leslie, no puedo evitar creer que la vida todavía guarda algo bueno y hermoso para ti.

Leslie negó con la cabeza.

—No —dijo con voz apagada—. No hay ninguna esperanza. Dick nunca mejorará..., y aunque le volviera la memoria..., ay, Ana, sería peor, mucho peor que ahora. Esto es algo que tú no puedes entender, feliz recién casada que eres. Ana, ¿te contó alguna vez la señorita Cornelia cómo llegué a casarme con Dick?

—Sí.

—Me alegro..., quería que lo supieras..., pero no habría podido hablarte de ello si no lo hubieras sabido ya. Ana, me parece que desde que cumplí los doce años la vida ha sido amarga. Antes de eso tuve una infancia feliz. Éramos muy pobres..., pero no nos importaba. Padre era espléndido..., tan listo, tan cariñoso, tan comprensivo. Fuimos amigos íntimos desde que tengo memoria. Y madre era tan dulce. Era muy, muy hermosa. Me parezco a ella, pero no soy tan hermosa como lo era ella.

—La señorita Cornelia dice que tú eres mucho más hermosa.

—Se equivoca..., o tiene prejuicios a mi favor. Creo que mi figura *sí* es mejor..., madre era menuda y estaba encorvada por el trabajo duro..., pero tenía cara de ángel. Yo la miraba con auténtica veneración. Todos la venerábamos..., padre, Kenneth y yo.

Ana recordó que la señorita Cornelia le había dado una impresión muy distinta de la madre de Leslie. Pero ¿acaso no era el amor el

que veía con más verdad? Aun así, *sí* había sido un acto egoísta por parte de Rose West obligar a su hija a casarse con Dick Moore.

—Kenneth era mi hermano —continuó Leslie—. Ay, no sabes cuánto lo quería. Y murió de una forma cruel. ¿Sabes cómo?

—Sí.

—Ana, vi su carita cuando la rueda le pasó por encima. Cayó de espaldas. Ana... Ana... todavía lo veo. Siempre lo veré. Ana, lo único que le pido al cielo es que ese recuerdo se borre de mi memoria. ¡Ay, Dios mío!

—Leslie, no hables de eso. Conozco la historia... no entres en detalles que solo te desgarran el alma sin ningún provecho. Se *borrará*.

Tras un instante de lucha, Leslie recobró algo de dominio sobre sí misma.

—Después la salud de padre empeoró y se fue hundiendo en el desánimo..., perdió el equilibrio de la mente..., eso también lo has oído, ¿verdad?

—Sí.

—Después de aquello solo me quedó vivir para madre. Pero yo era muy ambiciosa. Pensaba dar clases y pagarme así los estudios en la universidad. Pensaba llegar hasta lo más alto... Ay, tampoco quiero hablar de eso. No sirve de nada. Ya sabes lo que pasó. No podía soportar ver a mi pobre madrecita, con el corazón roto, que había sido una esclava toda su vida, echada de su propia casa. Claro que yo habría podido ganar lo suficiente para que viviéramos las dos. Pero madre *no podía* dejar su hogar. Había llegado allí de recién casada..., y había querido tanto a padre..., y todos sus recuerdos estaban allí. Todavía hoy, Ana, cuando pienso que le di un último año feliz, no me arrepiento de lo que hice. En cuanto a Dick..., no lo odiaba cuando me casé con él..., solo sentía por él ese afecto indiferente y amistoso que sentía por la mayoría de mis compañeros de escuela. Sabía que bebía algo..., pero nunca había oído la historia

de la muchacha de la cala de los pescadores. Si la hubiera oído, no habría *podido* casarme con él, ni siquiera por madre. Después... *sí* que lo odié..., pero madre nunca lo supo. Ella murió..., y entonces me quedé sola. Solo tenía diecisiete años y estaba sola. Dick se había hecho a la mar en el *Four Sisters*. Yo esperaba que no volviera a casa muy a menudo. El mar siempre había corrido por sus venas. No tenía otra esperanza. Bueno, el capitán Jim lo trajo de vuelta, como ya sabes..., y eso es todo lo que hay que decir. Ya me conoces, Ana..., lo peor de mí..., han caído todas las barreras. ¿Y aun así quieres seguir siendo mi amiga?

Ana alzó la vista entre los abedules, hacia el farolillo blanco de papel de una media luna que descendía a la deriva hacia el golfo del ocaso. Su rostro tenía una dulzura extrema.

—Yo soy tu amiga y tú eres la mía, para siempre —dijo—. Una amiga como nunca antes había tenido. He tenido muchas amigas queridas y entrañables..., pero hay algo en ti, Leslie, que nunca encontré en nadie más. Tú tienes más que ofrecerme, en esa naturaleza tan rica que es la tuya, y yo tengo más que darte de lo que tenía en mi despreocupada juventud. Las dos somos ya mujeres..., y amigas para siempre.

Se estrecharon las manos y se sonrieron la una a la otra a través de las lágrimas que les llenaban los ojos, los grises y los azules.

Capítulo 22. La señorita Cornelia lo arregla todo

Gilbert insistió en que Susan se quedara en la casita durante todo el verano. Ana protestó al principio.

—La vida aquí, solos los dos, es tan dulce, Gilbert. Tener a alguien más la estropea un poco. Susan es un alma buena, pero es una intrusa. No me hará ningún daño hacer yo el trabajo de la casa.

—Tienes que hacerle caso a tu médico —dijo Gilbert—. Hay un viejo refrán que dice que las mujeres de los zapateros van descalzas y las de los médicos se mueren jóvenes. No pienso permitir que eso se cumpla en mi casa. Vas a quedarte con Susan hasta que te vuelva el antiguo resorte al paso y se te rellenen esas hondonaditas de las mejillas.

—Tómeselo usted con calma, mi querida señora doctora —dijo Susan, entrando de improviso—. Pásela usted bien y no se preocupe por la despensa. Susan está al timón. De nada sirve tener un perro y ladrar una misma. Voy a subirle el desayuno a la cama todas las mañanas.

—Eso sí que no —rio Ana—. Estoy de acuerdo con la señorita Cornelia en que es un escándalo que una mujer que no está enferma desayune en la cama, y que eso casi justifica a los hombres para cualquier barbaridad.

—¡Ay, Cornelia! —dijo Susan con desprecio inefable—. Yo la creía a usted con más juicio, mi querida señora doctora, que para andar

haciendo caso de lo que dice Cornelia Bryant. No veo por qué tiene que estar siempre despotricando contra los hombres, aunque sea una solterona. *Yo* soy una solterona, pero a *mí* nunca me oirá usted despotricar contra ellos. A mí me gustan. Me habría casado con uno si hubiera podido. ¿No es gracioso que a mí nunca nadie me haya pedido que me case con él, mi querida señora doctora? No soy ninguna belleza, pero soy tan bien parecida como la mayoría de las mujeres casadas que una se encuentra. Pero nunca tuve novio. ¿A usted qué le parece que será la razón?

—Podría ser predestinación —sugirió Ana, con una solemnidad de otro mundo.

Susan asintió.

—Eso es lo que yo misma he pensado muchas veces, mi querida señora doctora, y es un gran consuelo. A mí no me importa que nadie me quiera si el Todopoderoso lo decretó así por sus sabios designios. Pero a veces se me cuela la duda, mi querida señora doctora, y me pregunto si no tendrá más parte en ello el Maligno que ningún otro. *Entonces* no logro sentirme resignada. Pero puede —añadió Susan, animándose— que todavía tenga yo mi oportunidad de casarme. Muchas veces, muchísimas, pienso en aquellos versos antiguos que solía repetir mi tía:

Nunca hubo oca tan gris que tarde o temprano
no le saliera al paso un ganso honrado y la tomara por compañera.

Una mujer nunca puede estar segura de no llegar a casarse hasta que la entierran, mi querida señora doctora, y mientras tanto voy a hacer una remesa de pasteles de cereza. He notado que al doctor le gustan, y a mí *sí* que me gusta cocinar para un hombre que sabe apreciar lo que come.

La señorita Cornelia se dejó caer por allí aquella tarde, un poco sofocada.

—El mundo y el demonio no me importan gran cosa, pero la carne *sí* que me da bastante guerra —admitió—. Tú siempre estás fresca como una lechuga, Ana, querida. ¿Huelo yo a pastel de cereza? Si es

así, invítame a quedarme a tomar el té. No he probado un pastel de cereza en todo el verano. Todas mis cerezas me las han robado esos granujas de los chicos Gilman, los del Glen.

—Vamos, vamos, Cornelia —protestó el capitán Jim, que había estado leyendo una novela de mar en un rincón del salón—, no deberías decir eso de esos dos pobres muchachos Gilman, que se quedaron sin madre, a menos que tengas pruebas ciertas. Que su padre no sea trigo limpio no es motivo para llamarlos ladrones a ellos. Lo más probable es que hayan sido los petirrojos los que se han llevado tus cerezas. Este año están tremendos.

—¡Petirrojos! —dijo la señorita Cornelia con desdén—. ¡Bah! Petirrojos de dos piernas, ¡créeme!

—Bueno, la mayoría de los petirrojos de Four Winds *están* construidos sobre ese mismo principio —dijo el capitán Jim con gravedad.

La señorita Cornelia se lo quedó mirando un momento. Luego se recostó en la mecedora y rio largo y sin ningún rencor.

—Bueno, reconozco que por fin *sí* que me la has jugado bien, Jim Boyd. Mírale, Ana, querida, qué contento está, con esa sonrisa de gato de Cheshire. En cuanto a las patas de los petirrojos..., si resulta que los petirrojos tienen unas patas grandes, desnudas y curtidas por el sol, con unos pantalones hechos jirones colgando de ellas, como las que vi yo subida en mi cerezo una mañana al amanecer la semana pasada, entonces les pido perdón a los chicos Gilman. Para cuando bajé, ya habían desaparecido. No entendía cómo se habían esfumado tan deprisa, pero el capitán Jim me lo acaba de aclarar. Salieron volando, claro está.

El capitán Jim se rio y se marchó, declinando con pesar la invitación a quedarse a cenar y probar el pastel de cereza.

—Voy de camino a ver a Leslie, a preguntarle si quiere tomar un huésped —prosiguió la señorita Cornelia—. Ayer recibí una carta de una tal señora Daly, de Toronto, que se hospedó una temporada en mi casa hace dos años. Quería que le tomara a un amigo suyo para

el verano. Se llama Owen Ford, es periodista, y por lo visto es nieto del maestro que construyó esta casa. La hija mayor de John Selwyn se casó con un hombre de Ontario apellidado Ford, y este es su hijo. Quiere ver el viejo lugar donde vivieron sus abuelos. Pasó una mala tifoidea en primavera y todavía no se ha repuesto del todo, así que el médico le ha mandado al mar. No quiere ir al hotel..., solo quiere un hogar tranquilo. Yo no puedo tomarlo, porque tengo que ausentarme en agosto. Me han nombrado delegada para el congreso de la Sociedad Femenina de Misiones Extranjeras en Kingsport, y voy a ir. No sé si Leslie querrá cargar con él tampoco, pero no hay nadie más. Si ella no puede tomarlo, tendrá que irse al otro lado del puerto.

—Cuando la hayas visto, vuelve a ayudarnos a comernos los pasteles de cereza —dijo Ana—. Trae también a Leslie y a Dick, si pueden venir. Así que te vas a Kingsport... Qué bien lo vas a pasar. Tengo que darte una carta para una amiga mía de allí: la señora Jonas Blake.

—He convencido a la señora de Thomas Holt de que venga conmigo —dijo la señorita Cornelia con satisfacción—. Ya iba siendo hora de que tuviera unas pequeñas vacaciones, créeme. Se ha matado a trabajar. Tom Holt sabe hacer ganchillo de maravilla, pero no sabe sacar adelante a su familia. Nunca parece capaz de levantarse lo bastante temprano para hacer ningún trabajo, pero he notado que siempre se levanta temprano para ir a pescar. ¿No es muy de hombre?

Ana sonrió. Había aprendido a rebajar bastante las opiniones de la señorita Cornelia sobre los hombres de Four Winds. De lo contrario, habría tenido que creerlos el surtido más desesperado de perdidos y holgazanes del mundo, con auténticas esclavas y mártires por esposas. A este Tom Holt en particular, por ejemplo, ella lo sabía buen marido, padre muy querido y excelente vecino. Si tenía cierta inclinación a la pereza, prefiriendo la pesca para la que había nacido a la labranza para la que no, y si tenía la excentricidad inofensiva de hacer labores de aguja, nadie salvo la señorita Cornelia parecía

tenérselo en cuenta. Su mujer era una «trabajadora infatigable», que se enorgullecía de serlo; su familia se sacaba una vida cómoda de la granja; y sus fornidos hijos e hijas, que habían heredado la energía de su madre, iban todos camino de labrarse un buen porvenir en el mundo. No había hogar más feliz en Glen St. Mary que el de los Holt.

La señorita Cornelia regresó satisfecha de la casa de más arriba del arroyo.

—Leslie va a tomarlo —anunció—. Se lanzó a la oportunidad al instante. Quiere sacar algo de dinero para poner tejas nuevas en el tejado de su casa este otoño, y no sabía cómo iba a arreglárselas. Me figuro que el capitán Jim se va a interesar más que de sobra cuando se entere de que viene aquí un nieto de los Selwyn. Leslie me dijo que te dijera que se le hacía la boca agua con el pastel de cereza, pero que no podía venir a tomar el té porque tiene que ir a buscar a sus pavos. Se le han escapado. Pero dijo que, si quedaba un trozo, lo pusieras en la despensa y que ella se acercaría corriendo al anochecer, a la hora en que rondan los gatos, a buscarlo. No sabes, Ana, querida, el bien que le hizo a mi corazón oír a Leslie mandarte un recado así, riendo como reía hace tiempo.

—Le ha dado un cambio grande últimamente. Ríe y bromea como una chiquilla, y por lo que dice, deduzco que viene por aquí muy a menudo.

—Todos los días..., o si no, soy yo la que voy allí —dijo Ana—. No sé qué haría sin Leslie, sobre todo ahora que Gilbert está tan ocupado. Casi nunca está en casa, salvo unas horas en la madrugada. Se está matando a trabajar de verdad. Ahora son muchísimos los del otro lado del puerto que mandan a buscarlo.

—Mejor harían conformándose con su propio médico —dijo la señorita Cornelia—. Aunque, la verdad, no puedo culparlos, porque el suyo es metodista. Desde que el doctor Blythe sacó adelante a la señora Allonby, la gente se cree que puede resucitar muertos. Yo creo que al doctor Dave le ha entrado un poco de envidia..., muy de

hombre. ¡Cree que el doctor Blythe tiene demasiadas ideas nuevas de esas! «Bueno», le dije yo, «pues fue una idea nueva de esas la que salvó a Rhoda Allonby. Si la hubiera atendido *usted*, se habría muerto, y le habrían puesto una lápida diciendo que a Dios le había placido llevársela.» ¡Ay, cómo me *gusta* decirle al doctor Dave lo que pienso! Lleva años mandando en el Glen, y se cree que ha olvidado más de lo que los demás llegarán a saber nunca. Y hablando de médicos, ojalá el doctor Blythe se pasara a ver ese forúnculo que tiene Dick Moore en el cuello. Ya se le está escapando de las manos a Leslie. Y la verdad, no sé a qué viene que a Dick Moore le dé ahora por sacarse forúnculos..., como si no diera ya bastante guerra sin eso.

—¿Sabes?, Dick me ha tomado mucho cariño —dijo Ana—. Me sigue a todas partes como un perro, y sonríe como un niño contento cuando le hago caso.

—¿Te da grima?

—En absoluto. Le tengo cariño al pobre Dick Moore. No sé por qué, pero me resulta lastimoso y entrañable a la vez.

—No te parecería tan entrañable si lo vieras en sus días de mal genio, créeme. Pero me alegro de que no te importe..., mejor para Leslie. Va a tener más trabajo cuando le llegue el huésped. Espero que sea una criatura decente. Seguramente te caerá bien..., es escritor.

—Me pregunto por qué la gente da tan por sentado que, si dos personas son escritoras las dos, tienen que congeniar a la fuerza —dijo Ana, con cierto desdén—. A nadie se le ocurriría esperar que dos herreros sintieran una atracción irresistible el uno por el otro solo porque los dos fueran herreros.

Sin embargo, esperaba la llegada de Owen Ford con una grata sensación de expectación. Si era joven y simpático, podría resultar una incorporación de lo más agradable a la sociedad de Four Winds. El pestillo de la casita estaba siempre descorrido para los de la raza de José.

Capítulo 23. Llega Owen Ford

Una noche, la señorita Cornelia telefoneó a Ana.

—El hombre ese, el escritor, acaba de llegar. Voy a llevarlo en el coche hasta tu casa, y tú le enseñas el camino hasta la de Leslie. Es más corto que dar la vuelta por la otra carretera, y llevo una prisa de muerte. El niño de los Reese ha ido y se ha caído en un cubo de agua hirviendo, allá en el Glen, y ha estado a punto de escaldarse vivo, y me quieren allí ahora mismo... para ponerle piel nueva al crío, supongo. La señora Reese siempre es tan descuidada, y luego espera que los demás le arreglen sus errores. No te importará, ¿verdad, querida? El baúl puede bajar mañana.

—Muy bien —dijo Ana—. ¿Cómo es, señorita Cornelia?

—Ya verás cómo es por fuera cuando te lo lleve. En cuanto a cómo es por dentro, eso solo lo sabe el Señor que lo hizo. No pienso decir una palabra más, porque todos los auriculares del Glen están descolgados.

—Está claro que la señorita Cornelia no le encuentra ningún defecto al aspecto del señor Ford, o lo habría dicho a pesar de los auriculares —dijo Ana—. Concluyo, por tanto, Susan, que el señor Ford es más bien guapo que lo contrario.

—Pues sí, mi querida señora doctora, a mí *sí* que me gusta ver a un hombre de buen ver —dijo Susan con franqueza—. ¿No sería mejor que le preparase un tentempié? Hay una tarta de fresas que se deshace en la boca.

—No, Leslie lo espera y ya le tiene lista la cena. Además, quiero esa tarta de fresas para mi pobre hombre. Él no llegará hasta tarde, así que déjale la tarta y un vaso de leche fuera, Susan.

—Así lo haré, mi querida señora doctora. Susan está al timón. Al fin y al cabo, mejor dar tarta a los hombres de la casa que a extraños, que a lo mejor solo buscan devorar, y el doctor, dicho sea de paso, es un hombre tan bien parecido como pocos que una se encuentre.

Cuando llegó Owen Ford, Ana admitió para sus adentros, mientras la señorita Cornelia lo remolcaba hasta dentro, que era en verdad muy «bien parecido». Era alto y ancho de hombros, de pelo castaño y espeso, nariz y mentón de líneas finas, y ojos grandes y brillantes de un gris oscuro.

—¿Y se ha fijado en las orejas y en los dientes, mi querida señora doctora? —preguntó Susan más tarde—. Tiene las orejas mejor formadas que he visto nunca en cabeza de hombre. Yo soy exigente con las orejas. De joven tenía miedo de acabar casada con un hombre de orejas como aletas. Pero no hacía falta que me preocupase, porque nunca tuve ocasión con orejas de ninguna clase.

Ana no se había fijado en las orejas de Owen Ford, pero sí había visto sus dientes, cuando los labios se le abrían sobre ellos en una sonrisa franca y afable. Sin sonreír, su rostro tenía una expresión más bien triste y ausente, no muy distinta del héroe melancólico e insondable de los sueños de la propia Ana en su juventud; pero cuando sonreía se le iluminaba de alegría, humor y encanto. Desde luego, por fuera, como decía la señorita Cornelia, Owen Ford era un hombre de muy buena presencia.

—No puede imaginarse lo feliz que soy de estar aquí, señora Blythe —dijo él, mirando alrededor con ojos ávidos e interesados—. Tengo la extraña sensación de volver a casa. Mi madre nació aquí y aquí pasó su infancia, ¿sabe? Solía hablarme mucho de su antiguo hogar. Conozco su geografía tan bien como la de aquella en que yo mismo he vivido, y, por supuesto, me contó la historia de cuando se

construyó la casa, y de la angustiosa espera de mi abuelo por el *Royal William*. Yo pensaba que una casa tan vieja debía de haber desaparecido hacía años, o habría venido a verla mucho antes.

—En esta costa encantada, las casas viejas no desaparecen tan fácilmente —sonrió Ana—. Esto es «una tierra donde todo parece siempre lo mismo»... casi siempre, al menos. La casa de John Selwyn apenas ha cambiado, y fuera, los rosales que su abuelo plantó para su novia están floreciendo en este mismo instante.

—¡Qué manera de unirme a ellos, solo con pensarlo! Con su permiso, tengo que explorarlo todo pronto.

—Nuestra puerta estará siempre abierta para usted —prometió Ana—. ¿Y sabe que el viejo capitán de mar que cuida el faro de Four Winds conoció bien a John Selwyn y a su novia, de muchacho? Me contó su historia la noche que llegué aquí: la tercera novia de la vieja casa.

—¿Es eso posible? Esto *sí* que es un descubrimiento. Tengo que ir a buscarlo.

—No será difícil; todos somos amigos del capitán Jim. Él tendrá tantas ganas de verlo a usted como usted a él. Su abuela brilla como una estrella en su memoria. Pero me parece que la señora Moore lo está esperando. Le enseñaré nuestro camino «a campo traviesa».

Ana caminó con él hacia la casa que quedaba arroyo arriba, cruzando un campo tan blanco de margaritas como si hubiera nevado. Un bote cargado de gente cantaba a lo lejos, al otro lado del puerto. El sonido flotaba sobre el agua como una música tenue y de otro mundo, llevada por el viento sobre un mar estrellado. El gran faro destellaba y hacía señales. Owen Ford miraba alrededor con satisfacción.

—Conque esto es Four Winds —dijo él—. No estaba preparado para encontrarlo tan hermoso, a pesar de todos los elogios de mi madre. ¡Qué colores... qué paisaje... qué encanto! Me pondré fuerte como un roble en un abrir y cerrar de ojos. Y si la inspiración viene

de la belleza, aquí sí que debería poder empezar mi gran novela canadiense.

—¿Todavía no la ha empezado? —preguntó Ana.

—Ay de mí, no. Nunca he sido capaz de dar con la idea central adecuada. Se me esconde más allá del alcance... me seduce... me hace señas... y se retira... casi la tengo agarrada y se esfuma. Puede que aquí, entre tanta paz y tanta belleza, logre atraparla. La señorita Bryant me dice que usted escribe.

—Ah, hago pequeñas cosas para niños. No he hecho gran cosa desde que me casé. Y... no tengo pretensiones de escribir una gran novela canadiense —rio Ana—. Eso me queda muy grande.

Owen Ford también se rio.

—Me atrevo a decir que a mí también me queda grande. Aun así, pienso intentarlo algún día, si es que alguna vez consigo tiempo. Un periodista no tiene muchas ocasiones para esa clase de cosas. He escrito bastantes relatos cortos para revistas, pero nunca he tenido el sosiego que parece necesitarse para escribir un libro. Con tres meses libres debería poder empezar, eso sí... si consiguiera dar con el motivo necesario, con el *alma* del libro.

Una idea cruzó como un relámpago por la mente de Ana, con tal brusquedad que la sobresaltó. Pero no la dijo en voz alta, porque habían llegado ya a casa de los Moore. Al entrar en el patio, Leslie salió a la galería por la puerta lateral, escrutando la penumbra en busca de alguna señal del huésped que esperaba. Se detuvo justo donde la luz cálida y amarilla que salía por la puerta abierta la bañaba entera. Llevaba un vestido sencillo de voile de algodón barato, color crema, con el cinturón carmesí de siempre. Leslie nunca estaba sin su toque de carmesí. Le había dicho a Ana que nunca se sentía satisfecha sin un destello de rojo en algún lugar de su persona, aunque solo fuera una flor. A Ana siempre le parecía que aquello simbolizaba la personalidad ardiente y contenida de Leslie, a la que se le negaba toda expresión salvo aquel destello llameante. El vestido de Leslie tenía el cuello algo escotado y mangas cortas. Sus

brazos relucían como mármol teñido de marfil. Cada curva exquisita de su figura se recortaba en una oscuridad suave contra la luz. Su cabello brillaba en ella como una llama. Más allá se extendía un cielo púrpura, cuajado de estrellas sobre el puerto.

Ana oyó a su acompañante contener el aliento. Incluso en la penumbra pudo ver el asombro y la admiración en su rostro.

—¿Quién es esa criatura tan hermosa? —preguntó él.

—Es la señora Moore —dijo Ana—. Es preciosa, ¿verdad?

—Yo... yo nunca he visto nada igual —contestó él, algo aturdido—. No estaba preparado... no me lo esperaba... ¡santo cielo, una *no* espera encontrarse con una diosa por patrona! Vaya, si la vistieran con un traje de púrpura marina, con un collar de amatistas en el pelo, sería una auténtica reina del mar. ¡Y encima acoge huéspedes!

—Hasta las diosas tienen que vivir —dijo Ana—. Y Leslie no es una diosa. Es solo una mujer muy hermosa, tan humana como cualquiera de nosotros. ¿Le contó la señorita Bryant lo del señor Moore?

—Sí... tiene una deficiencia mental, o algo así, ¿no? Pero no me dijo nada de la señora Moore, y yo supuse que sería la típica ama de casa rural, ajetreada, que acoge huéspedes para ganarse unos honrados cuartos.

—Bueno, eso es exactamente lo que hace Leslie —dijo Ana con sequedad—. Y tampoco es del todo agradable para ella. Espero que Dick no lo moleste. Y si lo molesta, por favor, que Leslie no lo note. Le haría un daño terrible. No es más que un niño grande, y a veces bastante fastidioso.

—Oh, no me molestará. Además, supongo que no estaré mucho en la casa, salvo para comer. ¡Pero qué lástima da todo esto! Su vida debe de ser muy dura.

—Lo es. Pero a ella no le gusta que la compadezcan.

Leslie había vuelto ya adentro de la casa, y ahora los recibía en la puerta principal. Saludó a Owen Ford con fría cortesía y le dijo, en tono práctico, que tenía listos su habitación y su cena. Dick, con una sonrisa complacida, subió arrastrando los pies con la maleta, y Owen Ford quedó instalado como huésped de la vieja casa entre los sauces.

Capítulo 24. El libro de la vida del capitán Jim

—Tengo una idea, un pequeño capullo pardo que quizá llegue a convertirse en una magnífica mariposa nocturna de plenitud —le dijo Ana a Gilbert al llegar a casa. Él había vuelto antes de lo que ella esperaba, y estaba disfrutando de la tarta de cerezas de Susan. La propia Susan rondaba en segundo plano, como un espíritu guardián más bien adusto pero benéfico, y encontraba tanto placer en ver comer la tarta a Gilbert como él comiéndola.

—¿Cuál es tu idea? —preguntó él.

—Todavía no te lo voy a decir... no hasta que vea si puedo llevarlo a cabo.

—¿Qué clase de tipo es Ford?

—Ah, muy agradable, y bastante bien parecido.

—Con unas orejas preciosas, mi querido doctor —terció Susan con deleite.

—Tendrá unos treinta o treinta y cinco años, creo, y está pensando en escribir una novela. Tiene una voz agradable y una sonrisa deliciosa, y sabe vestir. Tiene un aire como si la vida no le hubiera resultado del todo fácil, no sé por qué.

Owen Ford vino a la tarde siguiente con una nota de Leslie para Ana; pasaron la hora del ocaso en el jardín y luego salieron a navegar a la luz de la luna por el puerto, en el botecito que Gilbert

había preparado para las salidas de verano. Owen les gustó muchísimo, y sintieron esa sensación de conocerlo desde hacía muchos años que distingue a la masonería secreta de la casa de José. —Es tan agradable como sus orejas, mi querida señora doctora —dijo Susan, cuando él ya se había marchado. Él le había dicho a Susan que nunca había probado nada como su tarta de fresas, y el corazón sensible de Susan fue suyo para siempre.

—Tiene su aquel —reflexionó ella, mientras recogía los restos de la cena—. Es muy raro que no esté casado, porque un hombre así podría tener a quien quisiera con solo pedirlo. Bueno, a lo mejor le pasa como a mí, que todavía no ha encontrado a quien le conviene.

Susan se puso de veras romántica en sus cavilaciones mientras fregaba los platos de la cena.

Dos noches después, Ana llevó a Owen Ford a la punta de Four Winds para presentárselo al capitán Jim. Los campos de trébol a lo largo de la orilla del puerto blanqueaban con el viento del oeste, y el capitán Jim tenía en exhibición uno de sus más hermosos atardeceres. Él mismo acababa de volver de una travesía al otro lado del puerto.

—Tuve que ir al otro lado a decirle a Henry Pollack que se moría. Nadie más se atrevía a decírselo. Todos calculaban que se lo iba a tomar tremendo, porque ha estado terriblemente empeñado en vivir, y no paraba de hacer planes para el otoño. Su mujer pensó que había que decírselo, y que yo era el más indicado para darle la noticia de que no iba a curarse. Henry y yo somos viejos compañeros... navegamos juntos años enteros en el *Gray Gull*. Pues bien, fui, me senté junto a la cama de Henry y le digo yo, digo, mismamente así, llano y sin rodeos, que si hay que decir una cosa más vale decirla de una vez, le digo yo, digo: «Compañero, calculo yo que esta vez le han llegado las órdenes de zarpar». Por dentro estaba yo temblando, que es cosa terrible decirle a un hombre que no tiene ni idea de que se muere, que se muere. Pero, mire usted por dónde, señora Blythe, Henry me mira, con esos ojos negros y vivos que tiene en esa cara suya toda arrugada, y va y dice:

«Cuénteme algo que no sepa, Jim Boyd, si quiere darme información. Eso lo sé yo desde hace una semana». Me quedé tan pasmado que no pude ni hablar, y Henry se rio entre dientes. «Verlo venir a usted», va y dice, «con esa cara tan solemne como una lápida, y sentarse ahí con las manos cruzadas sobre el estómago, a soltarme una noticia tan vieja y enmohecida como esa... eso le da risa hasta a un gato, Jim Boyd», va y dice. «¿Y quién se lo ha dicho?», le digo yo, como un tonto. «Nadie», va y dice. «Hace una semana, un martes por la noche, estaba yo aquí tumbado, despierto... y sencillamente lo supe. Ya lo sospechaba antes, pero entonces lo *supe*. He seguido aguantando por mi mujer. Y me habría gustado terminar de levantar el granero, que Eben nunca lo va a hacer bien. Pero, en fin, ahora que ya se ha quedado tranquilo, Jim, ponga usted cara alegre y cuénteme algo interesante». Pues ahí estaba la cosa. Tan asustados que estaban por decírselo, y él lo sabía desde el principio. Es raro cómo la naturaleza vela por nosotros, ¿no le parece?, y nos deja saber lo que debemos saber cuando llega el momento. ¿No le he contado nunca la historia de cuando a Henry se le clavó el anzuelo en la nariz, señora Blythe?

—No.

—Pues él y yo nos hemos reído hoy de aquello. Pasó hace cerca de treinta años. Él y yo, y unos cuantos más, andábamos un día pescando caballa. Fue un gran día... nunca vi un banco de caballas así en el golfo... y con la excitación general, Henry se puso como loco y se las arregló para clavarse un anzuelo de parte a parte de un lado de la nariz. Pues bien, ahí estaba él; la lengüeta en un extremo y un buen trozo de plomo en el otro, así que no había manera de sacarlo tirando. Quisimos llevarlo a tierra enseguida, pero Henry tenía arrestos; dijo que le colgaran si dejaba un banco así por nada que no fuera el tétanos; y siguió pescando, sacando peces a manos llenas y quejándose de vez en cuando. Por fin pasó el banco y volvimos con la carga; cogí una lima y me puse a intentar limar aquel anzuelo. Procuré ir con cuidado, pero había que oír a Henry... no, mejor no haberlo oído. Menos mal que no había señoras cerca. Henry no era hombre de jurar, pero había oído algunas cosas de

esas por la costa a lo largo de su vida, y las sacó todas de la memoria y me las lanzó encima. Por fin declaró que no podía más, y yo no tuve compasión ninguna. Así que enganchamos el caballo y lo llevé a un médico a Charlottetown, cincuenta y seis kilómetros... no había ninguno más cerca en aquellos tiempos... con aquel bendito anzuelo todavía colgándole de la nariz. Cuando llegamos, el viejo doctor Crabb cogió una lima y limó aquel anzuelo igual que había intentado hacer yo, solo que a él no le importó nada ir con cuidado.

La visita del capitán Jim a su viejo amigo le había despertado muchos recuerdos, y ahora estaba en plena marea de reminiscencias.

—Hoy Henry me preguntaba si me acordaba de la vez que el viejo padre Chiniquy bendijo la barca de Alexander MacAllister. Otra historia rara... y tan verdadera como el Evangelio. Yo mismo iba en la barca. Salimos, él y yo, en la barca de Alexander MacAllister una mañana al amanecer. Además, había un muchacho francés en la barca... católico, claro. Ya sabe usted que el viejo padre Chiniquy se había hecho protestante, así que los católicos no le tenían mucha simpatía. Pues bien, estuvimos sentados en el golfo, bajo un sol de justicia, hasta el mediodía, y no picó ni un pez. Cuando volvimos a tierra, el viejo padre Chiniquy tenía que marcharse, y dijo, con esa cortesía suya: «Siento mucho no poder salir con ustedes esta tarde, señor MacAllister, pero les dejo mi bendición. Van a pescar un millar esta tarde». Pues bien, no pescamos un millar, pero pescamos exactamente novecientos noventa y nueve... la mayor pesca de toda la costa norte aquel verano, para una barca pequeña. Curioso, ¿verdad? Alexander MacAllister le dice a Andrew Peters: «Bueno, ¿y ahora qué piensa usted del padre Chiniquy?». «Pues», gruñó Andrew, «pienso que al viejo diablo todavía le queda alguna bendición buena». ¡Válgame Dios, cómo se reía hoy Henry con eso!

—¿Sabe usted quién es el señor Ford, capitán Jim? —preguntó Ana, viendo que la fuente de reminiscencias del capitán Jim se había agotado por el momento—. Quiero que lo adivine.

El capitán Jim negó con la cabeza.

—Nunca se me dio bien adivinar, señora Blythe, y sin embargo, no sé cómo, al entrar pensé: «¿Dónde he visto yo antes esos ojos?»... porque los *he visto*.

—Piense usted en una mañana de septiembre, hace muchos años —dijo Ana con suavidad—. Piense en un barco que entra remontando el puerto... un barco esperado durante mucho tiempo y ya dado por perdido. Piense en el día en que llegó el *Royal William* y en la primera mirada que echó usted a la novia del maestro.

El capitán Jim se levantó de un salto.

—Esos son los ojos de Persis Selwyn —casi gritó—. Usted no puede ser su hijo... tiene que ser su...

—Su nieto; sí, soy hijo de Alice Selwyn.

El capitán Jim se abalanzó sobre Owen Ford y volvió a estrecharle la mano.

—¡El hijo de Alice Selwyn! Señor, qué bien venido es usted. Cuántas veces me he preguntado dónde vivirían los descendientes del maestro. Sabía que no quedaba ninguno en la Isla. Alice... Alice... la primera criatura que nació en esa casita. ¡Ninguna otra trajo tanta alegría! La mecí en mis rodillas cien veces. Fue desde mi rodilla desde donde dio sus primeros pasos ella sola. Como si la estuviera viendo, con el rostro de su madre mirándola... y de eso hace ya casi sesenta años. ¿Vive todavía?

—No, murió cuando yo era solo un niño.

—Ay, no me parece justo que yo siga vivo para oír eso —suspiró el capitán Jim—. Pero me alegro de todo corazón de verlo. Me ha devuelto la juventud por un ratito. Todavía no sabe usted qué don es *ese*. La señora Blythe, aquí presente, tiene ese don... me lo hace a menudo.

El capitán Jim se emocionó todavía más al descubrir que Owen Ford era lo que él llamaba «un hombre que de verdad escribe». Lo contemplaba como a un ser superior. El capitán Jim sabía que Ana escribía, pero nunca se había tomado ese hecho muy en serio. El

capitán Jim pensaba que las mujeres eran unas criaturas encantadoras, que debían tener derecho al voto y todo lo demás que quisieran, benditas sean; pero no creía que supieran escribir.

—Mire usted *Un amor loco* —protestaba él—. Eso lo escribió una mujer, y fíjese nada más: ciento tres capítulos, cuando todo se podía haber contado en diez. Una mujer que escribe nunca sabe cuándo parar; ese es el problema. El punto está en saber cuándo parar, en eso consiste escribir bien.

—El señor Ford quiere oír algunas de sus historias, capitán Jim — dijo Ana—. Cuéntele la del capitán que se volvió loco y se creía el Holandés Errante.

Esta era la mejor historia del capitán Jim. Era una mezcla de horror y humor, y aunque Ana la había oído varias veces, se rio con las mismas ganas y sintió el mismo escalofrío de espanto que el señor Ford. Siguieron otros relatos, porque el capitán Jim tenía un auditorio a su gusto. Contó cómo un vapor había embestido su barco; cómo unos piratas malayos lo habían abordado; cómo su barco se había incendiado; cómo ayudó a escapar a un preso político de una república sudafricana; cómo naufragó un otoño en las Magdalenas y quedó allí varado para todo el invierno; cómo un tigre se había soltado a bordo; cómo su tripulación se amotinó y lo abandonó en una isla desierta... estos y otros muchos relatos, trágicos, cómicos o grotescos, refirió el capitán Jim. El misterio del mar, la fascinación de las tierras lejanas, el atractivo de la aventura, la risa del mundo entero... sus oyentes lo sintieron y lo comprendieron todo. Owen Ford escuchaba, con la cabeza apoyada en la mano y el Primer Oficial ronroneando sobre sus rodillas, con sus ojos brillantes clavados en el rostro curtido y elocuente del capitán Jim.

—¿No le va a dejar ver al señor Ford su libro de la vida, capitán Jim? —preguntó Ana, cuando el capitán Jim declaró por fin que había que dejar de hilar historias por el momento.

—Bah, no querrá él molestarse con *eso* —protestó el capitán Jim, que en el fondo se moría de ganas de enseñarlo.

—No hay nada que me gustaría más que verlo, capitán Boyd —dijo Owen—. Si es la mitad de maravilloso que sus historias, ya merecerá la pena.

Con fingida reticencia, el capitán Jim sacó su libro de la vida del viejo baúl y se lo entregó a Owen.

—Calculo yo que no va a tener usted muchas ganas de pelearse mucho rato con mi mala letra. Nunca tuve mucha escuela —observó como quien no quiere la cosa—. Escribí eso solo para entretener a mi sobrino Joe. Siempre anda pidiendo historias. Vino aquí ayer y me dice, como reprochándome, mientras yo sacaba del bote un bacalao de nueve kilos: «Tío Jim, ¿no es un bacalao un animal mudo?». Verá usted, yo le había estado diciendo que había que ser de verdad bueno con los animales mudos, y no hacerles daño de ninguna manera. Salí del apuro diciendo que el bacalao era bastante mudo, pero que no era un animal, pero Joe no se quedó conforme, y yo tampoco me quedé conforme conmigo mismo. Hay que tener mucho cuidado con lo que se les dice a esos pequeños bichos. *Ellos* le calan a uno.

Mientras hablaba, el capitán Jim observaba a Owen Ford con el rabillo del ojo mientras este examinaba el libro de la vida; y al ver enseguida que su huésped estaba absorto en sus páginas, se volvió sonriendo hacia su alacena y se puso a preparar una tetera. Owen Ford se apartó del libro de la vida, con la misma resistencia con que un avaro se arranca de su oro, el tiempo justo para tomarse el té, y luego volvió a él con avidez.

—Ah, puede llevarse esa cosa a casa, si quiere —dijo el capitán Jim, como si aquella «cosa» no fuera su posesión más querida—. Tengo que bajar a subir un poco el bote por los rodillos. Se viene viento. ¿Se ha fijado usted en el cielo esta noche?

Cielo aborregado y colas de yegua, los barcos grandes recogen vela.

Owen Ford aceptó con gusto el ofrecimiento del libro de la vida. De camino a casa, Ana le contó la historia de Margaret la perdida.

—Ese viejo capitán es un tipo maravilloso —dijo él—. ¡Qué vida ha llevado! Vaya, ese hombre ha tenido más aventuras en una semana de su vida que la mayoría de nosotros en toda una vida entera. ¿De verdad cree que sus historias son todas ciertas?

—Desde luego que sí. Estoy segura de que el capitán Jim no sabría mentir; y además, toda la gente de aquí dice que todo sucedió tal como él lo cuenta. Antes había muchos de sus antiguos compañeros de tripulación vivos para corroborarlo. Es uno de los últimos capitanes de mar de la Isla del Príncipe Eduardo de la vieja escuela. Ya casi se han extinguido.

Capítulo 25. La escritura del libro

Owen Ford llegó a la casita a la mañana siguiente en un estado de gran excitación. —Señora Blythe, esto es un libro maravilloso, sencillamente maravilloso. Si pudiera llevármelo y aprovechar el material, estoy seguro de que podría hacer con él la novela del año. ¿Cree usted que el capitán Jim me dejaría hacerlo?

—¡Que si le dejaría! Estoy segura de que se pondría encantado —exclamó Ana—. Reconozco que era justo lo que tenía en la cabeza cuando le llevé anoche a verle. El capitán Jim siempre ha deseado que alguien le escribiera como es debido su libro de la vida.

—¿Bajará usted conmigo esta tarde a la Punta, señora Blythe? Yo mismo le preguntaré por el libro de la vida, pero quiero que le diga que me contó la historia de Margaret la perdida, y que le pregunte si me deja usarla como hilo romántico con que tejer las historias del libro de la vida hasta formar un todo armonioso.

El capitán Jim se emocionó más que nunca cuando Owen Ford le contó su plan. Por fin iba a realizarse el sueño que tanto había acariciado, y su «libro de la vida» se daría al mundo. Le complació además que la historia de Margaret la perdida quedara entretejida en él.

—Así su nombre no caerá en el olvido —dijo con nostalgia.

—Por eso quiero que se incluya.

—Colaboraremos —exclamó Owen con alegría—. Usted pondrá el alma y yo el cuerpo. Ah, entre los dos escribiremos un libro famoso,

capitán Jim. Y nos pondremos a trabajar ahora mismo.

—¡Y pensar que mi libro va a escribirlo el nieto del maestro! —exclamó el capitán Jim—. Muchacho, su abuelo fue mi amigo más querido. Pensaba que no había nadie como él. Ahora comprendo por qué tuve que esperar tanto. No podía escribirse hasta que llegara el hombre indicado. Usted *pertenece* aquí..., lleva dentro el alma de esta vieja costa del norte...; es usted el único que *podía* escribirlo.

Quedó acordado que el cuartito contiguo a la sala de estar del faro se destinara a Owen como taller de trabajo. Era necesario que el capitán Jim estuviera cerca de él mientras escribía, para consultarle las muchas cuestiones de marinería y de tradiciones del golfo que Owen ignoraba por completo.

Se puso a trabajar en el libro a la mañana siguiente misma, y se entregó a él en cuerpo y alma. En cuanto al capitán Jim, fue un hombre feliz aquel verano. Miraba el cuartito donde trabajaba Owen como un santuario. Owen lo hablaba todo con el capitán Jim, pero no le dejaba ver el manuscrito.

—Tiene que esperar a que se publique —le dijo—. Entonces lo tendrá todo de una vez, en su mejor forma.

Owen buceó en los tesoros del libro de la vida y los aprovechó sin reparos. Soñó y meditó sobre Margaret la perdida hasta que esta se convirtió para él en una realidad vívida y cobró vida en sus páginas. A medida que el libro avanzaba, se fue apoderando de él, y trabajaba con un fervor casi febril. Dejaba que Ana y Leslie leyeran el manuscrito y lo criticaran; y el capítulo final del libro, que más tarde los críticos tuvieron a bien calificar de idílico, se modeló sobre una idea de Leslie.

Ana casi se abrazaba a sí misma de gusto por el éxito de su idea.

—Supe, nada más ver a Owen Ford, que era justo el hombre indicado —le dijo a Gilbert—. En su cara había humor y pasión a la vez, y eso, unido al arte de la expresión, era exactamente lo necesario para escribir un libro así. Como diría la señora Rachel, estaba predestinado para el papel.

Owen Ford escribía por las mañanas. Las tardes las pasaban por lo general en alguna alegre excursión con los Blythe. Leslie los acompañaba a menudo, porque el capitán Jim se hacía cargo de Dick con frecuencia para dejarla libre. Salían a navegar por el puerto y remontaban los tres bonitos ríos que desembocaban en él; hacían asados de almejas en la barra y de mejillones en las rocas; recogían fresas en las dunas; salían a pescar bacalao con el capitán Jim; cazaban chorlitos en los campos de la orilla y patos silvestres en la cala..., al menos, los hombres. Por las noches vagaban por los bajos campos costeros, cuajados de margaritas, bajo una luna de oro, o se sentaban en la sala de estar de la casita, donde a menudo la frescura de la brisa marina justificaba encender un fuego de leña de deriva, y hablaban de las mil y una cosas de que pueden hablar unos jóvenes felices, ávidos e ingeniosos.

Desde el día en que le hizo su confesión a Ana, Leslie era una criatura transformada. No quedaba ni rastro de su antigua frialdad y reserva, ni sombra de su antigua amargura. La juventud de la que había sido despojada parecía volverle con la plenitud de la mujer hecha; se abría como una flor de llama y perfume; ninguna risa era más pronta que la suya, ningún ingenio más rápido, en los corrillos del crepúsculo de aquel verano encantado. Cuando ella no podía estar con ellos, todos sentían que faltaba a su trato algún sabor exquisito. Su belleza se iluminaba desde dentro por el alma despierta, como una lámpara rosada que brillara a través de un jarrón de alabastro sin tacha. Había horas en que a Ana los ojos parecían dolerle del esplendor de Leslie. En cuanto a Owen Ford, la «Margaret» de su libro, aunque tenía el pelo castaño claro y el rostro de duende de la muchacha real desaparecida hacía tanto tiempo, «reposando donde duerme la perdida Atlántida», tenía la personalidad de Leslie Moore, tal como se le había revelado a él en aquellos días apacibles del puerto de Four Winds.

En conjunto, fue un verano inolvidable: uno de esos veranos que llegan pocas veces a una vida, pero que al partir dejan una rica herencia de hermosos recuerdos; uno de esos veranos que, gracias a una afortunada combinación de tiempo delicioso, amigos deliciosos

y ocupaciones deliciosas, se acercan a la perfección tanto como puede acercarse nada en este mundo.

«Demasiado bueno para durar», se dijo Ana con un ligero suspiro, aquel día de septiembre en que un cierto mordisco en el viento y un cierto matiz de azul intenso en las aguas del golfo anunciaban que el otoño estaba cerca.

Aquella tarde, Owen Ford les dijo que había terminado el libro y que sus vacaciones tenían que llegar a su fin.

—Todavía me queda mucho que hacerle: revisarlo, podarlo y demás —dijo—, pero en lo esencial está terminado. Escribí la última frase esta mañana. Si encuentro editor, probablemente salga el verano o el otoño que viene.

Owen no dudaba demasiado de que encontraría editor. Sabía que había escrito un gran libro, un libro que alcanzaría un éxito maravilloso, un libro que *viviría*. Sabía que le traería fama y fortuna a la vez; pero, al escribir la última línea, había inclinado la cabeza sobre el manuscrito y así se había quedado sentado un buen rato. Y sus pensamientos no eran para la buena obra que había hecho.

Capítulo 26. La confesión de Owen Ford

—Cuánto siento que Gilbert no esté —dijo Ana—. Ha tenido que salir: Allan Lyons, allá en el Glen, ha sufrido un accidente grave. No es probable que vuelva hasta muy tarde. Pero me ha encargado decirle que mañana temprano vendrá a verlo antes de que se vaya. Es una verdadera lástima. Susan y yo teníamos planeada una fiestecita tan bonita para su última noche aquí.

Estaba sentada junto al arroyo del jardín, en el pequeño asiento rústico que Gilbert había construido. Owen Ford permanecía de pie ante ella, apoyado contra la columna de bronce de un abedul amarillo. Estaba muy pálido, y su rostro llevaba las huellas de la noche en vela que acababa de pasar. Ana, alzando la vista hacia él, se preguntó si, después de todo, el verano le había dado la fuerza que debía haberle dado. ¿Habría trabajado demasiado en su libro? Recordó que llevaba una semana sin tener buen aspecto.

—Casi me alegro de que el doctor no esté —dijo Owen despacio —. Quería verla a solas, señora Blythe. Hay algo que tengo que contarle a alguien, o creo que me va a volver loco. Llevo una semana intentando mirarlo de frente... y no puedo. Sé que puedo confiar en usted, y además, usted lo entenderá. Una mujer con unos ojos como los suyos siempre entiende. Es de esas personas a quienes uno les cuenta las cosas por instinto. Señora Blythe, amo a Leslie. ¡La *amo*! Esa palabra parece demasiado débil.

De pronto se le quebró la voz con la pasión contenida de sus palabras. Volvió la cabeza y ocultó el rostro contra el brazo. Todo su

cuerpo temblaba. Ana se quedó mirándolo, pálida y horrorizada. ¡Nunca se le había ocurrido pensar en esto! Y sin embargo... ¿cómo era que nunca se le había ocurrido? Ahora le parecía algo natural e inevitable. Se asombró de su propia ceguera. Pero... pero... cosas así no sucedían en Four Winds. En otras partes del mundo las pasiones humanas quizá desafiaran las convenciones y las leyes de los hombres, pero no *aquí*, desde luego. Leslie llevaba diez años recibiendo huéspedes de verano, de forma intermitente, y nunca había pasado nada semejante. Pero quizá ninguno de ellos se hubiera parecido a Owen Ford; y la Leslie vívida, *viva*, de este verano no era la muchacha fría y hosca de otros años. ¡Ay, *alguien* tendría que haber pensado en esto! ¿Por qué no lo había pensado la señorita Cornelia? La señorita Cornelia siempre estaba dispuesta a dar la voz de alarma en cuanto se trataba de hombres. Ana sintió un resentimiento irrazonable hacia la señorita Cornelia. Luego dejó escapar un pequeño gemido interior. Poco importaba de quién fuera la culpa: el mal ya estaba hecho. ¿Y Leslie? ¿Qué sería de Leslie? Era por Leslie por quien Ana sentía la mayor inquietud.

—¿Sabe Leslie esto, señor Ford? —preguntó ella con calma.

—No... no, a menos que lo haya adivinado. No pensará que sería tan canalla y tan miserable como para decírselo, señora Blythe. No pude evitar enamorarme de ella... eso es todo... y mi desdicha es mayor de lo que puedo soportar.

—¿Y *ella* siente algo por usted? —preguntó Ana. En cuanto la pregunta cruzó sus labios sintió que no debería haberla hecho. Owen Ford respondió con una protesta demasiado vehemente.

—No... no, claro que no. Pero podría hacer que sintiera algo si fuera libre... sé que podría.

«Sí siente algo por él, y él lo sabe», pensó Ana. En voz alta dijo, con compasión pero con firmeza:

—Pero no es libre, señor Ford. Y lo único que puede hacer es marcharse en silencio y dejarla vivir su propia vida.

—Lo sé... lo sé —gimió Owen. Se sentó en la orilla cubierta de hierba y se quedó mirando, taciturno, el agua color ámbar que corría bajo él—. Sé que no hay nada que hacer... nada más que decir, con toda convención, «Adiós, señora Moore. Gracias por toda su amabilidad conmigo este verano», tal como se lo habría dicho a la ama de casa rolliza, atareada y de ojos vivos que esperaba encontrar cuando llegué. ¡Después pagaré mi pensión como cualquier huésped honrado, y me iré! Ah, es muy sencillo. Ni duda ni perplejidad: un camino recto hasta el fin del mundo.

—Y lo recorreré... no tema que no vaya a hacerlo, señora Blythe. Pero sería más fácil caminar sobre rejas de arado al rojo vivo.

Ana se estremeció ante el dolor de su voz. Y había tan poco que pudiera decir que estuviera a la altura de la situación. El reproche quedaba descartado; el consejo no hacía falta; la compasión resultaba burlada por la desnuda agonía de aquel hombre. Solo podía sentir con él, en un laberinto de compasión y pesar. ¡Cómo le dolía el corazón por Leslie! ¿Acaso no había sufrido bastante ya aquella pobre muchacha, sin necesidad de esto?

—No sería tan duro irme y dejarla si al menos fuera feliz —prosiguió Owen con vehemencia—. Pero pensar en su muerte en vida... darme cuenta de aquello a lo que la dejo abandonada... ¡*eso* es lo peor de todo! Daría mi vida por hacerla feliz, y no puedo hacer nada, ni siquiera para ayudarla... nada. Está atada para siempre a ese pobre desdichado, sin nada que esperar salvo envejecer a lo largo de una sucesión de años vacíos, sin sentido, estériles. Me vuelve loco pensarlo. Pero tendré que pasar el resto de mi vida sin verla nunca, aunque sabiendo siempre lo que ella está soportando. ¡Es espantoso... espantoso!

—Es muy duro —dijo Ana con tristeza—. Nosotros... sus amigos de aquí... todos sabemos lo duro que es para ella.

—Y ella está tan magníficamente dotada para la vida —dijo Owen con rebeldía.

—Su belleza es lo menos importante de su dote, y aun así es la mujer más hermosa que he conocido nunca. ¡Esa risa suya! Me he pasado todo el verano buscando la manera de provocarla, solo por el placer de oírla. Y sus ojos... son tan profundos y azules como el golfo, allá fuera. Nunca vi un azul semejante... ¡y ese oro! ¿Alguna vez le ha visto el cabello suelto, señora Blythe?

—No.

—Yo sí, una vez. Había bajado a la Punta para ir a pescar con el capitán Jim, pero el mar estaba demasiado bravo para salir, así que volví. Ella había aprovechado lo que esperaba fuera una tarde a solas para lavarse el cabello, y estaba de pie en el porche, al sol, secándoselo. Le caía en torno al cuerpo hasta los pies, como una fuente de oro vivo. Cuando me vio entró corriendo, y el viento le atrapó el pelo y lo arremolinó a su alrededor... como Dánae entre su nube dorada. No sé cómo, en ese mismo instante comprendí que la amaba, y me di cuenta de que la había amado desde el primer momento en que la vi de pie contra la oscuridad, bañada en aquel resplandor. Y ella tiene que seguir viviendo aquí, mimando y sosegando a Dick, ahorrando centavo a centavo para una mera subsistencia, mientras yo paso la vida anhelándola en vano, e impedido, precisamente por eso, hasta de prestarle la pequeña ayuda que un amigo podría darle. Anoche caminé por la orilla, casi hasta el amanecer, dándole vueltas y más vueltas a todo esto. Y sin embargo, a pesar de todo, no encuentro en mi corazón motivo para arrepentirme de haber venido a Four Winds. Me parece que, por malo que sea todo lo demás, sería aún peor no haber conocido nunca a Leslie. Es un dolor ardiente, lacerante, amarla y dejarla... pero no haberla amado sería impensable. Supongo que todo esto suena a locura... estas emociones terribles siempre suenan a necedad cuando las vertimos en nuestras palabras, tan insuficientes. No están hechas para ser dichas, solo para sentirse y soportarse. No debería haber hablado... pero me ha ayudado... un poco. Al menos me ha dado fuerzas para marcharme mañana con decoro, sin hacer una escena. Me escribirá de vez en cuando, ¿verdad, señora Blythe?, y me contará las noticias que haya de ella.

—Sí —dijo Ana—. Ay, cuánto siento que se vaya... lo vamos a echar tanto de menos... ¡hemos sido tan buenos amigos, todos nosotros! Si no fuera por esto, podría volver otros veranos. Quizá, incluso así... más adelante... cuando lo haya olvidado, quizá...

—Nunca lo olvidaré... y nunca volveré a Four Winds —dijo Owen con brevedad.

El silencio y el crepúsculo cayeron sobre el jardín. A lo lejos, el mar batía suave y monótonamente contra la barra. El viento del atardecer entre los álamos sonaba como una vieja runa triste y extraña, como un sueño roto de recuerdos antiguos. Un joven álamo temblón, esbelto y grácil, se alzaba ante ellos, recortado contra el fino maíz, el esmeralda y el rosa que se apagaba en el cielo de poniente, que hacía resaltar cada hoja y cada ramita con una belleza oscura, trémula y feérica.

—¿No es hermoso eso? —dijo Owen, señalándolo con el aire de un hombre que deja atrás cierta conversación.

—Es tan hermoso que me duele —dijo Ana con suavidad—. Las cosas perfectas como esa siempre me han dolido... recuerdo que de niña lo llamaba «el dolor extraño». ¿Cuál será la razón de que un dolor así parezca inseparable de la perfección? ¿Será el dolor de lo definitivo, cuando comprendemos que más allá ya no puede haber sino declive?

—Quizá —dijo Owen con aire soñador— sea el infinito preso en nosotros, que llama a su infinito hermano, expresado en esa perfección visible.

—Parece que tienes un resfriado en la cabeza. Mejor te frotas la nariz con un poco de sebo antes de acostarte —dijo la señorita Cornelia, que había entrado por la portezuela entre los abetos justo a tiempo de pescar el último comentario de Owen. A la señorita Cornelia le caía bien Owen; pero era cuestión de principios para ella castigar con un exabrupto cualquier lenguaje «rimbombante» que saliera de boca de hombre.

La señorita Cornelia encarnaba la comedia que siempre acecha, agazapada en la esquina, a la tragedia de la vida. Ana, cuyos nervios habían estado bastante tensos, se rio con una risa histérica, y hasta Owen sonrió. Ciertamente, el sentimiento y la pasión tenían la costumbre de esfumarse en presencia de la señorita Cornelia. Y sin embargo, a Ana ya nada le pareció tan desesperado, tan oscuro y tan doloroso como unos momentos antes. Pero aquella noche el sueño estuvo muy lejos de sus ojos.

Capítulo 27. En la barra

Owen Ford dejó Four Winds a la mañana siguiente. Por la tarde, Ana fue a ver a Leslie, pero no encontró a nadie. La casa estaba cerrada con llave y no había luz en ninguna ventana. Parecía un hogar abandonado por su alma. Leslie no se acercó a verla al día siguiente, lo que a Ana le pareció mala señal.

Como Gilbert tenía que ir aquella tarde a la cala de los pescadores, Ana lo acompañó en el coche hasta la Punta, con intención de quedarse un rato con el capitán Jim. Pero la gran luz, que abría sus franjas a través de la niebla de la tarde otoñal, estaba al cuidado de Alec Boyd, pues el capitán Jim se hallaba ausente.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Gilbert—. ¿Vienes conmigo?

—No quiero ir a la cala, pero cruzaré el canal contigo y andaré vagando por la orilla de arena hasta que vuelvas. Esta noche la costa de rocas está demasiado resbaladiza y lúgubre.

A solas en las arenas de la barra, Ana se entregó al hechizo misterioso de la noche. Hacía calor para ser septiembre, y el atardecer había sido muy brumoso; pero una luna llena había disipado en parte la niebla, transformando el puerto, el golfo y las costas vecinas en un mundo extraño, fantástico e irreal de pálida bruma plateada, a través de la cual todo se perfilaba como un fantasma. La goleta negra del capitán Josiah Crawford, que bajaba por el canal cargada de patatas rumbo a los puertos de Nueva Escocia, era un barco espectral que navegaba hacia una tierra lejana y sin cartografiar, siempre alejándose, jamás alcanzable. Los

graznidos de las gaviotas invisibles, allá en lo alto, eran los lamentos de las almas de marineros condenados. Los pequeños rizos de espuma que el viento arrastraba por la arena eran seres élficos que salían furtivamente de las cuevas del mar. Las grandes dunas de hombros redondeados eran los gigantes dormidos de algún viejo cuento nórdico. Las luces que titilaban, pálidas, al otro lado del puerto eran las engañosas balizas de alguna costa del país de las hadas. Ana se complacía en cien fantasías mientras vagaba entre la niebla. Era delicioso, romántico, misterioso, vagar así, sola, por aquella orilla encantada.

Pero ¿estaba realmente sola? Algo se perfiló entre la niebla ante ella... fue tomando forma y figura... y de pronto avanzó hacia ella sobre la arena rizada por las olas.

—¡Leslie! —exclamó Ana, atónita—. Pero ¿qué haces *aquí* esta noche?

—Si a eso vamos, ¿qué haces *tú* aquí? —dijo Leslie, tratando de reír. El esfuerzo fue en vano. Se la veía muy pálida y cansada; pero los mechones sueltos bajo su gorro escarlata se le rizaban en torno al rostro y los ojos como pequeños anillos de oro centelleante.

—Estoy esperando a Gilbert... está en la Cala. Pensaba quedarme en el faro, pero el capitán Jim está fuera.

—Pues *yo* he venido porque necesitaba andar... y andar... y *andar* —dijo Leslie, inquieta—. No podía en la costa de rocas: la marea estaba demasiado alta y las rocas me tenían presa. Tenía que venir aquí, o creo que me habría vuelto loca. Crucé el canal remando yo misma en la barca plana del capitán Jim. Llevo aquí una hora. Ven... ven... vamos a andar. No puedo quedarme quieta. ¡Ay, Ana!

—Leslie, querida, ¿qué te pasa? —preguntó Ana, aunque ya lo sabía demasiado bien.

—No puedo decírtelo... no me lo preguntes. No me importaría que lo supieras... ojalá lo supieras... pero no puedo decírtelo... no puedo decírselo a nadie. He sido tan tonta, Ana... y ay, cuánto duele ser tonta. No hay nada en el mundo que duela tanto.

Se rio con amargura. Ana le pasó el brazo por la cintura.

—Leslie, ¿es que has llegado a sentir algo por el señor Ford?

Leslie se volvió hacia ella con vehemencia.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó—. Ana, ¿cómo lo sabes? Ay, ¿se me nota en la cara, para que todo el mundo lo vea? ¿Tan claro está?

—No, no. Yo... no sabría decirte cómo lo supe. Simplemente se me ocurrió, no sé cómo. Leslie, ¡no me mires así!

—¿Me desprecias? —exigió saber Leslie, en un tono bajo y feroz—. ¿Crees que soy perversa... indigna de una mujer? ¿O crees, simplemente, que soy tonta de remate?

—No pienso ninguna de esas cosas de ti. Ven, querida, hablemos de esto con sensatez, como hablaríamos de cualquier otra gran crisis de la vida. Le has estado dando vueltas hasta dejarte arrastrar por una visión morbosa de todo esto. Ya sabes que tienes cierta tendencia a hacerlo con todo lo que sale mal, y me prometiste que lucharías contra ella.

—Pero... ay, es tan... tan vergonzoso —murmuró Leslie—. Amarlo... sin haberlo buscado... y cuando no soy libre de amar a nadie.

—No hay nada de vergonzoso en ello. Pero siento mucho que hayas llegado a sentir algo por Owen, porque, tal como están las cosas, eso solo va a hacerte más desdichada.

—Yo no *llegué* a sentir nada —dijo Leslie, siguiendo su paso y hablando con vehemencia—. Si hubiera sido así, podría haberlo impedido. Nunca soñé con algo semejante hasta aquel día, hace una semana, cuando él me dijo que había terminado su libro y que pronto tendría que marcharse. Entonces... entonces lo supe. Sentí como si alguien me hubiera asestado un golpe terrible. No dije nada... no pude hablar... pero no sé qué cara puse. Tengo tanto miedo de que mi rostro me traicionara. Ay, me moriría de vergüenza si pensara que él lo sabe... o lo sospecha.

Ana guardó un silencio angustiado, atada por las conclusiones que había sacado de su conversación con Owen. Leslie continuó hablando con fiebre, como si encontrara alivio en las palabras.

—Fui tan feliz todo este verano, Ana... más feliz de lo que había sido nunca en mi vida. Pensé que era porque todo se había aclarado entre tú y yo, y que era nuestra amistad la que hacía que la vida volviera a parecerme tan hermosa y tan plena. Y lo *era*, en parte..., pero no del todo, ay, ni mucho menos del todo. Ahora sé por qué todo era tan distinto. Y ahora se acabó... y él se ha ido. ¿Cómo voy a vivir, Ana? Cuando esta mañana volví a entrar en casa después de que él se marchara, la soledad me golpeó como un puñetazo en la cara.

—Con el tiempo no te parecerá tan duro, querida —dijo Ana, que sentía siempre tan hondamente el dolor de sus amigas que no lograba encontrar palabras de consuelo fáciles y fluidas. Además, recordaba cómo la habían herido a ella los discursos bienintencionados en su propio dolor, y tenía miedo.

—Ay, a mí me parece que va a ir haciéndose cada vez más duro —dijo Leslie con desdicha—. No tengo nada que esperar. Vendrán mañana tras mañana... y él no volverá... nunca volverá. Ay, cuando pienso que no voy a verlo nunca más, siento como si una mano enorme y brutal se hubiera enredado entre las fibras de mi corazón y las estuviera retorciendo. Hace mucho tiempo soñé con el amor... y pensé que debía de ser algo hermoso... y *ahora*... es *esto*. Cuando se fue ayer por la mañana estuvo tan frío, tan indiferente. Dijo «Adiós, señora Moore» en el tono más frío del mundo... como si ni siquiera hubiéramos sido amigos... como si yo no significara absolutamente nada para él. Ya sé que no significo nada... no quería que sintiera nada por mí... pero *podría* haber sido un poco más amable.

«Ay, ojalá viniera Gilbert», pensó Ana. Se sentía desgarrada entre su compasión por Leslie y la necesidad de evitar cualquier cosa que traicionara la confidencia de Owen. Sabía por qué había sido tan frío

aquel adiós... por qué no había podido tener la cordialidad que su buena camaradería exigía... pero no podía decírselo a Leslie.

—No pude evitarlo, Ana... no pude evitarlo —dijo la pobre Leslie.

—Ya lo sé.

—¿Me culpas mucho por ello?

—No te culpo en absoluto.

—¿Y no... no se lo dirás a Gilbert?

—¡Leslie! ¿Crees que sería capaz de hacer algo así?

—Ay, no lo sé... es que tú y Gilbert sois tan *amigos*. No entiendo cómo puedes evitar contárselo todo.

—Todo lo que me concierne a mí, sí. Pero no los secretos de mis amigas.

—No podría soportar que *él* lo supiera. Pero me alegro de que *tú* lo sepas. Me sentiría culpable si hubiera algo que me diera vergüenza contarte. Espero que la señorita Cornelia no lo descubra. A veces siento como si esos ojos castaños suyos, tan terribles y tan bondadosos, me leyeran hasta el alma. Ay, ojalá esta niebla no se levantara nunca... ojalá pudiera quedarme en ella para siempre, escondida de todo ser viviente. No sé cómo voy a seguir viviendo. Este verano ha sido tan pleno. No me sentí sola ni un solo instante. Antes de que llegara Owen solía haber momentos horribles... cuando había estado con vosotros dos y luego tenía que dejaros. Vosotros os ibais caminando juntos, y yo me iba caminando *sola*. Después de que llegó Owen, él siempre estaba ahí para acompañarme a casa... nos reíamos y charlábamos como hacíais tú y Gilbert... ya no había más momentos de soledad ni de envidia para mí. ¡Y *ahora*! Sí, ya lo sé, he sido una tonta. Dejemos de hablar de mi tontería. Nunca más te aburriré con esto.

—Ahí llega Gilbert, y tú te vienes con nosotros —dijo Ana, que no tenía la menor intención de dejar a Leslie vagando sola por la barra de arena en una noche así y con ese estado de ánimo—. Hay sitio

de sobra para tres en nuestra barca, y llevaremos la tuya atada a remolque.

—Ay, supongo que tendré que resignarme otra vez a ser la que sobra —dijo la pobre Leslie, con otra risa amarga—. Perdóname, Ana... eso ha sido odioso. Debería estar agradecida... y lo *estoy*... de tener dos buenos amigos que se alegran de contarme como tercera. No hagas caso de mis palabras odiosas. Es que soy como un dolor entero, de arriba abajo, y todo me hace daño.

—Leslie ha estado muy callada esta noche, ¿verdad? —dijo Gilbert, cuando él y Ana llegaron a casa—. ¿Qué demonios hacía allí sola, en la barra?

—Ah, estaba cansada... y ya sabes que le gusta ir a la orilla después de uno de los malos días de Dick.

—Qué pena que no hubiera conocido y se hubiera casado con un tipo como Ford hace tiempo —reflexionó Gilbert—. Habrían hecho una pareja ideal, ¿no crees?

—Por Dios, Gilbert, no te me vuelvas casamentero. Es un oficio abominable para un hombre —exclamó Ana, con cierta brusquedad, temiendo que Gilbert tropezara con la verdad si seguía por ese camino.

—Válgame, Ana mía, no estoy haciendo de casamentero —protestó Gilbert, bastante sorprendido por su tono—. Solo estaba pensando en uno de esos «lo que pudo haber sido».

—Pues no lo hagas. Es una pérdida de tiempo —dijo Ana. Luego añadió de pronto:

—Ay, Gilbert, ojalá todo el mundo pudiera ser tan feliz como nosotros.

Capítulo 28. Cabos sueltos

—He estado leyendo las esquelas —dijo la señorita Cornelia, dejando el *Daily Enterprise* y cogiendo la costura.

El puerto yacía negro y hosco bajo un cielo hostil de noviembre; las hojas muertas, empapadas, se pegaban chorreantes a los alféizares; pero la casita estaba alegre con la luz del fuego y primaveral con los helechos y geranios de Ana.

—Aquí siempre es verano, Ana —había dicho Leslie un día; y todos cuantos eran huéspedes de aquella casa de ensueño sentían lo mismo.

—Por lo visto, últimamente el *Enterprise* no hace más que publicar esquelas —sentenció la señorita Cornelia—. Siempre trae un par de columnas de ellas, y yo me las leo línea por línea. Es una de mis formas de esparcimiento, sobre todo cuando llevan pegada alguna poesía original. Aquí tienes una muestra selecta:

Se ha ido a estar con su Hacedor,
nunca más vagará.
Solía cantar con alegría
la canción de Hogar, Dulce Hogar.

—¡Y luego dicen que en la Isla no hay talento poético! ¿Te has fijado alguna vez, Ana, querida, en la cantidad de gente buena que se muere? Da hasta lástima. Aquí hay diez esquelas, y todos son santos y dechados de virtud, hasta los hombres. Aquí está el viejo Peter Stimson, que «deja un extenso círculo de amistades que lloran

su pérdida prematura». Señor, Ana, querida, ese hombre tenía ochenta años, y todo el que lo conocía llevaba treinta deseándole la muerte. Lee las esquelas cuando estés triste, Ana, querida, sobre todo las de la gente que conoces. Si te queda un mínimo de sentido del humor, te animan, créeme. Ya me habría gustado escribírselas *yo* a algunos. ¿No te parece «esquela» una palabra horrenda? Este mismo Peter del que te hablo tenía justo la cara de una. Nunca lo vi sin que se me viniera a la cabeza la palabra *esquela*, en el acto. Solo conozco una palabra más fea, y es *relicta*. Señor, Ana, querida, seré una solterona, pero en eso me consuelo: nunca seré la «relicta» de ningún hombre.

—*Es* una palabra horrenda —dijo Ana, riendo—. El cementerio de Avonlea estaba lleno de viejas lápidas «consagradas a la memoria de Fulano de Tal, *relicta* del difunto Fulano de Tal». Siempre me hacía pensar en algo gastado y apolillado. ¿Por qué serán tan desagradables tantas de las palabras que tienen que ver con la muerte? Ojalá se aboliera esa costumbre de llamar a un cuerpo muerto «los restos». Me da un escalofrío de verdad cuando oigo decir al funerario en un entierro: «Los que deseen ver los restos, pasen por aquí, por favor». Siempre me da la horrible impresión de que voy a presenciar el banquete de unos caníbales.

—Bueno, lo único que espero —dijo la señorita Cornelia con calma— es que cuando yo me muera nadie me llame «nuestra hermana difunta». Le cogí tirria a todo ese hermanamiento hace cinco años, cuando un evangelista ambulante daba reuniones en el Glen. Desde el principio no me hizo ninguna gracia. Sentí en los huesos que aquel hombre tenía algo raro. Y lo tenía. Fíjate que se hacía pasar por presbiteriano —«presbi*ta*riano», decía *él*— y todo el tiempo era metodista. A todo el mundo lo hermanaba y hermanaba. Menuda parentela tenía ese hombre. Una noche me cogió la mano con mucho fervor y me dijo, suplicante: «Mi *querida* hermana Bryant, ¿es usted cristiana?». Yo lo miré de arriba abajo un momento, y luego le dije con calma: «El único hermano que tuve, *señor* Fiske, lo enterraron hace quince años, y desde entonces no he adoptado a ninguno más. Y en cuanto a ser cristiana, ya lo era, espero y creo,

cuando usted todavía gateaba por el suelo en enaguas». Con *eso* lo dejé sin palabras, créeme. Fíjate, Ana, querida, que no tengo nada contra los evangelistas en general. Hemos tenido a algunos hombres muy buenos y sinceros, que hicieron mucho bien y pusieron a temblar a los viejos pecadores. Pero este tal Fiske no era de esos. Una noche me reí para mis adentros de lo lindo. Fiske pidió que se pusieran en pie todos los que fueran cristianos. *Yo* no me puse, créeme. Nunca le vi la gracia a esas cosas. Pero la mayoría sí se levantó, y entonces pidió que se pusieran en pie todos los que quisieran ser cristianos. Nadie se movió durante un rato, así que Fiske se arrancó con un himno a voz en grito. Justo delante de mí, el pobre Ikey Baker estaba sentado en el banco de los Millison. Era un niño acogido, de diez años, y los Millison lo hacían trabajar casi hasta matarlo. La pobre criatura estaba siempre tan cansada que se quedaba dormida en el acto en cuanto entraba en la iglesia o en cualquier sitio donde pudiera estarse quieto unos minutos. Se había pasado dormido toda la reunión, y a mí me alegraba ver al pobre niño descansando un poco, créeme. Pues bien, cuando la voz de Fiske se elevó hacia el cielo y los demás se le unieron, el pobre Ikey se despertó de un sobresalto. Pensó que era un cántico corriente y que todo el mundo debía ponerse de pie, así que se levantó de un salto, sabiendo que Maria Millison le echaría una buena bronca por dormirse en la reunión. Fiske lo vio, se detuvo y gritó: «¡Otra alma salvada! ¡Gloria, aleluya!». Y allí estaba el pobre Ikey, asustado, medio dormido y bostezando, sin pensar en su alma ni por asomo. Pobre criatura, nunca tuvo tiempo de pensar en otra cosa que en su cuerpecito cansado y exprimido de trabajo.

—Leslie fue una noche y el tal Fiske se le echó encima —ay, le preocupaban mucho, y muy en especial, las almas de las chicas bien parecidas, créeme— y la hirió tanto que ella no volvió más. Y después rezó todas las noches, en público y sin ningún recato, para que el Señor ablandara su corazón duro. Al final fui a ver al señor Leavitt, que era entonces nuestro pastor, y le dije que si no hacía que Fiske parase, yo misma me levantaría la noche siguiente y le tiraría el libro de himnos en cuanto volviera a mencionar a aquella

«hermosa pero impenitente jovencita». Y lo habría hecho, créeme. El señor Leavitt puso fin a la cosa, pero Fiske siguió con sus reuniones hasta que Charley Douglas acabó con su carrera en el Glen. La señora de Charley había pasado todo el invierno en California. En otoño había caído en una melancolía de verdad —melancolía religiosa, que le venía de familia—. Su padre se atormentó tanto creyendo que había cometido el pecado imperdonable que murió en el manicomio. Así que cuando a Rose Douglas le dio por lo mismo, Charley la mandó a visitar a su hermana a Los Ángeles. Se puso perfectamente y volvió a casa justo cuando el avivamiento de Fiske estaba en pleno apogeo. Se bajó del tren en el Glen, sonriente y animada, y lo primero que vio, mirándola de frente en el testero negro del cobertizo de mercancías, fue la pregunta, en letras blancas de sesenta centímetros: «¿Adónde vas, al cielo o al infierno?». Había sido una de las ideas de Fiske, y había hecho que Henry Hammond la pintara. Rose soltó un chillido y se desmayó; y cuando la llevaron a casa estaba peor que nunca. Charley Douglas fue a ver al señor Leavitt y le dijo que todos los Douglas dejarían la iglesia si dejaban a Fiske un día más. El señor Leavitt tuvo que ceder, porque los Douglas le pagaban la mitad del sueldo, así que Fiske se marchó, y tuvimos que volver a fiarnos de la Biblia para saber cómo llegar al cielo. Después de que se fuera, el señor Leavitt descubrió que no era más que un metodista disfrazado, y se puso bastante enfermo del disgusto, créeme. El señor Leavitt tenía sus fallos, pero era un buen presbiteriano como Dios manda.

—Por cierto, ayer recibí carta del señor Ford —dijo Ana—. Me pidió que le diera recuerdos de su parte.

—No quiero sus recuerdos —dijo la señorita Cornelia, cortante.

—¿Por qué? —dijo Ana, asombrada—. Creía que te caía bien.

—Bueno, y me caía bien, en cierto modo. Pero nunca le perdonaré lo que le ha hecho a Leslie. Ahí tienes a esa pobre criatura, consumiéndose por dentro por él —como si no hubiera tenido bastantes disgustos ya— y él, sin duda, dándoselas por ahí en Toronto, disfrutando de la vida como siempre. Muy de hombre.

—Ay, señorita Cornelia, ¿cómo lo ha averiguado?

—Señor, Ana, querida, tengo ojos en la cara, ¿no? Y conozco a Leslie desde que era un bebé. Todo el otoño ha tenido en los ojos una pena nueva, y sé que ese hombre, el escritor, tiene algo que ver. Nunca me perdonaré haber sido yo quien lo trajera aquí. Pero jamás esperé que fuera como fue. Pensé que sería como los otros hombres a los que Leslie había alojado: unos borricos jóvenes y engreídos, todos ellos, que a ella nunca le hicieron ni pizca de gracia. Uno intentó cortejarla una vez y ella lo dejó helado, tan helado que estoy segura de que aún no se ha descongelado. Así que nunca pensé que hubiera ningún peligro.

—No dejes que Leslie sospeche que conoces su secreto —dijo Ana con premura—. Creo que le haría daño.

—Confía en mí, Ana, querida. *Yo* no nací ayer. ¡Ay, malditos sean todos los hombres! Uno de ellos le arruinó la vida a Leslie para empezar, y ahora otro de la misma tribu viene y la hace todavía más desdichada. Ana, este mundo es un lugar espantoso, créeme.

—Hay algo torcido en el mundo,
que un día será desentrañado —

citó Ana, soñadora.

—Si es así, será en un mundo donde no haya hombres —dijo la señorita Cornelia, sombría.

—¿Qué han hecho ahora los hombres? —preguntó Gilbert, entrando.

—Trastadas... ¡trastadas! ¿Qué otra cosa hacen nunca?

—Fue Eva quien se comió la manzana, señorita Cornelia.

—Fue una criatura macho la que la tentó —replicó la señorita Cornelia, triunfante.

Pasada la primera angustia, Leslie descubrió que, después de todo, era posible seguir viviendo, como nos ocurre a casi todos, sea cual sea nuestra forma particular de tormento. Es incluso posible

que llegara a disfrutar de algún momento, cuando formaba parte del alegre círculo de la casita de ensueño. Pero si Ana llegó a esperar que estuviese olvidando a Owen Ford, se habría desengañado con solo ver el hambre furtiva que asomaba a los ojos de Leslie cada vez que se mencionaba su nombre. Compadecida de esa hambre, Ana procuraba siempre contarle al capitán Jim o a Gilbert alguna noticia de las cartas de Owen cuando Leslie estaba delante. El rubor y la palidez de la muchacha en esos momentos hablaban con demasiada elocuencia de la emoción que la embargaba. Pero ella nunca le hablaba de él a Ana, ni mencionaba aquella noche en la barra de arena.

Un día se murió su viejo perro, y ella lo lloró amargamente.

—Ha sido mi amigo tanto tiempo —le dijo a Ana, apenada—. Era el viejo perro de Dick, ¿sabes?, Dick lo tuvo cosa de un año antes de que nos casáramos. Me lo dejó a mí cuando se embarcó en el *Four Sisters*. Carlo me cogió mucho cariño, y ese cariño de perro me ayudó a pasar aquel primer año terrible después de que muriera mi madre, cuando estaba yo sola. Cuando supe que Dick iba a volver, temí que Carlo dejara de ser tan mío. Pero nunca pareció importarle Dick, aunque en otro tiempo le había tenido tanto apego. Le gruñía y le enseñaba los dientes como si fuera un desconocido. Me alegré. Era agradable tener una cosa cuyo cariño fuera todo mío. Ese viejo perro ha sido un gran consuelo para mí, Ana. Se puso tan débil en otoño que temí que no viviera mucho, pero esperaba poder cuidarlo durante todo el invierno. Esta mañana parecía estar bastante bien. Estaba tumbado en la alfombra, delante del fuego; entonces, de pronto, se levantó y vino arrastrándose hasta mí; puso la cabeza en mi regazo y me dio una mirada cariñosa con esos ojos grandes, dulces, de perro... y entonces se estremeció y se murió, sin más. Lo voy a echar tanto de menos.

—Deja que te regale otro perro, Leslie —dijo Ana—. Voy a comprar un precioso setter Gordon como regalo de Navidad para Gilbert. Deja que te regale uno a ti también.

Leslie negó con la cabeza.

—Todavía no, gracias, Ana. No me siento con ánimo de tener otro perro por ahora. Es como si no me quedara cariño para darle a otro. Puede que... con el tiempo... te deje regalarme uno. La verdad es que necesito uno, como una especie de protección. Pero había algo casi humano en Carlo... no sería *decente* llenar su puesto tan deprisa, pobre viejo amigo.

Ana se fue a Avonlea una semana antes de Navidad y se quedó hasta pasadas las fiestas. Gilbert fue a buscarla, y hubo una alegre celebración de Año Nuevo en Tejas Verdes, cuando Barrys, Blythes y Wrights se reunieron para dar cuenta de una cena que a la señora Rachel y a Marilla les había costado mucho esmero pensar y preparar. Cuando volvieron a Four Winds, la casita estaba casi sepultada bajo la nieve, pues la tercera tormenta de un invierno que iba a resultar tempestuoso de veras había barrido el puerto y amontonado enormes montañas de nieve sobre todo lo que encontraba a su paso. Pero el capitán Jim había abierto a paladas las puertas y los senderos, y la señorita Cornelia había bajado a encender el fuego del hogar.

—¡Qué alegría verte de vuelta, Ana, querida! Pero ¿has visto alguna vez semejantes ventisqueros? No se ve la casa de los Moore ni un poquito, a menos que subas al piso de arriba. Leslie se va a alegrar tanto de que hayas vuelto. Está allí casi enterrada viva. Por suerte Dick puede quitar nieve a paladas, y le parece la mar de divertido. Susan me mandó recado de que decirte que estaría aquí mañana mismo. ¿Adónde vas ahora, capitán?

—Calculo yo que me abriré paso hasta el Glen y me sentaré un rato con el viejo Martin Strong. No le queda mucho, y está solo. No tiene muchos amigos... se ha pasado la vida demasiado ocupado para hacerse ninguno. Eso sí, ha ganado un montón de dinero.

—Bueno, como pensó que no podía servir a Dios y a Mammón a la vez, decidió quedarse con Mammón —dijo la señorita Cornelia, seca —. Así que no debería quejarse si ahora no encuentra a Mammón muy buena compañía.

El capitán Jim salió, pero se acordó de algo en el patio y volvió un momento.

—Recibí carta del señor Ford, señora Blythe, y dice que el libro de la vida ha sido aceptado y que va a publicarse el otoño que viene. Me sentí la mar de animado cuando recibí la noticia. Pensar que por fin voy a verlo impreso.

—Ese hombre está sencillamente loco con lo de su libro de la vida —dijo la señorita Cornelia, compasiva—. Por mi parte, creo que ya hay demasiados libros en el mundo tal como está.

Capítulo 29. Gilbert y Ana discrepan

Gilbert cerró el pesado tratado de medicina sobre el que había estado inclinado hasta que la creciente penumbra de aquella tarde de marzo lo obligó a desistir. Se recostó en la silla y se quedó mirando por la ventana, meditabundo. Era principios de primavera, probablemente la época más fea del año. Ni siquiera la puesta de sol lograba redimir el paisaje muerto y empapado, ni el hielo negro y podrido del puerto que tenía delante. No se veía ni rastro de vida, salvo un gran cuervo negro que cruzaba en solitario un campo plomizo. Gilbert se puso a especular ociosamente sobre aquel cuervo. ¿Sería un cuervo de familia, con una negra pero agraciada esposa cuervo esperándolo en los bosques más allá del Glen? ¿O sería un lustroso cuervo joven, con la cabeza puesta en cortejar? ¿O acaso un cínico cuervo solterón, convencido de que quien viaja más rápido viaja solo? Fuera lo que fuese, pronto desapareció en una penumbra afín a la suya, y Gilbert volvió la vista hacia el panorama, más alegre, del interior.

La luz del fuego parpadeaba de un punto a otro, brillando en el pelaje blanco y verde de Gog y Magog, en la cabeza reluciente y morena del hermoso setter que dormitaba sobre la alfombra, en los marcos de los cuadros de la pared, en el jarrón de narcisos del jardín de la ventana, y en la propia Ana, sentada junto a su mesita, con la costura al lado y las manos entrelazadas sobre las rodillas mientras trazaba figuras en el fuego: castillos en el aire cuyas torres etéreas horadaban nubes iluminadas por la luna y franjas de ocaso, barcos que zarpaban del Puerto de las Buenas Esperanzas rumbo

directo al puerto de Four Winds con su preciosa carga. Porque Ana volvía a ser una soñadora de sueños, aunque una sombra torva de temor la acompañaba noche y día, oscureciendo y ensombreciendo sus visiones.

Gilbert tenía la costumbre de referirse a sí mismo como «un viejo hombre casado». Pero seguía mirando a Ana con los ojos incrédulos de un enamorado. Todavía no podía creerse del todo que fuera realmente suya. *Podía* ser, después de todo, solo un sueño, parte integrante de aquella casa de ensueño mágica. Su alma seguía andando de puntillas delante de ella, no fuera a romperse el hechizo y desvanecerse el sueño.

—Ana —dijo él despacio—, préstame tus oídos. Quiero hablarte de algo.

Ana lo miró a través de la penumbra iluminada por el fuego.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, alegre—. Tienes un aire terriblemente solemne, Gilbert. La verdad es que hoy no he hecho ninguna travesura. Pregúntale a Susan.

—No es de ti, ni de nosotros, de quien quiero hablar. Es de Dick Moore.

—¿Dick Moore? —repitió Ana, incorporándose alerta—. ¿Y qué demonios tienes tú que decir de Dick Moore?

—Llevo un tiempo pensando mucho en él. ¿Te acuerdas de cuando lo traté el verano pasado por aquellos forúnculos que tenía en el cuello?

—Sí... sí.

—Aproveché para examinar a fondo las cicatrices que tiene en la cabeza. Siempre me ha parecido que Dick es un caso muy interesante desde el punto de vista médico. Últimamente he estado estudiando la historia de la trepanación y los casos en que se ha empleado. Ana, he llegado a la conclusión de que si a Dick Moore lo llevaran a un buen hospital y le practicaran la trepanación en varios puntos del cráneo, podría recuperar la memoria y las facultades.

—¡Gilbert! —la voz de Ana rebosaba protesta—. ¡No hablarás en serio!

—Claro que sí. Y he decidido que es mi deber plantearle el asunto a Leslie.

—Gilbert Blythe, tú *no* vas a hacer eso —exclamó Ana con vehemencia—. Ay, Gilbert, no lo hagas... no lo hagas. No podrías ser tan cruel. Prométeme que no lo harás.

—Vaya, Ana mía, no pensé que te lo tomarías así. Sé razonable...

—No pienso ser razonable... no puedo ser razonable... *soy* razonable. Eres tú el que no lo eres. Gilbert, ¿se te ha ocurrido alguna vez pensar lo que significaría para Leslie que Dick Moore recuperase el juicio? ¡Párate a pensarlo un momento! Ya bastante desdichada es ahora; pero llevar la vida de enfermera y cuidadora de Dick es mil veces más fácil para ella que llevar la vida de esposa de Dick. Lo sé... lo *sé*. Es impensable. No te metas en ese asunto. Déjalo estar.

—*Sí* que he pensado a fondo en ese aspecto del caso, Ana. Pero creo que un médico está obligado a anteponer la santidad de la mente y el cuerpo de su paciente a cualquier otra consideración, sean cuales sean las consecuencias. Creo que es su deber esforzarse por devolverle la salud y la razón, si hay la menor esperanza de conseguirlo.

—Pero Dick no es tu paciente en ese sentido —exclamó Ana, cambiando de táctica—. Si Leslie te hubiera preguntado si se podía hacer algo por él, *entonces* sí sería quizá tu deber decirle lo que de verdad piensas. Pero no tienes ningún derecho a entrometerte.

—Yo no lo llamo entrometerse. El tío Dave le dijo a Leslie hace doce años que no se podía hacer nada por Dick. Ella se lo cree, claro está.

—¿Y por qué le dijo eso el tío Dave, si no era verdad? —exclamó Ana, triunfante—. ¿Es que no sabe de esto tanto como tú?

—Creo que no... aunque suene presuntuoso y engreído decirlo. Y sabes tan bien como yo que él tiene sus prejuicios contra lo que llama «esas modernas manías de cortar y rajar». Hasta se opone a operar la apendicitis.

—Tiene razón —exclamó Ana, cambiando por completo de bando —. Yo misma creo que a los médicos modernos os encanta demasiado experimentar con carne y sangre humanas.

—Rhoda Allonby no estaría hoy viva si yo hubiera tenido miedo de hacer cierto experimento —argumentó Gilbert—. Corrí el riesgo... y le salvé la vida.

—Estoy harta de oír hablar de Rhoda Allonby —exclamó Ana, con harta injusticia, pues Gilbert no había vuelto a mencionar el nombre de la señora Allonby desde el día en que le contó a Ana su éxito con ella. Y no se le podía culpar de que otros hablaran del asunto.

Gilbert se sintió bastante dolido.

—No esperaba que vieras el asunto así, Ana —dijo él, algo tieso, levantándose y encaminándose hacia la puerta de la consulta. Fue su primer amago de disputa.

Pero Ana corrió tras él y lo arrastró de vuelta.

—Vamos, Gilbert, no te vas a «ir hecho una furia». Siéntate aquí y te pido perdón pre-CIO-sa-men-te, no debí decir eso. Pero... ay, si supieras...

Ana se contuvo justo a tiempo. Había estado a punto de traicionar el secreto de Leslie.

—Si supieras lo que siente una mujer sobre esto —concluyó, con poca convicción.

—Creo que sí lo sé. He mirado el asunto desde todos los puntos de vista, y me he visto forzado a concluir que es mi deber decirle a Leslie que creo posible que Dick recupere el juicio; ahí termina mi responsabilidad. A ella le corresponderá decidir qué hace.

—No creo que tengas ningún derecho a cargarla con semejante responsabilidad. Ya tiene bastante que soportar. Es pobre... ¿cómo va a costearse esa operación?

—Eso le corresponde decidirlo a ella —insistió Gilbert, testarudo.

—Dices que crees que Dick puede curarse. Pero ¿estás *seguro* de ello?

—Desde luego que no. Nadie podría estar seguro de algo así. Puede que haya lesiones en el propio cerebro cuyo efecto nunca se pueda revertir. Pero si, como yo creo, la pérdida de memoria y de otras facultades se debe simplemente a la presión que ciertas zonas hundidas del hueso ejercen sobre los centros cerebrales, entonces puede curarse.

—¡Pero no es más que una posibilidad! —insistió Ana—. Ahora bien, supongamos que se lo dices a Leslie y que ella decide operarlo. Costará una fortuna. Tendrá que pedir el dinero prestado, o vender su pequeña propiedad. Y supongamos que la operación fracasa y Dick sigue exactamente igual.

—¿Cómo va a devolver el dinero que pida prestado, o ganarse la vida ella y esa criatura grande e indefensa, si vende la granja?

—Ay, lo sé... lo sé. Pero es mi deber decírselo. No puedo librarme de esa convicción.

—Ay, ya conozco la testarudez de los Blythe —gimió Ana—. Pero no hagas esto bajo tu sola responsabilidad. Consúltalo con el doctor Dave.

—*Ya* lo he hecho —dijo Gilbert, de mala gana.

—¿Y qué dijo?

—En resumen... como dices tú... que lo deje estar. Aparte de sus prejuicios contra la cirugía moderna, me temo que ve el caso desde tu mismo punto de vista: que no lo haga, por el bien de Leslie.

—Ahí lo tienes —exclamó Ana, triunfante—. De verdad creo, Gilbert, que deberías atenerte al juicio de un hombre de casi

ochenta años, que ha visto mucho mundo y que él mismo ha salvado decenas de vidas... seguro que su opinión debería pesar más que la de un simple muchacho.

—Gracias.

—No te rías. Esto es demasiado serio.

—Ese es justamente mi argumento. *Es* serio. Aquí hay un hombre que es una carga indefensa. Puede que se le devuelva la razón y la utilidad...

—Tan útil que era antes —terció Ana, mordaz.

—Puede que se le dé la oportunidad de enmendarse y redimir el pasado. Su mujer no sabe esto. Yo sí. Por lo tanto, es mi deber decirle que existe esa posibilidad. Eso, en resumidas cuentas, es mi decisión.

—Todavía no digas «decisión», Gilbert. Consulta con alguien más. Pregúntale al capitán Jim qué opina.

—Muy bien. Pero no te prometo atenerme a su opinión, Ana.

—Esto es algo que un hombre debe decidir por sí mismo. Mi conciencia nunca estaría tranquila si me callara este asunto.

—¡Ay, tu conciencia! —gimió Ana—. Supongo que el tío Dave también tiene conciencia, ¿no?

—Sí. Pero yo no soy el guardián de su conciencia. Vamos, Ana, si este asunto no tuviera que ver con Leslie... si fuera un caso puramente abstracto, estarías de acuerdo conmigo... sabes que lo estarías.

—No lo estaría —juró Ana, esforzándose por creérselo ella misma —. Ay, puedes discutir toda la noche, Gilbert, pero no me vas a convencer. Anda, pregúntale a la señorita Cornelia qué opina de esto.

—Ya te has quedado sin argumentos, Ana, cuando recurres a la señorita Cornelia como refuerzo. Dirá «muy de hombre» y se pondrá

hecha una furia. No importa. Este no es asunto que le corresponda zanjar a la señorita Cornelia. Solo Leslie debe decidirlo.

—Sabes muy bien cómo va a decidirlo —dijo Ana, casi llorando—. Ella también tiene sus ideales del deber. No sé cómo puedes cargar con semejante responsabilidad sobre tus hombros. *Yo* no podría.

—«Porque lo justo es justo, y seguir lo justo
sería sabiduría, aun despreciando las consecuencias» —

citó Gilbert.

—¡Ah, tú te crees que un pareado de poesía es un argumento convincente! —se burló Ana—. Eso es muy de hombre.

Y entonces se echó a reír, a su pesar. Sonaba tanto a un eco de la señorita Cornelia...

—Bueno, si no aceptas a Tennyson como autoridad, quizá creas en las palabras de Alguien mayor que él —dijo Gilbert, serio—. «Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». Creo eso, Ana, con todo mi corazón. Es el versículo más grande y más sublime de la Biblia... o de toda la literatura... y el más *verdadero*, si es que caben grados comparativos de verdad. Y el primer deber de un hombre es decir la verdad, tal como él la ve y la cree.

—En este caso, la verdad no va a hacer libre a la pobre Leslie —suspiró Ana—. Lo más probable es que acabe en una esclavitud todavía más amarga para ella. Ay, Gilbert, *no puedo* pensar que tengas razón.

Capítulo 30. Leslie decide

Un súbito brote de una gripe virulenta en el Glen y allá abajo, en el pueblo de pescadores, mantuvo a Gilbert tan ocupado durante la quincena siguiente que no tuvo tiempo de hacer la visita prometida al capitán Jim. Ana esperaba contra toda esperanza que él hubiera abandonado la idea de lo de Dick Moore y, resuelta a no meterse en camisa de once varas, no volvió a hablar del asunto. Pero no dejaba de pensar en ello ni un instante.

«Me pregunto si estaría bien que le dijera que Leslie quiere a Owen —pensó—. Él nunca dejaría que ella sospechara que lo sabe, así que su orgullo no sufriría, y *podría* convencerlo de que dejara en paz a Dick Moore. ¿Se lo digo…, se lo digo? No, al fin y al cabo no puedo. Una promesa es sagrada, y no tengo derecho a traicionar el secreto de Leslie. Pero, ay, nunca en mi vida me he preocupado tanto por nada como por esto. Me está estropeando la primavera…, me lo está estropeando todo.»

Una noche, Gilbert propuso de pronto que bajaran a ver al capitán Jim. Con el corazón encogido, Ana accedió, y se pusieron en camino. Dos semanas de sol benigno habían obrado un milagro en el paisaje yermo sobre el que había volado el cuervo de Gilbert. Las colinas y los campos estaban secos, pardos y templados, prontos a romper en yemas y flor; el puerto volvía a estremecerse de risa; el largo camino del puerto era como una cinta roja y reluciente; allá abajo, en las dunas, una cuadrilla de muchachos que habían salido a pescar eperlanos quemaban la hierba espesa y seca de los arenales, la del verano anterior. Las llamas corrían rosadas sobre las dunas,

tendiendo sus banderas de rojo cardenalicio contra el golfo oscuro que se extendía más allá, e iluminaban el canal y el pueblo de pescadores. Era una escena pintoresca que en otro momento habría deleitado los ojos de Ana; pero no estaba disfrutando de aquel paseo. Tampoco Gilbert. Faltaba tristemente su habitual buena camaradería, su comunión josefina de gustos y de puntos de vista. La desaprobación de Ana ante todo el proyecto se traslucía en el altivo alzar de su cabeza y en la estudiada cortesía de sus palabras. La boca de Gilbert tenía toda la obstinación de los Blythe, pero sus ojos estaban turbados. Se proponía hacer lo que creía su deber; pero estar reñido con Ana era un precio alto que pagar. Con todo, ambos se alegraron al llegar al faro…, y se sintieron culpables de alegrarse.

El capitán Jim dejó a un lado la red de pesca en la que estaba trabajando y los recibió con alegría. Bajo la luz escrutadora de la tarde de primavera, parecía más viejo de lo que Ana lo había visto nunca. Tenía el cabello mucho más cano, y la vieja mano fuerte le temblaba un poco. Pero sus ojos azules seguían claros y firmes, y por ellos asomaba el alma fiel, valerosa y sin miedo.

El capitán Jim escuchó en un silencio asombrado mientras Gilbert decía lo que había ido a decir. Ana, que sabía cuánto adoraba el anciano a Leslie, estaba segura de que se pondría de su parte, aunque tenía pocas esperanzas de que eso fuera a influir en Gilbert. Por eso se llevó una sorpresa mayúscula cuando el capitán Jim, despacio y con pesar, pero sin vacilar, dio como su opinión que había que decírselo a Leslie.

—Ay, capitán Jim, no pensaba que fuera a decir eso —exclamó ella con reproche—. Creía que no querría causarle más problemas.

El capitán Jim negó con la cabeza.

—No quiero. Sé cómo se siente usted por esto, señora Blythe…, igual que me siento yo mismo. Pero no son nuestros sentimientos los que nos han de guiar el timón por la vida…, no, no, con eso naufragaríamos bien a menudo. Solo hay una brújula segura, y por

ella hay que marcar el rumbo…, por lo que está bien hacer. Estoy de acuerdo con el doctor. Si hay alguna posibilidad para Dick, hay que decírselo a Leslie. Ahí no hay dos posturas que valgan, en mi opinión.

—Bueno —dijo Ana, rindiéndose con desesperación—, ya verá cuando la señorita Cornelia les caiga encima a los dos.

—Cornelia nos va a cantar las cuarenta a los dos, de proa a popa, sin duda —asintió el capitán Jim—. Las mujeres son unas criaturas encantadoras, señora Blythe, pero son un pelín ilógicas. Usted es una dama de mucha instrucción, y Cornelia no lo es, pero en eso las dos se parecen como dos gotas de agua. No sé yo que sea usted peor por ello. La lógica es una cosa dura y despiadada, calculo yo. Ahora voy a preparar una taza de té, y nos la tomamos hablando de cosas agradables, nada más que para calmarnos un poco los ánimos.

Al menos, el té y la conversación del capitán Jim calmaron el ánimo de Ana hasta tal punto que, de vuelta a casa, no hizo sufrir a Gilbert tan agudamente como se había propuesto adrede. No volvió a referirse en absoluto a la candente cuestión, sino que charló amablemente de otras cosas, y Gilbert comprendió que estaba perdonado, aunque bajo protesta.

—El capitán Jim parece muy frágil y encorvado esta primavera. El invierno lo ha envejecido —dijo Ana con tristeza—. Me temo que pronto irá en busca de Margaret la perdida. No soporto pensarlo.

—Four Winds no será el mismo lugar cuando el capitán Jim «se haga a la mar» —convino Gilbert.

A la tarde siguiente, Gilbert fue a la casa del arroyo arriba. Ana vagó apesadumbrada de un lado a otro hasta que él regresó.

—Bueno, ¿qué dijo Leslie? —le preguntó en cuanto entró.

—Muy poco. Creo que se sintió bastante aturdida.

—¿Y va a operarse?

—Va a pensárselo y a decidir muy pronto.

Gilbert se dejó caer, agotado, en el sillón frente al fuego. Tenía aspecto de cansancio. No le había resultado fácil decírselo a Leslie. Y el terror que había asomado a sus ojos cuando ella comprendió del todo el alcance de lo que le decía no era un recuerdo agradable. Ahora, echada la suerte, lo asaltaban las dudas sobre si había obrado con acierto.

Ana lo miró con remordimiento; luego se deslizó hasta la alfombra, a su lado, y apoyó su cabeza pelirroja y brillante en el brazo de él.

—Gilbert, he estado bastante odiosa con todo esto. No lo seré más. Llámame simplemente pelirroja y perdóname.

Con lo cual Gilbert entendió que, pasara lo que pasase, no habría reproches de «ya te lo dije». Pero no quedó del todo consolado. El deber en abstracto es una cosa; el deber en lo concreto es harina de otro costal, sobre todo cuando quien ha de cumplirlo se enfrenta a los ojos afligidos de una mujer.

Algún instinto hizo que Ana se mantuviera alejada de Leslie los tres días siguientes. A la tercera tarde, Leslie bajó a la casita y le dijo a Gilbert que ya había tomado una decisión: llevaría a Dick a Montreal y lo operaría.

Estaba muy pálida y parecía haberse envuelto de nuevo en su viejo manto de reserva. Pero sus ojos habían perdido aquella mirada que había perseguido a Gilbert; eran fríos y brillantes, y se puso a discutir los detalles con él de manera tajante y práctica. Había que hacer planes y pensar muchas cosas. Cuando Leslie obtuvo la información que buscaba, se marchó a casa. Ana quiso acompañarla un trecho del camino.

—Mejor no —dijo Leslie con sequedad—. La lluvia de hoy ha dejado el suelo húmedo. Buenas noches.

—¿He perdido a mi amiga? —dijo Ana con un suspiro—. Si la operación sale bien y Dick Moore se recobra a sí mismo, Leslie se

retirará a algún reducto remoto de su alma donde ninguno de nosotros podrá encontrarla jamás.

—Quizá lo deje —dijo Gilbert.

—Leslie jamás haría eso, Gilbert. Tiene un sentido del deber muy fuerte. Una vez me contó que su abuela West siempre le inculcó que, cuando asumía una responsabilidad, jamás debía eludirla, fueran cuales fueran las consecuencias. Es una de sus reglas fundamentales. Supongo que es muy anticuado.

—No te pongas amarga, Ana mía. Sabes que no lo crees anticuado…, sabes que tú misma tienes exactamente la misma idea sobre lo sagrado de las responsabilidades asumidas. Y tienes razón. Eludir las responsabilidades es la maldición de nuestra vida moderna…, el secreto de todo el desasosiego y el descontento que hierve en el mundo.

—Así habla el Predicador —se burló Ana. Pero bajo la burla sentía que él tenía razón; y el corazón se le encogía de pena por Leslie.

Una semana después, la señorita Cornelia se abatió como una avalancha sobre la casita. Gilbert estaba fuera, y Ana tuvo que soportar sola el impacto del choque.

La señorita Cornelia apenas esperó a quitarse el sombrero para empezar.

—Ana, ¿me vas a decir que es verdad lo que he oído…, que el doctor Blythe le ha dicho a Leslie que Dick puede curarse, y que ella va a llevarlo a Montreal para que lo operen?

—Sí, es del todo cierto, señorita Cornelia —dijo Ana con valentía.

—Pues es una crueldad inhumana, eso es lo que es —dijo la señorita Cornelia, violentamente agitada—. Yo sí que pensaba que el doctor Blythe era un hombre decente. No pensaba que fuera capaz de algo así.

—El doctor Blythe pensó que era su deber decirle a Leslie que había una posibilidad para Dick —dijo Ana con energía—, y —añadió,

venciéndola la lealtad hacia Gilbert— estoy de acuerdo con él.

—Ay, no, tú no, querida —dijo la señorita Cornelia—. Nadie con entrañas de compasión podría estarlo.

—El capitán Jim sí lo está.

—No me vengas con ese viejo mentecato —exclamó la señorita Cornelia—. Y no me importa quién esté de acuerdo con él. Piensa…, *piensa* lo que esto significa para esa pobre muchacha acosada y perseguida.

—*Sí* que pensamos en ello. Pero Gilbert cree que un médico debe anteponer el bienestar del cuerpo y la mente de su paciente a cualquier otra consideración.

—Muy de hombre. Pero esperaba más de ti, Ana —dijo la señorita Cornelia, más apenada que airada; y a continuación se puso a bombardear a Ana con exactamente los mismos argumentos con que esta había atacado a Gilbert; y Ana defendió valerosamente a su marido con las armas que él había usado en su propia defensa. Larga fue la contienda, pero la señorita Cornelia le puso fin al final.

—Es una vergüenza inicua —declaró, casi con lágrimas en los ojos —. Eso es exactamente lo que es…, una vergüenza inicua. ¡Pobre, pobre Leslie!

—¿No cree que a Dick también habría que tenerlo un poco en cuenta? —suplicó Ana.

—¡Dick! ¡Dick Moore! *Él* está bastante feliz. Ahora es un miembro de la sociedad mucho mejor educado y de mejor reputación de lo que fue nunca.

—¡Si era un borracho, y puede que algo peor! ¿Vas a soltarlo otra vez para que ande rugiendo y devorando?

—Puede que se reforme —dijo la pobre Ana, acosada por el enemigo de fuera y por el traidor de dentro.

—¡Reformarse ni qué ocho cuartos! —replicó la señorita Cornelia —. Dick Moore recibió las heridas que lo dejaron como está en una

reyerta de borrachos. Se *merece* su suerte. Se la mandaron como castigo. No creo que el doctor tenga ningún derecho a meterse con las visitaciones de Dios.

—Nadie sabe cómo se hizo daño Dick, señorita Cornelia. Puede que no fuera en absoluto en una reyerta de borrachos. Puede que lo asaltaran y lo robaran.

—Los cerdos también podrían silbar, si no fuera porque tienen mal pico para ello —dijo la señorita Cornelia—. Bueno, por lo que me cuentas, el asunto está decidido y no sirve de nada seguir hablando. Si es así, me callo la boca. No pienso gastarme *mis* dientes royendo limas. Cuando una cosa tiene que ser, me resigno a ella. Pero antes me gusta asegurarme bien de que *tiene* que ser. Ahora dedicaré *mis* energías a consolar y sostener a Leslie. Y, al fin y al cabo —añadió la señorita Cornelia, animándose con una chispa de esperanza—, puede que no haya nada que hacer por Dick.

Capítulo 31. La verdad os hará libres

Leslie, una vez tomada la decisión de qué hacer, se puso a llevarla a cabo con su característica resolución y rapidez. Antes había que terminar la limpieza general, cualesquiera que fuesen las cuestiones de vida o muerte que aguardasen después. La casa gris del arroyo arriba quedó puesta en un orden y una limpieza impecables, con la ayuda diligente de la señorita Cornelia. La señorita Cornelia, después de decirle a Ana lo que tenía que decirle, y más tarde a Gilbert y al capitán Jim —sin ahorrárselo a ninguno de los dos, tenlo por seguro —, jamás le habló del asunto a Leslie. Aceptaba el hecho de la operación de Dick, se refería a ella cuando era necesario de manera práctica, y la pasaba por alto cuando no lo era. Leslie nunca intentó hablar de ello. Estuvo muy fría y callada durante aquellos hermosos días de primavera. Visitaba poco a Ana, y aunque era invariablemente cortés y afable, esa misma cortesía se alzaba como una barrera helada entre ella y la gente de la casita. Las viejas bromas, las risas y la familiaridad de las cosas cotidianas no lograban atravesarla. Ana se negó a sentirse dolida. Sabía que Leslie estaba presa de un pavor espantoso, un pavor que la apartaba de todo destello de felicidad y de toda hora de placer. Cuando una gran pasión se apodera del alma, arrincona a todos los demás sentimientos. Jamás en toda su vida se había estremecido Leslie Moore ante el futuro con un terror tan insoportable. Pero avanzaba con la misma firmeza inquebrantable por el camino que había elegido con que los mártires de antaño recorrían su senda escogida, sabiendo que el final de esta era la agonía ardiente de la hoguera.

La cuestión económica se resolvió con más facilidad de la que Ana había temido. Leslie tomó prestado del capitán Jim el dinero necesario y, a instancias de ella, él aceptó una hipoteca sobre la pequeña granja.

—Así que eso es una preocupación menos para la pobre muchacha —le contó la señorita Cornelia a Ana— y una menos para mí también. Ahora, si Dick se recupera lo bastante para volver a trabajar, podrá ganar lo suficiente para pagar los intereses; y si no, sé que el capitán Jim se las arreglará de algún modo para que Leslie no tenga que hacerlo. Él mismo me lo dijo. «Me estoy haciendo viejo, Cornelia —me dijo—, y no tengo hijo ni hija propios. Leslie no aceptará un regalo de un hombre vivo, pero a lo mejor lo acepta de uno muerto.» Así que, en cuanto a *eso*, todo saldrá bien. Ojalá todo lo demás pudiera arreglarse tan satisfactoriamente. En cuanto a ese desgraciado de Dick, ha estado terrible estos últimos días. ¡El demonio lo tenía tomado, créeme! Leslie y yo no podíamos seguir con nuestras tareas por las trastadas que hacía. Un día persiguió a todos sus patos por el corral hasta que se murieron casi todos. Y no había forma de que hiciera nada por nosotras. A veces, ya sabes, se pone bastante mañoso, trae cubos de agua y de leña. Pero esta semana, si lo mandábamos al pozo, intentaba bajar trepando por él. Llegué a pensar: «Como te descuelgues ahí de cabeza, todo quedará estupendamente arreglado.»

—¡Ay, señorita Cornelia!

—Anda, no me vengas con «señorita Cornelia», Ana, querida. *Cualquiera* habría pensado lo mismo. Si los médicos de Montreal son capaces de hacer de Dick Moore una criatura racional, es que son unos prodigios.

Leslie llevó a Dick a Montreal a principios de mayo. Gilbert la acompañó para ayudarla y ocuparse de los trámites necesarios. Volvió a casa con la noticia de que el cirujano de Montreal al que habían consultado coincidía con él en que había buenas posibilidades de que Dick se recuperase.

—Qué consuelo —fue el comentario sarcástico de la señorita Cornelia.

Ana se limitó a suspirar. Leslie había estado muy distante al despedirse.

Pero había prometido escribir. Diez días después del regreso de Gilbert llegó la carta. Leslie escribía que la operación se había realizado con éxito y que Dick se estaba recuperando bien.

—¿Qué querrá decir con «éxito»? —preguntó Ana—. ¿Querrá decir que la memoria de Dick se ha recuperado de verdad?

—Poco probable…, ya que no dice nada de eso —dijo Gilbert—. Usa la palabra «éxito» desde el punto de vista del cirujano. La operación se ha realizado y ha ido seguida de resultados normales. Pero es demasiado pronto para saber si las facultades de Dick acabarán restableciéndose, del todo o en parte. Es poco probable que la memoria le vuelva de golpe. El proceso será gradual, si es que llega a producirse. ¿Eso es todo lo que dice?

—Sí…, ahí está su carta. Es muy corta. Pobrecilla, debe de estar bajo una tensión terrible. Gilbert Blythe, hay montones de cosas que me muero por decirte, solo que sería mezquino.

—La señorita Cornelia ya te las dice por ti —dijo Gilbert con una sonrisa pesarosa—. Me echa un buen rapapolvo cada vez que me encuentra. Me deja bien claro que me tiene poco menos que por un asesino, y que le parece una verdadera lástima que el doctor Dave me dejara alguna vez calzarme sus zapatos. Hasta me dijo que el médico metodista del otro lado del puerto era preferible a mí. Con la señorita Cornelia, la fuerza de la condena no puede ir más lejos.

—Si Cornelia Bryant se pusiera enferma, no mandaría llamar ni al doctor Dave ni al médico metodista —resopló Susan—. Lo sacaría a usted de su cama, bien ganada con su esfuerzo, en plena noche, mi querido doctor, si le diera un ataque de aflicción, vaya que sí. Y luego seguramente diría que su factura era una barbaridad. Pero no le haga usted caso, mi querido doctor. De todo tiene que haber en este mundo.

Durante algún tiempo no llegó ninguna otra noticia de Leslie. Los días de mayo fueron pasando en dulce sucesión, y las orillas del puerto de Four Winds se cubrieron de verde, de flor y de púrpura. Un día, a finales de mayo, Gilbert volvió a casa y se encontró con Susan en el patio del establo.

—Me temo que algo ha alterado a la señora doctora, mi querido doctor —dijo ella con aire misterioso—. Recibió una carta esta tarde y, desde entonces, no ha hecho más que dar vueltas por el jardín hablando sola. Ya sabe usted que no le conviene estar tanto tiempo de pie, mi querido doctor. No tuvo a bien decirme cuáles eran sus noticias, y yo no soy entrometida, mi querido doctor, nunca lo he sido, pero está claro que algo la ha alterado. Y no le conviene alterarse.

Gilbert se apresuró al jardín, bastante inquieto. ¿Habría pasado algo en Tejas Verdes? Pero Ana, sentada en el banco rústico junto al arroyo, no parecía preocupada, aunque desde luego estaba muy excitada. Tenía los ojos en su gris más intenso, y dos manchas escarlata le ardían en las mejillas.

—¿Qué ha pasado, Ana?

Ana soltó una risita extraña.

—Creo que apenas lo vas a creer cuando te lo diga, Gilbert. *Yo* misma todavía no me lo creo. Como decía Susan el otro día: «Me siento como una mosca que viene a vivir al sol…, atontada.» Es todo tan increíble. He leído la carta veinte veces, y cada vez es igual…, no puedo creer lo que ven mis propios ojos. Ay, Gilbert, tenías razón…, toda la razón. Ahora lo veo con toda claridad…, y estoy tan avergonzada de mí misma…, ¿podrás perdonarme de verdad algún día?

—Ana, te voy a zarandear si no te vuelves coherente. Redmond se avergonzaría de ti. ¿*Qué* ha pasado?

—No te lo vas a creer…, no te lo vas a creer…

—Voy a llamar al tío Dave por teléfono —dijo Gilbert, fingiendo dirigirse hacia la casa.

—Siéntate, Gilbert. Voy a intentar contártelo. He recibido una carta, y ay, Gilbert, es todo tan asombroso…, tan increíblemente asombroso…, nunca pensamos…, ninguno de nosotros llegó siquiera a soñarlo…

—Supongo —dijo Gilbert, sentándose con aire resignado— que lo único que cabe hacer en un caso así es tener paciencia e ir al asunto por partes. ¿De quién es tu carta?

—De Leslie…, y, ay, Gilbert…

—¡Leslie! ¡Vaya! ¿Qué dice? ¿Qué noticias hay de Dick?

Ana levantó la carta y se la tendió, con una calma de pronto teatral.

—¡*No hay* ningún Dick! El hombre que hemos creído que era Dick Moore…, a quien todo Four Winds ha tenido por Dick Moore durante doce años…, es su primo, George Moore, de Nueva Escocia, que, según parece, siempre se le pareció de manera asombrosa. Dick Moore murió de fiebre amarilla hace trece años, en Cuba.

Capítulo 32. La señorita Cornelia comenta el asunto

—¿Y me quieres decir, Ana, querida, que Dick Moore ha resultado no ser Dick Moore en absoluto, sino otra persona? ¿Es *eso* lo que me llamaste hoy por teléfono para contarme?

—Sí, señorita Cornelia. Es asombroso, ¿verdad?

—Es... es... muy de hombre —dijo la señorita Cornelia, desvalida. Se quitó el sombrero con dedos temblorosos. Por una vez en su vida, la señorita Cornelia estaba, sin lugar a dudas, aturdida.

—No consigo hacerme a la idea, Ana —dijo—. Te he oído decirlo... y te creo... pero no puedo asimilarlo. ¿Dick Moore está muerto... lleva muerto todos estos años... y Leslie es libre?

—Sí. La verdad la ha hecho libre. Gilbert tenía razón cuando dijo que ese versículo era el más grandioso de la Biblia.

—Cuéntamelo todo, Ana, querida. Desde que recibí tu llamada he estado hecha un lío de verdad, ¡créeme! Cornelia Bryant nunca había estado tan aturullada en su vida.

—No hay mucho que contar. La carta de Leslie era breve; no entró en detalles. Este hombre, George Moore, ha recobrado la memoria y sabe quién es. Dice que Dick contrajo la fiebre amarilla en Cuba y que el *Four Sisters* tuvo que zarpar sin él. George se quedó para cuidarlo. Pero murió muy poco después.

—George no le escribió a Leslie porque tenía intención de volver enseguida a casa y contárselo él mismo.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Supongo que se lo impidió el accidente. Gilbert dice que es muy probable que George Moore no recuerde nada del accidente, ni de lo que lo causó, y que puede que no llegue a recordarlo nunca. Probablemente ocurrió muy poco después de la muerte de Dick. Quizá sepamos más detalles cuando Leslie vuelva a escribir.

—¿Dice qué piensa hacer? ¿Cuándo vuelve a casa?

—Dice que se quedará con George Moore hasta que pueda salir del hospital. Le ha escrito a su familia de Nueva Escocia. Parece que el único pariente cercano de George es una hermana casada, bastante mayor que él. Vivía cuando George zarpó en el *Four Sisters*, aunque claro está que no sabemos qué habrá sido de ella desde entonces. ¿Llegó usted a ver alguna vez a George Moore, señorita Cornelia?

—Lo vi. Todo me va volviendo a la memoria. Vino aquí de visita a casa de su tío Abner hace dieciocho años, cuando él y Dick tendrían unos diecisiete. Eran primos dobles, ¿sabes?: sus padres eran hermanos y sus madres, hermanas gemelas, y se parecían una barbaridad. Claro que —añadió la señorita Cornelia con desdén— no era uno de esos parecidos de novela, de esos en que dos personas son tan iguales que pueden ocupar el lugar la una de la otra y ni sus propios allegados saben distinguirlas. En aquellos tiempos se sabía bastante bien cuál era George y cuál era Dick, si se los veía juntos y de cerca. Separados, o a cierta distancia, ya no era tan fácil. Les gastaban montones de bromas a la gente y les hacía mucha gracia, a los dos pícaros. George Moore era algo más alto y bastante más gordo que Dick... aunque tampoco es que ninguno de los dos fuera lo que se dice gordo, los dos eran de constitución enjuta. Dick tenía mejor color que George, y el pelo un tono más claro. Pero tenían las facciones idénticas, y los dos tenían esa rareza de los ojos: uno azul y otro avellana. En lo demás no se parecían mucho, sin embargo.

George era un chico agradable de verdad, aunque un trasto para las travesuras, y algunos decían que ya entonces le gustaba la copa. Pero a todos les caía mejor que Dick. Se quedó aquí cosa de un mes. Leslie nunca lo vio; entonces tendría ocho o nueve años, y ahora recuerdo que pasó todo aquel invierno al otro lado del puerto, con su abuela West. El capitán Jim también estaba fuera... fue el invierno en que naufragó en las Magdalenas. No creo que ni él ni Leslie hubieran oído hablar nunca de aquel primo de Nueva Escocia tan parecido a Dick. A nadie se le ocurrió pensar en él cuando el capitán Jim trajo a Dick... a George, quiero decir... a casa. Claro que todos pensamos que Dick había cambiado bastante: se había vuelto tan pesado y gordo. Pero lo achacamos a lo que le había pasado, y sin duda esa era la razón, porque, como digo, George tampoco era gordo al principio. Y no había otra manera de adivinarlo, porque aquel hombre había perdido el juicio por completo. No me extraña nada que nos engañaran a todos. Pero es algo que deja aturdido. ¡Y Leslie ha sacrificado los mejores años de su vida cuidando a un hombre que no tenía ningún derecho sobre ella! ¡Ah, malditos hombres! Hagan lo que hagan, siempre está mal. Y sean quienes sean, siempre son quien no debían ser. De verdad que me sacan de quicio.

—Gilbert y el capitán Jim también son hombres, y ha sido gracias a ellos como al fin se ha descubierto la verdad —dijo Ana.

—Bueno, eso lo admito —concedió la señorita Cornelia de mala gana—. Siento haberle cantado las cuarenta al doctor de esa manera. Es la primera vez en mi vida que me da vergüenza algo de lo que le he dicho a un hombre. Aunque no sé si se lo voy a decir. Ya se lo puede ir suponiendo. Bueno, Ana, querida, es una suerte que el Señor no conteste todas nuestras oraciones. He estado rezando con ganas, todo este tiempo, para que la operación no curara a Dick. Claro que no lo formulaba tan claramente. Pero eso era lo que tenía en el fondo de la cabeza, y no me cabe duda de que el Señor lo sabía.

—Bueno, ha atendido el espíritu de su oración. Lo que usted deseaba en el fondo era que las cosas no se le pusieran más difíciles a Leslie. Me temo que yo también, en mi fuero interno, he estado deseando que la operación no saliera bien, y me da una sana vergüenza reconocerlo.

—¿Cómo parece que se lo está tomando Leslie?

—Escribe como aturdida. Creo que, igual que nosotras, todavía apenas se hace a la idea. Dice: «Todo me parece un sueño extraño, Ana». Esa es la única referencia que hace a sí misma.

—¡Pobre criatura! Supongo que cuando a un preso le quitan las cadenas, durante un tiempo se siente raro y perdido sin ellas. Ana, querida, hay una idea que no deja de rondarme la cabeza. ¿Qué me dices de Owen Ford? Las dos sabemos que Leslie le tenía cariño. ¿Se te ha ocurrido alguna vez que él se lo tuviera a ella?

—Sí... se me ocurrió... una vez —admitió Ana, pensando que hasta ahí sí podía decir.

—Pues yo no tenía ningún motivo para pensar que era así, pero me pareció que *tenía* que serlo. Mira, Ana, querida, el Señor sabe que yo no soy casamentera, y desprecio esas maquinaciones. Pero si yo fuera tú y le escribiera a ese tal Ford, mencionaría de pasada, como quien no quiere la cosa, lo que ha ocurrido. Eso es lo que haría *yo*.

—Claro que se lo mencionaré cuando le escriba —dijo Ana, con cierta reserva. Por algún motivo, aquello era algo de lo que no podía hablar con la señorita Cornelia. Y sin embargo, tuvo que admitir que el mismo pensamiento llevaba rondándole la cabeza desde que se enteró de que Leslie era libre. Pero no quería profanarlo hablando de ello a la ligera.

—Claro que no hay ninguna prisa, querida. Pero Dick Moore lleva trece años muerto, y Leslie ya ha malgastado bastante vida por su culpa. Ya veremos en qué queda todo esto. En cuanto a ese George Moore, que va y resucita cuando todos lo daban por muerto y bien

muerto, muy de hombre, la verdad es que me da lástima. Me parece que no va a encajar en ninguna parte.

—Todavía es joven, y si se recupera del todo, como parece probable, podrá labrarse un lugar de nuevo. Tiene que ser muy extraño para él, pobre hombre. Supongo que todos estos años desde el accidente sencillamente no existen para él.

Capítulo 33. Leslie vuelve

Quince días después, Leslie Moore volvió sola a la vieja casa donde había pasado tantos años amargos. En el crepúsculo de junio cruzó los campos hasta la casa de Ana y apareció en el jardín perfumado con la repentina brusquedad de un fantasma.

—¡Leslie! —exclamó Ana, asombrada—. ¿De dónde sales? No sabíamos que venías. ¿Por qué no escribiste? Habríamos ido a buscarte.

—No podía escribir, Ana, no sé por qué. Me parecía tan inútil intentar decir nada con pluma y tinta. Y quería volver tranquila, sin que nadie se enterase.

Ana rodeó a Leslie con los brazos y la besó. Leslie le devolvió el beso con calidez. Estaba pálida y cansada, y dejó escapar un suspiro breve al dejarse caer sobre la hierba, junto a un gran macizo de narcisos que relucían, entre el crepúsculo pálido y plateado, como estrellas doradas.

—¿Y has vuelto sola, Leslie?

—Sí. La hermana de George Moore vino a Montreal y se lo llevó con ella. Pobre hombre, sentía separarse de mí, aunque yo era una desconocida para él cuando le volvió la memoria. Se aferró a mí en aquellos primeros días tan duros, mientras intentaba comprender que la muerte de Dick no era, como a él le parecía, cosa de ayer mismo. Todo aquello fue muy duro para él. Lo ayudé en todo lo que pude. Cuando llegó su hermana, las cosas se le hicieron más fáciles,

porque a él le parecía que la había visto por última vez apenas el otro día. Por suerte, ella no había cambiado mucho, y eso también lo ayudó.

—Es todo tan extraño y maravilloso, Leslie. Creo que ninguna de nosotras se hace todavía a la idea.

—No puedo. Cuando entré hace una hora en aquella casa, tuve la sensación de que *tenía* que ser un sueño: de que Dick debía de estar allí, con su sonrisa de niño, como llevaba tanto tiempo estando. Ana, todavía me siento aturdida. No estoy contenta ni triste... ni *nada*. Siento como si algo se hubiera arrancado de golpe de mi vida y hubiera dejado un agujero terrible. Siento como si no pudiera seguir siendo *yo*, como si me hubiera convertido en otra persona y no consiguiera acostumbrarme. Me produce una sensación horrible de soledad, de aturdimiento, de indefensión. Da gusto volver a verte... es como si tú fueras una especie de ancla para mi alma a la deriva. Ay, Ana, todo esto me da pavor: los chismorreos, el asombro, las preguntas. Cuando pienso en eso, desearía no haber vuelto a casa en absoluto. El doctor Dave estaba en la estación cuando bajé del tren; me trajo a casa. Pobre anciano, se siente fatal porque hace años me dijo que no se podía hacer nada por Dick. «Sinceramente lo creía así, Leslie —me dijo hoy—. Pero debí decirte que no te fiaras de mi opinión: debí decirte que acudieras a un especialista. De haberlo hecho, te habrías ahorrado muchos años amargos, y al pobre George Moore, muchos años perdidos. Me culpo mucho, Leslie.» Le dije que no lo hiciera; él había hecho lo que le parecía correcto. Siempre ha sido tan bueno conmigo... no podía soportar verlo atormentarse por eso.

—¿Y Dick... George, quiero decir? ¿Ha recuperado del todo la memoria?

—Prácticamente. Claro que todavía hay muchos detalles que no consigue recordar, pero cada día recuerda más. Salió a dar un paseo la tarde en que enterraron a Dick. Llevaba encima el dinero y el reloj de Dick; pensaba traérmelos a casa, junto con mi carta. Reconoce que fue a un sitio donde solían reunirse los marineros... y recuerda

haber bebido... y nada más. Ana, nunca olvidaré el momento en que recordó su propio nombre. Lo vi mirarme con una expresión inteligente, pero desconcertada. Le dije: «¿Me conoces, Dick?». Él respondió: «Nunca la he visto. ¿Quién es usted? Y no me llamo Dick. Soy George Moore, ¡y Dick murió ayer de fiebre amarilla! ¿Dónde estoy? ¿Qué me ha pasado?». Yo... yo me desmayé, Ana. Y desde entonces tengo la sensación de estar viviendo un sueño.

—Pronto te adaptarás a esta nueva situación, Leslie. Y eres joven: tienes la vida por delante, todavía te esperan muchos años hermosos.

—Quizá dentro de un tiempo sea capaz de verlo así, Ana. Ahora mismo me siento demasiado cansada e indiferente para pensar en el futuro. Estoy... estoy... Ana, estoy sola. Echo de menos a Dick. ¿No es todo esto rarísimo? ¿Sabes?, sentía verdadero cariño por el pobre Dick... George, debería decir... igual que se lo tendría a un niño indefenso que dependiera de una para todo. Nunca lo habría reconocido, me daba verdadera vergüenza, porque, ya ves, había odiado y despreciado tanto a Dick antes de que se fuera. Cuando supe que el capitán Jim lo traía a casa, esperaba sentir hacia él exactamente lo mismo. Pero nunca fue así, aunque seguía aborreciendo al Dick que yo recordaba de antes. Desde que volvió a casa, lo único que sentí fue lástima, una lástima que dolía y que me retorcía por dentro. Entonces supuse que era solo porque el accidente lo había dejado tan indefenso y tan cambiado. Pero ahora creo que era porque allí dentro había, en realidad, otra persona distinta. Carlo lo sabía, Ana... ahora sé que Carlo lo sabía. Siempre me pareció extraño que Carlo no reconociera a Dick. Los perros suelen ser tan fieles... Pero *él* sabía que no era su amo quien había vuelto, aunque ninguno de los demás lo supiéramos. Yo nunca había visto a George Moore, ¿sabes? Ahora recuerdo que Dick mencionó una vez, como quien no quiere la cosa, que tenía un primo en Nueva Escocia que se le parecía como un gemelo; pero se me había borrado de la memoria, y en todo caso nunca le habría dado ninguna importancia. Verás, nunca se me ocurrió poner en duda la

identidad de Dick. Cualquier cambio en él me parecía sencillamente resultado del accidente.

—Ay, Ana, aquella noche de abril en que Gilbert me dijo que creía que Dick podía curarse. Nunca podré olvidarla. Me pareció que yo había sido prisionera en una jaula horrible de tormento, y que entonces se había abierto la puerta y podía salir. Seguía encadenada a la jaula, pero ya no estaba dentro. Y aquella noche sentí que una mano despiadada me arrastraba de vuelta a la jaula, hacia un tormento todavía más terrible que el de antes. No culpé a Gilbert. Sentí que tenía razón. Y él se había portado muy bien: dijo que si, en vista del gasto y la incertidumbre de la operación, yo decidía no arriesgarme, no me lo reprocharía en absoluto. Pero yo sabía cómo debía decidir... y no era capaz de afrontarlo. Toda la noche estuve yendo y viniendo por la habitación como una loca, tratando de obligarme a afrontarlo. No pude, Ana... creí que no podría... y cuando amaneció apreté los dientes y decidí que *no lo haría*. Dejaría las cosas como estaban. Fue muy ruin por mi parte, lo sé. Habría sido justo castigo por semejante ruindad que me hubieran dejado atenerme a esa decisión. Aguanté así todo el día. Aquella tarde tuve que subir al Glen a hacer unas compras. Era uno de esos días tranquilos y adormilados de Dick, así que lo dejé solo. Tardé un poco más de lo que pensaba, y él me echó de menos. Se sintió solo. Y cuando volví a casa, corrió a mi encuentro como un niño, con una sonrisa tan contenta en la cara... No sé cómo explicarlo, Ana, pero entonces cedí. Aquella sonrisa en su pobre rostro vacío fue más de lo que pude soportar. Sentí que le estaba negando a un niño la posibilidad de crecer y desarrollarse. Supe que tenía que darle su oportunidad, pasara lo que pasara. Así que vine a ver a Gilbert y se lo dije. Ay, Ana, seguro que en aquellas semanas antes de irme te parecí odiosa. No era mi intención... pero no podía pensar en otra cosa que no fuera lo que tenía que hacer, y todo y todos a mi alrededor eran como sombras.

—Lo sé... lo entendí, Leslie. Y ahora todo ha terminado: tu cadena está rota, ya no hay jaula.

—Ya no hay jaula —repitió Leslie, distraída, tirando de las briznas de hierba con sus dedos finos y morenos—. Pero... es que tampoco parece que quede nada más, Ana. Tú... ¿te acuerdas de lo que te conté de mi locura, aquella noche en la barra de arena? Resulta que una no deja de ser tonta tan deprisa. A veces pienso que hay personas que son tontas para siempre. Y ser tonta... de esa manera... es casi tan malo como ser... un perro atado con una cadena.

—Te sentirás muy distinta en cuanto se te pase el cansancio y el desconcierto —dijo Ana, quien, sabiendo cierta cosa que Leslie ignoraba, no se sintió obligada a derrochar demasiada compasión.

Leslie apoyó su espléndida cabeza dorada contra la rodilla de Ana.

—De todos modos, te tengo a *ti* —dijo—. La vida no puede estar del todo vacía con una amiga así. Ana, acaríciame el pelo... como si fuera una niña pequeña... *hazme de madre* un poco... y déjame contarte, ahora que se me ha soltado un poco la lengua terca, lo que tú y tu amistad habéis significado para mí desde aquella noche en que te conocí en la playa de las rocas.

Capítulo 34. El barco de los sueños llega a puerto

Una mañana, cuando un dorado amanecer, azotado por el viento, se derramaba en oleadas de luz sobre el golfo, cierta cigüeña cansada voló sobre la barra del puerto de Four Winds, de camino desde la Tierra de las Estrellas del Atardecer. Bajo el ala llevaba escondida una criaturita adormilada, de ojos como estrellas. La cigüeña estaba fatigada y miró en torno suyo con anhelo. Sabía que se hallaba cerca de su destino, pero todavía no lograba verlo. El gran faro blanco, sobre el acantilado de arenisca roja, tenía sus méritos; pero ninguna cigüeña con sentido común dejaría allí a un bebé nuevo y aterciopelado. Una vieja casa gris, rodeada de sauces, en un valle florido junto a un arroyo, prometía más, pero tampoco parecía ser lo indicado. La casa verde y chillona, un poco más allá, quedaba manifiestamente descartada. Entonces la cigüeña se animó. Había divisado el lugar exacto: una casita blanca acurrucada contra un gran abetal susurrante, con una espiral de humo azul que ascendía perezosa desde la chimenea de la cocina, una casa que parecía hecha, sin más, para los bebés. La cigüeña dejó escapar un suspiro de satisfacción y se posó con suavidad sobre la cumbrera del tejado.

Media hora después, Gilbert bajó corriendo por el pasillo y llamó con los nudillos a la puerta del cuarto de invitados. Una voz soñolienta le respondió, y al instante asomó por detrás de la puerta el rostro pálido y asustado de Marilla.

—Marilla, Ana me manda a decirte que ha llegado aquí cierto caballerito. No ha traído mucho equipaje, pero por lo visto piensa quedarse.

—¡Por amor de Dios! —dijo Marilla, aturdida—. No querrás decirme, Gilbert, que ya ha pasado todo. ¿Por qué no me llamaste?

—Ana no quiso que te molestáramos sin necesidad. No se llamó a nadie hasta hace cosa de dos horas. Esta vez no hubo «paso peligroso».

—Y... y... Gilbert... ¿vivirá este niño?

—Por supuesto que sí. Pesa cuatro kilos y medio y... pero escúchalo. No le falla nada a los pulmones, ¿eh? La enfermera dice que tendrá el pelo pelirrojo. Ana está furiosa con ella, y yo estoy loco de contento.

Aquel fue un día maravilloso en la casita de ensueño.

—El mejor de todos los sueños se ha hecho realidad —dijo Ana, pálida y arrebatada—. Ay, Marilla, casi no me atrevo a creerlo, después de aquel día espantoso del verano pasado. He tenido una pena en el corazón desde entonces... pero ya se ha ido.

—Este niño ocupará el lugar de Joy —dijo Marilla.

—Ay, no, no, *no*, Marilla. Él no puede... nada podrá hacer eso jamás. Él tiene su propio lugar, mi querido hombrecito. Pero la pequeña Joy tiene el suyo, y siempre lo tendrá. Si hubiera vivido, tendría ya más de un año. Andaría dando sus primeros pasitos y balbucearía alguna palabra. La veo tan claramente, Marilla. Ay, ahora sé que el capitán Jim tenía razón cuando dijo que Dios se las arreglaría mejor de lo que yo temía, y que mi niña no me resultaría una extraña cuando la encontrara en el Más Allá. Eso lo he aprendido este último año. He seguido su crecimiento día a día, semana a semana... y siempre lo haré. Sabré exactamente cómo va creciendo, año tras año, y cuando vuelva a encontrarme con ella la reconoceré: no será una desconocida. Ay, Marilla, ¡*mira* esos deditos suyos, tan queridos! ¿No es extraño que sean tan perfectos?

—Más extraño sería que no lo fueran —dijo Marilla con sequedad. Ahora que todo había pasado sin contratiempos, Marilla volvía a ser la de siempre.

—Ay, ya lo sé... pero es que parece que no pudieran estar del todo *terminados*, ¿sabes?, y sin embargo lo están, hasta las uñitas. Y sus manos... *mira* nada más sus manos, Marilla.

—Tienen bastante pinta de manos —concedió Marilla.

—Mira cómo se agarra a mi dedo. Estoy segura de que ya me conoce. Llora cuando la enfermera se lo lleva. Ay, Marilla, ¿tú crees...? No creerás, ¿verdad?, que el pelo se le va a poner pelirrojo.

—No le veo mucho pelo de ningún color —dijo Marilla—. Yo en tu lugar no me preocuparía hasta que se le note.

—Marilla, sí que *tiene* pelo... mira ese vello finito que le cubre toda la cabeza. En fin, la enfermera dice que tendrá los ojos color avellana, y la frente la tiene exactamente igual que Gilbert.

—Y tiene las orejas más bonitas del mundo, mi querida señora doctora —dijo Susan—. Lo primero que hice fue mirarle las orejas. El pelo engaña, y la nariz y los ojos cambian, y una nunca sabe en qué van a parar; pero las orejas son orejas de principio a fin, y con ellas una siempre sabe a qué atenerse. Mire usted qué forma tienen, y qué bien pegadas están a esa cabecita tan preciosa. Nunca tendrá usted que avergonzarse de las orejas de este niño, mi querida señora doctora.

La convalecencia de Ana fue rápida y feliz. Todos venían a rendir culto al bebé, como la gente se ha inclinado ante la realeza del recién nacido desde mucho antes de que los Reyes Magos de Oriente se arrodillaran en homenaje al Niño Real del pesebre de Belén. Leslie, que iba encontrándose despacio a sí misma en las nuevas circunstancias de su vida, se inclinaba sobre él como una hermosa Madona de corona dorada. La señorita Cornelia lo cuidaba con la misma maña que cualquier madre de Israel. El capitán Jim sostenía a la criaturita entre sus grandes manos morenas y la

contemplaba con ternura, con unos ojos que veían en ella a los hijos que nunca había tenido.

—¿Qué nombre le van a poner? —preguntó la señorita Cornelia.

—Ana ya ha decidido su nombre —respondió Gilbert.

—James Matthew, como los dos caballeros más cabales que he conocido en mi vida... y no voy a hacer ninguna excepción con los presentes —dijo Ana, lanzando una mirada pícara a Gilbert.

Gilbert sonrió.

—Nunca llegué a conocer bien a Matthew: era tan tímido que los chicos no lográbamos entablar amistad con él. Pero estoy completamente de acuerdo contigo en que el capitán Jim es una de las almas más raras y más nobles que Dios haya vestido jamás de barro. Está encantadísimo de que le hayamos puesto su nombre a nuestro pequeñín. Por lo visto no tiene ningún otro tocayo.

—Bueno, James Matthew es un nombre que aguanta bien y no destiñe al lavado —dijo la señorita Cornelia—. Me alegro de que no le hayáis cargado con algún nombre altisonante y romántico del que tuviera que avergonzarse cuando llegara a abuelo. La señora de William Drew, allá en el Glen, le ha puesto a su bebé Bertie Shakespeare. Vaya combinación, ¿verdad? Y me alegro de que no os haya costado mucho elegir el nombre. Hay familias que lo pasan fatal. Cuando nació el primer hijo de los Stanley Flagg hubo tal rivalidad sobre a quién había que ponerle el nombre que el pobre crío se pasó dos años sin nombre ninguno. Luego llegó un hermano y ahí los tenías: «el Niño Grande» y «el Niño Pequeño». Al final llamaron Peter al Niño Grande e Isaac al Niño Pequeño, por los dos abuelos, y los bautizaron juntos a los dos. Y cada uno se esforzaba por ver si conseguía berrear más fuerte que el otro. ¿Conoces a esa familia de escoceses de las Tierras Altas, los MacNab, que viven detrás del Glen? Tienen doce chicos, y al mayor y al pequeño los llaman a los dos Neil: Neil el Grande y Neil el Chico, en la misma familia. Digo yo que se les acabarían los nombres.

—He leído en alguna parte —rió Ana— que el primer hijo es un poema, pero el décimo es prosa de la más vulgar. Puede que la señora MacNab pensara que el duodécimo no era más que un cuento viejo contado otra vez.

—Bueno, algo bueno tendrán las familias numerosas —dijo la señorita Cornelia con un suspiro—. Yo fui hija única durante ocho años, y ansiaba con toda mi alma tener un hermano o una hermana. Mi madre me dijo que rezara para conseguirlo, y recé, ¡créeme! Pues bien, un día llegó la tía Nellie y me dijo: «Cornelia, tienes un hermanito arriba, en el cuarto de tu madre. Puedes subir a verlo.» Estaba tan emocionada y contenta que subí volando. Y la vieja señora Flagg levantó al bebé para que lo viera. Señor, Ana, querida, en mi vida me he llevado una decepción semejante. Verás, yo había estado rezando por *un hermano dos años mayor que yo*.

—¿Cuánto tardaste en superar la decepción? —preguntó Ana, entre risas.

—Pues le guardé rencor a la Providencia durante una buena temporada, y durante semanas ni siquiera quise mirar al bebé. Nadie supo por qué, porque nunca se lo dije a nadie. Luego empezó a ponerse muy mono, y me tendía sus manitas, y empecé a encariñarme con él. Pero no me reconcilié de verdad con él hasta que un día una compañera de escuela vino a verlo y dijo que le parecía muy pequeño para su edad. Me puse hecha una furia, y le eché una buena reprimenda, y le dije que no sabía reconocer un bebé bonito cuando lo tenía delante, y que el nuestro era el bebé más bonito del mundo. Y desde entonces lo adoré. Mi madre murió antes de que él cumpliera los tres años, y yo fui hermana y madre para él a la vez. El pobre chiquillo nunca fue fuerte, y murió sin haber cumplido apenas los veinte. Me parece, Ana, querida, que habría dado cualquier cosa en este mundo por que hubiese vivido.

La señorita Cornelia suspiró. Gilbert había bajado, y Leslie, que había estado canturreando junto a la ventana abuhardillada sobre el pequeño James Matthew, lo dejó dormido en su cestita y se marchó. En cuanto estuvo bien lejos, fuera del alcance del oído, la señorita

Cornelia se inclinó hacia delante y dijo en un susurro de conspiradora:

—Ana, querida, ayer recibí carta de Owen Ford. Ahora mismo está en Vancouver, pero quiere saber si puedo hospedarlo un mes, más adelante. *Tú* ya sabes lo que eso significa. En fin, espero que estemos haciendo lo correcto.

—Nosotros no tenemos nada que ver con eso: no podríamos impedirle venir a Four Winds si él quisiera —dijo Ana rápidamente. No le gustaba la sensación de estar haciendo de casamentera que le producían los susurros de la señorita Cornelia; y sin embargo, acto seguido, cayó ella misma, sin fuerzas para resistirse.

—No dejes que Leslie sepa que viene hasta que ya esté aquí —dijo—. Si se enterase, estoy segura de que se marcharía enseguida. De todos modos piensa irse en otoño; me lo dijo el otro día. Va a ir a Montreal a estudiar enfermería, a ver qué puede hacer con su vida.

—Bueno, Ana, querida —dijo la señorita Cornelia, asintiendo con aire sentencioso—, eso ya se verá. Tú y yo hemos hecho nuestra parte, y el resto hay que dejarlo en Manos Superiores.

Capítulo 35. Política en Four Winds

Cuando Ana volvió a bajar las escaleras, la Isla, igual que todo el Canadá, estaba sumida en los afanes de una campaña previa a unas elecciones generales. Gilbert, que era un conservador acérrimo, se vio arrastrado por el vórtice, muy solicitado para pronunciar discursos en los mítines de todo el condado. A la señorita Cornelia no le parecía bien que se metiera en política, y así se lo dijo a Ana.

—El doctor Dave nunca lo hizo. El doctor Blythe va a descubrir que está cometiendo un error, ¡créeme! La política es algo en lo que ningún hombre decente debería meterse.

—Entonces, ¿hay que dejar el gobierno del país únicamente en manos de los pillos? —preguntó Ana.

—Sí, con tal de que sean pillos conservadores —dijo la señorita Cornelia, retirándose con los honores de la guerra—. Los hombres y los políticos están todos cortados por el mismo patrón. Los *grits* lo llevan más cargado que los conservadores, eso es todo... *bastante* más cargado. Pero sean *grit* o *tory*, mi consejo para el doctor Blythe es que se mantenga alejado de la política. En cuanto se descuide, se presentará él mismo a unas elecciones, se pasará medio año en Ottawa y dejará que su consulta se vaya al traste.

—Bueno, no busquemos problemas antes de tiempo —dijo Ana—. Los intereses son demasiado altos. Mejor miremos al pequeño Jem. En realidad debería escribirse con *g*, de gema. ¿Verdad que es precioso? Fíjate en los hoyuelos de los codos. Lo criaremos para que sea un buen conservador, entre tú y yo, señorita Cornelia.

—Críalo para que sea un buen hombre —dijo la señorita Cornelia —. Escasean y valen su peso en oro; aunque, eso sí, no me gustaría verlo hecho un *grit*. En cuanto a las elecciones, tú y yo podemos dar gracias de no vivir al otro lado del puerto. El ambiente anda que arde estos días por allí. Todos los Elliott, los Crawford y los MacAllister están en pie de guerra, con las armas cargadas. Este lado es tranquilo y en calma, viendo lo pocos hombres que hay. El capitán Jim es *grit*, pero, en mi opinión, le da vergüenza, porque nunca habla de política. No cabe la menor duda de que los conservadores volverán a entrar con una mayoría aplastante.

La señorita Cornelia estaba equivocada. A la mañana siguiente de las elecciones, el capitán Jim se pasó por la casita para dar la noticia. Tan virulento es el microbio de la política de partido, incluso en un viejo pacífico, que al capitán Jim se le habían encendido las mejillas y le brillaban los ojos con todo su antiguo fuego.

—Señora Blythe, los liberales han entrado con una mayoría arrolladora. Después de dieciocho años de mala gestión *tory*, este país pisoteado va a tener por fin su oportunidad.

—Nunca le había oído un discurso tan partidista y encendido, capitán Jim. No sabía que tuviera usted tanto veneno político dentro —rió Ana, a quien la noticia no la emocionaba demasiado. Aquella mañana el pequeño Jem había dicho *Wow-ga*. ¿Qué eran los principados y las potestades, el auge y la caída de las dinastías, el derrocamiento de *grits* o *tories*, comparados con aquel prodigio?

—Llevaba acumulándose mucho tiempo —dijo el capitán Jim, con una sonrisa de disculpa—. Yo creía que no era más que un *grit* moderado, pero cuando llegó la noticia de que habíamos ganado descubrí lo *grit* que era en realidad.

—Ya sabe usted que el doctor y yo somos conservadores.

—Ah, bueno, es lo único malo que les conozco a los dos, señora Blythe. Cornelia también es *tory*. Pasé a verla de camino desde el Glen para darle la noticia.

—¿No sabía que se jugaba usted la vida?

—Sí, pero no pude resistir la tentación.

—¿Cómo se lo tomó?

—Bastante tranquila, señora Blythe, bastante tranquila. Y va y dice: «Bueno, la Providencia manda temporadas de humillación a los países, igual que a las personas. Vosotros los *grits* habéis pasado frío y hambre muchos años. Daos prisa en calentaros y comer, que no vais a durar mucho.» Y yo le digo, digo: «Pues bien, Cornelia, a lo mejor la Providencia opina que el Canadá necesita una buena temporada larga de humillación.» Ah, Susan, ¿te has enterado *tú* ya de la noticia? Los liberales han ganado.

Susan acababa de entrar de la cocina, escoltada por ese aroma de platos deliciosos que siempre parecía flotar en torno a ella.

—¿Ah, sí? —dijo ella, con hermosa indiferencia—. Pues yo nunca he notado que mi pan subiera menos con los *grits* dentro que fuera. Y si algún partido, mi querida señora doctora, consigue que llueva antes de que acabe la semana y salva nuestro huerto de la ruina total, ese es el partido por el que Susan votará. Mientras tanto, ¿le importaría salir a darme su opinión sobre la carne de la cena? Me temo que está muy dura, y pienso que más nos valdría cambiar de carnicero, además de gobierno.

Una tarde, una semana más tarde, Ana bajó a la Punta para ver si conseguía algo de pescado fresco del capitán Jim, dejando al pequeño Jem por primera vez. Fue toda una tragedia. ¿Y si lloraba? ¿Y si Susan no sabía exactamente qué hacer con él? Susan estaba tranquila y serena.

—Tengo tanta experiencia con él como usted, mi querida señora doctora, ¿no es así?

—Sí, con él... pero no con otros bebés. Fíjate que yo cuidé de tres parejas de gemelos cuando era niña, Susan. Cuando lloraban, les daba menta o aceite de ricino con toda tranquilidad. Es curioso recordar ahora con qué ligereza me tomaba entonces a todos esos bebés y sus penurias.

—Bueno, si el pequeño Jem llora, yo simplemente le pondré una bolsa de agua caliente en la barriguita —dijo Susan.

—No demasiado caliente, ¿eh? —dijo Ana con ansiedad. Ay, ¿de verdad era prudente marcharse?

—No se apure usted, mi querida señora doctora. Susan no es mujer capaz de quemar a un hombrecito. Dios lo bendiga, no tiene la menor intención de llorar.

Al final Ana logró arrancarse de allí, y disfrutó, después de todo, del paseo hasta la Punta, entre las largas sombras del sol poniente. El capitán Jim no estaba en la sala del faro, pero sí otro hombre: un hombre apuesto, de mediana edad, de mentón fuerte y bien afeitado, a quien Ana no conocía. Sin embargo, en cuanto ella se sentó, él se puso a hablarle con toda la desenvoltura de un viejo conocido. No había nada fuera de lugar en lo que decía ni en cómo lo decía, pero a Ana le molestó bastante aquella frialdad de dar tanto por sentado en un completo desconocido. Sus respuestas fueron gélidas, y tan escasas como exigía la decencia. Sin arredrarse, su acompañante siguió hablando varios minutos, y luego se disculpó y se marchó. Ana habría jurado que había un destello de picardía en sus ojos, y eso la molestó. ¿Quién era aquel individuo? Había en él algo vagamente familiar, pero estaba segura de no haberlo visto nunca.

—Capitán Jim, ¿quién era ese que acaba de salir? —preguntó, cuando el capitán Jim entró.

—Marshall Elliott —respondió el capitán.

—¡Marshall Elliott! —exclamó Ana—. Ay, capitán Jim... no era... sí, *era* su voz... ay, capitán Jim, no lo reconocí, ¡y estuve francamente grosera con él! ¿*Por qué* no me lo dijo? Tuvo que darse cuenta de que no lo había reconocido.

—No dirá ni palabra al respecto: se limitará a disfrutar de la broma. No se apure usted por el desplante: a él le hará gracia. Sí, Marshall se ha afeitado por fin la barba y se ha cortado el pelo. Su partido ha ganado, ¿sabe usted? Yo mismo no lo reconocí la primera

vez que lo vi. Estaba en la tienda de Carter Flagg, allá en el Glen, la noche siguiente a las elecciones, junto con un montón de gente más, esperando las noticias. Hacia las doce llegó el aviso por teléfono: los liberales habían ganado. Marshall se levantó sin más y salió, sin vitorear ni gritar; dejó que los demás lo hicieran, y calculo yo que casi le vuelan el techo a la tienda de Carter. Los *tories*, claro, estaban todos reunidos en la tienda de Raymond Russell. *Allí* no hubo muchos vítores, la verdad. Marshall se fue derecho, calle abajo, hasta la puerta lateral de la barbería de Augustus Palmer. Augustus estaba durmiendo en la cama, pero Marshall aporreó la puerta hasta que se levantó y bajó, queriendo saber a qué venía tanto alboroto.

—Entra en tu tienda y hazme el mejor trabajo de tu vida, Gus —dijo Marshall—. Los liberales han ganado, y vas a afeitar a un buen *grit* antes de que salga el sol.

Gus estaba furioso como una fiera, en parte porque lo habían sacado a rastras de la cama, pero más porque es *tory*. Juró que no afeitaría a nadie después de medianoche.

—Vas a hacer lo que yo te diga, hijo —dijo Marshall—, o te pongo sobre mis rodillas y te doy una de esas zurras que se te olvidó recibir de tu madre.

Y lo habría hecho, además, y Gus lo sabía, porque Marshall es fuerte como un buey y Gus no es más que un hombrecillo enclenque. Así que se rindió, arrastró a Marshall hasta la tienda y se puso a trabajar. «Ahora», va y dice, «te voy a afeitar, pero como me digas una sola palabra sobre que han entrado los *grits* mientras lo hago, te corto el cuello con esta navaja», dice. No se habría pensado que el apacible Gus pudiera ser tan sanguinario, ¿verdad? Así se ve lo que la política de partido le hace a un hombre. Marshall se quedó callado, se dejó despachar el pelo y la barba, y se fue a casa. Cuando su vieja ama de llaves lo oyó subir las escaleras, se asomó por la puerta de su alcoba para ver si era él o el mozo de labranza. Y cuando vio a un desconocido que avanzaba a zancadas por el pasillo con una vela en la mano, soltó un grito espantoso y se desmayó del

susto. Tuvieron que mandar a buscar al médico para que la hiciera volver en sí, y pasaron varios días antes de que pudiera mirar a Marshall sin echarse a temblar de pies a cabeza.

El capitán Jim no tenía pescado. Aquel verano salía poco con su barca, y sus largas caminatas habían llegado a su fin. Pasaba buena parte del tiempo sentado junto a la ventana que daba al mar, contemplando el golfo, con la cabeza, que encanecía a toda prisa, apoyada en la mano. Aquella noche se quedó allí sentado muchos minutos en silencio, guardando alguna cita con el pasado que Ana no quiso interrumpir. Al cabo señaló el iris del poniente:

—Es hermoso, ¿verdad, señora Blythe? Pero ojalá hubiera visto usted el amanecer de esta mañana. Fue algo prodigioso... prodigioso. He visto toda clase de amaneceres llegar sobre ese golfo. He estado por el mundo entero, señora Blythe, y con todo y con eso, nunca he visto un espectáculo más hermoso que un amanecer de verano sobre el golfo. Un hombre no puede elegir cuándo le toca morir, señora Blythe: hay que irse cuando el Gran Capitán da la orden de zarpar. Pero si pudiera elegir, me iría cuando la mañana cruza esas aguas. Lo he contemplado muchas veces, y he pensado qué cosa sería pasar a través de esa gran gloria blanca hacia lo que aguarde más allá, en un mar que no figura en ninguna carta terrenal. Calculo yo, señora Blythe, que allí encontraría a Margaret la perdida.

El capitán Jim le había hablado a Ana muchas veces de Margaret la perdida desde que le contó aquella vieja historia. Su amor por ella temblaba en cada palabra: aquel amor que nunca se había apagado ni había caído en el olvido.

—De todos modos, espero que cuando me llegue la hora sea rápido y sin sufrimiento. No creo ser un cobarde, señora Blythe: más de una vez he mirado una muerte fea a la cara sin arredrarme. Pero la idea de una muerte lenta sí que me produce una extraña sensación de horror, que me revuelve el estómago.

—No hable usted de dejarnos, querido, *querido* capitán Jim —suplicó Ana, con voz entrecortada, dando palmaditas en la vieja mano morena, antaño tan fuerte y ahora tan débil—. ¿Qué haríamos sin usted?

El capitán Jim sonrió con una sonrisa hermosísima.

—Bueno, se las arreglarían bien... bien... pero no olvidarían del todo al viejo, señora Blythe... no, no creo que lleguen a olvidarlo del todo. Los de la raza de José siempre se recuerdan unos a otros. Pero será un recuerdo que no dolerá; me gusta pensar que mi recuerdo no hará daño a mis amigos, que siempre les resultará agradable, eso espero y eso creo. Ya no falta mucho para que Margaret la perdida me llame por última vez. Y yo estaré del todo dispuesto a responder. Le he dicho todo esto porque quiero pedirle un pequeño favor. Aquí está mi pobre Matey —el capitán Jim alargó la mano y dio unos golpecitos a la gran bola dorada, cálida y aterciopelada, que dormitaba en el sofá. El Primer Oficial se desenroscó como un resorte, con un sonido agradable y gutural, mitad ronroneo, mitad maullido, estiró las patas en el aire, se dio la vuelta y volvió a hacerse un ovillo—. *Él* me echará de menos cuando emprenda el viaje. No soporto pensar en dejar a la pobre criatura a que se muera de hambre, como le pasó antes. Si me sucediera algo, ¿le daría usted a Matey un bocado y un rincón, señora Blythe?

—Por supuesto que sí.

—Entonces eso es todo lo que tenía en la cabeza. Su pequeño Jem se quedará con esas cuantas curiosidades que he ido reuniendo; ya lo he dispuesto todo. Y ahora no me gusta ver lágrimas en esos ojos tan bonitos, señora Blythe. A lo mejor aguanto todavía una buena temporada. La oí a usted leer un poema, un día del invierno pasado; una de las piezas de Tennyson. Me gustaría volver a oírla, si tuviera usted la bondad de recitármela.

Suave y clara, mientras el viento del mar soplaba sobre ellos, Ana recitó los hermosos versos del maravilloso canto de cisne de

Tennyson: «Al cruzar la barra». El viejo capitán llevaba el compás con suavidad, con su mano nervuda.

—Sí, sí, señora Blythe —dijo él, cuando ella hubo terminado—, eso es, eso es. Dice usted que él no era marinero... no sé cómo pudo poner en palabras así los sentimientos de un viejo marino, si no lo era. Él no quería ninguna «tristeza de las despedidas», y yo tampoco, señora Blythe, porque todo irá bien conmigo y con los míos más allá de la barra.

Capítulo 36. Gloria en lugar de ceniza

—¿Alguna noticia de Tejas Verdes, Ana?

—Nada muy especial —respondió Ana, doblando la carta de Marilla—. Jake Donnell ha estado allí poniendo tejas nuevas en el tejado. Ya es carpintero hecho y derecho, así que parece que se ha salido con la suya en cuanto a la elección de su oficio. Ya recuerdas que su madre quería que fuese catedrático. Nunca olvidaré el día en que vino a la escuela y me riñó por no llamarlo Saint Clair.

—¿Le llama alguien así ahora?

—Por lo visto, no. Parece que ha conseguido borrarlo del todo. Hasta su madre ha claudicado. Siempre pensé que un chico con la barbilla y la boca de Jake acabaría saliéndose con la suya. Diana me escribe que Dora tiene novio. ¡Imagínate, esa niña!

—Dora tiene diecisiete años —dijo Gilbert—. Charlie Sloane y yo estábamos los dos locos por ti cuando tú tenías diecisiete, Ana.

—De verdad, Gilbert, ya vamos siendo mayores —dijo Ana con una sonrisa entre resignada y divertida— cuando los niños que tenían seis años mientras nosotros nos creíamos ya adultos tienen ahora edad para tener novio. El de Dora es Ralph Andrews, el hermano de Jane. Lo recuerdo como un chiquillo rechoncho, gordinflón y de pelo casi blanco, siempre el último de su clase. Pero, según dicen, ahora es todo un buen mozo.

—Dora seguramente se casará joven. Es del mismo tipo que Charlotta la Cuarta: no dejará pasar la primera ocasión por miedo a

que no le llegue otra.

—Bueno, si se casa con Ralph, espero que sea un poco más resuelto que su hermano Billy —reflexionó Ana.

—Por ejemplo —dijo Gilbert, riendo—, esperemos que sea capaz de declararse por su cuenta. Ana, ¿te habrías casado con Billy si te lo hubiera pedido él mismo, en lugar de encargárselo a Jane?

—Puede que sí. —Ana rompió en una carcajada al recordar su primera proposición de matrimonio—. La impresión de la cosa podría haberme hipnotizado hasta cometer semejante disparate. Demos gracias de que lo hiciera por poderes.

—Ayer recibí una carta de George Moore —dijo Leslie desde el rincón donde estaba leyendo.

—Ah, ¿cómo está? —preguntó Ana con interés, aunque con la extraña sensación de estar preguntando por alguien a quien no conocía.

—Está bien, pero le cuesta mucho adaptarse a todos los cambios en su antiguo hogar y entre sus amistades. Va a volver a hacerse a la mar en primavera. Dice que lo lleva en la sangre, que lo añora. Pero me contó algo que me alegró por él, pobre hombre. Antes de embarcarse en el *Four Sisters* estaba prometido con una muchacha de su pueblo. No me habló de ella en Montreal, porque decía que suponía que ella lo habría olvidado y se habría casado con otro hacía tiempo, mientras que para él, ya ves, el compromiso y el amor seguían siendo cosa del presente. Fue muy duro para él, pero cuando llegó a casa descubrió que ella nunca se había casado y que aún lo quería. Van a casarse este otoño. Voy a pedirle que la traiga aquí de visita; dice que quiere venir a ver el lugar donde vivió tantos años sin saberlo.

—Qué historia de amor tan bonita —dijo Ana, cuyo amor por lo romántico era inmortal—. Y pensar —añadió con un suspiro de autorreproche— que, si yo me hubiera salido con la mía, George Moore nunca habría salido de la tumba donde estaba enterrada su identidad. ¡Cómo me opuse a la idea de Gilbert! En fin, ya tengo mi

castigo: nunca más podré tener una opinión distinta de la de Gilbert. Si lo intento, él me aplastará sacándome a relucir el caso de George Moore.

—¡Como si eso fuera a aplastar a una mujer! —se burló Gilbert—. Al menos no te conviertas en mi eco, Ana. Un poco de oposición da sabor a la vida. No quiero una esposa como la de John MacAllister, al otro lado del puerto. Diga lo que diga él, ella responde enseguida con esa vocecita apagada y sin vida: «Es muy cierto, John, ¡vaya por Dios!».

Ana y Leslie se echaron a reír. La risa de Ana era de plata y la de Leslie de oro, y la combinación de ambas resultaba tan satisfactoria como un acorde perfecto en música.

Susan, que entró pisándole los talones a las risas, les hizo eco con un sonoro suspiro.

—Pero Susan, ¿qué ocurre? —preguntó Gilbert.

—No le pasará nada al pequeño Jem, ¿verdad, Susan? —exclamó Ana, incorporándose alarmada.

—No, no, tranquilícese, mi querida señora doctora. Aunque sí ha pasado algo. Válgame Dios, esta semana todo se me ha vuelto del revés. Eché a perder el pan, como bien sabe usted, y chamusqué la pechera de la mejor camisa del doctor, y rompí su fuente grande. Y ahora, para colmo, llega la noticia de que mi hermana Matilda se ha roto una pierna y quiere que vaya a quedarme con ella una temporada.

—Ay, lo siento mucho..., quiero decir, siento que a tu hermana le haya pasado ese accidente —exclamó Ana.

—Ah, bueno, el hombre nació para el llanto, mi querida señora doctora. Suena como si debiera estar en la Biblia, pero me dicen que lo escribió una persona llamada Burns. Y no cabe duda de que el hombre nace para la aflicción, como las chispas se levantan para volar. En cuanto a Matilda, no sé qué pensar de ella. Nadie de nuestra familia se había roto nunca una pierna. Pero, haga lo que

haga, sigue siendo mi hermana, y siento que es mi deber ir a cuidarla, si es que puede prescindir de mí unas semanas, mi querida señora doctora.

—Claro que sí, Susan, claro que sí. Ya encontraré a alguien que me ayude mientras estás fuera.

—Si no puede, no me iré, mi querida señora doctora, por muchas piernas rotas que tenga Matilda. No voy a permitir que se preocupe usted, y que ese niño bendito se resienta por ello, por ninguna pierna del mundo.

—No, tienes que ir con tu hermana enseguida, Susan. Puedo conseguir una chica de la cala que sirva por una temporada.

—Ana, ¿me dejarás venir a quedarme contigo mientras Susan está fuera? —exclamó Leslie—. ¡Di que sí! Me encantaría..., y sería un acto de caridad por tu parte. Me siento espantosamente sola allí, en ese caserón enorme. Hay tan poco que hacer..., y por la noche es peor que soledad: tengo miedo y estoy nerviosa a pesar de las puertas cerradas con llave. Hace dos días anduvo por allí un vagabundo.

Ana accedió encantada, y al día siguiente Leslie quedó instalada como huésped de la casita de ensueño. La señorita Cornelia aprobó calurosamente el arreglo.

—Parece cosa de la Providencia —le confió a Ana—. Lo siento por Matilda Clow, pero, ya que tenía que romperse una pierna, no podría haber elegido mejor momento. Leslie estará aquí mientras Owen Ford esté en Four Winds, y esas viejas gatas de allá arriba, en el Glen, no van a tener ocasión de maullar, como la tendrían si ella viviera sola allá y Owen fuera a visitarla. Ya maúllan bastante tal como están las cosas, porque no se ha puesto de luto. A una de ellas le dije: «Si quieres decir que debería ponerse de luto por George Moore, a mí me parece más una resurrección que un funeral; y si te refieres a Dick, confieso que no le veo *yo* el sentido a vestirse de luto por un hombre que murió hace trece años, ¡y menos mal, la verdad!». Y cuando la vieja Louisa Baldwin me comentó que

le parecía muy raro que Leslie nunca hubiera sospechado que no era su propio marido, *yo* le dije: «*Tú* tampoco sospechaste nunca que no era Dick Moore, y eso que fuiste su vecina de al lado toda la vida, y por naturaleza eres diez veces más suspicaz que Leslie». Pero no hay quien pare la lengua de cierta gente, Ana, querida, y doy gracias de que Leslie vaya a estar bajo tu techo mientras Owen la corteja.

Owen Ford llegó a la casita una tarde de agosto, cuando Leslie y Ana estaban absortas en la adoración del bebé. Se detuvo en la puerta abierta del salón, sin que las dos mujeres lo vieran, contemplando con ojos ávidos aquel hermoso cuadro. Leslie estaba sentada en el suelo con el bebé en el regazo, dando besitos extasiados a sus manitas regordetas mientras él las agitaba en el aire.

—Ay, precioso, hermoso, adorado bebé —murmuraba ella, atrapando una de sus manitas diminutas y cubriéndola de besos.

—¿A que él ez la cozita más pweciosa del mundo entero? —canturreaba Ana, inclinada con adoración sobre el brazo de la silla—. Ezas manecitas tan chiquititas son las más dulcecitas de todo el mundo entero, ¿a que sí, hombrecito pwecioso?

En los meses anteriores a la llegada del pequeño Jem, Ana se había enfrascado con diligencia en varios volúmenes eruditos, y había depositado su fe, sobre todo, en uno titulado *El oráculo del cuidado y la crianza de los niños*. El Oráculo suplicaba a los padres, por todo lo que tuvieran de sagrado, que nunca hablasen a sus hijos en «media lengua». A los niños debía dirigírseles siempre en lenguaje clásico desde el mismo instante de su nacimiento. Así aprenderían a hablar un inglés sin mácula desde sus primeras palabras. «¿Cómo», preguntaba el Oráculo, «puede una madre esperar razonablemente que su hijo aprenda a hablar correctamente, cuando acostumbra continuamente su impresionable masa gris a expresiones tan absurdas y a distorsiones de nuestra noble lengua como las que las madres desconsideradas infligen cada día a las indefensas criaturas confiadas a su cuidado? ¿Puede un niño al que se llama continuamente «la cozita más pweciosa del

mundo» llegar jamás a formarse un concepto adecuado de su propio ser, de sus posibilidades y de su destino?»

A Ana le impresionó enormemente todo aquello, y le anunció a Gilbert que pensaba convertirlo en regla inflexible: nunca, bajo ninguna circunstancia, hablaría en «media lengua» a sus hijos. Gilbert estuvo de acuerdo, y ambos hicieron un pacto solemne al respecto; un pacto que Ana violó sin ningún pudor en el mismo instante en que pusieron al pequeño Jem en sus brazos. «¡Ay, la cozita más pweciosa del mundo!», había exclamado. Y no había dejado de violarlo desde entonces. Cuando Gilbert la tomaba el pelo por ello, ella se reía del Oráculo con desdén.

—Ese hombre nunca tuvo hijos propios, Gilbert; estoy segura de que no, o nunca habría escrito semejante disparate. No hay forma de evitar hablarle en media lengua a un bebé. Es lo natural..., y es lo *correcto*. Sería inhumano hablarle a esas criaturitas tan pequeñas, blandas y aterciopeladas igual que le hablamos a chicos y chicas ya crecidos. Los bebés necesitan cariño, mimos y toda la dulce media lengua que se les pueda dar, y el pequeño Jem la va a tener, que Dios bendiga su corazoncito pwecioso.

—Pero tú eres la peor que he oído en mi vida, Ana —protestó Gilbert, quien, por no ser madre sino solo padre, no estaba todavía del todo convencido de que el Oráculo se equivocase—. Nunca había oído nada parecido a cómo le hablas a ese niño.

—Es muy probable que no. Anda, vete, vete. ¿Acaso no crie a tres parejas de gemelos Hammond antes de cumplir los once años? Tú y el Oráculo no sois más que un par de teóricos de sangre fría. Gilbert, *mira* nada más cómo me sonríe: sabe perfectamente de qué estamos hablando. Y tú ejtás de acuewdo con cada palabwita que dice mamá, ¿a que sí, mi angelito?

Gilbert los rodeó a ambos con el brazo. —¡Ay, las madres! —dijo —. ¡Las madres! Dios sabía bien lo que hacía cuando os hizo.

Así que al pequeño Jem le hablaban, lo querían y lo mimaban, y él crecía y se criaba como correspondía a un hijo de la casa de

ensueño. Leslie estaba tan loca por él como Ana. Cuando terminaban sus quehaceres y Gilbert no andaba cerca, se entregaban a orgías desvergonzadas de arrumacos y a éxtasis de adoración, como aquel en que Owen Ford las había sorprendido.

Leslie fue la primera en darse cuenta de su presencia. Incluso en la penumbra del crepúsculo, Ana pudo ver la palidez repentina que le cubrió el hermoso rostro, borrando el carmín de los labios y las mejillas.

Owen avanzó, ansioso, ciego por un instante a la presencia de Ana.

—¡Leslie! —dijo, tendiéndole la mano. Era la primera vez que la llamaba por su nombre; pero la mano que Leslie le tendió estaba fría, y ella permaneció muy callada durante toda la velada, mientras Ana, Gilbert y Owen reían y conversaban juntos. Antes de que terminara la visita, Leslie se disculpó y subió a su cuarto. El buen humor de Owen decayó, y no tardó en marcharse con aire abatido.

Gilbert miró a Ana.

—Ana, ¿qué estás tramando? Aquí pasa algo que no acabo de entender. Todo el ambiente esta noche ha estado cargado de electricidad. Leslie está sentada como la musa de la tragedia; Owen Ford bromea y ríe por fuera, pero mira a Leslie con los ojos del alma. Y tú, todo el rato, pareces a punto de estallar de una excitación reprimida. Confiesa. ¿Qué secreto le has estado ocultando a tu pobre marido engañado?

—No seas ganso, Gilbert —fue la respuesta conyugal de Ana—. En cuanto a Leslie, está siendo absurda, y voy a subir a decírselo.

Ana encontró a Leslie junto al ventanal abuhardillado de su cuarto. La casita entera estaba llena del rumor rítmico del mar. Leslie estaba sentada, con las manos entrelazadas, bajo la brumosa luz de la luna: una presencia hermosa y acusadora.

—Ana —dijo con voz baja y reprobadora—, ¿sabías que Owen Ford venía a Four Winds?

—Lo sabía —dijo Ana con descaro.

—Ay, deberías habérmelo dicho, Ana —exclamó Leslie con vehemencia—. Si lo hubiera sabido, me habría marchado; no me habría quedado aquí para encontrarme con él. Deberías habérmelo dicho. No fue justo por tu parte, Ana, ¡no fue justo!

A Leslie le temblaban los labios y todo su cuerpo estaba tenso de emoción. Pero Ana se rio sin compasión. Se inclinó y besó el rostro reprobador que Leslie tenía vuelto hacia ella.

—Leslie, eres una ganso adorable. Owen Ford no cruzó a toda prisa del Pacífico al Atlántico movido por un ardiente deseo de verme a *mí*. Tampoco creo que lo impulsara ninguna pasión desatada y frenética por la señorita Cornelia. Quítate esos aires trágicos, querida amiga, dóblalos bien y guárdalos entre espliego. Nunca más los vas a necesitar. Hay gente capaz de ver a través de una piedra de molino cuando tiene un agujero, aunque tú no puedas. No soy profetisa, pero me voy a arriesgar a hacer una predicción: para ti, lo más amargo de la vida ya ha pasado. De ahora en adelante vas a tener las alegrías y las esperanzas —y me atrevería a decir que también los pesares— de una mujer feliz. El presagio de la sombra de Venus se cumplió para ti, Leslie. El año en que la viste te trajo el mejor regalo de tu vida: tu amor por Owen Ford. Y ahora, vete derecha a la cama y duerme bien.

Leslie obedeció la orden en la medida en que se acostó, pero es dudoso que durmiera mucho. No creo que se atreviera a soñar despierta; la vida había sido tan dura para esta pobre Leslie, el camino que había tenido que recorrer había sido tan estrecho, que no podía susurrarle a su propio corazón las esperanzas que quizá la aguardaban en el futuro. Pero se quedó mirando la gran luz giratoria que sembraba de estrellas las cortas horas de la noche de verano, y sus ojos se volvieron de nuevo suaves, brillantes y jóvenes. Y cuando, al día siguiente, Owen Ford vino a pedirle que fuera con él a la orilla, no le dijo que no.

Capítulo 37. La señorita Cornelia hace un anuncio sorprendente

La señorita Cornelia arribó a la casita una tarde somnolienta, cuando el golfo tenía ese azul pálido y descolorido de los mares de agosto, y los lirios anaranjados junto a la verja del jardín de Ana alzaban sus cálices imperiales para que los llenara el oro fundido del sol de agosto. No es que a la señorita Cornelia le preocuparan los océanos pintados ni los lirios sedientos de sol. Se sentó en su mecedora favorita con una ociosidad poco habitual en ella. No cosía, ni tampoco hilaba. Ni pronunció una sola palabra despectiva sobre ninguna porción de la humanidad. En resumen, la conversación de la señorita Cornelia estuvo aquel día singularmente falta de sal, y Gilbert, que se había quedado en casa para escucharla en lugar de irse a pescar como tenía pensado, se sintió agraviado. ¿Qué le pasaba a la señorita Cornelia? No parecía abatida ni preocupada. Al contrario, se advertía en ella cierto aire de nerviosa exaltación.

—¿Dónde está Leslie? —preguntó, aunque tampoco como si le importara demasiado.

—Owen y ella se han ido a coger frambuesas al bosque, detrás de su granja —respondió Ana—. No volverán antes de la cena, y aun así no es seguro.

—Esos dos no parecen tener ni idea de que existen los relojes —dijo Gilbert—. No consigo llegar al fondo de este asunto. Estoy seguro de que las mujeres han estado moviendo hilos. Pero Ana,

esposa desleal, no me lo quiere contar. ¿Me lo dirá usted, señorita Cornelia?

—No, no pienso decírtelo. Pero —dijo la señorita Cornelia, con el aire de quien está decidida a tirarse de cabeza y terminar cuanto antes—, os voy a contar otra cosa. He venido hoy justamente para eso. Me caso.

Ana y Gilbert se quedaron callados. Si la señorita Cornelia hubiera anunciado su intención de irse al canal a ahogarse, la cosa habría resultado más creíble. Esto no lo era. Así que esperaron. Sin duda la señorita Cornelia se había equivocado.

—Bueno, los dos ponéis cara de pasmo —dijo la señorita Cornelia, con un brillo travieso en los ojos. Ahora que el momento incómodo de la revelación había pasado, la señorita Cornelia volvía a ser ella misma—. ¿Creéis que soy demasiado joven e inexperta para el matrimonio?

—Pues... la verdad, esto *sí* que resulta bastante asombroso —dijo Gilbert, tratando de recobrar la compostura—. Le he oído decir veinte veces que usted no se casaría ni con el mejor hombre del mundo.

—No voy a casarme con el mejor hombre del mundo —replicó la señorita Cornelia—. Marshall Elliott está muy lejos de serlo.

—¿Va a casarse con Marshall Elliott? —exclamó Ana, recuperando el habla ante esta segunda sacudida.

—Sí. Podría haberlo tenido en cualquier momento de estos últimos veinte años, con solo levantar un dedo. Pero ¿te crees que iba yo a entrar en la iglesia del brazo de un pajar ambulante como ese?

—Estoy segura de que nos alegramos muchísimo..., y le deseamos toda la felicidad del mundo —dijo Ana, de un modo que ella misma sintió plano e insuficiente. No estaba preparada para una ocasión así. Nunca se había imaginado dándole a la señorita Cornelia la enhorabuena por un compromiso matrimonial.

—Gracias, ya sabía que lo haríais —dijo la señorita Cornelia—. Sois los primeros de mis amigos en saberlo.

—Aun así, sentiremos mucho perderla, querida señorita Cornelia —dijo Ana, empezando a ponerse un poco triste y sentimental.

—Ah, no me vais a perder —dijo la señorita Cornelia, sin el menor sentimentalismo—. No pensaréis que me voy a ir a vivir al otro lado del puerto, con todos esos MacAllister y Elliott y Crawford, ¿verdad? «Del engreimiento de los Elliott, del orgullo de los MacAllister y de la vanagloria de los Crawford, líbranos, buen Señor.» Marshall se viene a vivir a mi casa. Estoy harta y cansada de mozos de labranza. Ese Jim Hastings que tengo este verano es sencillamente lo peor de la especie. Es capaz de empujar a cualquiera a casarse. ¿Sabéis qué hizo? Ayer volcó la mantequera y me derramó por el patio toda la nata de una batida. ¡Y no le importó ni un pelo! Se limitó a soltar una risita boba y a decir que la nata era buena para la tierra. ¿No fue muy de hombre? Le dije que yo no tenía por costumbre abonar mi patio trasero con nata.

—Bueno, yo también le deseo toda clase de felicidad, señorita Cornelia —dijo Gilbert con solemnidad—; pero —añadió, incapaz de resistir la tentación de tomarle el pelo a la señorita Cornelia, pese a las miradas suplicantes de Ana—, me temo que sus días de independencia han terminado. Como usted bien sabe, Marshall Elliott es un hombre muy tenaz.

—A mí me gusta un hombre que sepa mantenerse firme en algo —replicó la señorita Cornelia—. Amos Grant, que anduvo detrás de mí hace años, no sabía. Jamás se ha visto veleta semejante. Una vez se tiró al estanque para ahogarse, y luego cambió de idea y salió nadando otra vez. ¿No fue muy de hombre? Marshall se habría mantenido firme y se habría ahogado.

—Y tiene su genio, según dicen —insistió Gilbert.

—No sería un Elliott si no lo tuviera. Doy gracias de que lo tenga. Va a ser muy divertido hacerle enfadar. Y con un hombre de genio siempre se puede conseguir algo a la hora del arrepentimiento. Pero

con un hombre que se limita a estar plácido y exasperante, no se puede hacer nada.

—Ya sabe usted que es *grit*, señorita Cornelia.

—Sí, lo *es* —admitió la señorita Cornelia con cierta tristeza—. Y claro está que no hay esperanza de hacer de él un conservador. Pero al menos es presbiteriano. Así que supongo que tendré que conformarme con eso.

—¿Se casaría con él si fuera metodista, señorita Cornelia?

—No, no me casaría. La política es para este mundo, pero la religión es para los dos mundos.

—Y puede que, después de todo, acabe usted siendo «relicta», señorita Cornelia.

—Yo no. Marshall me va a enterrar a mí. Los Elliott son longevos, y los Bryant no.

—¿Cuándo se casan? —preguntó Ana.

—Dentro de un mes, más o menos. Mi vestido de novia va a ser de seda azul marino. Y quiero preguntarte, Ana, querida, si te parece que estaría bien llevar velo con un vestido azul marino. Siempre pensé que me gustaría llevar velo si alguna vez me casaba. Marshall dice que lo lleve si quiero. ¿No es muy de hombre?

—¿Por qué no iba a llevarlo, si es lo que quiere? —preguntó Ana.

—Bueno, una no quiere ser distinta de los demás —dijo la señorita Cornelia, que no se parecía de manera apreciable a nadie más sobre la faz de la tierra—. Como digo, a mí me gusta la idea del velo. Pero puede que no deba llevarse más que con un vestido blanco. Dime de verdad lo que piensas, Ana, querida. Haré lo que tú me aconsejes.

—No creo que se suela llevar velo más que con vestidos blancos —admitió Ana—, pero eso no es más que una convención; y yo pienso como el señor Elliott, señorita Cornelia. No veo ninguna buena razón para que no lleve usted velo si es lo que quiere.

Pero la señorita Cornelia, que hacía sus visitas en batas de percal, negó con la cabeza.

—Si no es lo correcto, no lo llevaré —dijo, con un suspiro de pesar por un sueño perdido.

—Ya que está usted decidida a casarse, señorita Cornelia —dijo Gilbert con solemnidad—, voy a darle las excelentes reglas para el manejo de un marido que mi abuela le dio a mi madre cuando esta se casó con mi padre.

—Bueno, yo diría que puedo manejar a Marshall Elliott —dijo la señorita Cornelia con placidez—. Pero oigamos tus reglas.

—La primera es: cácelo.

—Ese ya está cazado. Sigue.

—La segunda es: dele usted bien de comer.

—Con suficiente tarta. ¿Qué más?

—La tercera y la cuarta son: no le quite usted el ojo de encima.

—Te creo —dijo la señorita Cornelia con énfasis.

Capítulo 38. Rosas rojas

Aquel agosto, el jardín de la casita era un paraje muy querido de las abejas y estaba enrojecido por las rosas tardías. La gente de la casita vivía mucho en él, y tenía la costumbre de cenar de campo en el rincón de hierba que quedaba más allá del arroyo y de quedarse allí sentada durante los crepúsculos, cuando grandes mariposas nocturnas cruzaban navegando la penumbra aterciopelada. Una tarde, Owen Ford encontró allí a Leslie sola. Ana y Gilbert habían salido, y Susan, a quien se esperaba de vuelta aquella noche, aún no había regresado.

El cielo del norte era de ámbar y verde pálido por encima de las copas de los abetos. El aire era fresco, porque agosto se acercaba ya a septiembre, y Leslie llevaba un chal carmesí sobre el vestido blanco. Juntos vagaron en silencio por los senderos pequeños, amables, atestados de flores. Owen tenía que marcharse pronto. Sus vacaciones estaban casi terminadas. Leslie sintió que el corazón le latía desbocado. Sabía que aquel jardín querido iba a ser el escenario de las palabras definitivas que debían sellar un entendimiento aún no puesto en palabras.

—Algunas tardes baja por el aire de este jardín un olor extraño, como un perfume fantasma —dijo Owen—. Nunca he conseguido descubrir de qué flor viene exactamente. Es esquivo y obsesionante, y maravillosamente dulce. Me gusta imaginar que es el alma de la abuela Selwyn, que pasa a hacer una breve visita al viejo rincón que tanto quiso. Tiene que haber un montón de fantasmas amistosos rondando esta casita vieja.

—Solo he vivido bajo su techo un mes —dijo Leslie—, pero la quiero como nunca quise la casa de allá enfrente, donde he vivido toda mi vida.

—Esta casa fue edificada y consagrada por el amor —dijo Owen—. Las casas así *tienen* que ejercer una influencia sobre los que viven en ellas. Y este jardín... tiene más de sesenta años, y la historia de mil esperanzas y de mil alegrías está escrita en sus flores. Algunas de ellas las plantó realmente la novia del maestro, y hace treinta años que murió. Y sin embargo siguen floreciendo cada verano. Mira esas rosas rojas, Leslie... ¡cómo reinan sobre todo lo demás!

—Me encantan las rosas rojas —dijo Leslie—. A Ana le gustan más las rosadas, y a Gilbert, las blancas. Pero yo quiero las carmesíes. Satisfacen en mí un anhelo que ninguna otra flor satisface.

—Estas rosas son muy tardías... florecen cuando todas las demás se han ido... y guardan todo el calor y toda el alma del verano llegado a su plenitud —dijo Owen, arrancando algunos de aquellos capullos encendidos y a medio abrir.

—La rosa es la flor del amor: el mundo la ha aclamado así durante siglos. Las rosas rosadas son el amor esperanzado y a la espera; las blancas, el amor muerto o abandonado; pero las rojas... ah, Leslie, ¿qué son las rosas rojas?

—El amor triunfante —dijo Leslie en voz baja.

—Sí, el amor triunfante y perfecto. Leslie, tú lo sabes... tú lo entiendes. Te he querido desde el primer momento. Y *sé* que tú me quieres... no necesito preguntártelo. Pero quiero oírtelo decir... ¡amor mío, amor mío!

Leslie dijo algo en voz muy baja y temblorosa. Sus manos y sus labios se encontraron; era para ellos el momento supremo de la vida, y allí, de pie en el viejo jardín, con sus muchos años de amor y de deleite y de dolor y de gloria, él le coronó el cabello luminoso con la rosa roja, roja, del amor triunfante.

Ana y Gilbert volvieron al poco rato, acompañados por el capitán Jim. Ana encendió unos palos de leña de deriva en la chimenea, por puro amor a aquellas llamas de duendes, y se sentaron alrededor durante una hora de grata camaradería.

—Cuando me quedo mirando un fuego de leña de deriva, es fácil creerse joven otra vez —dijo el capitán Jim.

—¿Sabe usted leer el porvenir en el fuego, capitán Jim? —preguntó Owen.

El capitán Jim los miró a todos con afecto y luego volvió los ojos al rostro vivo y a la mirada encendida de Leslie.

—No necesito el fuego para leerles el porvenir —dijo—. Veo felicidad para todos ustedes... para todos ustedes... para Leslie y el señor Ford... y para el doctor aquí presente y la señora Blythe... y para el pequeño Jem... y para los hijos que aún no han nacido y nacerán. Felicidad para todos ustedes... aunque, ojo, calculo yo que también tendrán sus apuros, sus preocupaciones y sus penas. Han de venir por fuerza... y no hay casa, sea un palacio o una casita de ensueño, que pueda dejarlos fuera. Pero no podrán con ustedes si los afrontan *juntos*, con amor y con confianza. Con esos dos por brújula y por piloto se capea cualquier tormenta.

El viejo se levantó de pronto y puso una mano en la cabeza de Leslie y otra en la de Ana.

—Dos mujeres buenas y dulces —dijo—. Fieles y leales, y de las que uno puede fiarse. Sus maridos serán conocidos en las puertas gracias a ustedes; sus hijos se levantarán y las llamarán bienaventuradas en los años por venir.

Había una extraña solemnidad en aquella escena breve. Ana y Leslie inclinaron la cabeza como quien recibe una bendición. Gilbert se pasó de pronto la mano por los ojos; Owen Ford estaba arrebatado como quien tiene visiones. Todos callaron un rato. La casita de ensueño añadió otro momento punzante e inolvidable a su reserva de recuerdos.

—Ahora tengo que irme —dijo por fin el capitán Jim, despacio. Cogió el sombrero y recorrió la habitación con una mirada que se demoraba.

—Buenas noches a todos —dijo al salir.

A Ana la traspasó la melancolía insólita de aquella despedida, y corrió tras él hasta la puerta.

—Vuelva pronto, capitán Jim —le gritó, mientras él cruzaba la cancela pequeña colgada entre los abetos.

—¡A la orden, a la orden! —le respondió él, alegre. Pero el capitán Jim se había sentado junto al viejo hogar de la casa de ensueño por última vez.

Ana volvió despacio con los demás.

—Es tan... tan lastimoso pensar que se va solo, allá abajo, a esa Punta solitaria —dijo—. Y allí no hay nadie que lo reciba.

—El capitán Jim es tan buena compañía para los demás que no puede uno imaginárselo siendo otra cosa que buena compañía para sí mismo —dijo Owen—. Pero tiene que sentirse solo muchas veces. Esta noche había en él algo de vidente... hablaba como aquel a quien le ha sido dado hablar. En fin, yo también tengo que irme.

Ana y Gilbert se esfumaron con discreción; pero, cuando Owen se hubo marchado, Ana volvió y encontró a Leslie de pie junto al hogar.

—Ay, Leslie... ya lo sé... y me alegro tantísimo, querida —dijo, rodeándola con los brazos.

—Ana, mi felicidad me da miedo —susurró Leslie—. Parece demasiado grande para ser real... tengo miedo de hablar de ella, hasta de pensarla. Me parece que no puede ser más que otro sueño de esta casa de ensueño y que se desvanecerá cuando me vaya de aquí.

—Pues no vas a irte de aquí... hasta que Owen te lleve. Te quedas conmigo hasta que llegue ese momento. ¿Crees que iba a dejarte volver a aquel sitio triste y solitario?

—Gracias, querida. Pensaba preguntarte si podía quedarme contigo. No quería volver allí... sería como volver otra vez al frío y a la desolación de la vida antigua. Ana, Ana, qué amiga has sido para mí... «una mujer buena y dulce, fiel y leal, y de las que uno puede fiarse»... el capitán Jim te retrató de un plumazo.

—Dijo «mujeres», no «mujer» —sonrió Ana—. Puede que el capitán Jim nos vea a las dos a través de los cristales de color de rosa del cariño que nos tiene. Pero al menos podemos intentar estar a la altura de lo que cree de nosotras.

—¿Te acuerdas, Ana —dijo Leslie despacio—, de que una vez dije, aquella noche en que nos encontramos en la orilla, que odiaba mi hermosura? Era verdad... entonces. Siempre me pareció que, de haber sido fea, a Dick nunca se le habría ocurrido pensar en mí. Odiaba mi belleza porque lo había atraído a él, pero ahora... ay, me alegro de tenerla. Es lo único que puedo ofrecerle a Owen; su alma de artista se deleita en ella. Siento que no llego a él del todo con las manos vacías.

—Owen ama tu belleza, Leslie. ¿Quién no la amaría? Pero es una tontería que digas o pienses que es lo único que le llevas. Ya te lo dirá *él*; no hace falta que te lo diga yo. Y ahora tengo que cerrar la casa. Esperaba a Susan esta noche, pero no ha venido.

—Ah, sí que he venido, aquí estoy, mi querida señora doctora —dijo Susan, entrando de improviso desde la cocina—, ¡y resoplando como una gallina que tirara de una carreta, para más señas! Hay un buen paseo desde el Glen hasta aquí abajo.

—Me alegro de que hayas vuelto, Susan. ¿Cómo está tu hermana?

—Ya puede sentarse, pero, por supuesto, todavía no camina. Sin embargo, ahora se las arregla muy bien sin mí, porque su hija ha vuelto a casa de vacaciones. Y doy gracias por estar de vuelta, mi querida señora doctora. A Matilda se le rompió la pierna, eso no admite duda, pero la lengua no se le rompió. Sería capaz de quitarle las patas a un puchero de hierro a fuerza de hablar, ya lo creo que sí, mi querida señora doctora, aunque me duela decirlo de mi propia

hermana. Siempre fue muy habladora y, aun así, fue la primera de nuestra familia en casarse. La verdad es que no tenía mucho interés en casarse con James Clow, pero no soportaba la idea de hacerle un feo. No es que James no sea un buen hombre: el único defecto que le encuentro es que siempre empieza la bendición de la mesa con un gemido de ultratumba, mi querida señora doctora. Siempre me espanta el apetito del todo. Y hablando de casarse, mi querida señora doctora, ¿es cierto que Cornelia Bryant va a casarse con Marshall Elliott?

—Sí, cierto del todo, Susan.

—Pues, mi querida señora doctora, a mí *no* me parece justo. Aquí estoy yo, que nunca he dicho una palabra contra los hombres, y no consigo casarme de ninguna manera. Y ahí está Cornelia Bryant, que no para de ponerlos de vuelta y media, y no tiene más que alargar la mano y coger uno, como quien dice. Es un mundo muy extraño, mi querida señora doctora.

—Hay otro mundo, ya lo sabes, Susan.

—Sí —dijo Susan con un hondo suspiro—, pero, mi querida señora doctora, allí ni se casan ni se dan en casamiento.

Capítulo 39. El capitán Jim cruza la barra

Un día de finales de septiembre llegó por fin el libro de Owen Ford. El capitán Jim había ido fielmente a la oficina de correos del Glen todos los días durante un mes, esperándolo. Aquel día no había ido, y Leslie trajo a casa el ejemplar de él junto con el suyo y el de Ana.

—Se lo bajaremos esta tarde —dijo Ana, emocionada como una colegiala.

El largo paseo hasta la Punta por el camino rojo del puerto, en aquel atardecer claro y seductor, fue muy agradable. Luego el sol se hundió detrás de las colinas del oeste, en algún valle que debía de estar lleno de ocasos perdidos, y en ese mismo instante el gran faro rompió a brillar en la torre blanca de la punta.

—El capitán Jim no se retrasa ni una fracción de segundo —dijo Leslie.

Ni Ana ni Leslie olvidaron nunca la cara del capitán Jim cuando le entregaron el libro... *su* libro, transfigurado y glorificado. Las mejillas, que de un tiempo a esa parte se le habían quedado descoloridas, se le encendieron de pronto con el color de la niñez; los ojos le ardieron con todo el fuego de la juventud; pero las manos le temblaban al abrirlo.

Se titulaba sencillamente *El libro de la vida del capitán Jim*, y en la portada figuraban impresos, como colaboradores, los nombres de Owen Ford y James Boyd. El frontispicio era una fotografía del

propio capitán Jim, de pie en la puerta del faro, mirando el golfo. Owen Ford lo había «pillado» con la cámara un día, mientras se escribía el libro. El capitán Jim lo sabía, pero no sabía que la fotografía iba a salir en el libro.

—Fíjense ustedes —dijo—, el viejo marino ahí mismo, en un libro impreso de verdad. Este es el día más orgulloso de mi vida. Voy a reventar, muchachas. Esta noche no pego ojo. Me leo mi libro de cabo a rabo antes de que salga el sol.

—Nos vamos ahora mismo y lo dejamos libre para que lo empiece —dijo Ana.

El capitán Jim había estado manejando el libro con una especie de arrobo reverente. Ahora lo cerró con decisión y lo dejó a un lado.

—No, no, no se van ustedes sin tomar antes una taza de té con el viejo —protestó—. No podría consentirlo, ¿verdad que no, Matey? El libro de la vida se aguanta, calculo yo. Lo he esperado muchos años. Bien puedo esperar un poco más mientras disfruto de mis amigas.

El capitán Jim se movió de acá para allá, poniendo el agua a hervir y sacando el pan y la mantequilla. A pesar de su emoción, no se movía con la viveza de antes. Sus movimientos eran lentos y vacilantes. Pero las muchachas no se ofrecieron a ayudarlo. Sabían que le heriría el amor propio.

—Han escogido ustedes la tarde justa para visitarme —dijo, sacando un pastel de la alacena—. La madre del pequeño Joe me mandó hoy un cesto grande lleno de pasteles y de tartas. Bendición sobre todas las buenas cocineras, digo yo. Miren qué pastel más hermoso, todo cubierto de glaseado y de nueces. Pocas veces puedo agasajar a nadie con semejante estilo. ¡Ataquen, muchachas, ataquen! Vamos a «alzar una copa de amistad por los viejos tiempos».

Las muchachas «atacaron» con toda alegría. El té estaba a la altura de los mejores que preparaba el capitán Jim. El pastel de la madre del pequeño Joe era la última palabra en pasteles; el capitán Jim fue el príncipe de los anfitriones corteses, y ni siquiera permitió

que los ojos se le fueran al rincón donde reposaba el libro de la vida, con toda su gala de verde y oro. Pero, cuando la puerta se cerró por fin detrás de Ana y de Leslie, ellas supieron que fue derecho hacia él, y, mientras volvían a casa, se imaginaban el deleite del viejo inclinado sobre aquellas páginas impresas en las que su propia vida estaba retratada con todo el encanto y todo el color de la realidad misma.

—Me pregunto qué le parecerá el final... el final que sugerí yo —dijo Leslie.

Nunca llegaría a saberlo. A la mañana siguiente, muy temprano, Ana se despertó y encontró a Gilbert inclinado sobre ella, vestido del todo y con una expresión de inquietud en el rostro.

—¿Te han llamado? —preguntó, medio dormida.

—No. Ana, me temo que pasa algo en la Punta. Hace ya una hora que ha salido el sol, y el faro sigue encendido. Ya sabes que para el capitán Jim siempre ha sido cuestión de orgullo encender el faro en el instante mismo en que se pone el sol y apagarlo en el instante mismo en que sale.

Ana se incorporó, consternada. Por la ventana vio la luz que parpadeaba, pálida, contra el cielo azul del amanecer.

—A lo mejor se ha quedado dormido sobre su libro de la vida —dijo, angustiada—, o se ha ensimismado tanto en él que se ha olvidado del faro.

Gilbert negó con la cabeza.

—Eso no sería propio del capitán Jim. De todos modos, voy a bajar a ver.

—Espera un momento y voy contigo —exclamó Ana—. Ay, sí, tengo que ir... el pequeño Jem dormirá todavía una hora, y avisaré a Susan. Puede que necesites la ayuda de una mujer si el capitán Jim está enfermo.

Era una mañana exquisita, llena de matices y de sonidos maduros y delicados a un tiempo. El puerto centelleaba y se hacía hoyuelos como una muchacha; gaviotas blancas planeaban sobre las dunas; más allá de la barra había un mar reluciente, maravilloso. Los campos largos de la orilla estaban frescos y cubiertos de rocío en aquella primera luz fina, de tintes purísimos. El viento subía bailando y silbando por el canal para sustituir aquel hermoso silencio por una música más hermosa todavía. De no haber sido por la estrella funesta de la torre blanca, aquel paseo temprano habría sido una delicia para Ana y Gilbert. Pero iban con paso quedo, y con miedo.

Nadie respondió a su llamada. Gilbert abrió la puerta y entraron.

La vieja habitación estaba muy silenciosa. Sobre la mesa quedaban los restos del pequeño festín de la tarde. La lámpara seguía encendida en la mesita del rincón. El Primer Oficial dormía en un cuadrado de sol, junto al sofá.

El capitán Jim yacía en el sofá, con las manos cruzadas sobre el libro de la vida, abierto por la última página y apoyado sobre el pecho. Tenía los ojos cerrados, y en el rostro, una expresión de paz y de felicidad perfectas: la expresión de quien ha buscado mucho tiempo y por fin ha encontrado.

—¿Está dormido? —susurró Ana, temblorosa.

Gilbert se acercó al sofá y se inclinó sobre él unos instantes. Luego se irguió.

—Sí, duerme... bien —añadió en voz baja—. Ana, el capitán Jim ha cruzado la barra.

No pudieron saber con exactitud a qué hora había muerto, pero Ana creyó siempre que había obtenido lo que deseaba y que se hizo a la mar cuando la mañana llegó cruzando el golfo. Sobre aquella marea luminosa se alejó a la deriva su espíritu, sobre el mar amanecido de perla y de plata, hacia el refugio donde esperaba Margaret la perdida, más allá de las tormentas y de las calmas.

Capítulo 40. Adiós a la casa de ensueño

El capitán Jim fue enterrado en el pequeño cementerio del otro lado del puerto, muy cerca del lugar donde dormía la damita blanca. Sus parientes le levantaron un «monumento» carísimo y feísimo, un monumento del que él se habría burlado con sorna de haberlo visto en vida. Pero su verdadero monumento estaba en los corazones de quienes lo conocieron, y en el libro que iba a vivir durante generaciones.

Leslie lamentaba que el capitán Jim no hubiera vivido para ver el éxito asombroso que tuvo.

—¡Cómo habría disfrutado con las críticas! Casi todas son muy benévolas. Y haber visto su libro de la vida encabezando las listas de los libros más vendidos... ay, ¡si hubiera podido vivir para verlo, Ana!

Pero Ana, a pesar de su dolor, era más sabia.

—Lo que a él le importaba era el libro en sí, Leslie, no lo que pudieran decir de él, y lo tuvo. Lo leyó entero. Aquella última noche tuvo que ser de las más felices de su vida, y por la mañana llegó el final rápido y sin dolor que él había esperado. Me alegro, por Owen y por ti, de que el libro sea semejante éxito, pero el capitán Jim quedó satisfecho... lo *sé*.

La estrella del faro seguía montando su guardia nocturna; habían enviado a la Punta un farero suplente, hasta que un gobierno omnisciente pudiera decidir cuál de los muchos aspirantes era el más apto para el puesto... o el que tenía mejores padrinos. El Primer

Oficial estaba como en su casa en la casita, querido por Ana, por Gilbert y por Leslie, y tolerado por una Susan que sentía escasa afición por los gatos.

—Puedo soportarlo por el capitán Jim, mi querida señora doctora, porque al viejo le tenía yo aprecio. Y me ocuparé de que no le falte bocado ni trago, y de que se lleve todos los ratones que caigan en las trampas. Pero no me pida usted más que eso, mi querida señora doctora. Los gatos son gatos, y créame usted, nunca serán otra cosa. Y por lo menos, mi querida señora doctora, manténgalo lejos del bendito hombrecito. Imagínese usted qué espanto si fuera a sorberle el aliento a la criatura.

—Eso sí que podría llamarse con toda propiedad una *gat*ástrofe —dijo Gilbert.

—Ah, usted ríase, mi querido doctor, pero no sería cosa de risa.

—Los gatos no les sorben nunca el aliento a los bebés —dijo Gilbert—. Eso no es más que una vieja superstición, Susan.

—Bueno, puede que sea superstición y puede que no, mi querido doctor. Lo único que yo sé es que ha ocurrido. El gato de la mujer del sobrino del marido de mi hermana le sorbió el aliento a su niño, y la pobre criatura inocente estaba ya casi ida cuando la encontraron. Y sea superstición o no lo sea, si encuentro a esa bestia amarilla merodeando cerca de nuestro niño le arreo con el atizador, mi querida señora doctora.

El señor y la señora de Marshall Elliott vivían cómoda y armoniosamente en la casa verde. Leslie andaba atareada con la costura, porque Owen y ella iban a casarse por Navidad. Ana se preguntaba qué haría cuando Leslie se marchara.

—Los cambios llegan sin parar. En cuanto las cosas se ponen verdaderamente bien, cambian —dijo con un suspiro.

—La vieja finca de los Morgan, allá arriba en el Glen, está en venta —dijo Gilbert, sin venir a cuento de nada en particular.

—¿Ah, sí? —preguntó Ana con indiferencia.

—Sí. Ahora que el señor Morgan ya no está, la señora Morgan quiere irse a vivir con sus hijos a Vancouver. Venderá barato, porque una finca tan grande en un pueblo tan pequeño como el Glen no será nada fácil de colocar.

—Bueno, desde luego es una finca preciosa, así que lo más probable es que encuentre comprador —dijo Ana, distraída, preguntándose si haría vainica o punto de espiga en los vestidos «cortos» del pequeño Jem. La semana siguiente lo pasaban a ropa corta, y a Ana le daban ganas de llorar solo de pensarlo.

—¿Y si la compráramos nosotros, Ana? —observó Gilbert con calma.

Ana dejó caer la costura y se lo quedó mirando.

—¿No lo dirás en serio, Gilbert?

—Claro que sí, querida.

—¿Y dejar este rincón adorado... nuestra casa de ensueño? —dijo Ana, incrédula—. Ay, Gilbert, ¡es... es impensable!

—Escúchame con paciencia, querida. Sé perfectamente lo que sientes. Yo siento lo mismo. Pero siempre hemos sabido que algún día tendríamos que mudarnos.

—Ay, pero no tan pronto, Gilbert... todavía no.

—Puede que no volvamos a tener nunca una ocasión así. Si no compramos la finca de los Morgan, la comprará otro, y no hay en el Glen ninguna otra casa que quisiéramos tener, ni ningún otro solar realmente bueno donde construir. Esta casita es... bueno, es y ha sido para nosotros lo que ninguna otra casa podrá ser jamás, lo reconozco, pero ya sabes que aquí abajo queda muy apartado para un médico. Hemos notado el inconveniente, aunque le hayamos sacado el mejor partido. Y ahora se nos queda justa. Puede que dentro de unos años, cuando Jem quiera un cuarto para él solo, resulte francamente pequeña.

—Ay, lo sé... lo sé —dijo Ana, con los ojos llenos de lágrimas—. Sé todo lo que puede decirse en contra, pero la quiero tanto... y esto es tan hermoso.

—Te sentirías muy sola aquí cuando Leslie se vaya... y el capitán Jim también se ha ido. La finca de los Morgan es preciosa, y con el tiempo llegaríamos a quererla. Sabes que siempre la has admirado, Ana.

—Ay, sí, pero... pero... todo esto ha surgido tan de repente, Gilbert. Estoy mareada. Hace diez minutos no se me pasaba por la cabeza dejar este rincón querido. Estaba planeando lo que pensaba hacer aquí en primavera... lo que pensaba hacer en el jardín. Y si nos vamos de aquí, ¿quién se quedará la casa? *Sí* que está apartada, así que lo más probable es que la alquile alguna familia pobre, desastrada y errante... y que la invada de arriba abajo... y ay, eso sería una profanación. Me dolería horrores.

—Lo sé. Pero no podemos sacrificar nuestros propios intereses a consideraciones así, Ana mía. La finca de los Morgan nos vendrá bien en todo lo esencial; de verdad que no podemos permitirnos perder una ocasión semejante. Piensa en aquel césped enorme con aquellos árboles viejos y magníficos; y en aquel espléndido bosque de frondosas de detrás: cinco hectáreas de bosque. ¡Vaya sitio para que jueguen nuestros hijos! Hay también un buen huerto de frutales, y siempre has admirado aquella tapia alta de ladrillo que rodea el jardín, con su puerta; siempre te ha parecido igual que un jardín de cuento. Y desde la finca de los Morgan hay una vista del puerto y de las dunas casi tan hermosa como desde aquí.

—Desde allí no se ve la estrella del faro.

—Sí que se ve: desde la ventana de la buhardilla. *Ahí* tienes otra ventaja, Ana mía: a ti te encantan los desvanes grandes.

—No hay arroyo en el jardín.

—Bueno, no, pero hay uno que atraviesa el bosquecillo de arces y va a dar al estanque del Glen. Y el estanque mismo no queda lejos.

Podrás imaginarte que tienes otra vez tu propio Lago de las Aguas Brillantes.

—Bueno, no digas nada más de esto por ahora, Gilbert. Dame tiempo para pensar... para hacerme a la idea.

—De acuerdo. No hay mucha prisa, desde luego. Solo que... si decidimos comprarla, convendría estar mudados e instalados antes del invierno.

Gilbert salió, y Ana guardó con manos temblorosas los vestidos cortos del pequeño Jem. Aquel día no pudo coser más. Con los ojos húmedos de lágrimas vagó por el pequeño dominio donde había reinado como reina tan feliz. La finca de los Morgan era todo lo que Gilbert decía. Los terrenos eran hermosos; la casa, lo bastante vieja para tener dignidad y sosiego y tradiciones, y lo bastante nueva para ser cómoda y moderna. Ana siempre la había admirado; pero admirar no es amar, y ella amaba tanto aquella casa de ensueño... Amaba *todo* lo que había en ella: el jardín que había cuidado, y que tantas mujeres habían cuidado antes que ella; el brillo y el centelleo del arroyito que se deslizaba tan travieso por el rincón; la cancela entre los abetos que chirriaban; el viejo escalón de arenisca roja; los álamos lombardos majestuosos; las dos vitrinas diminutas y curiosas que había sobre la repisa de la chimenea en la sala de estar; la puerta torcida de la despensa en la cocina; las dos graciosas ventanas abuhardilladas de arriba; el pequeño recodo de la escalera... ¡si aquellas cosas eran parte de ella! ¿Cómo iba a dejarlas?

¡Y cómo aquella casita, consagrada antaño por el amor y la alegría, se había vuelto a consagrar para ella con su felicidad y su dolor! Allí había pasado su luna de miel; allí la pequeña Joyce había vivido su único día breve; allí la dulzura de la maternidad había vuelto con el pequeño Jem; allí había oído la música exquisita de la risa de arrullo de su niño; allí se habían sentado junto a su chimenea los amigos queridos. La alegría y la pena, el nacimiento y la muerte, habían hecho sagrada para siempre aquella casita de ensueño.

Y ahora tenía que dejarla. Lo sabía, incluso mientras le llevaba la contraria a Gilbert. Se les había quedado pequeña. Los intereses de Gilbert hacían necesario el cambio; su trabajo, por próspero que hubiera sido, estaba entorpecido por el sitio en que vivían. Ana comprendió que se acercaba el fin de su vida en aquel lugar querido y que debía afrontarlo con valentía. Pero ¡cómo le dolía el corazón!

—Será como arrancarme algo de la vida —sollozó—. Y ay, si al menos pudiera esperar que viniera aquí gente agradable en nuestro lugar... o incluso que se quedara vacía. Hasta eso sería mejor que verla invadida por una horda que no sabe nada de la geografía del país de los sueños ni nada de la historia que le ha dado a esta casa su alma y su identidad. Y si viene aquí una tribu así, la casa se vendrá abajo en un santiamén; una casa vieja se estropea muy deprisa si no se la cuida con esmero. Me destrozarán el jardín... y dejarán que los álamos lombardos se pongan desgreñados... y la empalizada acabará pareciendo una boca a la que le faltan la mitad de los dientes... y goteará el tejado... y se caerá el yeso... y meterán almohadas y trapos en los cristales rotos... y todo estará hecho unos zorros.

La imaginación de Ana le pintó con tanta viveza la futura degradación de su querida casita que le dolió con la misma fuerza que si ya fuera un hecho consumado. Se sentó en la escalera y lloró largo rato, amargamente. Susan la encontró allí y le preguntó, muy preocupada, qué ocurría.

—No se habrá usted peleado con el doctor, ¿verdad, mi querida señora doctora? Pero, si se ha peleado, no se preocupe. Me dicen que es cosa muy probable entre los matrimonios, aunque yo no tenga experiencia ninguna en ese terreno. Él lo lamentará, y pronto harán ustedes las paces.

—No, no, Susan, no nos hemos peleado. Es solo que... Gilbert va a comprar la finca de los Morgan, y tendremos que irnos a vivir al Glen. Y se me va a romper el corazón.

Susan no compartió en absoluto los sentimientos de Ana. La verdad es que la perspectiva de vivir en el Glen la llenaba de alegría. Lo único que tenía contra su colocación en la casita era lo solitario del lugar.

—Pero, mi querida señora doctora, si será estupendo. La casa de los Morgan es tan buena y tan grande...

—Odio las casas grandes —sollozó Ana.

—Bueno, no las odiará usted cuando tenga media docena de hijos —observó Susan con calma—. Y esta casa ya se nos ha quedado pequeña. No tenemos cuarto de invitados desde que está aquí la señora Moore, y esa despensa es el sitio más exasperante en el que he intentado trabajar en mi vida. Se vuelva usted hacia donde se vuelva, hay un rincón. Además, aquí abajo estamos en el fin del mundo. La verdad es que no hay absolutamente nada más que paisaje.

—Fuera de tu mundo, quizá, Susan, pero no fuera del mío —dijo Ana con una sonrisa débil.

—No la entiendo del todo, mi querida señora doctora, pero, claro, yo no tengo estudios. Pero, si el doctor Blythe compra la finca de los Morgan, no se equivocará, y a eso puede usted atenerse. Tiene agua corriente, y las despensas y los armarios son preciosos, y me han dicho que no hay otro sótano igual en toda la Isla del Príncipe Eduardo. Pues el sótano de aquí, mi querida señora doctora, ha sido para mí una desolación, como usted bien sabe.

—Ay, vete, Susan, vete —dijo Ana, desconsolada—. Los sótanos y las despensas y los armarios no hacen un *hogar*. ¿Por qué no lloras con los que lloran?

—Bueno, nunca he sido yo muy diestra en lo de llorar, mi querida señora doctora. Prefiero ponerme manos a la obra y animar a la gente antes que llorar con ella. Vamos, no llore usted, que se le van a estropear esos ojos tan bonitos. Esta casa está muy bien y le ha servido a usted, pero ya va siendo hora de que tenga una mejor.

El punto de vista de Susan parecía ser el de la mayoría de la gente. Leslie fue la única que se compadeció de Ana con verdadera comprensión. También ella lloró a gusto cuando se enteró de la noticia. Luego las dos se secaron las lágrimas y se pusieron a trabajar en los preparativos de la mudanza.

—Ya que tenemos que irnos, vámonos cuanto antes y acabemos de una vez —dijo la pobre Ana con amarga resignación.

—Sabes que esa casa vieja y preciosa del Glen te gustará cuando hayas vivido en ella el tiempo suficiente para que se le tejan alrededor recuerdos queridos —dijo Leslie—. Allí vendrán los amigos, como han venido aquí; la felicidad te la glorificará. Ahora no es para ti más que una casa, pero los años la convertirán en un hogar.

Ana y Leslie volvieron a llorar la semana siguiente, cuando pasaron al pequeño Jem a ropa corta. Ana sintió la tragedia de aquello hasta la noche, cuando, con su camisón largo, recuperó a su querido bebé de siempre.

—Pero luego vendrán los peleles... y después los pantalones... y en un abrir y cerrar de ojos será mayor —suspiró.

—Bueno, no querría usted que se quedara siempre de bebé, ¿verdad, mi querida señora doctora? —dijo Susan—. Bendito sea su corazón inocente, no puede estar más precioso con sus vestiditos cortos y esos pies queridos asomando. Y piense usted en lo que se ahorra de plancha, mi querida señora doctora.

—Ana, acabo de recibir una carta de Owen —dijo Leslie, entrando radiante—. Y ¡ay!, tengo una noticia estupenda. Me escribe que va a comprarles esta casa a los administradores de la iglesia y a conservarla para que pasemos aquí nuestros veranos. Ana, ¿no te alegras?

—Ay, Leslie, ¡«alegrarme» no es la palabra! Parece casi demasiado bueno para ser verdad. Ahora no lo sentiré ni la mitad, sabiendo que este rincón querido no será profanado nunca por una tribu de vándalos ni abandonado a que se caiga a pedazos. ¡Pero si es maravilloso! ¡Es maravilloso!

Una mañana de octubre, Ana se despertó con la conciencia de que había dormido por última vez bajo el techo de su casita. El día fue demasiado ajetreado para permitirse la pena, y, cuando llegó la noche, la casa estaba desnuda y vacía. Ana y Gilbert se quedaron solos en ella para despedirse. Leslie, Susan y el pequeño Jem se habían ido al Glen con el último cargamento de muebles. La luz del ocaso entraba a raudales por las ventanas sin cortinas.

—Todo tiene un aire tan desconsolado, tan de reproche, ¿verdad? —dijo Ana—. Ay, ¡qué morriña voy a sentir esta noche en el Glen!

—Hemos sido muy felices aquí, ¿verdad, Ana mía? —dijo Gilbert con la voz llena de emoción.

A Ana se le hizo un nudo en la garganta y no pudo contestar. Gilbert la esperó en la cancela de los abetos mientras ella recorría la casa y se despedía de cada habitación. Ella se marchaba; pero la casa vieja seguiría allí, mirando al mar por sus ventanas curiosas. Los vientos de otoño soplarían a su alrededor con tristeza, y la lluvia gris la azotaría, y las nieblas blancas vendrían del mar a envolverla; y la luz de la luna caería sobre ella e iluminaría los viejos senderos por donde habían paseado el maestro y su novia. Allí, en aquella vieja orilla del puerto, seguiría demorándose el hechizo del relato; el viento seguiría silbando, tentador, sobre las dunas de arena plateada; las olas seguirían llamando desde las calas de roca roja.

—Pero nosotros ya no estaremos —dijo Ana entre lágrimas.

Salió y cerró la puerta con llave detrás de sí. Gilbert la esperaba con una sonrisa. La estrella del faro relucía hacia el norte. El jardincito, donde solo florecían ya las caléndulas, se iba encapuchando de sombras.

Ana se arrodilló y besó el viejo escalón gastado que había cruzado como novia.

—Adiós, casita de ensueño querida —dijo.

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web